Índice de contenido

PARTE UNO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
PARTE DOS
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34
35
36
37
38
39
PARTE TRES
40

Jackie Clune
¡Estoy hasta el moño!
Si la maternidad es un trabajo, ¿quién dice que no puedes dimitir?
VERSÁTIL
narrativa

Título original: *I'm Just a Teenage Punchbag*
© 2020 by Jackie Clune

_____

Traducción: Xavier Beltrán
Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

_____

1.ª edición: enero 2022
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2022: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

_____

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

Para mis queridos adolescentes —Saoirse, Thady, Frank y Orla— por proporcionarme las risas, las lágrimas y las anécdotas que aparecen en este libro, y por vuestras generosas correcciones.

Para Richard, que ejerce más de padre que yo, y así me permite perder el tiempo escribiendo mientras él se ocupa prácticamente de todo lo demás.

Para Robert Caskie, que ha sido tan paciente, amable y encantador en tanto yo encontraba qué era lo que quería decir, y por juntarme con Hannah Black de la editorial Hodder, que ha sido una editora y cómplice fantástica. Gracias.

Para las mujeres de Bunga Bunga, que han estado conmigo desde los comienzos de este viaje por la maternidad, y sin las cuales estaría más loca de lo que ya estoy. Gracias especialmente a Caroline Dalyfor por su ayuda y apoyo.

Para mi hermana Maggie y mis hermanos Ray y Adrian. Los tres supimos lo que significaba que mamá y papá nos quisieran.

Para mi papá, Don Clune.

Para mi mamá, Teresa Clune.

Jackie Clune, diciembre de 2019

PARTE UNO

1

—Mamá… Como le digas a ALGUIEN que me gusta Kayle Harvey, te clavo un cuchillo en el chocho.

—Pues vale. Tampoco es que últimamente lo esté usando demasiado.

Me encantan nuestras agradables conversaciones entre madre e hija. Por primera vez en dieciocho meses, Amelie ha confesado una emoción que no es aburrimiento, y ahora se arrepiente del poder que cree que me ha dado. ¿A quién se lo voy a contar? ¿Por qué me iba a molestar? ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer que pasarme el día hablando de ella?

—En serio, mamá. Es que lo haces siempre. Crees que mi vida es divertida… Pues no es divertida. Me avergüenzas.

—Lo añadiré a la lista.

—¿A qué te refieres? ¿Qué lista? ¡No le des la vuelta para acabar hablando de ti!

—Nunca me atrevería. No permita Dios que haya algo durante cinco minutos que no gire a tu alrededor.

—Y no tienes ninguna lista.

—Sí que tengo una. Apunto todas tus críticas constructivas. Es una lista larguísima y espantosa de mis defectos, que me he propuesto recordar con la esperanza de evitarlos en el futuro: mi manera de reír; mi manera de reír a menudo dos veces por la misma broma; mi manera de reír cuando saludo a alguien por la calle, ¡sin razón aparente!; mi manera de hablar, de hacerme las cejas, de dejarme pelitos cuando me depilo las piernas, de bailar, de cantar a gritos en el Tesco, de ver en la tele programas muy tristes, de no tener gusto

con la ropa, de repetir las historias tres veces. Mi manera de respirar.

—¡Es que respiras SUPERFUERTE!

—Ya lo sé. Soy una persona horrible. No volverá a suceder.

—Genial.

Me han arrastrado a las arenas movedizas de ser madre de adolescentes sin mi consentimiento. Pensaba que ya había pasado lo más difícil. Ahora saben lavarse las manos solos (y a veces lo hacen y todo), saben comer por sí mismos (Choco Krispies) y se los puede dejar solos sin que la casa termine ardiendo (por ahora). Y eso era lo complicado, ¿verdad? Conseguir que durmieran, comieran, caminaran y hablaran. Pues no. Resulta que no era lo complicado. Lo complicado se vuelve más complicado día tras día al intentar que se despierten, que dejen de zampárselo todo, que se sienten y cierren la boca de una puta vez. Es imposible que haga nada sin que alguien me necesite para que haga algo en su lugar.

Y por eso este año he empezado a escribir un blog. Me estoy volviendo loca. Ya he dejado de responder a los «mamá» porque después de esa palabra nunca viene nada bueno, así que ahora les ha dado por llamarme por mi nombre para así llamar mi atención.

—¡Ciara! —gritan en el piso de arriba, en el de abajo, en público, en el coche—. ¡Ciara! ¡Necesito más dinero para la comida! Ciara, ¿dónde están mis calcetines? Ciara, ¡te DIJE que tenía que entregar esa autorización! ¿Dónde está? ¿Ciara? ¡¡¡Ciara!!!

No estoy bien.

Hago una mueca de dolor ante cada portazo, ante cada grito y cada ruido inesperado. Doy un brinco como si fuera una víctima de neurosis de guerra. Padezco un trastorno por estrés traumático constante. Necesito coger un poco de perspectiva antes de que me lleven a un centro de cuidadores que ya no pueden más. O antes de que mis hijos me maten.

O que yo los mate a ellos.

Por tanto, en lugar de asesinar, me dispongo a escribir. Siempre me ha gustado. Mi carrera de Filología Inglesa está muy

desaprovechada, por no hablar de los diez años que trabajé en una pequeña editorial. A eso me iba a dedicar para siempre…, hasta que apareció Martin, me pilló con la guardia baja tras haber conocido a demasiados gilipollas, y aquí estoy ahora: escondida en las afueras, casada y madre de tres hijos. No trabajo. No hace falta porque Martin gana suficiente dinero y odia las tareas domésticas. Es un inútil en casa. Un inútil muy listo. Se le quema todo —la comida, la ropa que plancha, los niños—, pero le gusta que las cosas estén impecables. Pensé en volver a trabajar, pero la guardería era muy cara y a Martin no le hacía gracia la idea; creía que me arrepentiría de dejar a los niños tan pronto. ¡Ja! En aquel momento no teníamos ni idea de que era mi última oportunidad para reintegrarme en el mundo laboral. Oportunidad perdida. Caducada. Y ahora estoy a cargo de tres adolescentes a quienes les trae sin cuidado si estoy en casa o no. Ni siquiera quisieron contratarme en el hipermercado Asda. Estoy «demasiado cualificada». Además, no quiero trabajar los findes.

La vida es muy diferente de lo que se imaginaba mi yo universitaria —manifestaciones, protestas y sentadas por el derecho al aborto, los derechos del colectivo gay o los derechos civiles—. Así es como pasaba el tiempo libre entonces. Creía que acabaría la uni, viviría en una comuna, escribiría una novela sobre una utopía feminista e iría de festival en festival. Creía que a estas alturas ya habría visto mundo, y no solo interminables campamentos húmedos en la Normandía francesa. Lo último que quería era una vida que se pareciera a la de mi pobre madre: encerrada en casa con una lavadora de dos tambores y la cabeza repleta de sueños. En consecuencia, voy a escribir este blog, y si es bueno quizá hasta lo publique. Es la única arma que nos queda a las mamás modernas, ¿no? Cuenta las penas en tu blog. Ríe y el mundo reirá contigo. Llora y llorarás tú sola. Utilizaré mi blog para pintar un retrato fidedigno pero actual y agudo sobre una familia apenas funcional, un retrato con el que se sentirán identificadas y con el que empatizarán las mujeres como yo. Tejeré el texto. Lo vomitaré. Haré

que sea breve, divertido y edificante. Le pondré por título algo como…

¡¡MATADME YA!!

O…

¡¡Las mamás depres al poder!!

O quizá…

¡¡Mamás que molan y lo petan a saco!!

Y será estupendo porque ayudará a otras mujeres que, como yo, a veces piensan: «¿Y ya está? ¿Eso es lo que soy ahora, una mujer con las raíces canosas y muchas arrugas, sin ganas de vivir, que se siente una bayeta usada?».

Aquí empieza, pues. Mi primera entrada. Incluso he comprado el dominio. ¡Sí! ¡Por fin tengo un dominio propio! Mi proyecto de empoderamiento comienza aquí.

BLOG 1. Cuestión de bragas

El drama de esta mañana es cortesía de mi hija. Tiene 15 años, es alta, morena y una cotorra. Me lo roba todo, es vegana a veces (solo cuando resulta inapropiado) y cronista de mis fracasos. Está junto a mi puerta, quejándose de que se ha encontrado fatal toda la noche.

—¡Me he tirado un pedo y se me ha escapado un poco de caca! —se lamenta, y de algún modo hace que parezca mi culpa—. Creo que no debería ir al insti. ¿Me traes un poco de agua?

Me tambaleo hasta el baño para hacer pis, y allí encuentro mis bragas nuevas de marca en el cesto de la ropa sucia, con la sombra del pedo con regalito. ¿Es una estupenda metáfora de lo que significa ser madre?

¿A quién quiero engañar?

No puedo escribir eso. Nadie quiere leer sobre adolescentes que casi se cagan encima, ¿verdad que no? Ni sobre mujeres que se escabullen en el cuarto de baño y ahogan su llanto hundiendo la cara en una manta de Disney. La gente quiere leer acerca de bebés monísimos y mamás que compiten durante la venta de tartas/el día

del deporte/el reparto de papeles de la obra de teatro de Navidad. Quiere leer acerca de una desesperación falsa, no acerca de la auténtica crisis existencial que te revuelve el estómago.

Si escribo un blog…, no lo leerá nadie más que yo.

Lo escribo para mí.

Lo escribo para divertirme.

Lo escribo para prevenir la demencia.

Lo escribo para no acabar loca de remate.

Si una mujer escribe un blog y nadie llega a leerlo…, ¿puede devorar un KitKat y echarse una siesta monumental?

No escribiría sobre cosas como… A veces odio mi vida, de verdad. Casi siempre. Tengo cincuenta años y estoy jodida. Mi marido apenas repara en mi existencia. Mis hijos creen que mi forma de respirar es irritante, y la última vez que un hombre me miró con algo parecido al deseo fue en 1989, cuando el «Like a Prayer», de Madonna, estaba en el número uno. Como dices en la canción, Maddy, la vida es un puto misterio.

O sea, que es imposible que llegue a publicar mi blog. Será una especie de terapia, pero más barata. Intenté ir a terapia. Hace dos años fui a una encantadora doctora alemana y empecé a llorar. Le dije que creía que estaba menopáusica y me preguntó que por qué lo creía.

—Porque quiero matar a mi familia —sollocé.

—Ajá… Y ¿cómo consigues evitar matarlos? —me preguntó mientras daba golpecitos en el teclado.

—Con vino —dije. Y no sentí ni un pelín de vergüenza por parecer no solo una chalada, sino también una alcohólica.

—¿Has probado el yoga? —me preguntó sin parar de tamborilear.

La madre que me parió. No he conocido a una sola profesora de yoga que no sea una capulla integral. Son nazis superflexibles con sujetador de deporte.

Me quedé allí sentada, llorando y sudando, mientras la doctora me preguntaba sobre autolesiones y pensamientos suicidas, y me hablaba de respirar hondo. Qué vergüenza. Quería que tomara

antidepresivos, porque creía que estaba premenopáusica.

—Parece el nombre de un grupo de música. ¡Premeno Páusica! —bromeé entre sollozos. Rechacé las pastillas. La doctora me dijo que mantendrían a raya mi estado de ánimo y atontarían un poco mis sentimientos. Le dije que no podía sentirme más atontada.

Así que me propuso terapia.

Me pasé ocho meses pagándole sesenta libras a la semana a una tal Angela para que me dijera que tenía la autoestima baja.

No me jodas.

Lo probé todo para dejar atrás el colapso de la menopausia. Fui a herbolarios, a acupunturistas, incluso a un maldito chamán porque Jude, la única amiga que me queda del colegio, me dijo que, a pesar de mi desconfianza patológica hacia cualquier cosa que se acerque remotamente a lo jipi, valía la pena intentarlo para ahorrar en ropa de cama, cursillos para aprender a controlar la rabia y abogados de divorcio. Me contó que, para ella, aplicar la técnica de aullar a la luna en un campo de Devon mientras bebía chupitos de tequila supuso un antes y un después en su menopausia.

Jude me dijo que está tan empoderada gracias al trébol rojo, la hierba de San Juan y la sanícula olorosa —sus tripas deben de parecer un prado silvestre— que es incluso más productiva ahora que cuando tenía veinte años, nos abandonó a todos y se mudó a Singapur para llevar más o menos las riendas de un banco. Ahora ha vuelto, vive en un molino en el culo del mundo, cerca de un río y de las rarísimas orquídeas que crecen en un invernadero. Le sigue gustando su marido y no han tenido hijos, así que ella gana. Si tengo suerte, la veo una o dos veces al año.

La última fue en el funeral de mi madre, donde lloró casi tanto como yo al recordar las tostadas que nos preparaba de madrugada cuando, aun siendo menores, volvíamos a casa borrachas como una cuba. Fue genial que me acompañara en ese momento. No la he visto desde entonces, claro, porque siempre tengo mucha plancha y mis hijos necesitan que les unte las tostadas con mantequilla por las mañanas. Y Martin es un inútil. Si me fuera a pasar la noche por

ahí, entraría en pánico y obligaría a todo el mundo a usar platos de papel por si se cargaba el lavavajillas.

Hoy por hoy, Jude y yo básicamente nos mandamos mensajes. Me cuenta historias divertidas sobre los habitantes del pueblo en el que vive o me envía vídeos de jóvenes autóctonos destrozando parterres de flores. Yo le mando las estadísticas de crímenes de Londres y anécdotas acerca de mi doctora alemana, que no puede pronunciar la erre, así que me pregunta si mi vagina sigue «gueseca».

En serio, seguro que, si los hombres tuvieran la menopausia, en las farmacias habría toda una parafernalia para ellos, en lugar de unas pastillas asquerosas y esos parches que provocan cáncer y no sirven para nada. No se publicarían esos irritantes artículos que aseguran que la menopausia es la mejor etapa de la vida gracias al puto té verde y a las respiraciones profundas. ¿Por qué será que, siempre que pasamos por algo —ya sea la regla, la depresión posparto o el bajón de la menopausia—, alguien nos dice que en realidad es culpa nuestra? ¿Que sencillamente no intentamos estar bien con todas nuestras fuerzas?

BLOG 1 BORRADOR 2: Un día de niebla

Una de las bromas más crueles de la Madre Naturaleza es que nuestras hijas se vuelvan mujeres voluptuosas justo cuando nosotras pasamos a ser una cáscara repugnante y marchita. Día tras día, mi hija es más alegre, brillante y deseable, y yo más flácida, sosa e invisible. Soy como la niebla. Como la niebla densa y gris de una mañana de febrero. Mi hija es el amanecer de un día de primavera, toda luz y diversión, que huele a hierba recién cortada…

No. ¿Qué estoy diciendo? ¿Que compito sexualmente con mi hija? Qué grima.

Necesito recuperar algo. Para mí. Mi espacio. Mis pensamientos. No sus metas, sus necesidades, mis cosas en su habitación. Voy a ganar yo. Las palabras son más poderosas que los poros abiertos.

Haré de este blog mi diario. Nadie se va a enterar. Será mi parcela propia, mi isla privada, mi imperio sin conexión en el triste y solitario reino de mí misma.

Estupendo.

Oigo a mis hijos dándose de hostias y gritando «POLLA» repetidamente. Me tengo que ir.

BLOG 1 BORRADOR 3: Cómo ganarse el desayuno: mis hijos. ¿Por dónde empezar?

Puede que la conversación de esta mañana sea el ejemplo perfecto para ilustrar la situación. Después de que mi hija intentara mandar mi reputación al garete, me he visto necesitada de cierta afirmación positiva y me he dirigido a mis gemelos, que son idénticos y tienen trece años. P es desgarbado, pesado, tiene cuatro pelillos en el bigote y pestañas casi albinas; L es casi igual, pero un poco más fornido y majete, aunque sigue siendo igual de imbécil.

—¿Cuál es la lección más importante que os he enseñado? —les pregunto mientras tiro coquetamente al cubo de la basura la comida seca del gato.

Los dos están sentados frente a la encimera de la cocina con cara de sueño, comiendo lo que tan solo puede describirse como un tanque de Choco Krispies. Reflexionan sobre mi pregunta durante unos segundos, mientras mastican como un par de becerros pensativos. P me mira a los ojos, impávido.

—Ir al baño si crees que te vas a cagar encima.

¿Y esta afición de mis hijos por la escatología?

—No muerdas a la gente si estás enfadado —interviene L.

—A ver, qué duda cabe de que son consejos muy valiosos, pero esperaba que me dijerais algo con un poco más de profundidad.

Mi hija —A— ha entrado en la cocina porque le sobran unos minutos antes de perder el autobús y se afana en meter cerezas en un táper diminuto para la hora de comer («Nadie come ya en plan primer y segundo plato, mamá. ¡Es DE CAJÓN!»).

—Me has enseñado que, aunque la situación sea muy chunga, tengo que dar el cien por cien porque es lo único que podemos hacer en esta vida —dice ella. Ni siquiera emplea su tono sarcástico. Siento una oleada de orgullo. Por lo menos uno de mis hijos me escucha, asimila mi sabiduría y mi confianza en el esfuerzo sin un exceso de presión. De tal palo, tal astilla.

Y luego me pide veinte libras. Es el cumpleaños de alguien del instituto, y eso significa que debe comprar globos, tarjetas, regalos y helados. Todo financiado por mí. Es imposible que gaste su propio dinero; eso lo necesita para comprar carísimos productos de maquillaje para las cejas, camisetas con precios abusivos y «pulseras» de tela en tiendas mal iluminadas en las que debes hacer cola para entrar. Sabe que tiene que lamerme el culo porque anoche le confisqué el móvil (por lo visto, un acto que contravenía de pleno sus «derechos humanos reales») y sabe que no me voy a rendir sin pelear. Es lo único que me da algo de poder en esta casa.

He oído que hay hogares en que todos los dispositivos se colocan sobre la mesa de la cocina hasta que se hayan terminado los deberes/se haya practicado con el piano/se haya colgado en el armario el uniforme del instituto y se hayan tachado las tareas pendientes de una pizarra tan eficiente como bonita. Son gente odiosa, así que fuera. O sea, en serio: ¿qué familia funciona así?

¿Terminar los deberes? A mis hijos les encanta pasarse tres horas con un trabajo sobre las diferentes formas de la pasta —una tortura inútil que un niño de seis años finiquitaría en cinco minutos— porque saben que me revienta que sean lentos.

¿Tocar el piano? Todos los niños odian las clases de piano, y los obligamos a aprender para mitigar la ansiedad adulta de no haber logrado todo lo que se supone que deberíamos haber logrado y ya no tenemos tiempo de conseguir. En mi familia, se practica el piano cinco minutos antes de la clase, pero con eso no vamos a ningún lado. Tiene la misma trascendencia que si los dejara dormir hasta tarde un sábado por la mañana y me pusiera a quemar billetes de veinte libras en el fogón mientras escucho a Graham Norton en la radio.

¿Colgar el uniforme del instituto en el armario? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Un momento.

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

El uniforme lo lava, lo plancha y lo cuelga la misma persona: servidora. Cada noche se forma la misma montaña (con la ropa interior todavía dentro de los pantalones). He pedido, rogado,

implorado y amenazado, pero no ha servido de nada. Me he resignado a pasar otros cinco años dándoles la vuelta a las mangas de las americanas.

¿Las tareas? No soporto discutir. Prefiero vaciar yo misma el lavavajillas que escuchar cómo se promulga de nuevo el Tratado de Versalles en mi propia cocina. Se les da de vicio esquivar cualquier mención sutil a una tarea.

—¿Me devuelves el móvil, mamá, porfa? —Y me sonríe.

—¿Has desayunado? —le pregunto en una burla inocente. Ja. Acabo de lanzar otro guante.

En lo que a comida se refiere, los adolescentes solo se comportan de dos maneras: o devoran todo lo que encuentran en la nevera cinco minutos después de que haya colocado la compra. Tragan cualquier combinación de comida en un orden aleatorio, además de cuencos de cereales cada hora. O se niegan a comer emitiendo un resoplido de desagrado.

Mis hijos antes se lo comían casi todo, pero ahora es difícil recordar quién odia la mayonesa, quién no tocará jamás un tomate, quién detesta el chile o quién no comerá nada que no sea de color blanco. Les preparo y empaqueto la comida a diario (intentamos lo de comer en el cole, pero se dedicaban a engullir dónuts), y se ha convertido en una media hora que me aterra. De las 7:15 a las 7:45 me encontraréis delante de la tabla de cortar, observando con hostilidad veinte rellenos diferentes de bocadillos que han desdeñado con un: «Qué asco». Mi hija es la peor. Ha caído presa de la obsesión de las Kardashian y de Instagram por la «comida limpia» —que, en su cerebro adolescente, significa beber zumos verdes y solo comer *pizza* tres veces a la semana—. Estas manías las llevo fatal. Más abajo os adjuntaré tres transcripciones: MALA MADRE (que es lo que ocurre en realidad), BUENA MADRE (lo que a mi hija le gustaría que ocurriera) y LA MEJOR METODOLOGÍA EDUCATIVA (lo que debería ocurrir).

GUION DE LA MALA MADRE:

Yo. (Gritando hacia la segunda planta). ¿Quieres un bocadillo de pollo para comer?

Ella. (Inmersa en su sesión de 45 minutos para maquillarse las cejas). ¿Qué?

Yo. ¿Quieres un bocadillo de pollo asado para comer?

Ella. No.

Yo. ¿Jamón?

Ella. No.

Yo. ¿Pasta con pesto?

Ella. ¿¿Qué??

Yo. ¿PASTA CON PESTO?

Ella. No.

Yo. Vale, pues ¿qué quieres?

Ella. Nada.

Yo.: ¡No puedes no comer nada!

Ella. Comeré patatas fritas.

Yo. Eso no es saludable.

Yo. A la hora de comer no tengo hambre, mamá. Odio la hora de comer.

(Al cabo de veinte minutos, por fin baja las escaleras).

Yo. ¿Qué te vas a llevar? ¡No deberías alimentarte solo con porquerías!

Ella. (Deja las patatas fritas y el chocolate en la despensa). *OK*. Chao.

Yo. ¡Espera! ¿Qué vas a comer? ¡Ni siquiera has desayunado!

Ella. ¡¡EL BUS PASA DENTRO DE TRES MINUTOS, MAMÁ!!

Yo. NO ES MI CULPA, ¿A QUE NO? ¡TE HAS PASADO 45 MINUTOS MAQUILLÁNDOTE!

Ella. (Los ojos en blanco). SOY INSEGURA, !!¿¿VALE??!!

(Portazo, desazón, rendición).

GUION DE LA BUENA MADRE (VERSIÓN ADOLESCENTE):

(Voy a su habitación, en lugar de gritar desde las escaleras).

Yo. ¿Qué te apetece comer hoy?

Ella. No me gusta comer a mediodía.

Yo. ¿No te gusta comer a mediodía? (Le hago saber que la he escuchado).

Ella. No, no me gusta.

Yo. Vale… No te gusta comer a mediodía…, entendido. Lo siento. ¿Te preparo un desayuno saludable y saciante? ¿Un batido de superalimentos como los de las Kardashian?

Ella. No tengo tiempo. Tengo que maquillarme las cejas.

Yo. Muy bien, cielo. Lo que te parezca mejor.

Ella. Mamá, ¿me das dinero para ir al McDonald's después de clase?

Yo. Cógeme lo que quieras del bolso, cariño.

Ella. Vale. Ahora vete.

GUION DE LA MEJOR METODOLOGÍA EDUCATIVA:

Yo. (Espero hasta que aparece). Te he preparado un poco de fruta y un yogur, y hay sobras de ensalada de pasta, si quieres. Sírvete tú misma.

Ella. (Coge la bolsa de la comida a regañadientes). Chao.

Yo. De nada.

Sé que no debería preocuparme tanto. Hay incluso quien diría que darle fruta y un yogur es interferir demasiado y malcriarla. Habrá quien opine que hay que dejar que pasen hambre. Pero es que a mí me crio una madre irlandesa (también conocida como La Alimentadora) y no me siento cómoda si no les doy nada. Creía que ya había resuelto la situación, pero ayer por la mañana mi hija bajó antes que nadie y se sentó en el suelo, delante de mí, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre? —dije.

—No lo sé.

—¿Qué te pasa con la comida? ¿Quieres perder peso o algo? Porque morirte de hambre no es la manera de lograrlo.

—Es que a veces como tanta porquería que luego me siento mal y al día siguiente intento no comer demasiado.

Ay, Dios. Creía que mi hija era mucho más organizada. Creía que le habíamos inculcado una imagen corporal positiva. Pero, por lo visto, los años que me he pasado criticando mi propio cuerpo y probando todo tipo de dietas le han pasado factura. Creía que había tenido cuidado para no verbalizar demasiado delante de ella lo mucho que odiaba mi cuerpo, pero los ojitos y las orejitas se

enteran de todo.

—Es que siempre que me miro en el espejo me veo supergorda y fea.

—Pero no estás gorda… ¡Estás delgada y eres preciosa!

—¡NO ME AYUDA EN NADA QUE ME DIGAS ESO!

Me destroza ver que mi propia hija, por más irritante que sea, se odia tantísimo. Lo único que puedo hacer es intentar contrarrestar el interminable flujo de presión de las redes sociales para ser de una manera en particular, mostrar una imagen en particular, comer unos alimentos en particular, obsesionarse con el tamaño de tu culo/nariz/pecho, el color de tus pálidas piernas, el hueco entre tus muslos, las irregularidades de tu complexión, el amarillo de tus dientes. ¡¿Cómo es posible que ella asimile todo eso y se exija tanto a sí misma cuando sus hermanos a duras penas rigen y todas esas cosas LES IMPORTAN UN BLEDO?!

Antes de tener hijos, me oponía con vehemencia al argumento machista de que el sexo biológico de un crío es la causa de buena parte de su psicología y comportamiento —el comportamiento de género estereotipado (los chicos son agresivos, las chicas quieren complacer, etc.)—, y que de algún modo es algo innato y no aprendido. Naturaleza contra educación. Y hasta cierto punto sigo pensando que el comportamiento de género se copia y se intuye por culpa de nuestra cultura machista, que asigna roles a los distintos géneros.

Todo el mundo dice que los chicos no dan problemas, que las que son una pesadilla son las adolescentes. No estoy de acuerdo. Puedo hacer frente a la obsesión con las cejas, a los ojos en blanco y a los portazos. Puedo hacer frente al sarcasmo que rezuma cada uno de sus poros. Incluso puedo hacer frente a una montaña de toallas húmedas, a las absurdas ideas de su grupito de amigas y a las repentinas exigencias de preparar solo comida vegana. Pero los chicos…, aunque a los míos los adore…, se… parecen demasiado a unos cachorros mal domesticados. Tengo que reprimir el impulso de ponerles una correa y hacer que imploren por la comida.

Huelen mal. Casi diría que tienen fobia a la ducha. No ven razón alguna para hacer nada que no sea jugar a videojuegos o ver cómo

otros juegan por internet. Si los dejara a su aire, se pasarían el día entero en su habitación (sin contar las pausas exasperantes pero necesarias para comer Choco Krispies) luchando en guerras cibernéticas con otros chavales a los que no conocen y gritando improperios con los auriculares puestos.

Son incapaces de seguir unas indicaciones sencillas. Por ejemplo, el otro día tuve que salir y dejar que se arreglaran solos para ir al fútbol. Les preparé todo, se lo dejé ahí, les di diez libras para que comieran algo al terminar y les dije que recordaran coger una llave, porque yo llegaría a casa más tarde que ellos.

Cuando volví a casa, la ventana delantera estaba abierta de par en par y la casa, a oscuras. En cuanto abrí la puerta, nuestra perra gimoteaba desde algún rincón, pero no la vi en el interior. Corrí afuera y me la encontré temblando en el alféizar de la ventana, atrapada entre los cubos de la basura, después de haber emprendido la emocionante aventura que le proporcionaba la ventana abierta. Resultó que mis hijos no habían cogido una llave («No nos lo has dicho»), así que habían abierto la ventana, se habían puesto a pelear porque alguien le había tocado el culo a otro alguien y se olvidaron de cerrar la ventana, de ahí que la perra saliera después de que se pusiera el sol. Cuando les grité, se me quedaron mirando impertérritos.

—Tenemos hambre —dijeron.

—¿Por qué no habéis comido en el club de fútbol?

—No teníamos dinero.

—¡Os he dado diez libras!

—Las hemos perdido.

Menudo par de idiotas integrales.

No están ni remotamente avergonzados, afectados ni escarmentados por las cagadas que hacen a diario. Es decir, que o son sociópatas o políticos natos. Deberían estar en el consejo de ministros de un gobierno conservador.

Mi hija, por otro lado, suele ser muy organizada, huele bien, no pierde nada y se motiva muchísimo. Si cometiera uno solo de los absurdos errores de sus hermanos, estaría abochornada.

¿Cómo es posible que los hombres hayan acabado gobernando el

mundo?

Esto está un poco mejor. Me gusta la desesperación velada. Es lo habitual en los blogs de mamás, ¿verdad? «Ja, ja, ja. Mi vida es una mierda. ¡Ja, ja, ja!». Pero no lo voy a publicar. Jesús. Quiero un pitillo.

Sacaré a pasear a mi perra.

—¡Sadie! ¡Sadie! —grito desde la puerta trasera. Sadie, un *bulldog* francés extremadamente altivo que mis hijos «necesitaron» tener hace cuatro años, a quien «prometieron sí o sí» sacar a pasear cada día, está sentada en el patio observando a la nada. No le caigo demasiado bien, aunque soy la única pringada que le da de comer, le limpia la caca y se asegura de que sale a pasear a diario. A veces intento sacarla yo, pero se me queda mirando impasible, resopla un poco y se desploma en el suelo como si la hubiera matado de aburrimiento.

Sadie se digna a girarse para mirarme cuando la llamo, pero luego baja trotando los peldaños que conducen al patio trasero para ladrar a algún asaltante invisible.

—Pues que te den —mascullo. Vincent, el escuálido gato negro que rescatamos, se acerca y me observa con desdén antes de ronronear rápidamente para ganarse una bolsita de viscosa gelatina. Lo adoptamos cuando los niños eran pequeños para enseñarles a cuidar de algo y comportarse con amabilidad. No sabíamos que era un capullo callejero despiadado que se pasa el día entero por ahí y vuelve a casa al alba exigiendo que le dé de comer, antes de tumbarse sobre la cama como si fuera un borracho maltratador.

A veces creo que Sadie y Vincent conspiran contra mí. Se sientan junto a la puerta trasera y casi se descojonan ante mis intentos por llevarme bien con ellos, como si quisieran decir: «Míranos. Se supone que debemos odiarnos, pero ¡incluso preferimos la compañía del otro a la tuya!».

O puede que esté cansada y paranoica.

Es la hora de hablar con mamá. Siempre era en momentos como este, en que me siento aburrida e ignorada hasta por los animales de

mi vida, cuando la llamaba. Ella nunca se ponía el sonotone, así que era inevitable que los primeros cinco minutos fueran frustrantes, y me los pasaba repitiéndole: «¿Te has tomado las pastillas esta mañana?», una y otra vez. Ahora por lo menos está en una urna y no puede insistir en que hablo entre dientes o que mi móvil es una mierda. La bajaré del estante.

Hola, mamá. Hoy he querido llamarte. Pero luego me he acordado. No he descolgado el teléfono ni nada. Bueno, vale, puede que mi mano se haya dirigido sin querer hacia mi bolsillo, donde tenía el móvil, pero no te he llamado. Eso ya no lo hago. Los que compraron la casa heredaron el número de teléfono, así que… empezó a ser un tanto extraño que llamara a «casa» e intentara mantener una conversación con los nuevos propietarios acerca del estado del jardín para así visualizar de nuevo la casa, verte a ti en ella, sentada en tu silla con una taza de té. Así que se me ha ocurrido que… ¿por qué no hablar contigo de todos modos? ¿Es una locura? Ya sé que no me vas a responder, pero imagino lo que me dirías… si no te hubieras convertido en cinco libras de cenizas, metidas en lo que debo admitir que es un envase de plástico granate, feo como él solo.

En fin, ¿cómo estás, mamá? No sé si estás en el cielo, si existe el cielo o si estás flotando por ahí en una especie de vapor brillante, pero sé que de alguna forma estás cerca. Te siento chasquear la lengua cada vez que tiendo mal la colada o cuando no me suben los bizcochos. A ti todo eso se te daba muchísimo mejor que a mí. Sé que eras una cascarrabias y que nos atosigabas mucho cuando éramos unos adolescentes vagos y egoístas, pero por encima de todo nos quisiste una barbaridad. Siempre dijiste que éramos lo mejor que habías hecho nunca. Últimamente he pensado mucho en ti. En cómo decías: «Eres mi mayor logro» con una sonrisa radiante en la cara. En cómo te restabas importancia delante de las mujeres que trabajaban porque creías que era lo que esperaban de ti, pero en realidad sentías lástima por ellas, ya que no tenían la vida que tenías tú.

Ojalá me sintiera así. Ojalá me sintiera tan segura con mis

decisiones y tan feliz con sus consecuencias. Daba la impresión de que crecías con nuestra compañía, de que te alimentabas de Aidan y de mí como si fuéramos dos bollitos de mantequilla calientes. No te hartabas de nosotros. Incluso los días antes de morir nos abrazabas con fuerza y nos decías que te quedabas en vela por la noche —porque los esteroides hacían estragos con tu sueño— preocupada por si estábamos bien arropados en la cama.

Recuerdo cuando nació Amelie. Diecisiete horas de parto sin analgésicos para que al final me dijeran que debían hacer una cesárea igualmente porque era demasiado grande. Luego la colocaron en la cuna y me dejaron a solas con ella durante la noche. Yo no podía levantarme para cogerla, por los puntos, y empezó a llorar y yo empecé a llorar también porque no podía más y me dolía muchísimo, y me sentía impotente y asustada, y había sangre por las sábanas y nadie venía a ayudarnos, y las dos, Amelie y yo, nos pasamos las horas llorando hasta que amaneció. Y entonces por fin se presentó una enfermera, que me entregó a mi hija, y yo sentí… nada. Estaba tan cansada, entumecida y horrorizada por el caos que me rodeaba… Aquel día me visitaste con papá. Recuerdo que la cogiste de la cunita y la meciste con una naturalidad pasmosa. Estabas llena de alegría.

Recuerdo haberte mirado con cara de póker y decirte:

—¿Tú ya la quieres?

—¡Sí! —me respondiste enseguida.

Y vi que no mentías.

Recuerdo que, cuando estaba embarazada, me preguntaste si tenía lista la primera muda del bebé. Yo no sabía a qué te referías. Me explicaste que era un conjunto de ropa para el recién nacido: una manta de punto, jerseicito y pantalón, gorrito y patucos. Me dijiste que tú me lo tejerías. Recuerdo reírme y decirte:

—Mamá, no estamos en los años sesenta. Ya lo compraré.

Procuraste esconder lo dolida que debiste de sentirte y a mí me molestó que estuvieras tan anticuada, que insistieras en conservar las tradiciones y que fueras incapaz de cambiar con el paso del

tiempo.

Ojalá pudiera retirar aquella cruel carcajada. Ojalá pudieras tejerme mantitas, bufandas y patucos y todas las otras cosas que no entendiste que yo no quisiera. Habrías disfrutado haciéndolo. Y ahora te has ido y nunca me volverás a tejer nada. Y no puedo acariciar ni apreciar esas cosas, hechas con tus dedos ágiles, tus frías manos de pastelera, tus pulgares expertos en perfilar cejas y rugosos por la lejía.

Lo siento, mamá. Me he puesto sensiblera. Sé que detestabas que estuviera triste. «Hay que tirar para adelante», decías.

Eso haré. Por ahora.

2

—¡A cenar! —grito desde el pie de las escaleras. Me he pasado la mayor parte del día intentando preparar musaka. Hace años fuimos a un restaurante griego y a los niños les gustó, así que de vez en cuando la hago «como premio». Un premio para todos menos para mí, porque prepararla es una pesadilla. Tardas horas e implica llevar a cabo varios procesos complejos y potencialmente arriesgados: salar la berenjena (no quiero que amargue), saltear la carne (pero que no se quede seca), hervir las patatas (pero no demasiado), y luego elaborar la maldita bechamel para la cobertura, que siempre termina pareciendo unas natillas grumosas. Mi obra está ahora sobre un salvamantel en el centro de la mesa del comedor (¿«la mesa del comedor»? ¿Qué familia utiliza «la mesa del comedor» hoy en día?) enfriándose y soltando humo. Admiro mi trabajo. Me ha quedado bien. Con la cantidad justa de nuez moscada.

La vida debería ser así, la verdad. Si abandonas tu carrera para criar a tus hijos, y tu marido Martin se pasa el día trabajando, y vives en una bonita casa adosada de las afueras con muebles de Ikea tan anodinos como prácticos, y pasas la aspiradora a menudo por la moqueta de las escaleras porque es nueva, y en tu camino de entrada crece lavanda por todas partes aunque los geranios de las macetas de la ventana siempre se te mueren; si has conseguido todo esto, a pesar de las noches en vela y las dificultades y el aburrimiento y el sacrificio personal, entonces cada noche sobre las 19 h las recompensas son maravillosas. Tu querida familia bajará las escaleras uno a uno con gran estrépito para sentarse en alegre

afabilidad y compartir los triunfos y las decepciones de su día mientras se van pasando platos de deliciosa comida casera. Habrá risas, vaciles agradables, sonrisas radiantes y, por una vez, al menos durante la cena, todo habrá merecido la pena. Cualquier transeúnte que mirara hacia la ventana de tu comedor se maravillaría por el idilio doméstico que podría entrever, y lo embargarían la calidez y la nostalgia por las cenas que compartió de pequeño con su familia.

Pasan diez minutos. Nadie ha bajado las escaleras.

—¡¡A CENAR!! —vuelvo a chillar.

—¡Un minuto! —grita Lorcan.

No responde nadie más. Sigo al pie de las escaleras ponderando la irritación que siento por tener que gritar, por no hablar de lo cansada y molesta que estaré como tenga que subir los peldaños para sacarlos a todos a rastras de sus cuartos. No me queda otra; al fin y al cabo, lo más probable es que estén enchufados a sus dispositivos y no me oigan. Subo las escaleras arrastrando los pies y maldigo las mochilas y los zapatos desperdigados que compiten por hacerme tropezar y que me rompa un tobillo.

Llamo a la puerta de los gemelos. No obtengo respuesta. Entro y veo que Paddy está durmiendo con el uniforme y la chaqueta del instituto, sus gigantescos pies todavía dentro de los sucios zapatos. Lo zarandeo con suavidad.

—¡¿QUÉ PASA?! —dice despertándose sobresaltado.

—¡A cenar!

—Es que no tengo mucha hambre —contesta, y se gira. De reojo veo que del bolsillo le sobresale el envoltorio de una chocolatina, que me hace la señal de victoria.

—¿Por qué comes chocolatinas antes de cenar? ¡Normal que no tengas hambre! ¡Levántate y baja!

—Vale, vale —dice mientras rueda por la cama y acaba en el suelo. Su pelo rubio sale disparado en todas direcciones. Resultaría infantilmente tierno si no fuera por sus brazos enormes y sus piernas desgarbadas. Se está convirtiendo en un Martin en versión mini. Lorcan se digna a quitarse los auriculares, aunque solo sea

para alcanzar a darle una rápida patada a su hermano.

Llamo a la puerta de Amelie. No me responde. Entro. Se gira hacia mí con mueca ofendida y alerta roja por violencia en caso de que sea uno de sus hermanos. Tiene vetada la presencia de cualquiera de los dos cerca de su habitación.

—¿Qué? —me pregunta enfadada.

—A cenar. ¡Llevo diez minutos gritando!

—BUENO, PUES ¡NO TE HE OÍDO! —me chilla. Nunca se somete sin más—. ¿Qué hay?

—Musaka.

—Qué asco. —Se levanta. Con su ademán, deja claro lo repugnante que le parece mi patética propuesta y, al mismo tiempo, lo magnánima que es por aceptar sentarse a la mesa.

—¡Chicos! ¡A cenar!

—Ya voy, mamá. Estaba terminando una partida. He matado a diez y mi comando…

—Sí, no me interesa, Lorcan —digo mientras bajo las escaleras.

Martin vuelve a casa del trabajo justo cuando me dirijo hacia la cocina.

—Hola, cariño. Justo a tiempo para cenar. Si alguno de esos capullos baja de una vez.

—Qué palabras tan feas, madre querida —dice Lorcan pasándome los brazos por el cuello.

—Huele bien. ¿Qué es? —pregunta Martin. Se quita los zapatos de una patada y los deja donde caen, en medio del pasillo. Los recojo y los coloco en el zapatero.

—Musaka.

—Yo no quiero, gracias —dice Martin.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Ya sabes que nunca como antes del fútbol.

Ah, sí. La maldita noche de fútbol.

—Comeré un poco después.

Se encierra en su «estudio», un cuartito en el que guardo el tendedero y la aspiradora, y que en un rincón tiene un escritorio

diminuto y un ordenador. Dios sabe qué hace cuando se mete allí.

Por fin mis tres hijos hacen acto de presencia para sentarse a la mesa de la cocina. Hay una discusión para decidir quién se sienta al lado de quién. Se parece mucho al acertijo del lobo, la cabra y la col: si Lorcan se sienta al lado de Paddy, se darán puñetazos; si Paddy se sienta al lado de Amelie, sorberá la comida adrede para molestarla; si Amelie se sienta enfrente de Lorcan, él le dará patadas por debajo de la mesa y dirá que ha sido Sadie, que está despatarrada en su postura habitual bajo la mesa, donde sin duda se zampará la mitad de lo que yo haya cocinado cuando mis hijos se lo regalen a escondidas para así evitar tener que comérselo ellos. El cabronazo de Vincent observa vengativo desde la encimera, esperando para atacar al primero que pase.

—¡Sentaos, cerrad el pico y comed! —les digo.

Sirvo la comida y los tres empiezan a jugar con ella.

—Odio la berenjena. Es superviscosa —rezonga Paddy.

—Pues apártala —respondo—. Amelie, deja de removerla como si buscaras gusanos y come, por favor.

—Estoy a dieta.

—¿Qué? ¿Y eso?

—Porque en el instituto todo el mundo tiene algún trastorno alimentario, mamá, y ¡tú no paras de preparar estas cosas tan grasientas!

—Se llama COMIDA, Amelie, y no es tan grasienta. ¡He utilizado aceite en espray! Acompáñala de un poco de ensalada —le propongo mientras le acerco el bol. De mala gana, coge unas cuantas hojas.

—Mamá, Paddy se cree que es de los populares del insti. Siempre se burla de mí delante de sus amigos —dice Lorcan. Es el más tranquilo de los dos, y a menudo hace las veces de un conveniente saco de boxeo para la inseguridad de Paddy.

—No os metáis el uno con el otro. Ya hay suficiente gente en el mundo con ganas de pisaros la cabeza. No lo hagáis con los miembros de vuestra familia.

—A él le podría pisar la cabeza cuando quisiera —salta Paddy.

—No, no podrías —dice Lorcan.

—¡Sí que podría, GORDO!

—¡Parad! Paddy, pesáis casi lo mismo, ¡no sé por qué lo llamas Gordo!

—¡Porque está GORDO! —Se ríe Paddy. Aunque la diferencia entre ambos sea irrisoria, le basta para meterse con él. Lorcan se quita la máscara durante unos instantes y pone mueca de dolido—. ¿Vas a irle llorando a mamá o qué? —se mofa Paddy.

—No hay ningún problema si lloro. Eso se llama masculinidad tóxica, ¿a que sí, mamá? Lo de reírse porque un tío llora.

—Sí, se llama así. Y ahora cómete la cena.

Amelie aprovecha la oportunidad para retirar la silla ruidosamente y tirar las sobras de su plato a la basura en un santiamén.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—¿Arriba? —dice, como si se lo explicara a un tonto.

Paddy la sigue y echa a correr detrás de ella por las escaleras con el único objetivo de provocar una pelea.

Lorcan me observa con hostilidad. Su plato sigue lleno.

—Tú por lo menos te quedarás con tu vieja y te comerás la cena, ¿verdad que sí, Lorcan?

—No, porque no eres VIEJA. —Sonríe—. Pero es que no tengo hambre.

—¿Tú tampoco? No me digas que te has zampado una chocolatina tamaño familiar como tu hermano.

—No. Es que… odio la musaka. Me da un poquito de asco. —Dicho esto, sale de la cocina y agarra un paquete de ganchitos de la despensa para el camino. Vacío los platos en el cuenco de la perra y empiezo a llenar el lavavajillas. Pues menuda cena en familia. Vincent espera a que le dé la espalda para saltar sobre la mesa. Cuando me dispongo a pasar la bayeta, me lo encuentro lamiendo con ansia la bechamel de la musaka que ha sobrado.

La guardaré para Martin.

—Ciara, ¿has visto mis pantalones de fútbol?

Martin me grita desde la planta de arriba. No sé si es eso lo que ha dicho en realidad, pero es bastante factible. Por lo visto, oigo a través de las puertas, los techos y las plantas de nuestra casa, y soy capaz de localizar cualquier objeto en un radio de cinco millas en menos de lo que canta un gallo.

Me acerco al pie de las escaleras y miro hacia arriba. Martin está en calzoncillos y su barriga peluda se aprieta contra la barandilla. No está mal para tratarse de un hombre de cincuenta y un años con un pelín de sobrepeso, la típica calvicie incipiente y psoriasis en la cara, pero no se parece en nada al treintañero atlético y esbelto con el que me casé. Digamos que su estante de productos para el pelo está bastante vacío y que la ropa interior de su cajón ocupa más que antes. Que conste que él podría decir lo mismo sobre mí, y a veces lo hace.

—Como sigas comiendo, ¡no cabrás por la puerta! —me advierte de vez en cuando si me pilla delante de la nevera abierta. Qué debe de ver cuando me mira, me pregunto. ¿Él también lleva a cabo el mismo inventario físico que hago yo, de tanto en tanto, con poquísimo cariño hacia mi persona? ¿Me mira desde lo alto de las escaleras y piensa: «No sé quién es esta mujer de mediana edad, bajita, algo rechoncha, con pelo corto y encrespado, y raíces canosas, ni por qué se pone esos viejos pantalones de correr»? «Es evidente por su papada, sus brazos fofos y sus michelines que últimamente no ha salido demasiado a correr, así que solo me cabe deducir que se trata de mi decepcionante y mal vestida esposa, que ahora no se parece en nada a la mujer tímida y torpe en sociedad pero por lo menos esbelta con la que me casé». ¿Lo piensa? Ojalá me prestara la suficiente atención para haberse dado cuenta. Martin solo se refiere a mi aspecto para mostrar desaprobación si cambio algo. Un día me dio por hacerme mechas y me dijo que parecía «desesperada». Supongo que lo estaba, pero no de la manera que lo decía él.

—¡Mamáááááá! —grita Lorcan desde detrás de la puerta de su dormitorio—. ¿Dónde están mis botas nuevas?

Otra vez. Creo que, de hecho, esto daría para un buen blog…

BLOG 2: ¡Qué mala leche!

Es lunes por la noche. O sea, que es noche de fútbol. Desde hace un par de meses, mis hijos van con M a jugar un partido de futbito. Han esperado durante años: M se ha pasado los últimos cuatro resoplando y jadeando en sus pantalones cortos viejos y holgados, y no ha sido hasta hace poco cuando ha considerado a nuestros hijos lo suficientemente maduros para permitirles la entrada en el sagrado reino masculino de césped artificial, atasques de asma y desafortunados gestos de rodillas para celebrar la victoria.

Al principio estaban muy emocionados. Suponía salir de casa a las 21 h entre semana, llevar unas botas especiales, ir en coche con papá y quizá después beberse una botella de Gatorade de la máquina expendedora. Ahora la novedad ya ha caducado y se quejan como si les pidieran que barrieran el maldito campo, en lugar de correr por ahí como si fueran Sergio Agüero con acné.

Odio las noches de los lunes porque, si mis hijos siguen despiertos pasadas las 22 h, para mí es como si me hubieran robado un poco de mi tiempo. No puedo relajarme, sentarme y disfrutar de algo en la tele si deciden dar una vuelta después del partido porque tengo que estar disponible para resolver cualquiera de las numerosas complicaciones que sin ninguna duda surgirán. También me toca estar atenta para reponer las provisiones de leche en caso de que les dé por atacar la nevera. Algo que resulta la mar de inquietante. Dos adolescentes dando tragos a PINTAS de leche como si fueran unos gigantescos bebés con granos y ropa deportiva. Y pensar en todas las noches que me pasé en vela intentando que los gemelos bebieran un poquito de leche de fórmula, que terminaban vomitando al cabo de unos segundos con un cálido eructo lechoso… Ahora los muy cabrones me lo devuelven bebiendo tantísima leche que sudan calcio. Son enormes, más altos que yo y capaces de engullir ingentes cantidades de líquido blanquecino sin apenas tragar. No me gusta que beban tanta leche porque:

a) yo me quedo sin para el té de la mañana y tengo que ir a la tienda de la esquina a comprar ataviada con mi enorme abrigo, que

tapa mi pijama y mis zapatillas, que en realidad no son zapatillas;

b) nunca se comen lo que les cocino, pero una hora después bien que bajan para hincharse de leche;

c) creo que me provocan adrede recordándome lo insoportables que se ponían por bebérsela cuando yo necesitaba que se la bebieran de verdad.

Pero, bueno, como tenemos la casa para nosotras, mi hija y yo tenemos la oportunidad de estrechar vínculos.

¿A quién pretendo engañar? ¡¿Estrechar vínculos?! ¿Por qué me da la impresión de que debo esbozar un retrato agradable de lo que supone ser madre de adolescentes cuando este blog solo lo voy a leer yo? No tengo que impresionar a nadie.

Bueno, cuando digo «estrechar vínculos» me refiero a que, como en casa solo estamos mi hija y yo, tenemos tiempo más que de sobra para repetir la misma conversación que llevamos manteniendo los últimos seis meses, durante la cual yo intento «conversar» mientras ella sonríe con suficiencia y trastea el móvil.

Llamo a su puerta en cuanto M y los gemelos se han ido. No me oye porque, por lo visto, es imprescindible escuchar música estridente sobre gánsteres y putas mientras intentas hacer los deberes. Vuelvo a llamar. La música se apaga.

—¡¿Qué?! —dice, sin ni siquiera procurar ocultar su irritación.

—¿Todo bien? —le pregunto mientras asomo la cabeza.

—Sí —suspira. Su habitación es un desastre: hay ropa, libros, zapatos y abrigos por todas partes. Está distraída, tumbada boca abajo sobre la cama, jugueteando con el móvil.

Inspecciono el caos durante unos instantes antes de dirigirme hacia la cama. Mi hija suelta un resoplido muy fuerte cuando despejo un sitio para sentarme.

—¿Qué tal van los deberes? No sé cómo puedes concentrarte con la música tan alta.

—Dios, pedazo de tópico, mamá —dice mientras vuelve a centrarse en el móvil.

—¿Y bien? ¿Qué tal van?

—Bien. En el examen de hoy he sacado la mejor nota de la clase.

—Muy bien. Veo que el profe particular está dando resultados.

—Sí.

Nos quedamos sentadas en silencio, sus ojos recorriendo la pantalla que tiene en las manos. Me inclino para ver qué está mirando y entonces coloca el móvil boca abajo sobre la cama con un golpe.

—¡¿Qué?! —exclama con tono acusador.

—¡Nada! ¡Quería ver qué era eso tan fascinante!

—¡Nada! ¿Quieres algo o qué?, porque estoy ocupada.

—Vale. No. Solo eso. Quería saber qué tal estás, nada más.

Vuelvo a la planta de abajo. Por las noches no sé qué hacer. Me paso el día esperando a que regresen a casa y, cuando entran por la puerta, no quieren estar cerca de mí ni de coña. ¿De qué sirve tener hijos adolescentes? Habría que mandarlos a una especie de campamento entre los doce y los diecisiete, ¿verdad? Así volverían siendo personas agradables, capaces de tener una conversación y dispuestas a ayudar en casa y a cuidar de sus cosas. Los padres, mientras tanto, nos reciclaríamos, iríamos a la universidad, beberíamos un porrón de martinis y nos repondríamos de los durísimos primeros años de clase.

No está mal. Me siento un poco mejor. Hay muchas noches en que habría matado por tener media hora, o incluso diez minutos, para mí misma, pero hoy por hoy, si soy sincera, me siento un poco sola cuando se encierran en sus cuartos. Deambulo por la cocina fingiendo ordenarla, fingiendo que tengo cosas que hacer. Pero no es así. Lo he hecho todo mientras estaban en el instituto. Estoy a punto de zapear en busca de un programa que ver o ponerme al día con el cursillo de cuyo nombre no puedo acordarme cuando me suena el móvil.

A mí nunca me suena el móvil.

Seguro que es un teleoperador que me va a acribillar a preguntas personales antes de ofrecerme un impresionante descuento en las facturas de la luz; ojalá el descuento se aplicara en el cansancio que arrastro.

Miro el móvil y se me cae el alma a los pies. Es Debbie. Debbie, la

que vive unas casas más arriba. Debbie, la que solo tiene una hija cursi como ella sola llamada Meredith que es la niña de sus ojos. Vamos a ver, ¿quién le pone Meredith a su hija? Es el nombre de una criada de la época victoriana. Meredith y mis hijos van a la misma clase desde preescolar y, cuando les da por discutir, Debbie salta siempre, me cuenta lo «preocupada» que está, me da su «opinión» y me aconseja cómo «controlar mejor a los gemelos».

Debbie es muy deprimente. En esta casa todos la llamamos Debbie la Depre. Delante de ella no, obviamente. Delante de ella soy el paradigma de la educación, la conformidad y los asentimientos y las sonrisas falsas. Su rostro ceniciento muestra siempre una expresión preocupada, y viste de beis casi de la cabeza a los pies. Corretea por las calles como si fuera un ratoncito ansioso. Ha ejercido de madre soltera desde que su marido, Stephen, la abandonara hace tres años. Creo que lo echó por aburrimiento. Debería compadecerla, pero es imposible, porque es una mosca cojonera.

—Hola, Deb, ¿qué tal? —digo mientras me preparo para asistir a un largo y deprimente monólogo.

—Hola, Ciara… —Suspira—. Espero no pillarte en mal momento.

—Bueno, tengo a George Clooney en la ducha, pero seguro que tardará un rato en secarse con la toalla, así que…

—¿Cómo dices?

Dios, qué tonta es.

—Da igual. ¿Cómo va todo?

—Bueno, quería comentarte algo…

—¿Sobre los gemelos?

—Ah, ¿ya te lo han contado?

—No, lo he intuido.

Allá va.

—Es que Meredith ha vuelto a casa del instituto muy triste porque Lorcan y Paddy le han dicho que tú les has dicho que no hablen con ella.

—¡¿Qué?!

—Sí, han dicho que tú les has dicho algo no muy agradable sobre

ella y Meredith está hundida. Ya sabes lo bien que le caes, Ciara, y le cuesta creer…

—Un momento, un momento. ¿Qué es lo que se supone que he dicho?

—Ay, no me gustaría tener que repetirlo…

—No, venga, lo quiero saber. Los voy a matar… ¡Es mentira! Solo pretenden meterme en líos.

—Bueno, pues han dicho que la llamaste… Espera, lo he apuntado en alguna parte… Ah, sí, aquí está. Espera, que me pongo las gafas… Ya, sí, les has dicho: «¡No le contéis nada a esa chica porque es una asquerosa manipuladora!».

Hay un largo silencio.

Claro que no les he dicho eso. ¿Verdad que no? ¿O igual sí que se lo dije en un momento de debilidad en que no pude soportar otro puto drama de patio infantil? Si Meredith percibe la más mínima grieta en nuestra línea de defensa familiar, mete las narices por ahí y causa un terremoto de grandes dimensiones. Quizá sea porque es hija única, pero lo cierto es que se siente sumamente atraída por los problemas. Le encanta el drama, sobre todo si ella es la víctima.

—Vaya, Debs, pues es ridículo. ¡Nunca diría nada parecido! ¡Seguro que es un malentendido! No olvides que Meredith tiende a decir mentirijillas cuando se enfada con los gemelos… No digo que se invente historias, pero después de todo en el instituto la apodan J. K. Rowling…

Qué bueno.

—Es que de eso se trata… Paddy te grabó diciéndolo y lo ha puesto en el grupo de WhatsApp de la clase. Todo el mundo lo ha oído…

—¿Cómo? ¡¿Por qué?! —Mi hijo es raro.

Los voy a matar. Los voy a matar, hostia.

—Debs, no es nada personal. A veces todos son unos asquerosos manipuladores, ¿no crees?

—Meredith será muchas cosas, pero no es una manipuladora.

«Sí, claro, como que tú te ibas a enterar», pienso.

BLOG 3: El infierno son los hijos de los demás

En serio, ¿a quién le caen bien de verdad los hijos de los demás? A mí a duras penas me caen bien los míos. Los hijos de los demás casi siempre son o bien unos genios que brillan, cantan, bailan, tocan la trompeta y te recuerdan lo tontos, vagos y poco talentosos que son los tuyos, o bien son tan irritantes y groseros que debes sentarte encima de las manos para no pegarles una bofetada en la cara por accidente cuando vienen a jugar a casa con tus hijos.

Las amigas de mi hija por lo general tienen un pase, ahora son más o menos la típica pandilla adolescente femenina de frikis y malvadas. Pero cuando eran más peques… OMG, como dirían ellos. Berrinches, castigos espantosos para la que llevara unos zapatos feos, vetos muy estrictos que impedían que se sentaran a su lado las chicas que estuvieran demasiado gordas, fueran demasiado aburridas u olieran fatal. Las autoras de tales crueldades eran un grupo cambiante de preadolescentes con cola de caballo y calcetines blancos largos. Estoy segura de que a mi hija también le llegó su momento de ejercer de jurado borde de programa de televisión, así que nada de favoritismos. De hecho, durante esa etapa llegué a conocerlas bien, y me cuesta olvidar que la agradable jovencita que se sienta a la mesa de mi cocina y dialoga sobre las distintas carreras que quiere estudiar hace tiempo hizo llorar a mi hija cantando una y otra vez la melodía de Peppa Pig siempre que ella entraba en el aula. Las madres no olvidan esas gilipolleces.

Pero los chicos. Ay, los chicos. ¡Las cosas que se dicen! La violencia habitual. ¡Las microagresiones freudianas sobre lo que les gustaría hacer con las madres de los demás! A veces les robo el móvil y cotilleo sus «conversaciones». El tono hostil y amenazador con que comentan los «chismorreos» resulta horripilante.

En mi época, si querías fastidiar a alguien, lo llamabas «tonto». Esta es una reciente y encantadora conversación que encontré en los chats de Instagram de P con un sociópata igual de encantador que él llamado Jake, un compañero de clase con la dentadura hecha una mierda y una actitud peor.

P. Eres imbécil, tío.

J. Tú eres. Ifiota.

P. Querrás decir idiota. Qué idiota eres. Ni siquiera lo sabes escribir.

J. Que te den.

P. Tullido.

J. ¿Quién está tullido?

P. Tu madre.

J. No es verdad.

P. Lo estará cuando termine de follármela.

J. No te metas con mi madre, joder. Cuidado, tío. Ya verás mañana. Te vas a enterar. Ya verás.

¿A lo mejor debería mirar más a menudo el móvil de Amelie? Una parte de mí confía en que no se deje arrastrar por tanta maldad, pero ¿por qué ha escondido el móvil cuando me ha pillado observando la pantalla? ¿Qué intenta ocultarme?

Oigo correr el grifo de la ducha de arriba. Es mi oportunidad. Mi hija deja el móvil en el dormitorio cuando se ducha desde una vez que se le cayó contra las baldosas y la pantalla se hizo añicos; Amelie bajó corriendo las escaleras blanca como la cera y empapada, con la misma expresión que si acabara de presenciar un accidente múltiple con bebés y gatitos implicados.

¿Debería?

Antes siquiera de decidirme, estoy arriba, llego a su habitación y abro la puerta. Los libros, la ropa y varias bolas de papel han acabado debajo de la cama, y encima de la almohada se encuentra su brillante fragmento de paraíso, su único mundo, su todo: su iPhone.

Sé la contraseña. Pues claro que la sé. Es la fecha de su cumpleaños. Es una adolescente egocéntrica que cree que el día que nació —y no la edad de hielo, el descubrimiento de la penicilina ni cuando el hombre llegó a la luna— es la fecha clave y el momento en que todo dio comienzo.

Pulso en el icono de Snapchat y deslizo por una conversación con alguien que no tiene nombre, sino que se identifica a sí mismo con una hilera de emoticonos de berenjenas. Entrecierro los ojos y

contemplo la pantalla. Me atrevo a mirar, pero al mismo tiempo me avergüenzo por lo que estoy haciendo. ¿Estoy espiándola? ¿Es acaso legal? Supongo que sí, el móvil se lo pago yo, así que tengo derecho, ¿no?

Es una conversación bastante banal acerca de quién vio a quién primero, refiriéndose a gente en el autobús escolar. Es obvio que está hablando con un chico. Hay páginas y páginas de emoticonos, abreviaturas indescifrables y bromas absurdas. Y entonces veo un enlace a un artículo que lleva por título: «¡El esperma es la perfecta mascarilla facial!».

Trago saliva. Puaj. ¡Algún chaval de culo peludo le manda a mi adorable hijita artículos eróticos pseudocientíficos! Debajo del enlace, el tío berenjena ha copiado una fila de emoticonos de salpicaduras. ¡¿Qué significa?! No se referirá a corridas, ¿verdad? Después de los emoticonos ha escrito: «Era una idea…», con otro emoticono que guiña el ojo y media docena de caras descojonadas. Entre broma y broma la verdad asoma, está claro.

Oigo que se detiene el agua de la ducha. ¿Cómo es que ha sido tan rápida? Normalmente se pasa una buena media hora. Hago clic en la pantalla y finjo que ordeno la ropa cuando se presenta envuelta en toallas y me mira con suspicacia.

—Por lo menos intenta colgar la americana… —protesto. Mi hija gruñe y coge el móvil.

—¿Has entrado en mi Snapchat? —me pregunta.

—¿Qué?

—Tengo un mensaje que me dice que he escrito durante mucho rato sin enviar nada.

Mierda. Me ha pillado. ¿Qué hago? ¿Confieso y le exijo hablar sobre aquel chaval? ¿O me declaro inocente aunque sea evidente que ya sabe la verdad?

BLOG 4: El espionaje de uno es la información necesaria de otro

Al parecer, los adolescentes creen que los adultos no tenemos ningún derecho a saber nada de lo que ocurre en su vida. Cuando

mis hijos eran pequeños, se les daba como el culo guardar un secreto. En Navidad camelaban a mi marido para que les diera dinero y comprarme alguna que otra chorrada que luego envolvían fatal. Y luego se morían de ganas de decirme qué era lo que me habían comprado. Me perseguían por toda la casa diciendo: «Mamá, no digo que sea un jabón, pero sé cuánto te gustan los jabones, ¡y este valía 3,99 libras!».

Hoy cada vez que formulo una pregunta me siento como Claire Danes en *Homeland*.

—¿Qué has comido a mediodía?

—¿¿¿¿POR QUÉ????

—¿Quién ha llamado a la puerta?

—¡Dios!

—¿Te has cepillado los dientes?

—¡¡DEJA DE INTERROGARME!!

¿A quién le sorprende que haya tenido que recurrir al espionaje para asegurarme de que no les sucede nada sórdido? ¿Cómo voy a saber si venden droga y ofrecen favores sexuales a cambio de deberes, o si planean apuñalar a alguien durante el recreo?

No me trago la idea de que los adolescentes necesitan intimidad *per se*. No la tendrán sin antes haberse ganado la confianza. Y si podemos confiar en ellos, no tienen nada que temer si echamos un vistacillo, así que ¿cuál es el problema?

Sopeso la intrincada lógica parental del asunto mientras Amelie me fulmina con la mirada esperando mi respuesta.

—Sí —digo al fin—, te he mirado el móvil.

—¡¡JESÚS!!

—Lo siento, estaba preocupada. Últimamente estás muy rara y me preocupaba que te acosaran o… o no sé, que te metieras en algún rollo raro de drogas, o que… ¡que te escribiera un pedófilo! —escupo. No me convenzo ni a mí misma.

—¡No estabas preocupada, me estabas *stalkeando*! ¡Por el amor de Dios, mamá! Me siento… ¡VIOLADA!

—Sí que me preocupo por ti, y creo que, de hecho, es parte de mi trabajo asegurarme de que…

—¿Parte de tu trabajo es ser una espía penosa, cotilla y entrometida?

—Sí —murmuro.

—¿Por qué no me preguntas lo que quieras saber?

—Vale. ¿Tienes novio?

—¡Dios! ¡No me puedo creer que me hagas esa pregunta!

—Bueno, ¿de qué chico se trata?

—¿Asumes que soy hetero? ¡Quizá no sea un chico!

—Vale. ¿Es un chico?

—Sí. Pero no es mi novio… Solo hablo con él.

—¿Eso qué quiere decir?

—¡Que solo hablo con él! Y ya.

—Entiendo. O sea…, ¿os cogéis de la mano y tal?

—Ay, por el amor de Dios, qué asco.

Vale, así que ¿cogerse de la mano da asco pero hablar de los beneficios del semen para la piel está bien? Ajá.

Necesito a mi madre. Me escabullo del cuarto de Amelie para que siga con su sofisticado cortejo cibernético y cojo a mamá del estante.

Hola, mamá.

Tú no habrías tolerado nada de esto. La información sobre el sexo me llegaba con cuentagotas, básicamente porque lo más cerca que estuvimos en casa de hablar de ello fue cuando leí en voz alta la inscripción de una moneda de quince peniques y todos nos ruborizamos cuando dije: «Regina».

Me recetaron la píldora a los dieciocho, pero encontraste la caja, que yo había escondido con cuidado en el cajón de la ropa interior. Te sentaste conmigo y me dijiste muy seria que a los hombres solo les interesaba una cosa. Me sentí abochornada. En realidad, no tenía ni idea de sexo. Hacía un año que salía con mi novio, pero solo hicimos lo que en los carteles de la piscina describían como *refrotarse* porque era una buena católica. ¿Qué dirías ahora si supieras que tu guapísima nieta, la chica que te robó el corazón y que adoraste desde el minuto uno, recibe sugerencias sexuales de un

chico con el que solo «habla»? Te pondrías hecha un basilisco. Las cosas ahora son muy diferentes, mamá. Por lo visto, mis hijos saben muchísimo. La semana pasada entré en el cuarto de baño y ¡me encontré a Paddy afeitándose alrededor de los testículos! ¡¿Por qué?!

No me puedo creer que haya pronunciado la palabra *testículos* delante de ti, mamá, lo siento. Quizá era yo la puritana. Quizá interioricé tu recato católico irlandés como vergüenza. Quizá tú no tenías ningún problema con eso y solo querías protegerme. En aquella época pensaba que estabas anticuada, que eras una monja vestida de mamá. Ahora siento exactamente lo mismo que debiste de sentir tú al descubrir mis píldoras: un nudo en el estómago al saber que a tu querida y joven hija la pudiera manosear un joven salido y sobón.

Levanto la vista mientras murmullo y veo que Amelie está delante de la puerta de mi habitación, mirándome fijamente.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Nada. Hablaba… con la abuela.

—Qué rara eres —dice antes de cerrar la puerta tras de sí.

El estruendo de las botas en el pasillo indica el regreso del trío futbolero. Dejo a mamá en el armario y bajo las escaleras para discutir con los gemelos e intentar que se den una ducha rápida.

—¡Eres patético, joder! ¡Te han metido tres goles!

—No es verdad. ¡Te he hecho un caño!

—Chicos, chicos, quitaos las botas y meteos en la ducha, vamos —dice Martin. Está sudoroso y tiene la cara roja. Los holgados pantalones cortos se le pegan a las piernas mientras intenta, de pie, quitarse las botas de un par de patadas para no agacharse—. Ay, mi espalda. —Hace una mueca—. Soy demasiado mayor para esto.

—Bueno, pues no vayas. ¡Quédate conmigo y ya está!

Mi marido resopla, como si fuera la idea más absurda del mundo. O sea, ¿de qué hablaríamos? ¿Nos sentaríamos delante de un plato de comida preparada del supermercado, a la luz de las velas, mientras me cuenta cosas sobre el día que ha pasado en el duro

sector de los seguros? ¿Me entretendría con historias dramáticas acerca de las dificultades del departamento tecnológico para bloquear las redes sociales de los trabajadores más jóvenes? ¿Le haría reír yo al decirle que creía que se nos habían acabado las pastillas del lavavajillas pero que luego he encontrado una detrás del cubo de la basura? ¿Nos apoltronaríamos en el sofá mientras él mira los capítulos grabados de *El mundo en guerra* y yo me pregunto qué ha pasado con los sueños que tuvimos hace años de viajar, ver mundo e ir en busca de aventuras? Absurdo.

3

Los gemelos han vuelto a casa con las notas de mitad de curso. Ay, madre. Otro surtido de suspensos, ya lo estoy viendo. Casi no me atrevo a abrirlas, tanto miedo tengo. Voy a tener que HACER ALGO con ellos, porque Dios no quiera que sean alumnos mediocres. Se esperará de mí que les ponga profesores particulares. Que monitorice sus deberes y que los ayude a organizar los apuntes. Que les ponga horarios y que acuda a reuniones con su profesores. ¡Se me exigirá que les diga que son maravillosos pero que no están dando el cien por cien! Si no sacan notable será porque yo no me he esforzado lo suficiente.

BLOG 5: Porque no lo vales

Hubo una época en que la única función esencial de criar a un niño era mantenerlo con vida hasta que fuera lo suficientemente mayor para ayudar en la cosecha. Hoy en día, al parecer, eso no basta. Hoy en día tenemos que hacer otras cosas, como apoyarlos en los estudios, animarlos a expresar sus opiniones y subirles la autoestima. No puedes decir que nada que hayan hecho ellos se aleja de la genialidad —ni ese penoso trabajo de plástica, ni una redacción a medias, ni una función escolar espantosísima—. No puedes decirles que algo no se les da muy bien. No puedes reñirlos por no llegar los primeros, por no ganar. En cambio, debes insistir en que lo importante es que han dado el máximo de sí y que, en lo que a ti respecta, ellos SIEMPRE son los mejores; no porque sea una manera de mostrar amor y amabilidad, sino porque es la manera de llegar al ÉXITO.

Hoy a los niños se les cuelga la etiqueta de fracasados si no sacan

sobresalientes. Y, en contrapartida, también a los padres. Mis hijos no están por la labor. He intentado sentarme con ellos mientras hacen los deberes y se tiran pedos y ríen, me he rendido y he hecho los deberes en su lugar, les he dejado suspender con la esperanza de que eso les hiciera ponerse las pilas…, pero no funciona nada. Es que les da igual. Incluso he intentado avergonzarlos para que se sientan motivados. Últimamente, si no lo hacen igual de bien que sus amigos en los exámenes o en las competiciones, les digo que los que han ganado se han esforzado más o que, simplemente, son mejores que ellos. Intentan rebatírmelo durante un minuto o dos, sentir lástima por sí mismos, pero al final acaban admitiendo que llevo razón. Aunque hoy en día es una herejía decirles eso a tus hijos, espero que algún día me lo agradezcan. Hay una fina línea entre alentarlos y embaucarlos con un falso sentido de seguridad. Los mantengo alerta, argumento, para que entren en la vida adulta comprendiendo las normas del juego. ¿De qué sirve que tengan la autoestima alta si se basa en una falta total de conciencia de sí mismos? Deben ser conscientes de cuándo son un cero a la izquierda, porque la vida te lo demuestra sin miramientos.

Admito que a veces cruzo la línea. El otro día terminé deprimiendo a P con mi sinceridad. En un arrebato de amor, compré un paquete de gofres y les di uno a cada uno en el desayuno. Dos de los gofres estaban rotos y se los entregué a A y a L, consciente de que P, al ser el que tiene peor genio de todos, montaría en cólera si el suyo estaba roto. Se sentó a la mesa y engulló su gofre mientras los otros dos iban a cepillarse los dientes, y soltó un suspiro de alegría.

—Qué suerte, mamá. ¡Soy el único que tenía el gofre entero! —graznó.

—No ha sido suerte. Los dos primeros estaban rotos y he pensado: «Más vale que se los dé a los otros, porque a P le va a dar algo como le toque un gofre destrozado». Así que no, no ha sido suerte; he sido yo, que intentaba controlar tu mala leche.

Se quedó en silencio. Me imaginé que la pasta dulce se volvía amarga en su boca. Como percibí la dureza de mis palabras resonando en el aire, me acerqué para ver si estaba bien. Había agachado la cabeza y medio susurró:

—Vaya, pues ahora no me siento demasiado bien conmigo mismo…

A veces soy un poco cabrona. Pero ¿soy cabrona también si tengo razón?

4

—Mamá… ¿Podemos hablar un momento?

Ay, caray, debe de haber ocurrido algo. Estoy intentando guardar las interminables montañas de ropa limpia, sin duda una de las tareas más absurdas de mi día; en cuanto esté toda colocada en los armarios, enseguida volverá a cubrir el suelo manchada de chocolate y de barro.

Amelie está delante de la puerta de los gemelos. Se debate con inseguridad mientras me observa meter calzoncillos en unos cajones ya llenos hasta los topes, antes de entrar en la habitación y sentarse sobre la cama.

BLOG 6: Hablemos de sexo

¿Por qué me repugna la idea de que mi hija está despertando sexualmente? Ojalá fuera como esos padres guais, uno de esos jipis de clase media que permite que los novios de sus hijas duerman con ellas en la misma cama, lanza condones por el cuarto de baño y cuenta chistes verdes durante el desayuno. Pero yo no soy así. Siempre que me la imagino en la cama con un tío, noto un nudo en el estómago. Quiero arrancarme los ojos antes de pensar en ello. Y ahora ha ocurrido lo peor.

Tiene novio.

Al principio me lo negó. Los adolescentes son pedantes con la terminología, con los nombres con que describes las cosas. La semántica lo es todo. Hoy en día, puede que un chico te guste, hables con él, le mandes vídeos haciendo *twerking* y quizá des a luz a sus hijos antes de colocarle la etiqueta de «novio». De ahí que, cuando tuve el presentimiento de que un chaval larguirucho con

deportivas carísimas la rondaba y espié su móvil, mi hija negó con vehemencia tener novio y consiguió que me sintiera como la tía viuda y controladora del año 1862. Hoy, sin embargo, ha corrido a sincerarse conmigo.

Ay, Dios, ni siquiera puedo escribir «corrido» sin hacer una mueca de dolor. Mi hija tiene novio. Se llama Rodney. Como ella no ha visto la serie *Only Fools and Horses*, hacer bromas acerca del protagonista, cuyo hermano se llama Rodney, y el abuelo es una pérdida de tiempo —tiempo que podría aprovechar para clavar tablones de madera en la puerta del cuarto de mi hija—. Ya me sonaba ese chico: Amelie lleva persiguiéndolo desde septiembre, y tengo que concederle que, cuando sabe lo que quiere, va a por ello y lo consigue. Ha hecho capturas de pantalla de todas las fotos de Instagram de él, y su favorita es una en la que sale en la piscina. Le gusta esa porque tiene «unos abdominales espectaculares».

Amelie tiene quince años. Cuando yo tenía su edad, no sabía qué eran los abdominales. Recuerdo mirar embobada a un chico que trabajaba en un puesto del mercado porque llevaba algún que otro pin del grupo The Jam, pero nunca me fijé en su cuerpo. ¿Por qué me sorprende que los tiempos hayan cambiado tanto?

En fin, al final Rodney le pidió salir. Así es como me lo cuenta:

A. Mamá… ¿Sabes el chico del que te he hablado?

Yo. Sí. El de los abdominales.

A. Ese. Bueno, pues me ha pedido que sea su novia.

Yo. (llorando por dentro) Muy bien. ¿Eso qué significa?

A. No significa nada.

Yo. Vale…

A. La cosa es que… ¿Sabes que me gusta desde el verano?

Yo. Sí. Recuerdo que en verano le seguías los pasos.

A. Bueno… El problema es que… Ahora que lo he conocido de verdad… Es un poco… Bastante callado… Y dice que se inclina por los conservadores.

Yo. (Dando una voltereta por dentro). Ay, hija… Esa es una línea roja clarísima.

A. Sí, ¿verdad? Pero ahora tengo que salir con él.

Yo. ¿Por qué?

A. Porque lo he *stalkeado*, y si ahora lo rechazo todo el mundo dirá que soy una lumi.

Yo. ¿Qué es una lumi?

A. Una guarra. Una puta. Una furcia.

Yo. ¿Qué? ¡Eso no tiene ningún sentido! ¿Cómo vas a ser una puta solo por decirle que no a un tío?

A. ¡No lo entiendes, mamá! Todo el mundo sabe que me gustaba, y ahora me ha pedido salir; si digo que no quedo fatal, como si lo hubiera engañado.

Ah. En mis días eso era una calientapollas. Pero no se lo voy a comentar. Me niego a decir «polla» delante de ella. Podría darle ideas. Aunque me confunden las complejas y contradictorias ideas sexuales del grupo social de mi hija, no puedo evitar alegrarme un poco de que haya aprendido una valiosa lección: ten cuidado con lo que deseas.

Yo. Bueno, está bien que te hayas dado cuenta. la belleza está solo en el interior, y los chicos menos atractivos a menudo son los más interesantes, porque deben esforzarse mucho más con su personalidad.

A. ¡Ya lo sé! Como Jordan, que está muy gordo, ¡y es tan divertido! ¡Me encanta!

Yo. Vaya, y ¿por qué no lo buscabas a él?

A. Porque es que… ya estaba ahí.

Yo. ¿Te atrae lo difícil, pues?

A. ¡No lo sé! Pues eso, que ahora tengo a Rodney y no me apetece estar con él. Es igual que cuando ahorré para el salón de la Barbie y, cuando llegué a la tienda, ya no lo quería pero me lo compré igualmente porque me habías llevado hasta allí.

Yo. ¡Haberlo dicho! ¡Me habrías dado una alegría! ¡Gastar tanto dinero en una montaña de plástico rosa que reproduce los estereotipos de género…!

A. Bueno, da igual, salgo con él una semana o así, y luego lo dejo.

Yo. No deberías tratar así a la gente. ¡No es un salón de la Barbie! No puedes ponerlo en el altillo del armario para no verlo y esperar que se esfume. ¡Él también tiene sentimientos! En serio, ¡ya verás el día que alguien te rompa el corazón!

A. ¡Mamá! ¡Déjalo! ¡Parece que me obligues a salir con él! ¡Intentas que me sienta culpable!

Yo. Que no. Solo quiero que seas amable. Es lo único que quiero.

A. ¡QUÉ PESADA ERES!

Estaba bastante orgullosa de esa conversación. Creía que lo había hecho bien al dejar que me contara eso que me ponía muy pero que muy incómoda y responderle con sensibilidad; cuando en todo momento lo que me apetecía era gritarle: «¡Vuelve a tu cuarto y ponte a jugar con las Barbies!».

¿Soy una mojigata? ¿Su «despertar» (ejem) me resulta tan inquietante porque enlaza directamente con mi declive sexual? La mayoría de los días el sexo no podría interesarme menos. Supone demasiada molestia. No el acto en sí mismo; más bien el esfuerzo mental de pensar en hacerlo, retirar las capas diarias de irritación marital y de ligero asco, y cruzar el Rubicón de la necesaria distancia doméstica para así imaginar que el hombre calvo y sudoroso que tengo delante es un joven buenorro.

No sé qué hacer con la información que ha compartido conmigo. Por un lado, me alegra que se sienta capaz de contarme cosas; por el otro, ojalá no me las contara. Porque en realidad no las quiero saber. ¿Dónde acabará? Cuando al final pierda la virginidad (buf), ¿voy a tener que soportar un informe con pelos (ejem) y señales? ¿Me atará a una silla y me forzará a escuchar qué tal ha ido todo? Gracias a Dios, los gemelos aún no parecen interesarse en absoluto por las chicas. Están demasiado ocupados dándose de hostias el uno al otro como para gastar energía tocando a las chicas. ¿Cómo lo llevaré cuando empiecen a salir por el parque e intenten hacerles chupetones a desconocidas?

Me suena el móvil. Es Debbie la Depre. Dos veces en una semana. Vaya. En su casa la cosa debe de estar fatal.

—Hola, Deb.

—Hola —suspira.

—¿Qué pasa?

—Ah, no, nada, nada. Te llamaba solo para hablar…

—Vale. Pues…

—¿Qué tal tus hijos?

—Bien, bien. Sí, bueno, hoy no he visto a los gemelos… Supongo que seguirán vivos. Antes he oído a uno de ellos soltar un taco, así que estarán jugando a algo.

—Ay, Dios… Suerte que a Meredith no le gustan esas absurdeces tóxicas.

—Excelente. Muy bien hecho.

—Bueno, no aprobará los exámenes de violonchelo si pierde el tiempo matando zombis imaginarios, ¿no te parece?

—Exacto.

—¿Cómo está Amelie?

—Bien, está bien.

—Ha crecido mucho, ¿eh?

—Sí, supongo. Ya sabes cómo va: no te das cuenta cuando vives con ellos…

—¡Hoy la he visto en el parque! ¡Está altísima! Por cierto, creo que la falda le queda un poco corta… ¡Cuando se inclina casi se le ven las bragas! ¡Ja! Estaba con un grupo de chicos. De hecho, los veo mucho por el parque. Qué buen grupo han formado.

Así que está espiándola.

—Sí, parecen majos.

—¿Los conoces?

—Sí, sí…

No.

—Amelie se lleva muy bien con uno de ellos. Un chico de pelo oscuro. ¡Se lleva superbién! ¡Ja, ja, ja!

Ay, cállate, Debbie.

—¿Te has dado cuenta de la cantidad de pandillas que hay últimamente en el parque? Lo he registrado para la Vigilancia del Barrio porque una nunca es lo bastante previsora, ¿verdad? Y ese olor a drogas… Es marihuana, ¿no? ¡Parece que ahora todos fuman! Hoy he tenido que taparme la cara con el chal para cruzar por ahí.

¿Qué pretende decirme?, ¿que Amelie fuma marihuana?

—O sea, no el grupo de Amelie, que yo sepa, pero ya sabes que hoy en día está por todas partes. Para esta generación es como mascar chicle. Ni siquiera intentan ocultarlo.

BLOG 7: Nada de ver maldad

Un consejito para padres:

No me vengas con tus mierdas.

A no ser que uno de mis hijos haya asesinado a alguien (en cuyo caso seguro que lo sé, porque el 85 % de los asesinatos tienen lugar en casa), no quiero saberlo. Los padres que hablan sobre los hijos de los demás o que intercambian rumores, avistamientos o chismorreos sobre ellos me ponen enferma. Sé que creen que están haciéndonos un favor al resto al mantener los ojos y los oídos listos para pillar un morreo, un cigarrillo o un robo menor en la tienda de chuches, pero de hecho creo que su motivo es mucho más oscuro. Creo que básicamente buscan demostrar sus habilidades parentales, superiores a las de los demás, claro. Lo que en realidad quieren decir es: «¡Se me da mejor que a ti! ¡Mira lo que sé que tú no sabías! ¡Fíjate en lo enterado que estoy de todo! ¡ERES UN PUTO DESASTRE!».

O puede que esté paranoica. Nuestra Miss Marple de la Generación X —llamémosla DD— es una mujer muy tímida y triste con un perrillo insufrible —llamémoslo Cabronazo—. DD saca a pasear a Cabronazo por el parque cada media hora para espiar a los chavales del barrio. El pobre perro está hecho polvo. No son paseos, sino más bien misiones de reconocimiento. DD es una de las líderes de la Vigilancia del Barrio y es la administradora del grupo de Facebook de la comunidad, donde los jubilados de derechas emplean su tiempo libre cibernético en arrojar comentarios racistas de tanto en tanto. Su hija —M, que se parece a una niña fantasma de una peli de miedo— tiene un expediente impecable, por supuesto, sobre todo porque nunca sale (a no ser que sea para ir a violonchelo, a clase o a Girl Guides, una especie de Girl Scouts a lo británico). M incluso visita a los mayores de una residencia con DD. Pobres desgraciados, que deben tragarse todos los monólogos tremendistas de DD acerca de las estadísticas de atracos, el abuso

de drogas en la preadolescencia o la basura que la gente arroja a la calle, por no hablar del miedo que deben de pasar al tener delante, un sábado por la mañana, a M, una muchacha pálida y frágil que se oculta entre dos cortinas de pelo largo, rizado y negro.

DD se pasa el día al teléfono soltando indirectas sobre lo que hacen mis hijos; siempre con la voz teñida de la mayor de las preocupaciones, claro. Yo preferiría no saberlo, en serio. Y si no es DD, entonces es su compinche M, que pasa información como una rata. DD puede meterse allí por donde no sale el sol sus preocupadas indirectas y la felicidad insana que siente por los fracasos de mis hijos. En su oscuro mundillo, eso significa que se las puede meter por donde le quepan.

Pongo el lavavajillas y me voy a la cama. Martin está leyendo, pero deja el libro cuando me tumbo. Apago la luz para darle a entender que no habrá diversión. No tendría que haberme molestado; al cabo de tres segundos, ronca plácidamente boca arriba. No sé cómo lo hace. Yo ahora me paso siglos despierta, intentando silenciar sus ronquidos y silbidos, intentando no ver la luz titilante de las farolas. Intentando anular el persistente zumbido de insatisfacción que estos días es mi constante banda sonora. Intentando no sudar tanto para que el pijama y la ropa de cama no parezcan acabados de salir de la lavadora cuando se estropea la función del centrifugado. Intentando no entrar en pánico por lo cansada que estaré mañana gracias a los fantásticos regalos de la menopausia, que consisten en sofocos y en sueños febriles.

Buenas noches, mamá.

5

Es domingo. Tengo una idea. Hace muchísimo que no salimos los cinco por ahí, así que he pensado que estaría bien ir a algún lado juntos, quizá a comer a algún bar. Llevo despierta desde las 7 h, he paseado a la perra, vaciado el lavavajillas, lavado las americanas del instituto, planchado quince camisas, limpiado las botas de fútbol para que estén listas para mañana, vertido lejía en los fregaderos, pasado la fregona por el suelo, ahuecado los cojines del sofá y terminado todo el papeleo. Todavía no ha bajado nadie las escaleras, y eso significa que todos siguen de algún modo dormidos, a pesar de mis grandes esfuerzos por despertarlos con el estrépito de las sartenes, o bien que están ignorándome y pegados a sus pantallas. Grito hacia la planta de arriba.

—¿Martin? ¿Estás despierto?

—Ahora sí —gruñe. Ya sabía que estaba despierto. Es que no le gusta desaprovechar ninguna oportunidad para ganar unos cuantos puntos. A saber cuándo los va a necesitar.

—¿Té?

—No te molestes, ahora bajo.

Enchufo el hervidor y pienso dónde podríamos ir. A Martin no le gusta alejarse demasiado de casa durante los findes porque viaja a menudo entre semana y quiere «estar tranquilo» los sábados y domingos. Hay un bar muy chulo a unas veinte millas de aquí; cuando empezamos a salir, hará unos cien años, íbamos bastante. ¿Y si lo propongo? Lo busco en Google. Sirven comidas hasta las 14:30. Llamo y reservo una mesa a las 13:30.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —dice Martin conforme entra

en la cocina y apaga las luces—. Joder, ¡si parece que eso esté más iluminado que Londres!

—Con The Stag. He reservado una mesa para comer.

—¿Qué?

—A la una y media.

—¡¿Para qué?!

—¡Para comer! ¡Los cinco! En plan familia, ¿sabes?

Mi intención de no ser una gruñona y no quejarme ya está flaqueando. ¿Por qué siempre me da la impresión de que, cuando sugiero que hagamos algo juntos, estoy escalando una montaña?

—¿Es una ocasión especial? No es el cumple de nadie, ¿no? ¿The Stag? ¿El antro al que íbamos? Mierda, no es nuestro aniversario, ¿verdad?

—No, no es una ocasión especial, Martin. He pensado que estaría bien, para variar.

—Pero… Pero…

Veo cómo recorre su laberinto mental desesperado en busca de una tarea doméstica urgente que le evite cualquier tipo de interacción con su familia.

—¡Tengo que podar los rosales! La semana pasada me pediste que lo hiciera.

—No pasa nada, déjalos. Ya lo harás la semana que viene.

Derrotado, se prepara una taza de té, y solo refunfuña un par de veces por tener que conducir y por el precio de salir los cinco a comer fuera.

Voy a la planta de arriba para despertar a mis hijos. Los gemelos están fuera de combate. Lorcan duerme con la ropa que llevaba anoche y todavía tiene puestos los auriculares en las orejas. Si hay algo que envidie de él es su habilidad de dormir como un tronco. Lo zarandeo con cuidado, pero ni se inmuta.

—¡Lorcan! ¡LORCAN! ¡Despierta!

—Mmm… ¿Qué hora es? —gime.

—Las once y cuarto. Levanta.

—¿Por qué? ¡Es domingo!

—¡Vamos a comer fuera!

—¡¿Por qué?! —vuelve a gemir.

—Levántate y punto. Será divertido. Paddy, despierta… Vamos a salir.

No obtengo respuesta.

Le aparto el edredón y recojo las tazas y los cuencos vacíos.

Llamo a la puerta de Amelie. Está haciendo una videollamada por FaceTime con alguien; es una de las chicas de su clase, que al parecer es incapaz de quedarse sola y constantemente necesita alguien con quien hablar, ya sea a primera hora de la mañana, a altas horas de la madrugada, mientras va al baño o mientras se ducha.

¿Por qué siempre que intento pasar tiempo con mi hija me pongo nerviosa?

—Amelie… ¿Te puedes ir arreglando, por favor? Salimos dentro de una hora.

—¡¿Qué?! ¡Un momento! ¿Adónde vamos?

—Fuera.

—¿Fuera? ¿Dónde?

No puede ocultar ni su desagrado ni su incredulidad, ni siquiera delante de su amiga.

Procuro sonar despreocupada, como si fuera normal, como si fuéramos una familia que agradece pasar tiempo junta, que disfruta de los viajes de domingo y se coge de la mano mientras patea las hojas del parque.

—Salimos a comer fuera —digo cerrando la puerta con suavidad y dejando tras de mí una estela de protestas.

Pasaremos un bonito día en familia. Aunque me cueste la vida. Vamos a ver: yo lo organizo todo, ¿dónde está la recompensa? ¿Dónde está mi premio? ¿Dónde está la escena que se asemeja a las de los anuncios?

Las doce del mediodía. Ni rastro de mis hijos. Martin mastica una tostada y se queja de que sigue lleno de la cena de anoche. Dice que no está de humor para salir a comer, sobre todo porque su tránsito

intestinal últimamente no está siendo demasiado regular. ¿Quién dice que el romance haya muerto?

Chillo por las escaleras.

—¡Lorcan! ¡Paddy! ¿Os habéis levantado? ¡Salimos dentro de media hora!

Los dos gruñen.

No estoy segura de que Amelie me haya oído, porque tiene la música a todo trapo. Llamo a su puerta y entro en su habitación. Sigue con el pijama, pero por lo menos ha empezado su elaborada rutina de cejas, así que hay ciertas posibilidades de que podamos marcharnos dentro de cuarenta minutos.

Voy a nuestro dormitorio y busco unos pendientes. Nunca llevo pendientes. Pero en la escena de la familia perfecta la mamá siempre lleva pendientes bonitos, ¿a que sí? Pendientes que su marido o sus encantadores hijos le regalaron con cariño por el Día de la Madre. Y ¿quizá un pañuelo de seda que combine elegantemente con su ropa informal de colores neutros? Busco el pequeño broche de flores que compré con la tarjeta regalo de la tienda Next que Martin me dio la Navidad pasada. No sé por qué lo compré, la verdad, porque no va conmigo, pero me pareció que era la inversión adecuada con una tarjeta regalo de Next de mi marido. Las verdaderas mamás compran en Next, no esperan a que alguien las saque de un Topshop. Encuentro un pendiente, pero el otro no aparece por ninguna parte.

—¿Amelie? —digo dirigiéndome al pasillo—. ¿Has visto mi pendiente, el que forma un par con este? —Levanto el pendiente para que lo vea.

—¿Cómo iba yo a saber dónde está?

—Por si acaso lo has visto al entrar en mi habitación. No me los has cogido hace nada, ¿verdad?

—¿Por qué iba a cogértelos? ¡Son un asco!

No me lo tomo como algo personal, puesto que Amelie hace gala de un gusto muy binario: una cosa o le da asco o es una pasada. No hay punto intermedio.

Pues nada. Tendré que salir sin pendientes. Hubo una época en que me habría puesto solo uno, pero esos días locos ya pasaron. Si lo hiciera hoy, probablemente me encerrarían en un manicomio.

Las 12:15 h. Sigue sin haber ni rastro de los gemelos. Martin está vestido, pero como de costumbre no debe de haberse mirado en el espejo. Lleva una camisa verde, debajo una camiseta interior gris, acompañadas de una chaqueta de punto azul. Parece un espantapájaros salido de una pelea en una tienda de caridad.

—Martin, tus vaqueros azules están limpios… Los tienes en el lavadero.

—Son demasiado apretados. Así voy más cómodo.

—Pero ¡estás hecho un cuadro! —río intentando ocultar mi irritación. Tiene una manera muy pasivo-agresiva de vestir mal a propósito porque sabe que me molesta.

—Vamos a comer a The Stag, no al Ritz, ¡joder!

—Ya lo sé, pero es que… ¡esos colores no pegan!

—¡Me da igual! Voy cómodo.

Demasiado cómodo, en mi opinión.

—Me paso toda la semana dentro de un traje con corbata. En casa me da igual lo que me pongo.

BLOG 8: Zapatillas viejas

Cuando M y yo empezamos a salir, siempre se arreglaba. Aparecía perfumado y bien vestido, con una bonita camisa ajustada y chaqueta. Por aquel entonces me parecía divertido (yo era más bien una chica «boho chic»). Me encantaban las tiendas *vintage*, los vestidos estrafalarios del mercado de Camden, los Levi's y las botas DM. La formalidad de M me resultaba un tanto sexi. Exhibía su pulcritud sin rodeos, era muy distinto de mis amigos. Esa diferencia lo volvía atractivo. Creo que pensé que se le pegaría mi despreocupación, mi indiferencia y libertad en cuanto a la ropa. No es que pensara que lo cambiaría, sino más bien que estar juntos erosionaría sus cantos afilados, como el movimiento de las olas da una nueva forma a las rocas.

No obstante, ocurrió justo lo contrario. Si antes la muerte me habría

dado alcance vestida de manera informal y con colores pastel, ahora poseo numerosas faldas de cinturilla elástica y lo que solo pueden describirse como pantalones de vestir, además de variadas e indescriptibles blusas. Hubo un tiempo en que saldría con él llevando una americana de hombre y unos pantalones de pijama, o un antiguo vestido de graduación y zapatillas de deporte, y me gustaba que fuéramos tan diferentes. Él era mi pilar, me daba seguridad porque se adaptaba, y después de una serie de breves y desastrosos rollos a los que Martin se refería despectivamente como «tipos pretenciosos», comentario que había destrozado la poca seguridad que sentía hacia los hombres, Martin me pareció una apuesta seria y, sí, segura. Se ponía un pasador de corbata, por el amor de Dios; ¿qué mujer no se sentiría segura con alguien así? Y me casé con él. Y me quedé embarazada. Y luego me quedé otra vez embarazada. Ya no necesitaba ropa de salir, ni estrafalaria ni de ninguna clase, porque nunca iba a ningún sitio —aparte de a yoga para bebés, música para bebés y gimnasia para bebés—. En los últimos veinte años, mi marido no ha cambiado lo más mínimo su manera de vestir. De hecho, todavía tiene la mayoría de las chaquetas que se ponía hace años. Están un poco ajadas y le van demasiado ceñidas, pero se niega a deshacerse de ellas porque «aún les queda mucho que vestir».

A veces me siento como una de sus chaquetas: piensa en mí con cariño, estoy desmejorada en algunas zonas, soy vieja y de otra época, pero sustituirme supondría demasiada molestia. O como sus zapatillas. Desde que nos casamos, siempre se ha puesto un par de pantuflas andrajosas de borreguito para estar por casa. Se las compré la primera Navidad que pasamos juntos y nunca las ha cambiado por otras. Casi diría que se las compré en plan broma: «Ja, ja, míranos, ¡somos un par de ancianos!». Pero le encantaron. Le compré unas nuevas hace unos años, pero las dejó en el armario. Al final me desprendí de ellas. Dice que sus viejas zapatillas conocen muy bien sus pies. Hacen las veces de una segunda piel acolchada. No tiene problemas para calzárselas, no debe enseñarles el contorno de sus dedos abultados ni agacharse para ponérselas; la parte de atrás está tan dada de sí que puede

meter los pies y empezar a caminar, hasta que los talones terminan entrando.

Las 12:30 h. Martin se está cambiando las zapatillas por el calzado de fin de semana, un par de deportivas blancas indescriptibles que compra todos los años por rebajas.

—¡Chicos! ¡Amelie! ¡Vamos! ¡Hora de irse!

Amelie baja las escaleras con los ojos clavados en el móvil.

—¡Chicos!

—¡Ya va! —grita Paddy con voz claramente adormilada.

—¡¿No me digas que no te has levantado aún?!

—¡Tendrías que habernos despertado antes! —chilla Lorcan.

—¡Os he despertado a las once y media! ¡VENGA! Vestíos de una vez… Y poneos algo bonito, ¡no los chándales que llevabais ayer! ¡Daos prisa! Os esperamos en el coche.

Salimos de casa y nos sentamos en el coche, con el motor en marcha. Martin cree que, por alguna razón, así transmite una especie de urgencia a los gemelos. Nunca funciona. Aunque estuviéramos en la plataforma de lanzamiento para viajar hasta Marte, seguirían moviéndose a paso de tortuga mientras buscan los auriculares, los calcetines o una sudadera en particular, que es precisamente lo ÚNICO que se llevarían a Marte.

Las 12:45 h. Seguimos en el coche. Martin ha salido un par de veces para meterles prisa. La primera vez se ha encontrado a Lorcan zampándose un bol de cereales —«¡TENÍA HAMBRE!»—; la segunda, a los gemelos riéndose con un vídeo de YouTube de un gato que rapea.

Por fin aparecen, y después de una breve pelea a puñetazo limpio para ver quién se sienta en medio, estamos todos en el coche y de camino. Son las 12:55 h. El bar está a media hora. No pasa nada. Al cabo de diez minutos de trayecto, Martin gira inesperadamente a la izquierda.

—¿Adónde vas? Por ahí no se va a The Stag.

—Lo sé. Voy a tirar un par de bolsas al vertedero. —El maldito

vertedero. Martin está obsesionado con él.

—Vale, pero ¡date prisa o llegaremos tarde!

—Relájate. Vamos a comer a un bar, no a una fiesta de la reina de Inglaterra.

Diez minutos más tarde, estamos atrapados en una caravana para llegar al vertedero. Las hojas podridas que Martin metió en el maletero la semana pasada empiezan a refunfuñar casi tanto como los dos chicos de trece años del asiento trasero.

—¡Vamos! ¡Muévete! ¡Serás imbécil! —Martin está furibundo, y no es la primera vez, por la manifiesta incapacidad de todos los demás conductores. Por lo general es un hombre tranquilo hasta la exasperación, pero cuando se sienta al volante o cuando lo atienden mal en una tienda se convierte en una fiera de extrarradio. Casi se ve el humo que le sale por las orejas. Hoy el hombre que tiene delante es demasiado prudente, un conductor educado que deja que otros coches pasen por delante de él a medida que los carriles forman un cuello de botella en la entrada del vertedero.

Es un gilipollas, obviamente.

Otros diez minutos de insultos y bocinazos, y volvemos a ponernos en camino. Los gemelos han empezado a darse patadas y Amelie les está gritando. Ahora recuerdo por qué salimos tan poco. Ya era un desastre cuando eran pequeños —montaban un buen escándalo en las sillitas, había que limpiarles el vómito y escuchar las mismas nanas en un bucle psicótico—, pero lo de hoy es una tortura pura y dura. Juego mis cartas y subo a tope el volumen de Classic FM hasta que me ruegan que lo baje. He ganado. Por ahora.

Al cabo de cinco minutos, estamos atrapados detrás de una conductora novata.

—Vaca estúpida, ¡¿por qué va tan lenta?!

—Conduce a veinte millas por hora, Martin.

—¡Exacto!

—Es el límite de velocidad aquí. Es una zona escolar.

—Pero hoy no abren los colegios, ¿a que no? ¡Es ridículo!

Son las 13:35 h. Estamos por lo menos a diez minutos del bar.

—Mamá, Lorcan no para de decir *marica*.

—Paddy me dijo que soy un Señor Gay.

—Mamá, en serio, haz que paren, me duele mucho la cabeza.

—Está aparcando, Martin, ¡adelántala! —le digo.

—No puedo adelantarla en una curva, querida.

Al cabo de diez minutos, llegamos a The Stag. Por lo visto, lo han remodelado un poco desde la última vez que vinimos (ha pasado aproximadamente una década).

Hay un montón de cervezas artesanales diferentes, casi tantas como camareros con moño, que me ignoran mientras intento llamar su atención junto a la barra. Me palpita la cabeza, tengo los hombros casi en las orejas y me muero de hambre.

—¡Disculpa! ¿Disculpa?

—Voy al lavabo —resopla Martin. Nuestros hijos están junto a la puerta, pegados a sus móviles como agentes de la CIA en el momento en que se ha desatado un incidente internacional. Todas las mesas están repletas de sonrientes familias rubias, que ríen y bromean y comen platos verdes.

—Hola —dice un hípster distraído.

—Tenemos una reserva. A la una y media. A nombre de Woods.

—Sí, espera… Ah, ya, claro… Creo que no podrá ser —dice, y mira hacia la cocina, que se encuentra al fondo del establecimiento. Por la ventanilla veo barbas que limpian superficies vacías.

—¿Cómo que no podrá ser? —digo un tanto asustada.

—Sí… El chef dice que ya está, que la cocina está cerrada.

—Pero ¡hemos reservado una mesa! ¡En vuestra web pone que servís hasta las dos y media!

—Sí, ya lo sé, pero es que nuestra carne es ecológica y fresca. No compramos a saco, y cuando se acaba, pues se acaba.

Me lo cuenta como si me estuviera dando información de tapadillo.

—Pero… Pero… ¡Tenemos una reserva! ¡Somos cinco! ¡Vengo con adolescentes! ¡Hemos tenido que venir en coche con ellos!

—Lo siento, menuda lata. —Y sigue a lo suyo, machacando remolacha con una coctelera.

—¿No podemos pedir otra cosa? Seguro que hay opción vegetariana, ¿no? —Martin pondrá el grito en el cielo, pero mejor eso que nada—. ¿Y si hoy nos volvemos veganos? —le propongo—. ¿O las nueces provienen de algún tipo de cultivo ético y tampoco os quedan?

—Bueno, de hecho, nos hemos quedado sin pan de nueces a las doce y media, así que…

Mierda.

Martin vuelve del lavabo. Meneo la cabeza en su dirección.

—¿Qué pasa? —me pregunta ya un poco encendido.

—Es demasiado tarde.

—¿Cómo? ¡Ya hablo yo con él!

—No servirá de nada, lo he intentado. La cocina está cerrada. No te quejes, por favor. Vayamos a otro sitio.

—Pero ¡no va a haber nada abierto! Madre mía, aquí, hace unos años, podías pedir una pinta y un trozo de tarta, y te servía un tío que no sabía lo que era una goma del pelo. Venga, vámonos.

Nuestros hijos salen detrás de nosotros, en absoluto preocupados por nada de lo ocurrido. Son tan ajenos a lo que los rodea que no se darían cuenta ni aunque nos hubieran echado de dos restaurantes con estrellas Michelin.

—¿Ahora qué? —pregunta Martin cabreado, como si la situación fuera mi culpa.

—¡No era yo la que no se levantaba! —le espeto—. ¡No era yo la que no se metía en el coche! ¡No era yo la que TENÍA que acercarse esta mañana al vertedero! ¡No era yo la que conducía demasiado lento y no era yo LA QUE HA PEDIDO UN PUTO POLLO ECOLÓGICO ALIMENTADO CON MAÍZ Y CON LOS PUTOS CHAKRAS LIMPIOS! —Un breve silencio sigue a mi explosión.

Paddy resopla. Amelie le da un puñetazo. Y entonces Lorcan se tira un sonoro pedo y los tres se ríen a carcajadas.

Hasta Martin empieza a sonreír.

—Venga, cariño… Vamos al autoservicio del McDonald's —dice con una mano en mi rodilla—. Lo hemos intentado.

Un estallido de alegría sucede a la mención del McDonald's y una efímera calma se instala entre nosotros mientras Martin pide helados McFlurry, hamburguesas y *nuggets* de pollo para todos.

Comemos sentados en el coche y, a pesar del trayecto, a pesar de la decepción, a pesar de la comida basura, todos están contentos.

—¿Ves? ¡Estamos con los niños, estamos todos juntos, tenemos comida y una casa estupenda a la que volver! ¿Quién necesita un cursi gastrobar? ¿Quién necesita algo más?

«Yo», pienso para mis adentros mientras mastico una patata frita blandurria y tibia. Yo.

6

¿Mamá? ¿Estás ahí? Acabo de ver un petirrojo en la ventana de atrás. Alguien me dijo hace poco que los petirrojos son personas reencarnadas. Llevaba un gusano enorme en el pico, pero aparte de eso se te parecía un poco. Me ha mirado como me mirabas tú cuando sabías que te mentía. Solo quería decirte que lo siento. Siento mucho no haberte ayudado demasiado con las tareas de casa.

Recuerdo que volvías de tu trabajo como limpiadora y me hacías notar lo frías que tenías las manos.

—¡Hace un frío que pela! —decías mientras apoyabas los dedos en mis cálidas mejillas. Y acto seguido—: No has podido fregar los platos, ¿no? Ya tenías mucho trabajo tratando de mantenerte calentita, ¿verdad?

Siento mucho que casi siempre chasqueara la lengua y me quejara de que nunca les pedías a papá ni a Aidan que hicieran nada. Pero Aidan era tu ojito derecho, ¿a que sí? Podía pasarse el día tumbado en la cama porque «¡Es un chico!». Y nadie espera que los chicos se ensucien las manos con las tareas domésticas. Por aquellos tiempos estaba tan enfadada por esa injusticia que me negaba a hacer nada a no ser que también lo hiciera Aidan. Algo que nunca ocurrió, claro; si has tenido suerte en la lotería de roles de género, no vas a desperdiciarla y decir: «No, mamá, ¡no es justo que Ciara deba fregar los platos por ser una chica! Pásame los guantes, ¡me pongo a ello ahora mismo», ¿a que no? Lo único que tú veías era que, en lugar de tener un hijo mimado, vago y egoísta, tenías dos. De hecho, mi feminismo incipiente no ayudó demasiado, ¿eh? Supongo que te consideraba el último eslabón de esa clase de mujeres que se

dedicaban a servir a los demás. Para las de tu generación, limpiar, ordenar, cocinar, planchar y hacer las camas era vuestro deber. Pero no para la mía. Yo tenía otras metas. No pensaba quedarme atrapada en la esclavitud doméstica y entregar mi vida a un hombre y a nuestra desagradecida descendencia.

Las cosas no salieron como esperaba, ¿no? Si las cenizas pudieran reír, te estarías descojonando.

No me gustaba nada la manera que tenías de discutir conmigo. Sentía que bombardeabas mis creencias, sobre todo cuando fui a la universidad y volví bastante radicalizada. He aquí algunas de las cosas que recuerdo que me decías y con las que a mí me explotaba la cabeza.

BLOG 9: Cosas que decía mi madre, que me ponían enferma y que ahora no soportaría volver a escuchar

1. «¡A mí me encantaba que un hombre me silbara por la calle!». (Cada vez que me quejaba acerca de ese comportamiento machista).
2. «Martina Navratilova…, ¡la lesbiana!». (Porque sí).
3. «Es cierto que las madres que trabajan son culpables del alcoholismo de sus hijos adolescentes. ¡Lo he leído en el *Daily Mail*!». (La Biblia según tú, mamá).
4. «¡La primera vez que un negro me habló en un bar me llevé un susto de muerte!». (Que procedieras de la Irlanda rural no era excusa).
5. «No te fíes de nadie. Arrima el ascua a tu sardina». (Cada vez que mostraba algún interés en algo o en alguien fuera de nuestras cuatro paredes).
6. «No votes a los laboristas. ¡Tienen detrás a los rojos!». (Estabas muy segura de que Neil Kinnock era un infiltrado ruso).
7. «¡Malditos inmigrantes holgazanes, que viven a costa del Estado!». (A pesar del hecho de que tú misma llegaste desde Irlanda en 1948 y te pasaste años en una vivienda de protección oficial hasta que Margaret Thatcher, tu mesías, os permitió a papá y a ti comprarla, y joder a la siguiente generación en el proceso).

Discutíamos a diario con mucha furia. Y siempre terminábamos de

la misma manera: conmigo diciéndote que no tenías ni idea de nada, que eras una irlandesa intolerante y estrecha de miras que no debería creer todo lo que leía en el *Daily*, el periódico de las mentiras. Me devolvías los golpes uno a uno y me ponía de los nervios que no te inclinaras ante mi inteligencia superior, mi educación superior y mi don natural para debatir. Tú me decías que la izquierdista BBC me había lavado el cerebro. Te daba igual que estuvieras claramente equivocada; se trataba de unos prejuicios que habías construido con gran esfuerzo y de ninguna de las maneras pensabas dejar de creer en ellos así como así. Cuando crecí pactamos una tregua, que en realidad significaba que evitábamos todos los temas que solían provocar una pelea. Durante esa tregua, te quise con locura.

¿Lo sabías?

Creo que eres la única fascista (aunque con chaqueta de punto y zapatillas) a la que he llegado a querer.

Así que lo siento, mamá, por no haber fregado los platos mientras tú te pasabas el día limpiando las casas de los demás. Siento no haber recogido la ropa tendida cuando llovía. Siento no haber intentado descifrar el funcionamiento de la plancha. Siento haberte tratado con superioridad y no haberte escuchado cuando tenías algo que decir, siento haber asumido que ibas a decir algo perverso. Porque ahora veo con claridad que fuiste una puta leyenda.

7

Esta noche Martin me ha preguntado si me gustaría irme con él de finde decente, los dos solos.

—¿A qué te refieres con lo de finde decente? —le he preguntado.

—¿Para qué iba a proponerte uno indecente? ¡Tienes la misma energía sexual que un panda castrado! —Ha creído que el comentario era muy gracioso y se ha reído de su propia brillantez. Gilipollas. No quiero ir de finde decente con él. Supondría escucharlo quejarse por los resultados deportivos y por lo caro que es todo. Y ¿qué harían nuestros hijos? Martin cree que son lo bastante mayores para cuidar de sí mismos durante un par de noches. Pero no es así. Son idiotas.

Los gemelos la han liado en el instituto. Otra vez. Me ha llamado su tutora, la señorita Tanner, una rubia tonta y engreída que lleva trajes de Hobbs a la que le encanta contar anécdotas personales que resulten inspiradoras. Me dan miedo las reuniones con la señorita Tanner. No fui precisamente una alumna ejemplar en el instituto, pero las figuras de autoridad aún me ponen nerviosa; todo el rato tengo la tentación de agachar la cabeza y asentir. Es más fácil si los dejas ganar. Creo que la señorita Tanner tiene buena predisposición, pero ya sea por las décadas que ha pasado en primera línea ante la indiferencia callada y obtusa de los adolescentes o porque le da igual lo que le digas, es incapaz de escuchar. He intentado varias veces contarle mi teoría de que a los gemelos les iría mejor si los elogiaran de vez en cuando, en lugar de recibir solo los castigos y los comentarios negativos con que vuelven a casa día tras día. No me deja terminar ni una frase. En realidad, tampoco me deja ni

empezarla.

BLOG 10: Escuela de malos tragos

Desde que soy madre, lo que más atónita me tiene es el sistema educativo. En los libros de Historia aparecen niños de la época victoriana de rostro impertérrito que miran al horizonte sin alegría alguna mientras un verdugo de ojos asesinos les suelta una bronca. Las manos heladas y raquíticas de los pobrecitos agarran trozos de tiza delante de unas pizarras diminutas. La situación no ha cambiado demasiado, con la excepción de que ahora los estudiantes utilizan bolígrafos y a los profesores ya no se les permite utilizar la violencia para acabar con la tontería.

Cuando el primer día de cole llevas de la manita a tus queridos hijos, no tienes ni idea de que realmente estás entregándoselos al Estado durante quince años. Ya no son tus hijos. Ahora son hijos de la alfabetización, de los uniformes, de las reuniones, de los horarios, el comedor, los exámenes, los trabajos, las normas estrictas sobre quién puede sentarse dónde y cuándo. Son presas de los abusones y los profesores los ignoran, los desprecian, no los creen si están enfermos, les dicen que el timbre no es para ellos sino para el maestro, les hacen leer en voz alta delante de toda la clase, los obligan a estudiar cosas que detestan y a dejar de lado lo que les gusta. No serán elegidos, incluidos ni aplaudidos. Si no encajan en el estrecho patrón de lo que es un buen alumno, se quedarán al margen y se les dirá que son unos fracasados.

Los colegios y los institutos han evolucionado una barbaridad en los últimos cien años: los alumnos utilizan ordenadores, los profesores utilizan presentaciones de PowerPoint y en los comedores ya no se sirven yogures de fresa. Pero en gran medida siguen siendo los crueles centros de antaño.

Mis hijos no encajan. Para ellos, ir a clase es un ejercicio diario que les arrebata lentamente la autoestima. Empezaron la escuela enteros, pero los últimos diez años los han moldeado hasta convertirlos en unas versiones más pequeñas y amedrentadas. A veces son cuestiones trascendentales, a veces son cuestiones banales. No los eligen para jugar al fútbol porque, aunque son

buenos, pelean demasiado. Trascendental. Se hacen pasar el uno por el otro o los echan del autobús. Banal. Los obligan a pasarse la hora de comer recogiendo la basura porque en clase de Matemáticas se han puesto a bailar. Banal. Banal. Banal.

El Estado es el dueño de tus hijos. Ni siquiera se te permite entrar en el colegio hasta que llegan a la Secundaria. Debes pedir cita. Atrás quedan los días en que podías presentarte en la guardería o en preescolar y echar un vistazo a sus folios coloreados. Cuando los recoges a las 15:30 h, nadie te dice cuántos polluelos han salido del cascarón ni lo bien que se han sentado en la alfombra mientras les contaban un cuento. Me paso la vida yendo y viniendo del instituto porque se han olvidado la bolsa de gimnasia, los deberes o la comida, y una vez allí, me siento como una adolescente americana contrariada a punto de emprenderla a tiros en lugar de como una mujer de mediana edad con un bocadillo de jamón y un batido de yogur en un táper de Minecraft. La atmósfera es punitiva, intimidante, institucional. Ir al instituto de los gemelos es como ir a un vis a vis en una cárcel. Aunque sé de sobra que es su culpa por ser unos cabroncetes vagos y alborotadores, es desalentador oírlo de otra adulta, sobre todo de una tan santurrona como la señorita Tanner.

La señorita Tanner hoy está que se sale en su despacho helado y espartano. Estoy sentada delante de ella con un gemelo a cada lado, en sus respectivas sillas, como un par de guardaespaldas, pero con cero motivación.

—Veamos, señora Woods… Son L***** y… P******, si no me equivoco, ¿verdad? —La señorita T sonríe mientras se apoltrona en su silla giratoria.

—L y P… Sí, y quería…

—Verá, he hablado con su profesora, la señorita Hertford, que me ha informado de que los dos han participado en el incidente que ha tenido lugar en el recreo.

—Sí, bueno, L me ha dicho que…

—Según afirman los testigos, P ha empujado a un chico, que después se ha subido encima de L y los tres han empezado a pelearse.

—L dice que el chico les estaba diciendo que eran gais…

—La señorita Hertford va a redactar un informe diario del comportamiento de los gemelos. Usted deberá firmarlos para asegurarnos de que está al corriente de cualquier suceso. ¿De acuerdo? He hablado en privado con los dos. Parece ser que en casa se pelean muchísimo, y quería que supiera que yo tuve dos hermanos…

Ya estamos. Me preparo para mostrar una expresión agradecida e inspirada.

—… Y, aunque discutíamos de tanto en tanto, conforme fuimos creciendo nos dimos cuenta de que siempre seríamos mejores amigos. De hecho, ¡hace poco nos fuimos juntos de puente a Bournemouth! La familia es para siempre. Como les he dicho a P y a L: «Chicos, un día seréis el amigo más íntimo de vuestro hermano. ¿Qué tal si empezáis a serlo ya?». Sois muy afortunados por teneros el uno al otro. Después de clase tenemos un club de ajedrez, y siendo gemelos ¡tenéis alguien con quien jugar las veinticuatro horas del día! ¿Por qué no le dais una oportunidad? Ya tengo ganas de veros por allí, chicos. Tal vez sea lo mejor que os pueda pasar. ¡Un poquito de esfuerzo y quizá acabéis representando al instituto! ¡Hemos organizado un campamento de ajedrez durante las vacaciones de verano!

A los dos los embargan sendas oleadas de pánico. Tienen el cuello superrojo. Preferirían que les dispararan mierda a la cara que jugar al ajedrez, sobre todo el uno contra el otro. No los he visto tan asustados desde que me cerní sobre los mandos de la PS4 con un martillo. Quizá la señorita Tanner sea una genia, después de todo.

—No se rinda, señora Woods. Lo lograrán, y con un poquito de interés… —Continúa hablando sobre disciplina, las redes sociales y por qué estos años son tan importantes, pero desconecto. Me fijo en que una de sus uñas, pintadas con esmero, está desportillada. Pasan un par de minutos. Sigue hablando.

—¡Señorita Tanner! Por el amor de Dios, ¡pasemos de estas chorradas deprimentes y vayámonos a un bar a pillar una cogorza!

Vale, no es eso lo que le digo. Pero podría haberlo hecho, porque no me escucha.

Salimos por la puerta del despacho, los gemelos arrastrando los enormes pies y la mochila en la espalda. ¿Por qué me da la sensación de que es a mí a quien han juzgado y castigado? De alguna retorcida manera, es así. Soy yo la que tendré que firmar los malditos informes todas las noches. Soy yo la que ha tenido que soportar una sentencia subliminal y negativa hacia mis habilidades como madre. Soy yo la que tendrá que hablar con ellos, repetirles que decirle a alguien que es gay no es, no debería ser, un insulto. A los gemelos los acusan constantemente de ser gais por una retorcida lógica adolescente que va así: «dos chicos que se parecen y que comparten habitación…: ¡gais!».

Pero eso no se lo puedo decir a la señorita Tanner, porque «en este instituto nadie acosa a nadie».

Pues sí, señora Tanner, sí. Cuando hay más de un niño en una habitación, es algo tan inevitable como la gravedad. Negarlo no hace que deje de ocurrir. Que me lo digan a mí… En casa tengo a tres adolescentes que son unos expertos en eso.

Aunque ahora sea yo la víctima.

8

Los gemelos llevan una temporada taciturnos y callados. Les pasa a rachas. Hay unas cuantas semanas, o incluso meses, de tranquilidad, calma relativa y hasta cierta docilidad, y entonces es como si un gigantesco tsunami de testosterona rompiera contra la casa y el infierno mismo se desata de nuevo. He aprendido a no cuestionar las épocas de calma. Procuro limitarme a disfrutarlas. Desde la semana pasada casi no se pelean, hacen los deberes y se pasan las noches en su habitación haciendo…, bueno, no lo sé, pero mientras no se zampen todos los cereales y no chillen «POLLA» a lo loco por la casa, la verdad es que me da igual lo que hagan. Bajan a cenar cuando vuelve Martin, pero no hay riñas: comen y se van. La planta de abajo se ha convertido en un comedor aburrido, un comedor social en el que se reabastecen unos zombis adolescentes. Después de pasar el día básicamente sola en casa, cuando llegan las 19 h vuelvo a estar sola en la cocina con la única compañía de los platos y la perra; y hasta la perra parece que preferiría estar en cualquier otro sitio que sentada a mi lado. Mis días se suceden en un bucle de intensa actividad en la cocina, seguida de un silencio sepulcral. Acabo de darme cuenta de que llevo cinco minutos observando las juntas de los azulejos, y me pregunto, distraída, si merece la pena que las limpie con lejía o salfumán.

Dios, qué aburrimiento.

Quizá debería ir arriba e intentar hablar con los gemelos… O sea, no con los dos al mismo tiempo, no soy masoquista. Nadie sobrevive a una conversación con los dos en la misma habitación. Paddy baja a beber un vaso de leche y aprovecho la oportunidad.

Subo de puntillas las escaleras y llamo suavemente a la puerta de su cuarto. Lorcan no me oye porque siempre está enchufado a algún dispositivo. Entro y me lo encuentro tumbado boca abajo en la cama.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Qué? —me gruñe.

—¿Te pasa algo?

—No. Vete.

—¿Estás seguro?

—Sí. No lo entenderías.

—Inténtalo —digo, feliz para mis adentros con este avance. ¿Y si se ha enamorado? ¿Y si se está volviendo malhumorado y existencial? ¿Y si ha desarrollado al fin —trago saliva— un alma?

Rueda sobre la cama y me mira con rabia.

—¡Paddy es un imbécil y un inútil, joder! Ha arrancado mi cargador del móvil de la pared y ahora no va. ¡Todo porque la banda ancha es una mierda! ¡Llevo semanas pidiendo un cable Ethernet! ¡Semanas! ¡Es literalmente IMPOSIBLE jugar con el triste wifi de esta casa!

—Lorcan, cálmate y ¡deja de utilizar ese lenguaje tan feo!

—¿Ves? ¡Te he dicho que no lo entenderías!

Se gira en la cama de nuevo cuando Paddy entra en la habitación con una docena de galletas metidas en cada bolsillo. Sonríe con suficiencia. Cuando uno es capaz de provocar al otro, lo viven como una victoria.

—Paddy, no tires de los cables, por favor, y deja de robar galletas después de cenar.

—¿Eso era la cena? ¡Estaba asqueroso! —Se ríe.

—¡Ah, muchas gracias! —digo, y enseguida me superan en número, ya que Lorcan se vuelve para unirse a la diversión, los gemelos unidos en su ataque.

—¡Sí, parecía la comida del perro! —se mofa Lorcan.

—¡Parecía la comida del perro después de que la vomitara! —sugiere Paddy amablemente.

—¡Parecía la comida del perro después de que la vomitara y se la volviera a comer!

—¡Parecía la comida del perro después de que la vomitara, se la volviera a comer y luego la escupiera sobre los platos de la cena!

—¡MUY BIEN, YA BASTA! —digo con el rostro encendido por la furia—. Me he pasado dos horas cocinando el estofado. DOS HORAS DE MI VIDA.

—Pues has perdido el tiempo, mamá —Se ríe Paddy.

—¡BASTA! ¿Cómo os atrevéis a ser tan maleducados? ¡¿Cómo os atrevéis a ser tan desagradecidos, ofensivos y horribles?! Estoy hasta las narices de que seáis impertinentes, contestones y desagradables. Yo jamás me habría ATREVIDO a hablarle a mi madre así, y, si la abuela estuviera aquí, ¡se avergonzaría de vosotros!

—Pero no está aquí, ¿a que no? —dice Lorcan mientras me mira a los ojos en busca del mayor impacto.

Mi mano sale disparada antes de que me dé cuenta. Le doy una bofetada, y la única manera de saber que he sido yo la que le ha pegado es el escozor que siento en los dedos. Lorcan se lleva una mano a la mejilla y me fulmina con la mirada.

—¡Me has obligado tú! —grito empezando a llorar.

—Muy bien, mamá. Bien hecho —dice. A pesar de su bravata, le tiembla el labio inferior.

Paddy suelta una risilla nerviosa cuando cierro la puerta de golpe tras de mí.

—Jesús, madre. Cálmate, ¿vale? —dice Amelie asomándose desde su guarida.

Martin sube las escaleras justo cuando empiezo a bajarlas corriendo.

—¿Qué pasa? —grita en cuanto ve lo agitada que estoy—. ¡Intento ver las noticias del canal 4!

Me cruzo con él, agarro el abrigo y salgo por la puerta.

Que les den. Que les den a todos. Capullos desagradecidos, privilegiados y egoístas. Se me acelera el corazón y me caen lágrimas furiosas por las mejillas. Camino, camino y camino, y ya

no sé dónde estoy. Necesito seguir poniendo distancia entre ellos y yo. Camino durante veinte minutos, media hora, deambulo por las calles de las afueras, paso delante de cortinas descorridas detrás de las cuales sin ninguna duda hay familias más agradables que la mía apiñadas jugando al Scrabble, viendo instructivas películas extranjeras en versión original, hablando y riendo juntos.

Atravieso el parque, cuyas farolas amarillentas proyectan halos de luz vomitiva sobre el césped vacío. Hubo un tiempo en que este parque era un refugio seguro, un lugar donde dejar que los niños se cansaran mientras charlabas con las demás madres, que mentían igual que tú sobre lo estupendos que eran sus hijos. Ya no lo es. Camino en círculos por las calles hasta que empiezan a dolerme los pies. Me encuentro justo enfrente del Wetherspoon del barrio. Creo que, en los catorce años que llevamos viviendo aquí, nunca he entrado en ese bar. Pero ahora estoy dentro, abriéndome paso a codazos entre viejos alcohólicos altamente funcionales y estudiantes que piden cócteles Jägerbomb entre semana.

—Un *prosecco*, por favor —le pido al joven camarero, con voz frágil y rota.

—¿Una copa o una botella? La copa vale cuatro libras, pero tenemos descuento en la botella…

—La botella —respondo.

—¿Cuántas copas?

—Solo una.

Encuentro una mesa en un rincón. Está sucia y cubierta de jarras de cerveza vacías. «Soldados caídos», como las llamaba papá. Sé cómo se sienten. Me sirvo una copa de *prosecco* y me la bebo de un trago. Es barato y ácido, pero se me antoja medicinal. Este lugar es repugnante, pero por lo menos no es mi casa. Esta gente está borracha y es maleducada, pero por lo menos no es mi familia. Me sirvo otra copa y saco el móvil del bolsillo. Ha llegado la hora de desahogarse.

BLOG 11: ¿Es cosa mía o todo es una mierda?

Me he ido de casa. Aunque nadie se dará ni cuenta. No es la

primera vez. Un día me marché mientras preparaba la comida del domingo. Dejé un pollo en el horno y zanahorias y repollo en la vaporera. La salsa se estaba espesando. Salí de casa y cogí el autobús. «Que les den», pensé. Me pasé siete horas deambulando por ahí, chafardeando por las tiendas, entrando y saliendo de galerías casi sin mirar nada, me bebí un té en un agradable hotel. Al final me calmé y volví a casa a última hora de la tarde. Los niños estaban arriba y Martin veía un partido de críquet.

—¿Estás mejor? —me preguntó al verme junto a la puerta del salón.

—La verdad es que no.

—Vaya. Mañana será otro día. Ha sobrado algo de pollo; aunque no mucho, los gemelos se lo han comido casi todo. Tendrás que calentártelo en el microondas.

Y siguió viendo el partido de críquet. Así, sin más. A veces creo que tendría que asfixiarme y caer muerta en un charco de mi propio vómito en el pasillo para que se dieran cuenta de que está pasando algo. Es probable que se limitaran a pasar por encima de mí quejándose de lo molesta que les resulta mi muerte.

De verdad que no sé por qué la gente tiene hijos. Cuando veo en una tienda a mujeres jóvenes mirando embobadas ropa de bebés, quiero correr hacia ellas y gritarles: «¡No lo hagáis! ¡NO LO HAGÁIS! ¡Salvaos! ¡Ahorraos una vida de dolor y sufrimiento! ¡Ahorraos engordar una barbaridad! No os molestéis en tener hijos, ¡son lo peor! Si queréis sentiros como una mierda el resto de vuestras vidas, prescindid de lo de los hijos y limitaos a miraros al espejo todos los días y a repetiros esta frase: “No eres importante, no eres importante, ¡NO ERES IMPORTANTE!”».

No lo hago, claro que no. De todos modos, nadie me escucharía. La gente no quiere saberlo. Las pobres almas que acuden a las clínicas de fertilidad y se dejan una pasta para poder concebir… creen que un bebé es la única manera de ser felices para siempre. Error. En cuanto das a luz, le dices adiós a tu vida. Yo nunca quise tener hijos, joder. Qué gracioso que terminara con tres. Me meo, vamos. El primero…, uy, un accidente. Fui a la clínica a abortar, pero la culpa católica que tengo tan interiorizada me hizo recular y

acabé teniéndolo. Al cabo de un año, me dejé engañar por el viejo dicho: «No te puedes quedar embarazada si das el pecho». ERROR. Resulta que sí que puedes… ¡y de gemelos! ¿No es para troncharse? Pasé de ser una mujer de treinta y cinco años despreocupada y en activo —bueno, me gustaba mi trabajo— moderadamente feliz y casada con un hombre agradable, estable y amable a ser la madre estresada de tres niños de menos de dos años. Tuve la sensación de que desaparecía de un día para otro, literalmente. En la consulta del médico, en el parque, en el supermercado ya no era Ciara, era «mami». «¿Tienes el historial médico del bebé, mami?», «Mami, ¿te importa pasarme las galletas y el zumo de naranja, por favor?», «¿Ayudáis a vuestra mami con la compra?». Como si tu vida antes de ser madre estuviera escrita en una gigantesca pizarra blanca de esas que se borran con la mano; en cuanto llegan los hijos, alguien te elimina, como si todo lo que había escrito no fuera más que un plan, una triste lluvia de ideas de algo que jamás daría frutos: tú.

¿Y él? Pero ¿él QUIÉN es? Ojalá hubiera una aplicación que pudiese predecir cómo va a envejecer alguien, más allá de la calvicie y de las arrugas. Ojalá pudieras saber de antemano si van a retrotraerse y convertirse en sus padres: empezarán a roncar fuerte, a quedarse dormidos delante de la tele, a no querer salir de casa JAMÁS… O si se volverán de repente xenófobos y reaccionarios. Cuando nos conocimos, M y yo teníamos más o menos las mismas ideas políticas; o eso creía yo. Recuerdo el momento exacto en que descubrí que se inclinaba más hacia la derecha de lo que yo pensaba. Acabábamos de pasar un finde indecente en Barcelona (el mero hecho de escribirlo me da grima; ¿qué fue del sexo?). Estábamos en el aeropuerto esperando el equipaje y me soltó que de chaval votó a Margaret Thatcher. En sus primeras elecciones. En 1987. «Mierda. Es demasiado tarde, me he enamorado de un capullo», recuerdo haber pensado. No sé por qué no eché a correr. Para mí que alguien vote al partido conservador siempre ha sido una línea roja. Creo que pensé que podría hacerle cambiar de opinión. Creo que incluso llegué a pensar que era un feminista iluso que había votado por ella por ser mujer. Busqué toda clase de

justificaciones. Y ahora, mírame. Sentada en un bar, más sola que la una, con una botella vacía de *prosecco* barato y una familia en casa que piensa que soy una molestia necesaria en el mejor de los casos y, en el peor, la Estrella de la Muerte con pantalones de cintura elástica.

Dios, qué bien sienta sacar todo esto del pecho. Nunca le he contado a nadie que fui a una clínica a abortar. Nunca me he arrepentido de tener a mis hijos, pero en ese momento tuve mucho miedo. Entré en pánico. Jamás planeé ser madre. De hecho, creía que era estéril. Martin quería ser padre e intentó persuadirme diciéndome que no supondría nuestro fin como personas, como pareja. Me dijo que seguiríamos siendo nosotros y que tendríamos una vida. Me dijo que me ayudaría, que ganaría suficiente dinero para los dos, que yo podría volver a trabajar con el tiempo. Me la metió doblada. Pensé que, a pesar del bebé, tendríamos una vida de ensueño. Pero nada de eso pasó y nos convertimos en un matrimonio normal y corriente.

Durante una temporada pensé que lo de ser «normales» molaba. Y aquí estoy, borracha, sola y blogueando en un bar. Quizá algún día lo imprimiré todo y lo pegaré en un álbum de recortes. Cuando me haya muerto y lo encuentren, ¡SE VAN A ENTERAR DE LO QUE VALE UN PEINE! Sí, es una idea excelente. Pero creo que me he quedado sin *prosecco*. Es tan barato que no vale la pena pagar por una copa. A la mierda. Pediré otra botella y escribiré un poco más. Se me nublan un poco los ojos y veo la pantalla enfocada y desenfocada, pero necesito sacarlo todo.

Quizá hoy no vuelva. Hay un hotel Travelodge a unas pocas manzanas de aquí. Podría ir. Podría pasarme la noche despierta viendo la tele, bebiendo y bailando a mi aire. En casa no se me permite bailar. Un día intenté que A me mirara mientras bailaba una canción entera a cambio de veinte libras. Ni por veinte libras lo hizo. Pero si mamá baila en medio de una habitación de hotel y no hay nadie para decirle que está poniéndose en ridículo, ¿de verdad ha

bailado? Nadie se enteraría. Nadie le daría importancia. Sí, ese es el problema. Daría lo mismo que me quedara despierta toda la noche, no se darían cuenta de que me he ido. Bueno, quizá sí, pero solo como se percatarían de que alguien ha cambiado el pan de molde de sitio. Vas a prepararte unas tostadas y el pan no está donde debería, así que decides comer cereales y ya no piensas más en ello. En plan: «Anda, la secretaria del instituto se ha cortado el pelo», y luego seguirían con su día tan panchos. Y, de todos modos, ¿a quién le importa? ¿Por qué no puedo ser impulsiva y despreocupada, y hacer lo que me apetezca, para variar? Ya no soy divertida.

Estoy enfadada y triste y cabreada y se me va un poco la olla. Odio mi vida.

Odio a mis hijos.

Y mi marido me pone enferma.

Normal que me haya transformado en una *banshee* gritona y violenta. Normal. Lo que me sorprende es que haya tardado tanto.

Que les den.

9

Uh. Que pare ya ese ruido. Oigo un pitido muy desagradable, noto un láser que me perfora los ojos y creo que un tejón se ha cagado en mi boca. Debo de estar en alguna especie de cámara de tortura. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Me acuerdo del bar. Me acuerdo de la segunda botella de *prosecco*. Me acuerdo de pedirle un cigarrillo a un chaval llamado Conor. Me dijo que estaba estudiando la carrera de Física y que la odia. Creo que lo reconforté con sabiduría. Me acuerdo de que me dijo que estaba buena para ser una señora mayor. Me acuerdo de haberme reído. Un momento… ¿Hasta qué punto lo reconforté? Ay, Dios. ¿Dónde estoy? No lo he hecho, ¿verdad que no? No me atrevo a abrir los ojos. Lentamente, extiendo la mano sobre la cama, pero no encuentro nada, solo una almohada fría y vacía. Uf. Me tapo la cabeza con el edredón mientras hago acopio de valentía para abrir los ojos.

—¿Té? —dice una voz incorpórea desde algún lugar al otro lado del edredón. Ay, Dios. ¿Quién es? No es Martin.

Hostia.

No es Martin.

—¿Mamá? ¿Té?

Asomo la cabeza y espero a que la silueta se enfoque del todo.

Lorcan está de pie a los pies de mi cama.

Es Lorcan. Estoy en casa. Volví a casa.

Ay, gracias a Dios. No me había alegrado tanto de ver a mi hijo desde que lo perdí en aquel supermercado portugués.

—Sí, gracias, cariño. Te lo agradecería mucho.

Mi voz está espesa por el alcohol y los cigarrillos, pero intento

sonar normal.

—Mamá… Siento mucho lo que dije anoche. Estaba cabreado por lo del wifi, pero no quería hacerte daño. Lo siento.

Se acerca al borde de la cama y me da un abrazo rarísimo. Siempre ha sido el más complicado de mis hijos, pero también el que mejor expresa sus emociones, y el primero en intentar hacer las paces. Le devuelvo el abrazo y procuro reprimir las arcadas que me causa el olor de su champú barato. Ya está listo para ir a clase.

—¿Os habéis levantado solitos?

—Sí, papá nos ha pegado un grito… Nos ha dicho que no te encontrabas bien y que teníamos que prepararnos nosotros el desayuno y tal. ¿Qué te pasa?

—Ah, nada. Solo me duele un poco la barriga —miento tragándome las náuseas que me provoca el regustillo rancio que noto en la boca.

—¿Por qué no desayunas huevos revueltos? Van bien para el dolor de barriga, ¿no?

Al oír hablar de huevos, se enciende un interruptor y salgo pitando de la cama. Dejo atrás a mi hijo y llego al baño justo a tiempo. Aproximadamente un litro de vómito transparente y caliente se derrama en el váter.

Ay, Dios. Hace años que no me pongo mala. Sé que cuando empiezo me cuesta muchísimo parar. Me desplomo bajo la ventana del cuarto de baño, con la frente perlada de sudor, y disfruto de la calma momentánea del suelo frío antes de que me acometa la segunda oleada de náuseas. Devuelvo de nuevo entre violentos espasmos de *prosecco*. Apoyo la cabeza en la taza del váter y rodeo la base con los brazos como si fuera mi salvavidas.

—¿Mamá? —me llama Lorcan, con voz vacilante, desde la puerta.

Bendito sea. Ahora me siento muy culpable. Se preocupa por mí. Se preocupa por mí de verdad. No es más que un niño. Se supone que aquí la adulta soy yo, y ¿quién es la que está descompuesta, mareada, y la que se emborrachó ayer?

—Dime, cariño —digo intentando parecer entera.

—Lo del cable de Ethernet…

Jesús.

—Ahora no, Lorcan, ¿vale? —respondo mientras procuro que el cuarto de baño deje de dar vueltas.

—¿Lo hablamos luego?

—Sí, ¡vete a clase!

Me quedo unos minutos sentada, odiándome a mí misma, antes de atreverme a levantarme y llegar hasta la cama tambaleándome. Oigo que Martin sube las escaleras y vuelvo a taparme la cara con el edredón.

—¡Buenos días! —exclama a propósito con tono estridente—. Te he traído un vaso de agua y unos analgésicos.

—Gracias. Creo que me duele un poco la…

—Ah, sí, la vieja gripe del vino. Es terrible, terrible. ¡Pobrecita! —Se ríe mientras corre las cortinas.

—¡No! Por favor… ¡No corras las cortinas!

—Pronto te sentirás mejor. Bébete el agua, cierra los ojos. Voy a abrir una ventana… Aquí dentro huele como el mandil de una camarera.

—¡¿Por qué asumes que me emborraché?! Creo de verdad que no me encuentro bien.

Martin se echa a reír.

—¿Que cómo sé que te emborrachaste? Porque volviste a las once de la noche, cuando yo ya llevaba media hora dormido, y empezaste a echar pestes sobre la Física. Lo que decías no tenía ningún sentido.

—Ah.

Joder. Me ha pillado. Ay, a la mierda, que no es mi padre. Aunque ahora lo parece.

—Bueno, y si estaba tan borracha, ¿cómo es que conseguí desvestirme?

—Porque te ayudé yo. Me lo pediste y lo hice. —Martin esboza una sonrisa que da un poco de mal rollo.

No lo hicimos, ¿verdad?

—Y a continuación me pediste que te pusiera el pijama…, y te lo puse. —Soy vagamente consciente de que me siento aliviada—. Después de llevarte al huerto.

Ay, Dios. Lo hicimos. Me estrujo el cerebro en busca de recuerdos de un encuentro sexual, pero no se me ilumina ninguno, ni siquiera una simple imagen.

—Dios, qué borracha que estaba.

—¡Gracias, mujer!

El resplandor poscoital de Martin se atenúa un poco por mi insulto accidental, pero veo que está feliz de haberse desfogado por fin.

Qué expresión más horrible; pero debo admitir que, después de veinte años, es tal cual como sucede. De vez en cuando un hombre casado debe «desfogarse», de igual modo que un hombre debe mantener limpio el motor del coche o recortarse los pelos de la nariz. Siento cierta repulsa ante la imagen de estar borracha y desnuda delante de Martin, pidiéndole que me follara. Habrán pasado unos seis meses desde la última vez que hicimos el amor. No es algo de lo que hablemos, y a veces lo hacemos más, pero, si te soy sincera, solamente lo consiento por una suerte de obligación conyugal. La menopausia me ha dado muchas cosas —sudor constante en las axilas, cara enrojecida, vagina seca, bigote y tendencias psicópatas—, pero me ha arrebatado por completo la libido. Una amiga francesa me dijo un día: «Debes *haser* el amor con tu marido porque, si no lo *hase* contigo, ¡lo hará con otra persona!».

«Todo tuyo, querida», recuerdo pensar. «Conmigo se acabó».

Martin me da una palmadita en la cabeza y se marcha a trabajar. ¿Por qué no me reprende? ¿Por qué no me pregunta dónde fui, con quién bebí, qué significaba que saliera pitando de casa y volviera borracha como una cuba? Y ya que estamos: ¿por qué no me pregunta por qué no gozamos de una vida sexual sobria, regular y real? Puede que le dé igual. Aunque, ahora mismo, son preguntas demasiado grandilocuentes para mí. Tengo que lidiar con la resaca. Me despatarro en la cama y me quedo dormida.

Me levanto al cabo de un rato sintiéndome mucho mejor. Los

analgésicos deben de haber hecho efecto y el agua ha rehidratado mi boca de papel de lija. Cojo el móvil para ver qué hora es: las 10:30. He dormido unas dos horas. Inaudito. Empiezo a revisar las redes sociales, los alardes de Facebook y las mentiras de Instagram. Al parecer, todos está encantadísimos consigo mismos y con sus vidas. Sus hijos no hacen más que lograr cosas, ganar cosas, aprobar exámenes, prepararles por sorpresa comidas espectaculares, posar para fotos de familia y, en general, enriquecer sus vidas. ¿Quiénes son esas madres? ¿Alguna vez acaban llorando en el suelo y piensan: «Me gustaría saber dónde coño me he equivocado»?

Echo un vistazo a mi correo. No sé por qué me molesto. Desde que dejé de trabajar, hará ya un par de décadas, no recibo nada interesante, solo interminables anuncios de descuentos para remodelar el cuarto de baño desde que el año pasado reformamos el nuestro (¿cuántos cuartos de baño nuevos se supone que necesita una persona?). Hay las habituales ofertas «DATE PRISA» en platos de ducha y lavabos lujosos, además de una interesante propuesta de un hombre al que no conozco, llamado Subhendu Jyoti Pal, que cree que soy capaz de ayudarlo a salir de una complicada situación en México. Sigo deslizando y me detengo en un correo de alguien que se llama a sí misma PollyPonElHervidor. En el asunto leo: «¡JAJAJA!». ¿Otro correo fraudulento?

Lo abro.

> ¡Lo que me has hecho reír! ¡Menudos hijos! ¡Y lo del novio! Tus hijos se parecen a los míos. ¡Tira para adelante! ¡Gracias por compartirlo!

Estoy confundida. ¿Qué? ¿Quién es y de qué habla? Debajo de su correo hay otro de una tal BellaSignora, que me dice:

> Lo estás haciendo superbién. ¡No dejes que los muy cabrones te hagan sentir mal!

Un tercer mensaje de MamáPalitosDeMerluza:

¡¿Por qué somos así?! Siento mucho que fueran bordes contigo… pero ¡haces que me sienta un poco más normal! ¡Ja, ja! ¡Me alegro de que salieras de casa!

¿Cómo? Me pongo colorada. Me da la sensación de que me han espiado. ¿Quién me ha seguido? ¿Quién ha entrado en mi ordenador? ¿Quiénes son esas personas y cómo saben tantas cosas de mi vida?

Con dedos torpes y manos temblorosas, entro en mi blog. Ahí están todas las entradas, las diez, la última de hace dos meses, colocadas en fila una debajo de la otra. Pero.

Pero.

Ay, Dios.

Al lado de todas aparece la fatídica palabra.

«Publicada».

A las 22:32, después de releer todas mis entradas y reír conmigo misma en el bar, en lugar de hacer clic en «cerrar» le di a «publicar», y durante las últimas doce horas todo el mundo ha tenido acceso a la verborrea con que despotrico sin rodeos sobre mi familia. Paralizada, entro en pánico. Pienso a quién he difamado, criticado y avergonzado. Mierda. Mierda. A mis hijos. A Martin. A Debbie la Depre. Al instituto… ¡AL INSTITUTO! La mayoría de las madres que conozco están más o menos implicadas.

He lanzado una bomba contra mi vida con el simple gesto de un dedo borracho. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Recuerdo muy vagamente haberle hablado a Conor de mi blog. Quería leerlo, pero no le dejé. No iba a permitir que un tío de diecinueve años colocado lo leyera, pero ¡al final acabé publicándolo para el mundo entero! Es terrible. Me van a matar. Estoy muerta. Amelie no volverá a dirigirme la palabra, los gemelos acabarán expulsados y Martin seguramente se divorciará de mí. Él se quedará con la casa porque los niños no querrán estar conmigo y tendré que vivir en un hotel porque ni siquiera Debbie la Depre, un imán para las catástrofes sin igual, me dejará dormir en su sofá.

Ay, Dios. ¿Qué he hecho? Es el peor accidente de toda mi vida. Me

hundo en la almohada; me da vueltas la cabeza y se me acelera el corazón. Puedo borrar las entradas del blog, pero ¿es demasiado tarde? Echo un ojo a las estadísticas… Gracias a Dios. Solo siete visitas de momento. Siete personas lo han leído, y que yo sepa no conozco a ninguna de ellas. ¿Cómo me han encontrado? ¿Quizá se han sentido atraídas por el nombre del dominio, «mamademierda»? Las siete han leído mis diez entradas. Aun así, no son más que siete personas. Solamente siete personas a las que no conozco. No se ha hecho viral o comoquiera que lo llamen. Desde el punto de vista estadístico, es poco probable que alguien sepa quiénes son los aludidos, y tuve mucho cuidado de no escribir bien el nombre de nadie. A lo mejor no pasa nada. Lo borraré todo y me olvidaré.

Pero es que. Pero es que…

En la última entrada alguien de nombre TomateCherry ha publicado un comentario:

> Casi nunca leo blogs. Y jamás de los jamases dejo un comentario. Pero he leído el tuyo entre lágrimas y he querido darte las gracias por vivirlo, escribirlo y compartirlo. El texto es auténtico, sincero, y está fantásticamente escrito. Tú y tu familia sois increíbles. Todas las mamás tienen que leerlo. Deberías publicar un libro. Para ti y para todas las mamás del mundo que hacen lo posible por acostarse cada noche sin haberse vuelto locas. No lo dejes, lo estás haciendo genial. Bss.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me sonrojo por el orgullo que siento. Alguien lo ha entendido. Alguien ha percibido mi dolor, le ha hecho caso, se ha sentido identificada y quiere que siga escribiendo.

Un torrente de calor me recorre el cuerpo y, por primera vez en meses, a pesar de la resaca, a pesar de la preocupación por que la gente lo descubra, me siento… feliz. Vista. Escuchada. Valorada. Tal vez sea algo bueno. Tal vez pueda seguir. Si voy con cuidado, si disfrazo las cosas lo suficiente, lo cierto es que podría seguir. Dios sabe que me ha ayudado a sentirme mejor, y si me quita presión, si me supone una vía de escape (además de ir de compras y de beber vino por la noche), entonces es que se trata de algo bueno, ¿verdad?

Recuerdo vagamente un módulo de la universidad sobre Freud. ¿Acaso no dijo que no existía nada que fuera un accidente? Que quizá estuviéramos tentados de describir como accidentes las cosas malas que ocurren en la vida —darle un golpe al coche de delante porque estabas con el móvil, quemar el sofá porque te has dormido mientras fumabas, acabar en la calle porque siempre llegabas tarde al trabajo—, cuando de hecho son actos inconscientes de autosabotaje diseñados para mostrar nuestro verdadero ser. No son accidentes, sino los resultados de las decisiones imprudentes causadas por un deseo ignorado de destrozar algo. Decidir utilizar el móvil mientras conduces es un acto de agresión latente hacia el resto de los conductores y peatones. Decidir fumar es un acto de autodestrucción en nombre del placer. Decidir llegar siempre tarde es un acto de desafío a la autoridad y de dejar claro que tu tiempo es más importante que el de los demás.

¿Fue un puto accidente que mi dedo apretara «publicar» en lugar de «cerrar»? ¿Fue un puto accidente que me bebiera dos botellas de *prosecco* y me emborrachara hasta el punto de perder la noción del tiempo y del decoro? ¿Fue un puto accidente que me desahogara y admitiera públicamente que soy profundamente infeliz? No. Puede que la motivación surgiera desde un lugar muy triste y solitario, pero lo asombroso es que al decir lo indecible —«a veces odio mi vida y a mis hijos y a mi marido y quizá todo esto es un gran montón de mierda»— he liberado algo no solo en mí misma, sino también en por lo menos otras siete personas. Me siento mareada, pero a diferencia de la sensación barata de anoche, este mareo no tiene que ver con el alcohol.

Voy a hacerlo.

Voy a seguir escribiendo. Si la gente quiere leer lo que tengo que decir, si la gente se identifica con lo que estoy viviendo, que así sea. Quizá haya un ejército de mujeres como yo, que se arrastran durante la adolescencia de sus hijos en un estado de conmoción deprimida y desesperada, sin ser conscientes de que, mientras tiramos de nuestros cansados y derrotados pellejos a lo largo de los

dificilísimos años de la Secundaria, no estamos solas. Delante caminan más como nosotras, con los codos pelados, las rodillas heridas, y muchas más caminan detrás; pero si todas seguimos avanzando, asintiendo unas a otras, tendiéndonos la mano cuando sea necesario, mirándonos a los ojos al cruzarnos, a lo mejor llegamos de una pieza a nuestro funeral. Y entonces descansaremos, repuestas y dispuestas a afrontar la siguiente parte del camino.

Siempre me pongo filosófica en plena resaca. Es cuando se me ocurren las mejores ideas. Voy a responder a los comentarios. Voy a escribir otra entrada. Quizá TomateCherry lleve razón: quizá escriba un libro. ¿Por qué no? ¿Qué es lo peor que podría suceder?

10

Mamá… Pronto voy a tener que donar tu ropa. Ahora mismo está en el garaje, dentro de siete bolsas de basura negras. Todas tus queridas chaquetas de cachemira, tus faldas de lana y tus zapatos pulidos. Tus pañuelos de seda, tus joyas y los accesorios los tengo en una caja de cartón encima del arcón congelador. Cuando moriste, tardé seis meses en reunir la valentía necesaria para abrir tus armarios. No me atrevía porque, por más enferma que estuvieras, por más cansada y débil que te sintieras, siempre insistías en cuidar tu apariencia.

Un día me dijiste que, aunque creciste en un hogar sin dinero donde a menudo pasabais hambre, tus cuatro hermanas y tú disponíais de un buen vestido que os ibais turnando para ir a los bailes. Siempre te encantó tu ropa. Hacia el final consistía básicamente en mallas y bonitas camisetas, siempre acompañadas de joyas, y si ibas al hospital te ponías un precioso pañuelo, porque detestabas lo flacucho que se te había quedado el cuello.

Nunca comprendiste por qué cuando los niños eran pequeños a mí me traía sin cuidado mi aspecto. La mayor parte de los días, era un auténtico logro conseguir cepillarme los dientes y ponerme un sujetador. Jamás llegaste a decir nada, pero te veía poner mala cara a mis jerséis manchados de cereales, y te pillé observándome las raíces del pelo. Me molestaba mucho. Me sentía juzgada en una competición en la que no me interesaba en absoluto participar. Pero para tu generación las apariencias lo eran todo, ¿verdad que sí? Habría sido tu fin si alguien te hubiera dicho que tenías pinta de pobre, de descuidada, con la ropa mal combinada. Que a mí me

diera igual a ti te suponía un descrédito, ¿no? Cuando mis hijos eran pequeños, tenía tantísimo que hacer que no podía perder el tiempo conmigo misma. Ahora que sí que tengo tiempo, la falta de esfuerzo ha arraigado en mí con tanto ímpetu que me cuesta darle importancia. Dispongo del espacio mental y del dinero para cuidar mi aspecto, pero no me da la gana. Además, ¿quién me va a mirar? Creo que la mayoría de las mujeres se vuelven transparentes al cumplir los cincuenta; y no es una metáfora. Puedes ver a través de ellas. Pero tú nunca dejaste que te ocurriera a ti, mamá. Insististe en tener buen aspecto hasta el final, y ahora toda tu armadura, toda la defensa que alzabas contra las opiniones de los demás, está arrugada y cogiendo polvo en un rincón oscuro de un garaje, al lado de las oxidadas herramientas de jardín y los muebles rotos.

No sé a qué estoy esperando. Donar tus pertenencias me parece demasiado definitivo. Ya sé que suena ridículo; tú no vas a regresar y a preguntar dónde está tu vestido lila con borlas, ¿a que no, mamá? El día en que por fin vaciamos tus armarios, enterré la cabeza en ese vestido y me eché a llorar. Siempre me había burlado de las escenas de las películas como la que estaba protagonizando yo —en la vida real nunca había visto a nadie olisquear la ropa de los muertos—, pero me reconfortó muchísimo el aroma de tu perfume, tu esencia de lavanda, y encontrar tus pañuelos de papel y caramelos de menta en los bolsillos.

Todavía no me puedo desprender de tu ropa. Lo haré. Pronto. Pero aún no. Sigo necesitándote cerca, mamá. Necesito a alguien a mi lado.

11

He hablado por teléfono con mi hermano. Me llama una vez cada seis meses, más o menos, normalmente cuando está haciendo algo estrambótico con Kirsty, su joven esposa norteamericana: bucear en las Indias Occidentales, esquiar en Canadá o conducir una carísima autocaravana por Yellowstone en busca de osos. No tiene hijos, claro, porque si no no podría hacer esas emocionantes vacaciones; estaría en algún triste pueblecito de cartón piedra intentando engatusarlos para que se apuntaran al Club de los Niños Locos y así poder emborracharse junto a la piscina de agua helada. Dejó a su primera esposa, Julie, después de diez años porque «no querían las mismas cosas»; Julie no quería huir con una jovencita norteamericana, dejarse una barba horrorosa y depilarse el pecho con cera como él. Se casó con Kirsty hace unos años, después de enamorarse de los Estados Unidos. Es una tía maja pero boba, y dice «¡Genial!» y «¡Pásalo estupendamente!» sin ironía alguna. Tiene unos doce años. Le da igual que él sea un tópico de la media edad —divorciado, sin hijos, con un supercoche y una mujer trofeo— porque mi hermano dice que es feliz. Menudo cabrón.

Claro que es feliz. No tiene que pensar en nadie más que en sí mismo. No tiene que emparejar cuatrocientos pares de calcetines, animar a adolescentes a escribir poemas de mierda para los deberes de Lengua ni intentar recordar dónde dejó la tarjeta del supermercado, para aprovechar los descuentos (si gastas más de sesenta libras te descuentan seis). Es tan rico como feliz.

Un cabronazo, vamos.

Me llamó anoche porque quiere saber qué pretendo hacer al final

con las cenizas de mamá.

BLOG 12: Hermanos

¿Dónde está escrito que los hombres puedan desentenderse del cuidado de sus ancianos padres? Mi hermano es un buen tío, en serio, a pesar de su coche de gama alta, el piso de Florida y el equipo de golf, pero con nuestros padres, a la hora de la verdad, salía corriendo discretamente. Su excusa para «huir» era que debía «aclararse» la mente después de un divorcio complicado (complicado porque se complicó con una americana jovencita y buenorra que conoció en el curro), así que me tocaba a mí. Nadie lo cuestionó, nadie preguntó dónde estaba él cuando había que llevarlos a interminables citas en coche, operaciones a las que sobrevivir, consolarlos, ir a la compra, cocinar, congelar, recalentar y finalmente tirarla a la basura; cuando había que hablar sobre órdenes de no reanimación y firmarlas durante vacilantes consultas con médicos hastiados.

La carga —una palabra horrorosa con la que describir a tus padres, pero en fin— se aligeró un poco cuando nuestro padre murió de repente hace ocho años, pero entonces mamá se volvió aún más frágil, claro. También empezó a sentirse sola y un tanto necesitada de una forma que a mí me tocaba los ovarios, si te soy sincera. Yo era la responsable de buscar agujas en un pajar para satisfacer sus caprichos mientras se pasaba semanas tumbada en una cálida y anodina habitación de hospital.

Siempre le preguntaba si necesitaba algo: ¿pañuelos?, ¿chuches?, ¿revistas?, ¿compresas para la incontinencia? Negaba con la cabeza, se quedaba pensando durante unos segundos y luego soltaba de repente:

—Ya sé qué puedes hacer por mí. Se me ha acabado la colonia White Musk que me gusta… ¿Te importa comprarme un frasco?

A ver… Era un absoluto misterio por qué insistía en ponerse una colonia en particular en un hospital, cuando el único lugar al que iba era el cuarto de baño (y al final ni eso). Además, siempre escogía algo que era difícil de conseguir: una línea de productos que acababa de descatalogarse, unas zapatillas que nadie vendía ya o

un paquete de caramelos de menta solo disponibles en el condado irlandés de Sligo entre las 10 y las 14 h en un día entre semana.

Yo movía cielo y tierra para conseguirle esas cosas, cómo no. Su mundo se había reducido tantísimo que me daba la impresión de que era lo menos que merecía, pero cuánto me molestaba en ese momento, Dios. Era como si las pocas horas que tenía al día sin mis hijos las hubieran absorbido las peticiones de un bebé anciano que disponía de mi tiempo. Mi madre no tenía la intención de ser exigente (creo que pensaba que yo necesitaba sentirme útil para ella), pero aun así me costaba mucho no irritarme a veces. Ahora, por supuesto, caminaría horas y horas para llevarle el albaricoque más maduro del mundo, aunque no fuera a tocarlo (como casi todas aquellas cosas) y se pudriera junto a su cama. La colonia White Musk, que conseguí tras un viaje de dos horas a un centro comercial horrible, se quedó durante semanas en su envoltorio. Fue una de las últimas cosas que metí en las bolsas de basura cuando murió.

«¿Es usted su hija?», preguntaban las enfermeras. Nunca se interesaron por si tenía más hijos, pero mi madre presumía de él de todos modos: «¡Mi hijo vive en los Estados Unidos!», les decía, como si vivir en los Estados Unidos fuera un logro en sí mismo. Pero era yo la que iba día sí y día también, y la que asumía en silencio que así estaban las cosas. Me quedaba al lado de su cama mientras ella dormitaba, y miraba a las otras mujeres de mediana edad que hacían lo mismo que yo, sentarse junto a camas idénticas a la de mi madre, y a las ofrendas que traían —tartas caseras, camisones nuevos y revistas femeninas—, que nunca llegaban a sacar del bolso. De vez en cuando, mi hermano hacía una videollamada y me tocaba sostener el móvil en alto para que mi madre lo viera. En esos momentos, esbozaba la sonrisa más eufórica, como si estuviera presenciando un alunizaje. Yo no podía evitar sentirme aún más molesta; estaba lidiando con mis hijos, con un hogar, con mis propios problemas de salud y malhumor relacionados con la menopausia y con la enfermedad crónica de mi madre, y lo único que debía hacer él era llamar de tanto en tanto y era un puto santo. Malditos hijos pródigos.

¿Cómo se salen con la suya los hermanos?

Ahora que mi madre ya no está, él es el albacea testamentario, por supuesto. Porque es un tío y los tíos se ocupan de las cosas serias como las legitimaciones, los abogados, las herencias y el dinero. A mí me tocan las tareas asquerosas como discutir con el Departamento de Trabajo y Pensiones sobre las 27,40 libras que pagaron de más porque murió entre semana, limpiar la casa y decidir qué hacer con los cientos de medicamentos que acumuló cuando empezó a sentirse confundida o que la farmacia seguía mandando por más que se pasara largas temporadas en el hospital.

Y es él el que corta el bacalao con lo que hay que hacer con los restos de mi madre. Sé que suena raro, pero por ahora mi madre se queda conmigo. Está en el armario, en una urna de plástico. Es un lugar tranquilo y cálido, y a ella siempre le gustaron los sitios oscuros. Dejó algunas instrucciones sobre lo que debíamos hacer con sus cenizas. Siempre había deseado subir a lo más alto del Empire State Building, pero nunca había estado en los Estados Unidos. Así pues, quería que arrojaran sus cenizas desde lo alto del edificio. Desde que vio la película la primera vez que fue al cine de niña, se obsesionó con la actriz Fay Wray y *King Kong*. Les contó con todo lujo de detalles a los organizadores del funeral de mi padre cómo quería que fueran las cosas. Me dijo que sabía que lo haría yo porque «Aidan está tan ocupado…», y que dejaría mil libras en el bolso para pagar el viaje. En efecto, cuando el día después de que muriera cogí su bolso del armario, ahí estaba: un sobre marrón lleno de billetes de veinte libras.

Ya ha pasado casi un año y todavía no he podido hacerlo. He tenido ocasión de viajar varias veces, pero aún soy incapaz. La mayoría de la gente seguramente se emocionaría con la idea de un viaje a Nueva York con los gastos pagados, pero, claro, la mayoría de la gente no llevaría un tarro de cenizas en el equipaje de mano. Imagínate irte de minivacaciones sabiendo que, cuando vuelvas a casa, vas a dejar a tu madre allí… para siempre. Equipaje perdido. Exceso de equipaje. No puedo hacerlo. Todavía no. Mi hermano no lo entiende, claro; para él no es más que otra sencilla tarea administrativa que llevar a cabo, un cuadradito en el que poner una

equis en una larga lista de deberes testamentarios.

Esta fue nuestra conversación de anoche:

Mi hermano. Hola, Ciara… ¿Qué tal todo?

Yo. ¡Aidan! ¡Ahí va! ¡Si sigues vivo!

Mi hermano. Sí, ya lo sé, hace mucho que no hablamos. Te llamé por Navidad, ¿no?

Yo. Me dejaste un mensaje en el contestador, sí.

Mi hermano. Ya. Bueno, siento no haber encontrado un hueco para ir contigo a Nueva York aún. Fuimos a hacer *snowboard* y después tuve un montón de problemas con el triturador de basura. Creemos que un mapache murió en el conducto, ya sabes, y luego hizo muchísimo calor y no podía pensar con claridad porque se nos estropeó el aire acondicionado…

Yo. Una pesadilla.

Mi hermano. Sí, ¿eh? (No solo habla con un molesto acento transatlántico y dice cosas como «triturador de basura» y «aire acondicionado», sino que además le han quitado el sensor de ironía británica. Buf). Oye, ¿lo has organizado ya?

Yo. Todavía no.

Mi hermano. … Vale… Es que ya casi ha pasado un año… Y dijo… El hombre de Robinsons también se acuerda…

Yo. Lo sé. Voy a hacerlo, pero una parte de mí esperaba que tú también estuvieras allí. Dijimos que lo haríamos juntos.

Mi hermano. Sí, y de verdad que me gusta la idea, pero es que encontrar…

Yo. ¿Un hueco?

Mi hermano. Eso, sí. Exacto. Es que nos vamos de crucero… Déjame ver… En mayo, así que ahí no me va bien. Y luego supongo que tendré que trabajar un poco, ja, ja, ja. ¡Para pagar tanto viaje!

Yo. Cuánto lo siento por ti. ¿Cómo ha podido sobrevivir el negocio inmobiliario de Honolulú sin ti?

Mi hermano. Bueno, se las apañan, ja, ja, ja. Ahora tengo a buenos trabajadores en el despacho.

Yo. Menos mal.

Mi hermano. Pues entonces nos vamos ya a… ¿octubre? ¿Te va

bien?

Yo. ¡¿Octubre?! ¡Es dentro de seis meses!

Mi hermano. No puedo ir durante el verano, Ciara, estamos a tope.

Yo. Bueno, es que si es en pleno curso no podré permitírmelo, y mis hijos me necesitan, así que…

Mi hermano. ¿Cómo están?

Yo. Son unos imbéciles.

Mi hermano. Genial, genial. Oye, que me tengo que ir. Se me derrite el hielo del mojito y sabes que odio que esté aguado.

Yo. ¡Vete, vete, corre!

Vale, la última parte no la dijo, no, pero ya me entiendes. Llámame antigua, pero intuyo que quiere que me ocupe yo sola. Típico de él: no piensa ir, pero igualmente me presiona para que haga las cosas como quería mi madre. A mí me da igual si lo tengo que hacer sola. Seguro que Aidan no haría más que incordiar. Seguro que encajaría lo de mamá en un hueco entre una visita a Tiffany's y un trayecto en calesa por Central Park. Siempre supe que tendría que hacerlo sola. Lo único que tengo que hacer es buscar un día.

Y ya está. Chupado, vamos.

12

Tengo que admitir que, desde que empecé a publicar mi blog, me siento diferente. Un poco… No diría que más feliz, pero un tanto más… plena. Jamás pensé que me convertiría en una de esas pobres adictas a las redes sociales y a los comentarios de desconocidos, pero ahora entiendo el porqué. Al principio solo ocurre en tu cabeza: pones tu mundo patas arriba, describes las cosas como son, a todos los capullos que te joden en tu triste y solitario reino, y después resulta que dispones de una plataforma, de una tarima y de un público que no solo quiere saber lo que tienes que decir, sino que además te deja preciosos comentarios. A ver, que no soy Zoella ni ninguna de las *youtubers* a las que mis hijos veneran, pero ya tengo tres cifras de seguidores. ¡Tres cifras! Ahora mismo hay ciento cuarenta y tres personas suscritas a mi blog. No conozco a ninguna…, o por lo menos eso espero. Algunas me han dejado textos encantadores, unos cuantos con cosas raras, pero de momento no hay ningún trol. Me escriben comentarios como este:

> Eres la pera. Sigue con este blog tan *fantavuloso* y, sobre todo, sigue siendo una madre estupenda que nunca *canviarían* por nada del mundo. Lo haces genial. Bss.

Ni siquiera me importan las faltas de ortografía, siempre y cuando me digan cosas bonitas. En dos semanas me he convertido en una mujer que depende de los pulgares hacia arriba, anhelo ese pequeño signo de aprobación. Necesito los elogios de completos desconocidos. Me pone que me digan lo fantástica, divertida o mona que soy. No siempre son agradables, hay gente pesada, que me roba

las ideas y el foco para utilizarlo en su propio beneficio, para quitarse de encima la pena y el sufrimiento. Este, publicado en la entrada sobre las cenizas de mi madre, me puso de muy mala hostia:

> Tenía que dejarte un comentario para decirte que lamento tu pérdida. Sé qué se siente al perder a alguien muy cercano y al ser incapaz de pasar página. Nuestra querida Millie, la *border terrier* más bonita del mundo, murió de repente el año pasado y aún no hemos sido capaces de asimilarlo. Esperamos tener un nuevo cachorro en verano, pero, si te digo la verdad, sé que no será lo mismo. Millie era especial. Guardamos sus cenizas en la repisa de la chimenea (hasta colgamos su calcetín por Navidad y todo), y sé que parece una chorrada, pero me alegra tenerla en casa. ¡Sin ella hay tanto silencio! Llevaba la voz cantante, está claro.
>
> Por tanto, empatizo absolutamente con lo que sientes por tu madre. Te mando abrazos, amor y muchos besos.

¿En serio? ¿Que se te muera la perra es igual que se muera tu madre? Pretende robarme el sentimiento de la pena. No es lo mismo, para nada. ¿Tu perra te dio a luz, te enseñó a caminar, a hablar, a hacer el crucigrama del periódico y a tejer un jersey? ¿Tu perra te proporcionó una brújula moral, buen ojo para detectar los chollos y el truquillo de enrollar las prendas de lana en una toalla antes de ponerlas a secar? ¿Tu perra preparaba la mejor tarta de Navidad del mundo entero a partir de una receta que copió de una revista en 1963, que estaba tan buena que ahora no vas a poder probar otra tarta de Navidad en la vida porque se te formaría un nudo en el estómago al recordar lo buena que estaba la suya en comparación? No lo creo. Eres tonta. Pírate.

No escribo eso, claro. Respondo con educación. No quiero ahuyentar a ninguna de mis nuevas *fans*. Las acabo de conseguir. Debo admitir que la idea de empezar a exagerar las cosas un poco y subir un punto el drama para asegurarme de que se quedan conmigo es tentadora. Con titulares que llamen la atención. Pero en

realidad no creo que lo necesite. Esa gente me quiere. Y es literal: dicen que me quieren. Aunque lo más importante es que me comprenden.

> Hostia, ¡eres una santa! ¿Verdad que es horrible? Todo el mundo dice que es más fácil a medida que crecen. Mienten que te cagas. Seguro que son los mismos que dicen que los dolores del parto son iguales que los de una mala regla. Sí, así como pillarte el dedo con la puerta del coche ES IGUAL a que te atropelle un camión, un camión que después da media vuelta y te vuelve a atropellar una y otra vez DURANTE DOCE HORAS. Porfa porfa porfa, publica más. A veces creo que me voy a volver loca, y ayuda muchísimo saber que no es solo cosa mía ¡y que los hijos de otras también son una pesadilla!
>
> No sé cómo lo haces. Yo solo tengo uno y ya es suficiente quebradero de cabeza. Creo que lo estás haciendo genial, y ¡esos mocosos deberían apreciarte más!
>
> Siento mucho que lo estés pasando mal y que eches de menos a tu madre. Es un momento horrible, ¿verdad?, el intentar criar a tus hijos cuando tus propios padres están enfermos y se mueren. Te mando abrazos y oraciones, y espero que el Día de la Madre te colmen de mimos.

¿El Día de la Madre? Ah, sí, esa humillación anual. He intentado ignorarlo este año porque a mi madre le encantaban las tarjetitas sentimentales con letra cursiva y poemas malos, además de bombones que se comían mis hijos y un precioso ramo de flores. O dos si Aidan recordaba enviarle uno (o, lo que ocurría últimamente, me pedía que le mandara uno de su parte). Me armo de valor para pasar por delante del puesto de las tarjetas del supermercado.

Y hoy es el gran día…, aunque en esta casa nadie lo diría. Martin me ha cabreado esta mañana. Es un inútil redomado. Se ha pasado toda la noche roncando, y cada vez que lo he empujado para intentar girarlo, me ha fulminado con la mirada, indignado, antes

de ponerse de lado, quedarse dormido enseguida y empezar a roncar de nuevo. Y esta mañana se ha levantado, y yo creía que era para traerme el té a la cama, y entonces lo siguiente que he oído ha sido la puerta de la entrada. «¿A lo mejor ha ido a comprar flores?», he pensado con una risilla cínica, el triunfo de la esperanza sobre la experiencia. Al cabo de una hora, no había vuelto y he tenido que prepararme yo el té. El lavavajillas seguía lleno y el fregadero, rebosante. Le he mandado un mensaje.

—¡¿Dónde estás?!

Al cabo de media hora, he recibido una respuesta.

—He ido a jugar al golf. Ya te lo dije.

BLOG 13: El puto Día de la Madre

Odio el Día de la Madre con pasión. Es el ejemplo perfecto de lo que los filósofos llaman «tolerancia represiva»: dales un día al año para que se sientan especiales, queridas y valoradas, y al día siguiente las vuelves a meter en su cajita y las tratas de nuevo como una mierda. ¡Les dará igual! Ya han tenido un día especial. Estarán tan agradecidas por las flores de gasolinera, los bombones baratos o (Dios nos ampare) el día en un *spa* que no se quejarán lo que queda de año y todos podremos seguir adelante sabiendo que nuestras madres nos cubren las espaldas. ¡Alegría!

Un día en un *spa*. Por encima de mi cadáver. Odio los *spas*. Envuelta en toallas húmedas, procurando que las carnes que te cuelgan no sobresalgan, mientras procuras no mirar las carnes también colganderas de otras mujeres e inhalas veinte virus de la gripe diferentes en el vapor mentolado. M me regaló una estancia en un *spa* un día de San Valentín; cuando llevábamos poco tiempo casados, claro. Fue espantoso. El *jacuzzi* estaba estropeado, las saunas apestaban a basura y el masaje me lo dio una tal Sooz, que no dejaba de detenerse para rascarse un eccema. Me pasé todo el rato preocupada por si los niños nos echaban de menos (eran muy pequeños) y pensando en la gran cantidad de coladas que habría podido doblar mientras estaba allí sentada, haciendo nada en absoluto. Llegada la noche, tenía un dolor de cabeza de dimensiones considerables y una verruga nueva. Le dije a M que

nunca más.

Y eso ha servido de excusa para justificar que nunca me lleve a ninguna parte. Si algún día me quejo de que no es romántico o de que no me valora, me suelta: «Pero ¡si enseguida me anulaste esa parte! ¿Te acuerdas del *spa*?». Y entonces se aleja de mí con una expresión engreída, como si dijera: «¡Ahí lo llevas!».

Actualmente, tengo suerte si el Día de la Madre me dan una tarjeta. Hoy, después de levantarme para darle de comer al gato, sacar a pasear a la perra, vaciar el lavavajillas como de costumbre (nada de un desayuno cuqui en la cama con un té imbebible y unas tostadas quemadas: «¡Cariños! ¡Qué detalle! ¡Sois unos niños taaan inteligentes!»), han bajado las escaleras y me han dicho de la forma más desganada posible: «Ah, sí, feliz Día de la Madre, mamá». A me ha dicho que me iba a comprar una tarjeta y que se le olvidó, «Así que he pensado en hacértela yo, y así el mensaje será más profundo, ¿verdad? Oye, mamá, ¿me das veinte libras, porfa? Es que mis amigos van a ir a tomar algo a Nando's». Las dos sabemos que es físicamente imposible que esa tarjeta llegue a materializarse, pero mi hija cree que decir que por lo menos lo pensó ya basta. No basta. M ni siquiera me ha comentado nada. Sabe que no lo soporto, y eso le resulta conveniente porque se le da como el culo ser amable conmigo, sobre todo cuando lo dicta el calendario.

Entonces, ¿por qué me duele tantísimo que ya no se molesten? Sé que es una tontería, y detesto ser una mujer contradictoria y prototípica, pero no me importaría recibir cierto reconocimiento, aunque fuera solo un día. Quizá lo que me provoca rencor sea el hecho de que me siento invisible y poco valorada casi siempre. Si pensara que están agradecidos y que me valoran durante el resto del año, olvidarse del Día de la Madre sería más bien una manera de reforzar su argumento («¡Te queremos y te apreciamos durante todo el año! ¡No necesitamos que nos obliguen a hacerlo un día en particular!»). Tal como están las cosas, un gesto comercial y simbólico de reconocimiento sería el mayor esfuerzo que harían en mi nombre. Y ni eso.

Además, es el primer año que no tengo que mandar una tarjeta. Aunque ellos no se habrán dado cuenta.

He escrito la entrada del Día de la Madre hace una hora. Ya ha recibido ciento cuarenta y tres visitas, y seis comentarios.

> Pobrecita. Mis hijos me han regalado sales de baño que no puedo utilizar porque no tengo bañera, pero ha sido un bonito detalle.

Engreída.

> A mí tampoco me han regalado nada. No pasa nada: ¡hoy no les pienso hacer la cena! ¡Ja, ja, ja!

Esta es de las mías.

Hay unos cuantos comentarios más, pero el último, escrito por una tal Sarah, escuece un poco. No porque sea desagradable, sino porque da demasiado en el blanco.

> Lo que me fastidia no es que no te den un regalo o una tarjeta, sino la falta de cariño hacia ti en tu propia casa. Es demasiado habitual que nos volvamos entidades bidimensionales para nuestros hijos; no nos ven como personas con sentimientos, esperanzas y sueños. Siento mucho que tu familia esté tan ciega ante el evidente dolor que experimentas. Tus hijos son adolescentes, son egoístas y egocéntricos e interesados, pero siguen siendo niños. Lo que es triste de verdad es la actitud de tu marido. ¿En serio no se da cuenta de que estás mal? ¿Por qué no se lo dices? Es decir, ¿por qué no se lo dices a las claras?

Me estremezco sin querer ante la idea de hablar a las claras con Martin. Creo que ya he olvidado cómo comentarle nada que no tenga que ver con nuestros hijos y con las horas a las que pasa el camión de la basura y el reciclaje. Sería muy raro sentarme con él, contarle todas las cosas que se me pasan por la cabeza y esperar que no se echara a reír, no se burlara de mí o no empezara a hojear el catálogo de IKEA (que es lo que suele hacer cuando comienzo a hablar con él). Pero eso es normal, ¿no? O sea, cuando lleváis juntos muchísimo tiempo y tenéis hijos, ¿qué queda por decir? Y, de todos modos, ni siquiera sé si quiero que me preste atención. A lo mejor ese es el problema.

Ah, y sí, ¿«esperanzas y sueños»? Esos los olvidé hace tiempo ya. Al fin y al cabo, tampoco esperaba nadar desnuda con tortugas

marinas gracias a las liquidaciones de mi novela superventas.
¿Quién iba a preferir eso en lugar de descalcificar el hervidor?

13

Martin quiere hablar. Ay, Dios. ¿Me ha hackeado el móvil? No sabe la contraseña. Aunque tampoco es que preste demasiada atención. Puede que tenga algo que ver con nuestros hijos.

Hoy ha decidido entrar tarde en el trabajo, así que vaga por la casa mientras los niños entran y salen de la cocina en busca de las bolsas de deporte, unas tostadas y una discusión. Me pone muy incómoda que esté por aquí durante el ajetreo matutino. Es como si alguien hubiera aparcado un autobús destartalado precisamente en el carril rápido de una autovía. Él es el autobús destartalado. Siempre está en medio de todas partes, y se mueve con suma parsimonia. Hace eso tan molesto que he visto hacer a otros hombres: intenta controlar la situación, aunque sin él funcionamos como una unidad perfectamente decente y disfuncional el resto del tiempo.

—¡Lorcan! ¡Vas a llegar tarde! Paddy… ¿Por qué no preparas la mochila la noche anterior? ¡Así no te estresarías tanto! Amelie… ¿De verdad dejan que lleves tantísimo maquillaje? Estás ridícula.

Nuestros hijos se marchan por fin y yo decido ir a vestirme para retrasar lo inevitable. Si me va a echar una bronca, a criticar o a subestimar, no quiero llevar puesto un esquijama de lana con estampado de conejitos. Cuando bajo las escaleras, lo encuentro sentado en la isla de la cocina mirándose las manos. Caray.

—Creo que deberíamos ir a ver a alguien.

—¿A quién?

Hace mucho tiempo que no vamos a ningún sitio. No se me ocurre nadie a quien me apetezca ver y a quien Martin consentiría visitar —incluso dice que Jude, mi amiga más antigua, es «demasiado

escandalosa»—, pero quizá se siente sociable.

—Un consejero. Un terapeuta. Un psicólogo. Llámalo como quieras.

—Está avergonzado. Detesta todas esas chorradas.

Me deja de piedra. ¿De qué diablos está hablando?

—Martin… ¿Cómo? O sea… ¡¿Cómo?! De dónde… O sea, ¿a qué viene esto? ¿De dónde sale?

—Mira, Ciara, los dos sabemos que las cosas llevan un tiempo un tanto… sosas. No te culpo a ti…

—¡Bien!

—Los culpables somos los dos, pero creo que ya es hora de que intentemos hacer algo al respecto.

—¿Martin? ¿Hola? ¿Estás ahí? ¡Ayuda, socorro! ¡Alguien se ha llevado a mi marido y lo ha sustituido por un jipi!

Aun sin quererlo, sonríe.

—Sé que debe de ser una sorpresa para ti… Lo he pensado mucho y quiero intentar arreglarlo.

—¿«Arreglarlo»? Es decir, ¿arreglarlo en plan «mejorar nuestra relación» o en plan «ver cómo nos dividimos la vajilla»?

—No digas tonterías… Pues claro que vamos a arreglar lo nuestro. Es que creo que todos podríamos ser más felices.

—¿Ah, sí?

No pretendo ser obtusa; me sorprende de verdad que dentro de Martin haya una especie de vida interior, me asombra que en su radar haya incluso espacio para la felicidad. Martin es… es Martin. Él no tiene sentimientos, no medita y de ninguna de las maneras utiliza expresiones como «arreglar lo nuestro», a no ser que se refiera a nuestro coche.

—Martin… Salgamos a comer a algún sitio. Hablemos mientras bebemos un buen vino y nos comemos unas tapas, ¿vale? ¿Qué te parece si reservo en El Toro Loco? —La idea de sentarme frente a una mujer que solo asiente y con un paquete de clínex al lado me pone enferma.

—Creo que de verdad te podría ayudar… Ya sabes. Desde que murió tu madre, has estado… distante, y lo entiendo, ha sido un

año muy duro, pero puestos a ser sinceros…

¿Sinceros? Ay, Dios, no empecemos a ser sinceros. Ahora no. Acabamos de comprar alfombras nuevas.

—Hace años que pasamos por un bache.

Es cierto, por supuesto. Desde que nuestros hijos van al instituto y ya no tengo que acompañarlos hasta la escuela, recogerlos, llevarlos a karate/*ballet*/fútbol, me da la sensación de que me falta un propósito. No creía que Martin se hubiera dado cuenta ni preocupado. Es obvio que ha afectado a nuestra relación —por Dios —, pero no somos la clase de parejas que se fijan en esas cosas. Así es la vida, ¿no? Si todo el mundo fuera por ahí hablando de las cosas, no quedaría ni una sola pareja en todo el mundo. Un matrimonio solo sobrevive en un ambiente controlado de dolor enterrado, deseo sumergido y rabia canalizada.

—Lo siento, Martin… Dame un minuto. Llevamos casi dieciséis años casados, tenemos tres hijos y una casa preciosa, y siempre nos hemos acoplado sin problemas, y ¿ahora me vienes con esto? ¿Con que no eres feliz? Me cuesta creerlo, la verdad. O sea, ¿a qué viene todo esto?

Martin se remueve en el asiento, incómodo.

Ay, Dios. ¿Se ha liado con otra?

No puedo evitar sonreír ante la idea. ¿Martin? ¿Quién se fijaría en Martin? A ver, que no es espantoso, para nada, pero en la escala que va de George Clooney a Boris Johnson, está más cerca del pijo primer ministro que del galán de Hollywood. Se parece más a Nigel Farage que a Harrison Ford.

Martin carraspea. Veo que lo ha ensayado.

—Es desde que tuvimos aquella conversación. Sobre mi jubilación. He estado pensando. Quizá nos quedan veinte años. Treinta, si tenemos suerte. Año arriba, año abajo. ¿Queremos pasárnoslos sin apenas hablar el uno con el otro, sin tocarnos, sin tener una relación… física? Te dije que quería que tuviéramos una buena jubilación. He trabajado muy duro toda mi vida y, cuando los niños vayan a la universidad, podré empezar a cobrar la pensión. Quiero

que seamos felices. Quiero que hagamos el crucero del que tanto hemos hablado…

—¡Del que tanto has hablado TÚ! ¡Yo no quiero hacer una mierda de crucero, Martin! ¡Son cementerios flotantes para los idiotas terminales! Ya sabes cuánto odio las aglomeraciones de gente. — ¿De eso se trata, al fin y al cabo? ¿Del maldito crucero otra vez?

El crucero lleva años siendo la manzana de la discordia, pero en algún punto del camino lo que ÉL quiere ha pasado a ser lo que yo también quiero, en su cabeza. Y ese es el problema precisamente.

—Bueno, vale, no decidamos nada aún. Lo primero es lo primero. Tengo unos cuantos folletos. ¿Quieres echarles un vistazo hoy y luego lo hablamos? Creo que nos iría bien un poco de… ayuda. Quiero sentir que quieres estar conmigo. De alguna manera.

Me pasa unos brillantes folletos con imágenes elegantes de parejas cogidas de la mano con jerséis de colores pastel, coge su maletín y, después de detenerse brevemente para plantarme un beso forzado en la coronilla, se va a trabajar.

Jesús, ¿qué demonios es esto?

Me quedo sentada en la isla de la cocina mientras hojeo los folletos. Prometen ofrecer un «espacio neutral» en el que «reconectar» y «escuchar verdaderamente» al otro. Echo un ojo a la lista de los «problemas» que tratan con más frecuencia:

- dinero (no)
- comunicación (sí)
- sexo (SÍ)

BLOG 14: Problemas de pareja

Siempre he creído que, si una pareja necesita terapia, es que en realidad intenta buscar una manera de separarse sin que ninguno de los dos se ponga a tirarle al otro los platos a la cabeza. Es la forma cara y humillante de «romper» que hace que te sientas menos fracasada. Mucha palabrería sobre «crecer por separado», «deseos cambiantes» y «necesidades no cubiertas», que en

realidad significa: «me he aburrido de ti», «la verdad es que nunca me gustaste demasiado» o «me he dado cuenta de que estoy más cerca de la tumba que de la cuna y me apetece hacer girar la rueda una última vez». Así están las cosas ahora: M quiere «buscar ayuda» para nuestro matrimonio. No entiendo cómo puede alguien «ayudar» a un matrimonio; no estamos hablando de que una monitora introduzca tus problemas maritales en una bolsa de plástico a cambio de unos céntimos antes de irse de acampada.

También me siento bastante insultada. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve, después de tantísimos años de vida doméstica un tanto anodina pero cómoda, a decidir que de pronto ya no es lo suficientemente buena? ¿Quién se cree que es?, ¿la princesa Estefanía de Mónaco? ¿De repente es un hombre especial y necesita ser «dichosamente feliz» en lugar de estar «no lo suficientemente aburrido como para volarme la cabeza»?

Nunca me ha gustado la idea de la terapia. Lo intenté hace años, pero no era para mí. Me pareció que era como dejar que una persona mirara en tu cajón de la ropa interior: todas tus bragas grises, los sujetadores dados de sí y ridículamente viejos y las desacertadas adquisiciones de Victoria's Secret que compraste en un intento desesperado por encender algo parecido a la libido. Un completo desconocido husmea en todo eso y te pide que hables sobre ello. Puaj. Si tienes que pagar a alguien para que arregle tu matrimonio, es que es el final, ¿no? Es igual que dejar pasar a un comercial del banco cuando has llegado al límite de tus tarjetas de crédito: entrará en tu casa, lo desmantelará todo, se llevará unas cuantas cosas embargadas y te dejará con el desastre. No quiero ir. La mera posibilidad me da arcadas. ¿A lo mejor solo necesito ir a la peluquería, comprarme unas bragas sexis, salir a cenar con él y luego follármelo hasta que pierda el sentido?

Se me retuercen las tripas ante todo eso. Ay, por favor. No es buena señal, ¿a que no? Pero ¿de verdad se espera que sigáis teniendo citas por ahí cuando lleváis más de veinte años juntos? ¿Quién lo dice? ¿Por qué no podéis vivir vidas paralelas en relativa calma sin tener que reforzar el romanticismo de vez en cuando? ¿Qué problema hay con la compañía distante y tranquila, con la

> falta de contacto y con la ausencia de largas conversaciones? ¿Qué problema hay? ¿No se basan en eso casi todos los matrimonios? Esas parejas que ves en bares o restaurantes, sobre todo de vacaciones; las parejas que se sientan el uno delante del otro sin hablar, con pinta de querer que venga un tsunami y les evite pasarse la eternidad mirándose a los ojos. Es normal, ¿no? ¿Cómo vas a pensar que una persona es interesante eternamente? Es imposible. Pero los consejeros matrimoniales se forran diciéndonos que nos pasa algo y que debemos «salvar» nuestro matrimonio, como si el matrimonio fuera una especie en peligro de extinción y no una construcción humana con fecha de caducidad para la emoción. Si alguien que lee esta entrada tiene pareja estable desde hace tiempo e hijos adolescentes, y quiere decirme que debería «esforzarme más» con mi hombre, por favor, resiste el impulso de hacérmelo saber. A nadie le caen bien los sabelotodos.

Nada más publicar la entrada, por supuesto, recibo un comentario de ese estilo de Sarah, la que hace unos días me dijo que lo sentía mucho por mí y que hablara con Martin a las claras.

> Tengo que decir que creo que es estupendo que M quiera acudir a un consejero matrimonial. No creas que es el principio del fin. Puede ser un proceso muy gratificante, y nunca se sabe; quizá acabes siendo mucho más feliz que ahora mismo. Mi marido y yo hicimos terapia durante seis meses y me ayudó mucho a sentir que me escuchaba. Cierto es que al final acabamos separándonos, pero aun así…

Ah, genial. Perfecto.

¿Hay una parte de mí que querría que las cosas fueran un poco… mejor? No lo sé, la verdad. ¿Cómo sería? ¿Nos escaparíamos por ahí juntitos y caminaríamos por las Ramblas de Barcelona cogidos de la mano? ¿Iríamos al cine por la tarde? ¿Nos uniríamos a un club de intercambio de parejas e intercambiaríamos también fluidos corporales con otros vejestorios distantes?

Saco a pasear a mi perra mucho rato y pienso en cómo evitar la

terapia. A pesar de mi sarcasmo y verborrea aparentes, en realidad soy muy tímida. Siempre lo he sido. Mi idea del infierno es tener que conocer gente y hablar con ellos, así que la mera posibilidad de soltárselo todo a un completo desconocido (al que pago) hace que me salga urticaria. Y ¿un crucero? Creo que me pondría a arder por combustión espontánea. Siempre que debo conocer a gente nueva o hacer algo fuera de mi zona de confort, recuerdo mi desafortunado intento de volver al trabajo. Fue hace un par de años, cuando todos mis hijos iban ya al instituto y los días se habían vuelto más largos y solitarios. Hice de voluntaria en una tienda de caridad durante un breve período, solo un día a la semana, pero el encargado era un enano asqueroso que atemorizaba a las viejecitas. Intenté plantarle cara y me dijo que no creía que la cosa fuera a funcionar. Me sentí humillada. Me arrebató la confianza, que ya de entrada era escasa. Decidí que la rudeza de la vida profesional era demasiado para mí si ni siquiera era capaz de gestionar el ambiente de una tiendecita de caridad. No soy «buena con la gente», como dice Martin. Él lo sabe, así que pedirme que vaya a hablar con alguien raya en el sadismo.

¿Cómo librarme?

Podría decir que no. Podría negarme. Hacer un mayor esfuerzo para estar parlanchina y receptiva cuando Martin vuelve a casa por la noche. ¿Tal vez eso me haría más feliz y entonces Martin sería más feliz? Este último año debo de haber sido la personificación de la desgracia. Pero no lo puedo evitar. Es la pena. Me sorprendo contemplando las paredes. Sentada en el mismo sitio durante horas. Hablando con una urna. Aunque empiezo a darme cuenta de que la muerte de mi madre no es la única pena que acarreo. La echo terriblemente de menos, pero en cierto modo su muerte ha desatado años de tristeza. Su fallecimiento supuso que me arrebataran la alfombra de complacencia que pisaba. Es como si, mientras mi madre vivía, las dos nos hubiéramos esforzado en sostener la mentira de mi felicidad. Yo debía ser una buena esposa, una hija cariñosa y una madre resistente como había sido ella, porque es lo que esperaba de mí. De hecho, nunca me dijo: «No te preocupes si

te sientes un poco decaída todo el tiempo, ¡es normal!», pero lo dio a entender de un millón de formas. Es la clase de basura subliminal que aprendes de tu madre: cómo sobrellevar la decepción y los remordimientos. Mi madre quería a mi padre, pero era más una cuestión de deber que de cariño. En realidad, nunca hablaban ni hacían nada juntos. Yo creía que los matrimonios eran así. Tu vida, tal como era, ocurría fuera del matrimonio. Yo creía que no tenía ningún problema con eso. Quizá sí. Por lo visto, Martin también. ¿Debería ir a terapia? Joder.

Me suena el móvil. Un mensaje de Jude.

Hola, muñeca. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Vendrás a vernos este verano? ¡Hace mucho que no nos vemos! Besos.

Dejo que Sadie eche a correr un rato y respondo.

Aún no lo sé. No tenemos planes. Esta mañana la situación en casa se ha vuelto un poco rara. Beso.

Me llama enseguida.

—¿Rara? ¿Rara en qué sentido? ¡CUÉNTAMELO TODO! —me ordena. Es la única persona de mi vida que no se anda con preámbulos. Con ella suelo ser sincera porque es lo que me obliga a ser.

—Martin quiere que vayamos a ver a un consejero matrimonial. —Al otro lado de la línea se hace un silencio de sorpresa. Sadie está olisqueando los huevos de un perro gigantesco. Con qué facilidad e inmediatez interactúan los perros en un nivel tan íntimo—. ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, es que… A ver, espera. ¿Que Martin quiere que vayáis a ver a un consejero matrimonial? —Lo dice como si fuera lo más improbable del mundo. Debo admitir que en cierto modo lo es.

—Sí.

—¿Qué coño le ha dado? —Se ríe al fin—. ¿Por qué? O sea, ya sé

que no ganaréis precisamente el premio a la pareja más aventurera del año, pero siempre os habéis llevado bien, ¿no? ¿Ocurre algo? ¿Se ha liado con otra? Hostia, ¿te has liado tú con otro?

—No, no, claro que no. Es decir, sé que yo no, creo que me habría dado cuenta si alguien me metiera mano bajo el camisón, y él no hace nada más que ir a jugar al fútbol y al golf, y se sienta en el cuartito a refunfuñar con el ordenador.

—Entonces, ¿qué cojones está pasando?

—No tengo ni idea. Dice que cree que podríamos ser más felices.

—¿Lleva razón?

—Pues claro. No conozco a nadie que no podría ser más feliz.

—¿Vas a ir? ¿A terapia? —Percibo la diversión que tiñe su voz. Sabe lo extraño que me resultaría. En el instituto, una vez fuimos a un retiro religioso y me pasé la semana entera fingiendo que tenía diarrea para escaquearme de las sesiones grupales introspectivas. Prefiero que la gente crea que me cago por la pata abajo que contarles nada relacionado con mi yo interior.

—¡No! ¡Es evidente que no! ¡Está descartadísimo, vamos!

14

—Me gustaría que nos tomáramos un minuto para estar con nosotros mismos y pensar en por qué estamos aquí. Y quizá, tal vez, en cómo hemos llegado hasta este momento.

Estamos sentados enfrente de una mujer agradable en una sala de color beis, una noche de martes del mes de marzo. Supongo que no está siendo literal; no quiere que le digamos que hemos subido al coche a las 19:15, más temprano de lo necesario porque a Martin no le gusta conducir con menos de medio depósito, así que de camino hemos tenido que parar en una gasolinera; no quiere enterarse de que me ha entrado un ataque de risa cuando Martin, muy solemnemente, se ha equivocado de surtidor y casi salen a detenernos. Los tres —Celeste, Martin y yo— estamos sentados en sillas de Ikea formando un triángulo, con una cajita de pañuelos en el suelo, en el centro. Celeste tiene aspecto de ser unos diez años más joven que yo, pero es evidente que ha disfrutado de más tiempo para sí misma que la mayoría. Su rostro parece suave, está moreno y muestra una expresión relajada. Es una mujer delgada, vestida con una práctica blusa de lino, y el pelo rubio/gris lo lleva recogido en un descuidado moño bajo.

Nadie dice nada. Celeste parece bastante contenta con la situación. Me apuesto lo que quieras a que lo está. Ya se ha ganado cinco libras limitándose a decir: «Callémonos todos durante un minuto». A estas alturas, si alguien me pagara por decir eso, yo ya sería millonaria. Es humillante. No me he sentido tan avergonzada desde que se me escapó un pedo en un examen ginecológico. Nunca me he sentado con Martin en una habitación para hablar de «por qué

estamos aquí». Y por el módico precio de setenta y cinco libras. Paga Martin. Martin, que se niega a poner la calefacción cuando estamos a diez bajo cero. Martin, que se cabrea tanto cuando se olvida las bolsas del supermercado que lleva los productos en varios viajes hasta el maletero en lugar de pagar por más bolsas. Martin, que no se apunta a ir a tomar algo a un bar con amigos «porque hay gente que abusa y pide bebidas de dos en dos». Debe de ser muy pero que muy infeliz.

Celeste nos sonríe.

—Martin, ¿quizá te gustaría empezar diciéndome por qué me llamaste? Me interesa saber qué esperas conseguir aquí.

«Yo también», pienso. Pero no lo digo. Soy toda oídos.

Martin juguetea con el puño raído de su chaqueta de punto. Tira de un hilo suelto y empieza a deshacerla. Carraspea y levanta la vista.

—Vale. Bueno, a ver… Sí… Me da la impresión de que tiene que haber una manera de que seamos más felices. —Suelta una risa nerviosa y, de forma inexplicable, me apetece abrazarlo. Hace años que no lo veía tan vulnerable.

—Ajá. Entonces, si lo he entendido bien: ¿crees que hay una manera de que los dos seáis más felices?

Es justo lo que ha dicho. Jesús, yo podría ser psicóloga. Echo un vistazo a todos los diplomas enmarcados de la pared que se alza detrás de ella durante el largo silencio que sirve para que todos «oigamos» lo que Martin y luego Celeste acaban de decir. ¿De qué son tantos títulos? ¿Licenciada en Repetir Como Un Loro Lo Que El Pobre Desgraciado Acaba de Decir, expedido por el Instituto de Mi Santo Coño?

—¿Ciara? ¿Cómo te sientes al oír a Martin decir eso? —me pregunta Celeste ladeando la cabeza para añadir más empatía al asunto.

—¿Cómo me siento? Pues… Vale, sí, lo siento. A ver, bueno… No lo sé, ¡ja, ja, ja! —Siempre me río cuando estoy nerviosa. ¿Que cómo me siento? ¿CÓMO ME SIENTO? ¿Yo qué cojones sé? ¡Estoy demasiado avergonzada para sentir algo que no sea vergüenza,

joder!

—¿Veo que te ríes?

Un premio para Colombo.

—Sí, lo siento. Es que se me escapa la risa cuando estoy nerviosa, ¡ja, ja, ja!

—Es decir, ¿que estás nerviosa y por eso se te escapa la risa? —Ahora lo hace conmigo. Diez libras.

—Sí, es que es un poco raro estar aquí sentados.

—Es raro —repite Celeste.

—Sí. O sea, diferente.

—¿Diferente? Es diferente.

Joder. Qué largos se me van a hacer estos cincuenta minutos.

—Sí, bueno. Es que normalmente no nos sentamos en silencio con una desconocida ni observamos una caja de pañuelos, ¡ja, ja, ja!

Dios, ahora hasta yo me veo insufrible.

—No soléis sentaros en silencio.

Afortunadamente, Martin interviene y rompe el bucle.

—En realidad, ya no hablamos demasiado. O sea, confieso que no soy muy hablador y que Ciara lo ha intentado varias veces, lo admito.

—Aquí no juzgamos a nadie, Martin. No buscamos culpables —lo tranquiliza Celeste—. Ciara, ¿cómo crees que es la comunicación entre vosotros?

Sé qué quiere que le diga, pero curiosamente me resisto. No quiero hablar de eso. No aquí. No ahora. Quizá nunca. Tengo el presentimiento de que, si tiro de un hilo suelto de este calentito jersey, todo acabará por los suelos convertido en un gran ovillo acrílico.

—¿Cómo te sientes al oír que Martin es consciente de que no habla contigo sobre sus sentimientos?

—¡Bien! A ver, no tiene por qué hablar conmigo. Nos va bastante bien. Bueno, o eso creía yo, ¡ja, ja, ja! —Me atrevo a levantar la vista hacia Martin, y me mira a los ojos.

—Nos va bien —responde con una amable sonrisa. Me reconforta.

Me envalentona.

—Entonces, ¿por qué querías venir? —le pregunto.

Martin vuelve a carraspear.

—Bueno, creo que hay algo que me ronda la cabeza y que quería contártelo, pero nunca encontraba el momento adecuado.

—Adelante —tercia Celeste.

—No es algo de lo que me sienta orgulloso y, de hecho, me ha causado bastantes dolores de cabeza. A ver, no es nada que confesar, digamos, pero es que… Durante los últimos años, ya sabes que tú y yo casi nunca hemos… hecho el amor… Y sé que has tenido problemas, con la menopausia y demás, y que con la muerte de tu madre todo ha sido muy duro, sobre todo el último año… Bueno, pues me he metido bastante en internet y… he mirado un montón de cosas… Porno, supongo, y la bola se fue haciendo más grande, y al cabo de poco empecé a entrar en salas de chat, y a hablar con gente, con mujeres, y descubrí que… me gustaba… la compañía. Y a veces… hice cosillas mientras hablaba con ellas… No delante de la cámara, nunca delante de la cámara, pero… Ya sabes… Al hablar con ellas. Hay una mujer en particular con la que he hablado mucho, y me anima a… hacer cosas. Y aunque no nos hemos conocido en persona, he empezado a sentirme un poco confundido, porque la situación se ha liado bastante. Y supongo que me sentía cada vez más sucio y un tanto… triste…, y quería saber si al contártelo podríamos… ¿arreglarlo?

Un largo y sorprendido silencio se instala entre nosotros.

Celeste se remueve en su asiento. La mierda ya está sobre la mesa.

—Muy bien, Martin. Has contado muchas cosas. Sé que no debe de haber sido fácil para ti.

¿NO DEBE DE HABER SIDO FÁCIL PARA ÉL? ¡¿PARA ÉL?! ¿Cómo crees que está siendo para mí? Estoy abochornada. Me da vueltas la cabeza.

Martin me está mirando fijamente. Quiere que me ponga a hablar para que el centro de atención no sea él. Abro la boca, pero no me sale ninguna palabra.

—¿Ciara? Es mucho que asimilar, ¿verdad? ¿Cómo te sientes ahora mismo? Cuéntamelo para que sepa qué piensas.

Fulmino a Celeste con la mirada. ¿Sabía que mi marido iba a decir eso? ¿Es cosa suya? Miro de nuevo a Martin, que exhibe la misma expresión aliviada que cuando regresa de una larga visita al váter. La verdad es que me siento como una mierda.

Después de lo que se me antoja una eternidad, me doy cuenta de que la única manera de salir de aquí, de esta hora y de esta habitación, es decir algo. No sé qué voy a decir, pero empiezo a hablar de todos modos.

—Bueno, sí que me había fijado en que te pasabas más tiempo frente al ordenador del cuartito. Supongo que pensé que mirabas cobertizos, ja, ja, ja.

Ay, cállate.

—Lo siento. Es que no sé qué quieres que diga, Martin —continúo —. ¿Quieres que me enfade?

—Esa es una pregunta excelente, Ciara. Martin, Ciara quiere saber si quieres que se enfade.

—Sí, ya la he oído —le espeta Martin, que es evidente que se muere de ganas de llegar a la parte en que yo muestro tristeza y me culpo a mí misma, antes de prometer que me esforzaré más en el ámbito sexual—. No sé qué quiero que sientas. Pensaba que debía contártelo porque no es una buena señal, ¿no?

—¿Que no es una buena señal, Martin? ¿A qué te refieres con eso? —le pregunta Celeste.

—Bueno, no parece muy positivo para nuestro matrimonio, ¿no? Si los dos no… y luego yo…

A Martin nunca se le ha dado bien hablar de sexo. Se le da peor que a mí. Que sufra, que sufra.

—Ciara, ¿te gustaría decir algo sobre el deseo sexual que te despierta Martin? —tercia Celeste, como si fuera la pregunta más normal y corriente del mundo.

—¿Si me gustaría decir algo sobre el deseo sexual que me despierta Martin? —replico. A su juego podemos jugar las dos—. No mucho.

—¿No mucho? ¿No quieres decir mucho?

—No, que Martin no me despierta mucho deseo sexual.

Martin levanta las manos como si dijera: «¿Lo ves? ¿Ves con qué debo lidiar? Normal que tenga que recurrir a meretrices de internet».

—Eso son palabras mayores, Ciara. Pareces enfadada. ¿Estás enfadada?

Me pongo como un tomate. Sí, lo estoy. Estoy furiosa, joder.

—¡¿Por qué estás enfadada?! —dice Martin, incrédulo.

BLOG 15: «¿Por qué estás enfadada?»

¿Por qué estoy enfadada? ¡¿Por qué estoy enfadada?! No hay nada que me enfade más que alguien me pregunte, normalmente con cierta indignación, por qué estoy enfadada, hostia. El problema es la pregunta, no la respuesta. La suelen formular después de presenciar un comportamiento bastante ASQUEROSO que a NO SÉ QUIÉN debe de parecerle provocador. Y resulta que soy yo la que tiene que soportar que cuestionen su enfado (totalmente comprensible), como si fuera yo la que está siendo irracional/borde/difícil.

Casi siempre absorbo los problemas de mierda y sigo adelante. Me los trago. No dejo que nadie se entere. Las raras ocasiones en que desembucho y grito, se me lleva la furia como si fuera una bruja rabiosa, y toda la familia interpreta la farsa de «no molestes a la bestia», poniendo los ojos en blanco y compartiendo un extraño vínculo familiar en mi contra. Esta vez, sin embargo, Martin no solo se ha pasado siete pueblos, sino que ha cruzado la frontera y embarcado en un ferri rumbo al Polo Sur.

Te haré una pregunta, querida lectora: si te encontraras delante de tu pareja de hace casi veinte años, enfrente de una completa desconocida, y de pronto tu pareja anunciara que siente tal insatisfacción con vuestra vida sexual que ha empezado a desahogarse en una sala de sexo cibernético por cortesía de alguna pechugona llamada Scarlett, ¿te enfadarías un poquitito? ¿Crees que te sentirías…, no sé, ligeramente traicionada? ¿Humillada? ¿Consternada? Pongamos que estás asintiendo con la cabeza,

querida lectora, y diciendo que sí, que entiendes por qué debe de escocer un poco. ¿También te sorprendería que te preguntaran POR QUÉ crees que experimentas esos sentimientos? ¿Qué es lo contrario de que te acusen de facilona? ¿Que te digan que eres una monjita de clausura? ¿Te pondría furiosa la insinuación de que en cierto modo es TU CULPA por no haberte abierto de piernas lo suficiente? Como si el sexo fuera un bufet del que apenas te has servido por voluntad propia.

Estoy que echo chispas. ¿Cómo se atreve? Va por ahí con esos calzoncillos viejos y holgados, permitiendo que los pelos campen libremente en cualquier orificio, tirándose pedos, siendo un muermo, vistiéndose como un vagabundo cegato y comportándose como un viejo cascarrabias, ¡y tiene los santos cojones de decir que la que no es sexi SOY YO! ¿Acaso es raro que no me apetezca arrancarle la ropa y subirlo encima de la secadora si su idea de los preliminares es darme una palmadita en la cabeza porque le he remendado los pantalones de golf? A quién le sorprende que nuestra vida sexual haya quedado reducida casi a la nada si me trata como un híbrido entre una criada y un *golden retriever*. En cierta manera, ¿se supone que voy a olvidar todo eso y esta noche me convertiré en su polvazo dispuesto y encantado? Pues va a ser que no, amigo. Va a ser que no.

Por si os lo estáis preguntando: sí, la terapia ha ido superbién.

15

Han pasado dos días desde que fuimos a ver a la consejera matrimonial. Seguimos hablando… poco. Martin guarda las distancias como si yo fuera una bomba a punto de explotar en cualquier momento, algo que resulta tan agradable (porque significa que se siente culpable) como muy pero que muy molesto (tú intenta hacer algo mientras miras constantemente de reojo a una silueta acojonada). No hemos hablado de lo que dijimos en la terapia. Celeste nos lo ha desaconsejado porque cree que deberíamos «asimilarlo» durante un tiempo y tratarlo en la siguiente sesión. Cómo no. Si todas las parejas se pusieran a hablar de verdad de sus problemas, tendría que cerrar el chiringuito; es mejor que dejemos las conversaciones para más adelante. Para su consulta.

No sé cómo me siento ahora. Al principio estaba furiosa, pero ahora que hay un pelín de espacio entre la zona cero del matrimonio y yo, siento emociones contrapuestas. Sobre todo, debo confesar una especie de alivio. Alivio porque, si Martin se lo está pasando bien en otro sitio —aunque sea un sitio virtual—, a mí me libera tanto moral (porque soy la «parte damnificada») como físicamente (no tendré que acostarme con él). Sé que suena mal, pero es lo que hay. Recuerdo lo que decía la cómica Jo Brand: «En cuanto has follado trescientas veces con la misma persona, ¿para qué vas a volver a acostarte con ella?», y me parece muy certero, incluso la exactitud de la cifra. Pongamos que en veinte años la curva sexual de la mayoría de las parejas es descendente en cuanto a la frecuencia. El primer año, es probable que folléis por lo menos unas cien veces. Posiblemente más. Después de una vez a la semana

durante un par de años, a los cinco años la cosa se estanca (y antes si tienes hijos muy pronto). Para casi todas las parejas, los trescientos polvos les llegan más o menos hacia el quinto año, y después os adentráis en un desierto sexual en el que solo están vuestros recuerdos y un buen libro que leer en la cama.

Algo muy positivo de todo esto es que mi blog ya tiene casi mil seguidores. No sé de dónde han salido, pero la verdad es que les encantan las entradas más recientes. Empecé a escribir sobre mis hijos —todas queremos leer sobre el infierno en que se convierte la maternidad de las demás, ¿verdad?—, pero desde que escribo más acerca de mí, acerca de nuestra relación, las visitas diarias se han duplicado. Por lo visto, hay unas cuantas mujeres parecidas a mí, que se sienten un poco perdidas, un poco desesperadas, un poco al límite. Alegría. La generación de las muertas vivientes. Sus opiniones son muy dispares, desde los «Línchalo» hasta los «¡Calma, mujer!».

Siento mucho leer lo que te está haciendo tu marido. Parece que es bastante infeliz, pero por lo general es un buen tío. ¿Y si el problema eres tú? ¿Y si necesitas encontrar emoción en otro campo de tu vida? Me pasé cuatro años en una relación tóxica; cuando salí de ella, al poco empecé con un hombre maravilloso, y la relación era estupenda. Pero como no había el estrés ni el drama de la anterior, a mí me parecía aburrida. Al cabo de un año rompí con él, comencé con otro con el que había muchísima pasión, pero lo dejábamos casi una vez al mes y era agotador. Y fue entonces cuando me di cuenta de que la relación con el anterior no era aburrida y no le faltaba pasión. En teoría, debería ser así de fácil. El sexo es algo que puedes arreglar, si hasta ÉL quiere arreglarlo. Si lo quieres, ocúpate de eso. Pero no mandes al garete una buena relación solo porque no sabes qué hacer con ella.

Pobrecita. ¿Por qué son tan capullos los hombres? ¿Por qué piensan con el capullo? ¿Cómo es que no te contó nada hasta que llegasteis a la terapia? Me parece un gilipollas. Corta con él antes de que empiece a ir con prostitutas.

¡Huye de ahí ahora que todavía no llevas un implante de cadera!

En serio, ¡tu matrimonio parece horroroso! Yo no podría estar en una relación con cero intimidad. En realidad, sois solo amigos; y, por lo que cuentas, amigos que no se caen demasiado bien.

Esta entrada la podría haber escrito yo. Es muy duro. Por un lado, pienso: «¿Por qué todos sentimos, hoy en día y en esta época, que una persona debería ser capaz de satisfacer todos nuestros deseos? ¿Qué problema hay con pasar ratos divertidos en internet, sobre todo si la menopausia ha aniquilado tu libido?». Por el otro, pienso: «Menuda desfachatez: ¡te obliga a ir a terapia para contarte que ha hecho cosas por internet con otras mujeres a tu espalda!». Tenéis tres hijos que os necesitan a los dos, y al parecer vuestro matrimonio era bueno hasta hace poco. Dale una oportunidad a la terapeuta y no tomes decisiones precipitadas. Tienes demasiado que perder. Te mando abrazos, cielo.

A ver, no recuerdo haber pedido opiniones ni consejos, pero por lo visto, si compartes este tipo de cosas en un blog, la gente se siente con derecho a dártelos de todos modos. Y casi mil visitas. Da igual la cantidad, ¡mira el éxito! No sé si me pone contenta o triste saber que no estoy sola, que desperdigadas por el Reino Unido, por el MUNDO, debe de haber cientos de miles de mujeres que gritan en el abismo de la soledad doméstica.

Ha sido una estupenda distracción del mundo real, donde mis hijos siguen dándome muchos quebraderos de cabeza. Lorcan y Paddy se han peleado. Otra vez.

BLOG 16: Gemelíos

Mis gemelos se odian. Ya ni siquiera soportan estar juntos en la misma habitación. Aunque se atraen mutuamente como si fueran imanes. Uno acusa al otro de hacer una mueca, entonces el otro le pone la zancadilla a su hermano adrede. Antes de que nos demos cuenta, la hora de comer se ha convertido en la Tercera Guerra Mundial; hay sillas volcadas, pasta en el suelo y huellas de patadas en las paredes. En lo que llevamos de año, Lorcan ha roto una barandilla, ha destrozado la pantalla del móvil y ha arrancado un trozo de yeso de la pared del pasillo de una patada. Paddy ha hecho un agujero con el puño en el escritorio (¿escritorio?, ¿a quién

intento engañar? Allí no estudia nunca. Es donde apoya el teclado de la PS4), ha roto la bombilla de la lámpara de su mesilla y ha partido dos segmentos del mosaico de la vidriera de la puerta principal. ¿Por qué tengo que soportar todo esto?

Y están creciendo tantísimo… He empezado a pensar que voy a ser yo la siguiente a la que golpeen. Dos gigantes imbéciles que recorren la casa cabreados nos mantienen secuestrados con su violencia y sus cambios de humor, y con su extraña obsesión mutua. Uno no tolera que al otro lo elogien de ninguna manera; lo ve como una crítica. Si digo: «Genial que hayas hecho los deberes, Paddy», Lorcan saltará con un: «Lo ha copiado de internet». Si le agradezco a Lorcan que me haya preparado una taza de té (después de atosigarlo durante veinte minutos), Paddy dirá: «Ha escupido en el té». Son incapaces de permitir que el otro disfrute de un momento de gloria sin hacerla añicos. Y de lo que me he dado cuenta es de que en realidad me pone de muy mala hostia. Sé que debe de ser complicado ser gemelos —tener siempre cerca a alguien que es clavado a ti y que es una comparación instantánea —, pero santo Dios, pondrían a prueba la paciencia de un santo, como decía mi madre. Se cargan cualquier momento de calma en la casa con sus gilipolleces egoístas de gemelos adolescentes.

Y, si no se trata de ellos, es Amelie, o la puta Reina de Saba, como he empezado a llamarla en mi cabeza. Y me quedo cortísima, vamos. Va de un lado a otro exigiendo dinero, información o comida especial que no tenemos, me gira la cara a todo lo que le propongo, me falta el respeto delante de cualquiera, se pasa el día hablando por el móvil con chicas a las que ha visto hace media hora y, lo peor de todo, se ha transformado en la Reina de los Chupetones de Haringey. Unas marcas asquerosas, de color morado y amarillo, que le salen en el cuello siempre que sale con Rodney. Procura ocultarlas, pero las detecto a millas de distancia. Si se chuperretean, ¿qué más harán? ¿Qué le ha ocurrido a mi dulce y adorable hijita, que todas las noches daba un beso a sus veinte peluches favoritos? Ha dejado de ser una *scout* para ser una extraña versión adolescente que compite con sus amigas a ver quién consigue todas las medallas primero: la Medalla de los

Chupetones (tengui), la Medalla de los Vómitos Alcoholizados, la Medalla de Liar Porros, la Medalla de los Toqueteos y la más importante de todas: la Medalla de la Guarra Integral (difícil de lograr, pero va por buen camino). ¿En qué nos hemos equivocado sus padres?

Aunque creo que Martin y yo no somos los mejores ejemplos. Puede que nuestros hijos detecten nuestra infelicidad.

No. No detectan nada que no sea comida o dinero. Que les den a todos, coño ya.

16

Es nuestra segunda sesión con Celeste. Arranca con la misma rutina de asentimientos y sonrisas, preparándose sin duda para las chorradas con que apunta lo evidente. Debo admitir que estoy nerviosa. No sé qué voy a decir. No sé qué siento.

—¿Cómo habéis pasado estos días? —pregunta Celeste tras un silencio que vale unas siete libras.

—En casa ha habido bastante silencio —dice Martin buscando mi mirada para que lo apoye. No lo miro. No puedo.

—Ciara, ¿sigues enfadada con Martin? Recuerdo que te marchaste de la última sesión enfadada.

—Eh… No, no, creo que no estoy enfadada. Estaba un poco sorprendida, supongo. Pero en general… Ahora no creo que esté enfadada. O sea, no es tan malo, ¿no? Tampoco es que me haya puesto los cuernos de verdad, ¿no? Es un poco triste y un poco humillante, pero bueno… Así es mi vida estos días. Me siento humillada por todos con los que vivo. Me siento invisible, abandonada, un sentimiento frustrante, ¡ja, ja, ja!

—Estás dolida —sugiere Celeste con su típico ladeo de cabeza.

—¡¿Tú crees?! Sí, supongo que «dolida» es una buena definición. Pero seguro que lo superaré.

—¿Que lo superarás?

—Sí. Que tiraré para adelante, como habría dicho mi madre.

—Tu madre. Sí. Martin comentó en nuestra primera sesión que murió el año pasado. Lo siento mucho.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Gracias.

—Ella te animaba a tirar para adelante, ¿verdad?

—Sí. Era de la antigua escuela. Se sacrificaba muchísimo por nosotros porque decía que le encantaba ser madre. Pero sé que no llegó a disfrutar demasiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre estaba un poco triste.

Mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—¿Crees que estaba deprimida?

—No, no creía en la depresión. Decía que tenía demasiadas cosas que hacer en casa como para estar deprimida. Es que no hizo nada que no fuera ocuparse de nosotros. No tenía amigos. Siempre se arreglaba, pero nunca iba a ninguna parte.

Y rompo a llorar. Celeste deja un silencio respetuoso ante mis sollozos y, para mi vergüenza, Martin extiende una mano y me da una palmada en la rodilla.

—Sé que debe de ser muy duro criar a una familia y perder a tu madre. Parece que era una mujer muy fuerte. Me pregunto si serías capaz de abandonar un tiempo lo de «tirar para adelante». De permitirte sentir tristeza, de no sobreponerte, de ser vulnerable, como has sido aquí, con nosotros. Es un mensaje poderoso, eso que tu madre te decía, y seguro que no tiene precio, pero hay veces en que no nos podemos sobreponer, en que no podemos seguir. ¿Quizá la muerte de tu madre sea una de esas veces?

—¿De qué serviría que me derrumbara? Hay que fregar los platos, mis hijos tienen que comer, y la lavadora no se pone sola. Podría sentarme en el suelo y llorar, o superarlo haciendo todo eso. Yo escojo hacer todo eso.

—Y ¿qué tal te ha ido por ese camino? —me pregunta Celeste mirándome a los ojos por una vez.

—No demasiado bien. —Río.

—No demasiado bien —repite, y al oírselo decir sé que es verdad. Tengo la sensación de que sobre mi pecho hay una bolsa de arena mojada que me pesa mucho. Pero no es mía. No me pertenece. ¿De quién es? Al concentrarme, me doy cuenta de que llevo años

soportándola. Años. De repente, estoy cansadísima. Cierro los ojos y me paso el resto de la sesión durmiendo.

17

Mamá… ¿Cómo lo soportabas? ¿Cómo es posible que fueras tan servicial y tan fácil de contentar? Joder. De hecho, estoy bastante cabreada contigo. Gracias. Gracias por hacerme sentir que, comparada contigo, soy una fracasada. Soy menos mujer. Soy menos una verdadera mamá. Tú siempre hiciste lo correcto. No te gustó nada de nada que volviera de la universidad profiriendo «tonterías feministas». Eras una inmigrante irlandesa, muy pobre, sin estudios. Cuando bajaste del barco, el país al que habías ido para ayudar a reconstruirlo te trató como una mierda. Nada de irlandeses, nada de negros, nada de perros en las ventanas de las casas… Pero te erguías cada vez que oías la puta frase de «Dios salve a la reina». ¿Qué clase de republicana eras? Siempre he estado orgullosa de mi herencia irlandesa. Una irlandesa de pacotilla, me llamabas. Nunca perdiste el acento, pero te encantaba Inglaterra. Estabas superagradecida. Eso me irritaba. Aceptabas las migajas. Las devorabas. Bueno, pues a mí ya no me hacen feliz las migajas, mamá. No puedo acarrear tu tristeza ni un solo segundo más.

18

—Hola, Debbie. —Suspiro, incapaz de disfrazar un bajón instantáneo al ver su nombre iluminado en la pantalla de mi móvil. Es sábado por la mañana, estoy en el súper comprando unas cosas, mientras todo el mundo disfruta del maravilloso y merecidísimo hecho de dormir hasta tarde. Cabrones.

—Hola, Ciara —dice Debbie, más seca que de costumbre.

¿Qué habrán hecho los dos idiotas ya? ¿Han empujado a Meredith en la parada del autobús? ¿La han mirado de forma burlona? ¿No le han ofrecido patatas fritas?

—¿Todo bien? —pregunto preparándome para asistir a un largo monólogo.

—En realidad no. He creído que más valía que te avisara.

Ay, Dios, ya empezamos. Ha recibido un aviso de la Vigilancia del Barrio sobre vertidos incontrolados, o alguien que asegura ser un preso rehabilitado va de puerta en puerta intentando vender unas bayetas que son la repera, o han visto a una familia irlandesa en caravana o bien haciendo un pícnic o bien intentando cerrar el parque para sus doscientos primos.

—Es sobre ti. Sobre lo que haces —dice enigmática.

¿Cómo? No se me ocurre ni una sola cosa que yo haya hecho que haya podido molestar a Debbie la Depre. ¿He mezclado el plástico y el cartón en los cubos de reciclaje? ¿No he barrido la entrada de casa? ¿He olvidado tocar la bocina al pasar por delante de su casa (una preciosa costumbre suya que me niego a adoptar)?

—No he hecho demasiado, Debs, más allá de desarrollar una obsesión insana por las galletas de chocolate negro y por Alexander

Armstrong, el del concurso *Pointless* —le digo a la ligera mientras meto en la cesta del súper verduras empaquetadas.

—Tus… textos. Sobre lo que has escrito.

Mi corazón se detiene durante unos instantes. Suelto el pepino que tengo en la mano, que rueda como si tal cosa hasta debajo de las estanterías.

—¿Cómo? ¿Qué textos?

Es imposible que lo haya visto. No le interesan en absoluto ni los blogs ni las redes sociales, así como tampoco pensar ni nada que no tenga que ver con lograr que todo el mundo esté igual de deprimido que ella. Y, aunque lo haya visto, me he esmerado muy mucho en ocultar los nombres de la gente. No he escrito los nombres enteros de mis hijos ni el de Martin, y los de los demás están cambiados; muy poco, vale, lo admito. Empieza a darme vueltas la cabeza.

—Tu página web. Tu… blog. —La última palabra la escupe.

Mierda. Mierda mierda mierda.

Niégalo, niégalo, niégalo.

—¿Qué blog? ¿Qué es un blog? ¡¿Por qué iba a escribir yo un blog?! ¿De qué hablaría en un blog? ¡No hago nada! ¡No tengo nada de que hablar, ja, ja, ja!

—Bueno, pues por lo visto sí. Es absurdo que intentes negarlo, Ciara. Hay demasiadas coincidencias. Debo admitir que al principio fuiste con mucho cuidado. Pero en el último texto te has relajado un poco. He mirado los anteriores para asegurarme, y en el resto los llamas P, L y A, pero en el último debías de estar tan enfadada que te olvidaste y usaste los nombres completos. Lo siento, pero es que no conozco a nadie que tenga tres hijos llamados Amelie, Paddy y Lorcan, y que vayan a un instituto en el que trabaja una majísima señorita Tanner; a nadie que tenga un marido llamado Martin y ¡una amiga muy bondadosa que se llama Debbie!

Al decir la última frase, se le rompe la voz, y comienza a sorberse los mocos.

No puedo hablar. Mierda.

—¿Cómo has podido? O sea, ¿cómo has podido? Yo lo puedo

encajar, pero la pobre Meredith…, y tu pobre marido, humillado de esta manera… ¿No lo habías pensado?

Tengo que dejarlo claro. Enseguida.

—Ay, mira, Debs, ya sé qué parece, pero ¡es todo inventado! Ya sabes que estaba pensando en apuntarme a un taller de escritura creativa; ¡estaba poniendo a prueba mis habilidades narrativas! Sí, sé que algunas de las historias se parecen un poco a la vida real, pero, bueno, ¡era un punto de partida! Venga ya, ¡como si tú fueras Debbie la Depre! Y Martin y yo… ¡no somos nosotros de verdad! Ja, ja, ja. Estaría en un manicomio si esa fuera mi vida real, ¡ja, ja, ja!

—¿Cuánto tardaré en colgar el teléfono y borrarlo todo? Medio camino, medio corro hacia la salida, esquivando las degustaciones y los carritos. Tengo que llegar a casa. Ya.

—No soy tonta, Ciara. Por los que más lo siento es por tus hijos. Has hecho lo peor que puede hacer una madre. Los has traicionado. Públicamente.

—Mira, vale, lo pillo, has sumado dos más dos, pero no es lo que parece. No tienes por qué ponerte así, Debs. Ha sido un ejercicio divertido. Me he inventado historias sobre mi familia, ¡para pasar el rato! Sí, ¡debería salir más! ¡Ja, ja, ja! Siempre he tenido muchísima imaginación. Pero supongo que tienes razón, más vale que lo cierre…, ¡antes de que lo vea alguien más y se lleve una idea equivocada! ¡Ja, ja, ja!

—Bueno, es que de eso se trata: quizá es demasiado tarde.

—¿A qué te refieres? Sé que ahora tengo unos cuantos seguidores, pero… En fin, ¡solo es uno más entre millones de blogs! De hecho, ¡¿cómo lo has encontrado?!

—He activado los avisos de Google Alerts con todos mis amigos.

Hostia puta.

—Vale. ¿Qué quieres decir con que es demasiado tarde?

Me está empezando a preocupar.

Debbie suelta un suspiro teatral, casi con pesar.

—No estaba segura al cien por cien, así que se lo he enseñado a Meredith esta mañana para comprobar varios detalles, y ella

tampoco estaba segura al cien por cien, así que ha hecho unas capturas de pantalla y se las ha mandado a Paddy…

Suelto la cesta y echo a correr.

19

Me he olvidado de conducir. Se me cala el coche tres veces mientras intento salir del aparcamiento. Estoy sudando. Me encuentro mal. Ay, Dios. Cálmate. Puede que Paddy no se haya despertado aún. Puede que, si llego a casa, le cojo el móvil y lo borro todo, luego me ría como si fuera otra ridícula estratagema de Meredith. Nadie se enteraría. Y seguirán en la cama, por supuesto… Los fines de semana, Paddy normalmente no se levanta hasta después de comer. No pasará nada. Salgo del aparcamiento y aprieto el acelerador. Pum. Un chasquido espantoso al estamparme con el coche de delante, que por alguna razón se ha detenido al ver la luz en ámbar. Idiota. Mierda. El conductor baja del coche, inspecciona el parachoques con gesto teatral y se acerca a mi ventanilla. Pongo el freno de mano. Ahora no. Ahora no, por favor.

—¡Te has acercado mucho, cielo!

—¡Estaba verde! ¿Por qué has parado? ¡Estaba verde!

—Estaba ámbar, cielo. Una luz ámbar te advierte que pares. Y, además, ¿y si hubiera habido un crío caminando por la calzada y hubiera tenido que hacer una frenada de emergencia?

—¿Había un crío en la calzada?

—No, pero podría haber pasado. Tú te has chocado conmigo. Ahí yo no he tenido nada que ver.

Es uno de esos. Hay una diminuta abolladura en su reluciente parachoques, pero el hombre se va a poner imposible.

—Vale, lo siento, es que tengo algo de prisa. Mira, dame tus datos y te reembolsaré la visita al taller.

Me mira con suspicacia. Es un sesentón, con guantes de conducir,

chaqueta de punto acrílica y americana un sábado por la mañana.

—¿No quieres que nos demos los detalles del seguro? ¿Hay algún problema? —Cree que voy sin seguro.

—A ver, si quieres sí, pero los cargos son excesivos, así que lo arreglamos por nuestra cuenta, ¿de acuerdo?

Soy consciente de que el terror hacia lo que tal vez esté a punto de estallar en mi casa me vuelve sospechosa. Intento sonreír, pero se me pegan los labios a los dientes y termino haciendo una mueca arrepentida.

—Sigamos los cauces oficiales, ¿de acuerdo? —dice el hombre con mirada fría—. Soy un policía jubilado, por lo que me gusta hacer las cosas como hay que hacerlas. —Claro que es un poli jubilado. Cómo no. Qué suerte la mía.

Con una lentitud que casi resulta irónica, regresa a su vehículo y busca la documentación en la guantera. Yo miro en la mía, pero no veo más que una cajita vacía de Biodramina y un centenar de pañuelos usados. El hombre coloca un triángulo de emergencia detrás de nuestros coches y empieza a redirigir la irritable cola que ya hemos formado.

—¿Tienes la documentación por ahí, cielo? —dice. Es evidente que volver a las andadas le está divirtiendo.

—No encuentro los papeles en el coche. Estaba segura de haberlos puesto aquí.

—Bueno. —Sonríe—. ¿Cuál es tu aseguradora?

—Admiral. Creo. ¿O esa era la del año pasado?

—No lo sé, cielo, ¿era la del año pasado?

—Es que cambiamos todos los años, así que nunca me acuerdo…

—Buscas la cuota más competitiva, claro. No te culpo, cielo.

—Mira, de verdad que necesito llegar a casa…

—Sí, ya veo que estás un pelín aturullada. Supongo que por eso no prestabas atención. Sea lo que sea, es imposible que sea tan urgente como para que te salga a cuenta pagar de tu bolsillo la reparación, ¿no?

Ja. Si yo te contara.

—Toma mi número, mi dirección —digo escribiendo mis datos en su bloc de notas—. Llámame luego y busco los detalles de mi seguro. No hay problema. En serio. ¿Me puedo ir ya, por favor?

Durante un minuto, el hombre valora sus opciones.

—Estaremos en contacto —responde al fin, y vuelve a su coche. Tras pasarse unos cinco minutos ajustando los retrovisores, abrochándose el cinturón de seguridad y haciendo ejercicios para estirar el cuello por si detecta alguna lesión lucrativa, arranca a una velocidad imponente y lo sigo. Pues claro que sigue la misma ruta que yo, cómo no, y conduce muy por debajo del límite de velocidad. De vez en cuando frena de repente, como si quisiera poner a prueba mi concentración. ¡A este paso nunca llegaré a casa, coño! Por fin gira a la izquierda y acelero en el último tramo de la calle para echarle el guante al móvil de Paddy. Me tiemblan las manos al meter la llave en la cerradura, me palpita el corazón en los oídos.

Silencio. No se oye ni un susurro.

Gracias a Dios. No todo está perdido. Podré borrarlo todo. Gracias a Dios por los ciclos de sueño adolescentes. Cuando estoy a punto de subir de puntillas hacia la habitación de Paddy, oigo una silla que se echa hacia atrás en la cocina. ¿Quién está despierto? Si se trata de Martin, no se enterará de nada siempre y cuando los niños sigan durmiendo. Me alejo de las escaleras y abro la puerta de la cocina.

Mierda.

La familia al completo está sentada alrededor de la mesa de la cocina. Los cuatro. El móvil de Paddy está en el centro. Martin le ha pasado un brazo por los hombros a Amelie, que está sollozando. Paddy y Lorcan están lívidos. La puerta chirría al abrirla y Martin levanta la vista hacia mí, afectado. Joder.

—¿Hola? —murmuro, como si hubiera una manera de fingir que esto no está pasando.

Amelie me mira y, al verme, rompe a llorar de forma escandalosa. Paddy retira la silla con un estruendo y pasa por mi lado a toda velocidad antes de subir las escaleras. Lorcan sigue con la cabeza

gacha. Solo Martin me mira a los ojos.

—Creo que tenemos que hablar —dice con gravedad.

—¿Es por el blog? Porque de verdad que es una broma, ¡no somos nosotros! O sea, sí que somos nosotros, pero no del todo. Está basado en hechos reales, pero ¡extremadamente exagerado y adornado!

Martin menea la cabeza. Amelie deja de llorar y me mira.

—¿Cómo has podido, mamá? ¿Cómo has podido hacernos esto? Has dicho cosas horribles. Sobre mí. ¡Sobre papá!

—Ay, cariño, no he dicho nada horrible. No era mi intención disgustarte…

—¡MAMÁ! ¡Me has llamado GUARRA! —chilla. Y no le falta razón.

—Bueno, sí y no. En realidad, no he dicho que seas una g… He dicho que a veces es como si fueras una g… Es diferente.

—Ay, déjalo, mamá, eres patética. Si nos odias tanto, ¡¿por qué sigues aquí?!

—¡Yo no os odio, no digas tonterías!

—Ciara… Creo que no se puede entender de otra manera. Los niños lo han leído todo, yo lo he leído todo, y estamos bastante sorprendidos, la verdad. Sé que hemos tenido problemas, pero siempre hemos sido una piña, y resulta muy devastador saber que ya no te gusta formar parte de esta familia. Muy devastador. Así que da igual que intentes alejarte de lo que has escrito. Nos queda muy claro que lo has escrito porque es lo que sientes de corazón.

Martin está bastante satisfecho con su discurso. Vuelve a ponerle el brazo sobre los hombros a Amelie y nuestra hija apoya la cabeza en su hombro. ¿Por qué de repente me siento como la oveja descarriada? ¿Una forastera en mi propio matrimonio? Siempre ha sido bastante así: papá y Amelie, Amelie y papá.

Lorcan toma la palabra.

—Mamá, ¿tienes una idea de lo mucho que nos va a costar quitarnos de encima esta mierda? —Le tiembla la voz por la rabia.

—¡Nadie se va a enterar! —digo con la esperanza de lograr que por lo menos él esté en mi bando.

Mi hijo suelta una carcajada vacía y áspera.

—Ya ha circulado por nuestros compañeros de clase. Meredith se ha encargado de hacerlo correr. Así que ahora todo el mundo conoce los detalles de nuestra puta familia. Felicidades, mamá.

—¡Todo el mundo sabe que nuestro padre ve porno! —salta Paddy, que ha vuelto a la cocina.

—¡Eso no es verdad! ¡Esa parte no es verdad! No sé de dónde lo ha sacado vuestra madre, pero ¡es cien por cien mentira! ¡Rotundamente! —exclama Martin mientras se pone rojo como un tomate.

—Da igual si es verdad o mentira, mamá. Todos creen que es verdad —dice Lorcan.

—Lorcan, lo siento mucho, de veras. Ha sido un accidente. No pretendía publicarlo, y cuando se publicó me gustó disponer de un espacio…

Me siento fatal. Lorcan, a pesar de su imbecilidad, sus gilipolleces y su perezosa indiferencia hacia el mundo, siempre ha sido el hijo al que estoy más apegada. Está destrozado y vencido.

—No sabía que nos odiabas tanto, mamá, solo eso. —Se levanta y se marcha de la cocina. Amelie se incorpora de un salto y corre tras él, igual que Paddy.

Se hace un largo silencio.

—Voy a salir. —Lo rompe Martin al fin.

—Martin, yo…

—Creo que no necesito seguir escuchándote. Alejaré de ti este cuerpo gordo, calvo y aburrido para que te pases el día redactando más observaciones hilarantes sobre la familia para tu pandilla de seguidoras.

—¿Adónde vas a ir? —le pregunto en voz baja.

—No lo sé. A algún sitio en el que no me encuentre a nadie que conozcamos. No creo que pueda soportar la lástima ni las risas. A estas alturas ya deben de campar a sus anchas.

—Martin, ¡estás exagerando! Sí, es… mala suerte que los amigos del instituto de los niños lo sepan, pero ¡por aquí nadie se va a

enterar!

—¿Debbie no te lo ha contado?

—¿El qué?

—Uno de los padres lo ha publicado en la página de Facebook del instituto… Por lo visto, lo que decías sobre la señorita Tanner está causando un buen revuelo. Debbie ha llamado justo antes de que volvieras. Dice que mucha gente se apiada de mí. Genial. Soy un mamarracho famoso. Felicidades. Disculpa. —Martin se levanta y se va. Oigo cómo intenta calzarse los zapatos. Bufa y resopla, se pone la chaqueta y se marcha con un portazo.

Me quedo sentada contemplando la pared. Estoy… paralizada. Creía que, si alzaba la voz, la casa entera se derrumbaría a mi alrededor. Había imaginado una nube nuclear que envolvería toda la calle, con sirenas que la recorrerían de punta a punta, y oiría lamentos y rechinar de dientes a millas de distancia. Pero hay silencio. Un silencio sepulcral. Lo he puesto todo encima de la mesa, las cosas que llevo años guardando, las decepciones, el daño, la rabia, la confusión y la irritación, y en lugar de experimentar una tormenta catártica de mis pesadillas, hay esto. Hay… la nada. Soy consciente de una ligera sensación de alivio; por más terrible que sea que hoy todos hayan leído algunas de las entradas que escribí, quizá mañana se habrán calmado y habrá sitio en sus corazones para sentir cierta empatía hacia mí. Nadie dijo que ser escuchada no fuera acompañado de dolor, así que ¿quizá a la larga será positivo? Tal vez se darán cuenta de que deben esforzarse más, empezar a valorarme, mostrarme un poco de amor y de respeto como si fuera un ser humano normal y corriente, y no solo «mamá».

Tal vez.

20

Es pasada la medianoche cuando oigo que Martin vuelve a casa. He estado todo el día encerrada en el cuartito. Mis hijos no me dirigen la palabra. Amelie se ha pasado muchas horas en una crisis por videoconferencia con sus amigas, criticándome a gritos y leyendo en voz alta los peores pasajes sobre ella que ha encontrado. Para tratarse de alguien que asegura sentir un gran bochorno, bien que lo chilla a los cuatro vientos. Los gemelos no han salido de su habitación en todo el día. No he oído ninguna de las airadas peleas que suelen mantener en línea con sus compañeros de clase; es evidente que hoy están demasiado avergonzados para conectarse a internet. Me he traído a mi madre al cuartito para que me dé apoyo moral —aunque nunca habría apoyado mi idea del blog—. Ella jamás permitió que nadie se enterara de sus intimidades, ni siquiera sus propios hijos. Se emparanoiaba con que alguien oyera algún rumor sobre ella. Susurraba incluso al hablar de gente que vivía en Australia.

He releído las entradas de mi blog. Ahora veo lo mucho que se me ha escapado, me he emocionado demasiado. Veo por qué mis hijos están abochornados y molestos. Entiendo perfectamente por qué Martin está que trina. Me lo he ganado. Sobre todo hacia el final. Porque es el final. Debe serlo. ¿Cómo voy a seguir adelante ahora que lo saben? ¿Cómo voy a seguir adelante?

Hay cosas que, una vez dichas, no se pueden retirar, ¿verdad? No sé cómo saldremos Martin y yo de esta. Siento un fuerte nudo en el estómago. Pero si soy sincera, debajo de las náuseas, debajo de los temblores y de la vergüenza abrasadora, burbujea un nuevo

sentimiento. ¿Qué es? No estoy segura. Parece un poco de… ¿esperanza? No por nosotros, por la familia, sino por mí. Algo ha cambiado y creo que ya no hay vuelta atrás, aunque quisiera.

Ocurra lo que ocurra a partir de ahora, tendremos que afrontarlo siendo plenamente conscientes de todo lo que he dicho en público. ¿Qué hago con el blog? Mi dedo no deja de revolotear sobre el botón de borrarlo, pero soy incapaz. ¿De qué sirve cerrar las puertas del establo cuando el caballo ya ha salido galopando? A estas alturas, todos nuestros vecinos se habrán enterado. Debbie se ha encargado de ello.

No quiero borrarlo. A lo largo de los años, he borrado demasiadas partes de mí. Quiero que esto permanezca para tener por lo menos algo que enseñar sobre la última década.

Martin no viene al cuartito. Lo oigo moverse en nuestro dormitorio, en la habitación de al lado. Creo que ha estado bebiendo… No para de tirar cosas al suelo y de mascullar. Lo dejaré tranquilo. Quizá podamos hablar por la mañana.

Tal vez sea el toque de atención que necesitábamos. Intento consolarme con aforismos positivos. Todo ocurre por una razón (sin contar las cosas horribles y aleatorias que ocurren a diario sin ningún motivo).

La situación solo puede mejorar (sin contar la de veces que no hace más que empeorar).

Los errores no existen (ay, vete a la mierda, Freud).

Al final me quedo frita oyendo los ebrios ronquidos de Martin al otro lado de la pared.

Cuando me despierto, es tarde. El sol se cuela con fuerza por entre las finas cortinas del cuartito. Deben de ser las diez. La casa está en silencio. Me quedo tumbada, observando el descascarillado papel pintado de la pared. Nunca llegamos a decorar del todo esta habitación. Iba a ser mi despacho. Ja. Hace tiempo, iba a escribir un libro. No recuerdo de qué. Ahora el «despacho» es donde guardamos los adornos de Navidad, la aspiradora, los cestos de la ropa, la tabla

de planchar, el ordenador de Martin, montañas de toallas y de ropa de cama, y varias cajas con los antiguos juguetes de mis hijos. Esa es la historia que escribí.

Mi madre se encuentra sobre la ropa que todavía no he planchado, como un reprobador recordatorio de todos mis fracasos domésticos. Le he colocado un crucifijo justo encima. Es lo que le habría gustado.

Tú jamás habrías permitido que la montaña de ropa por planchar llegara tan alto, ¿verdad que no, mamá? Estableciste un horario para planchar: los sábados a las 17 h, delante de los resultados de los partidos de fútbol, para comprobar tu quiniela. Todavía soy capaz de oír tu voz: «Empate a uno», mientras tachabas los resultados de la hojita, tus piernas manchadas por la estufa de gas. Nuestro uniforme estaba raído, pero bien planchado y doblado; las camisas de papá colgaban inmaculadas encima de la secadora; las sábanas, las fundas de almohada y hasta las toallas lucían sin arrugas y suaves. Mi montaña de ropa para planchar es una pila deprimente de prendas arrugadas e informes que, por más que me esfuerce, están tan mal después de plancharlas como estaban antes. Lo siento, mamá. Lo siento por todo. La he cagado un poco.

Necesito ir al baño urgentemente, pero me da miedo abrir la puerta. Parece el inicio de algo. La mañana de después de la noche de antes. En un rincón está la maceta con el árbol de Navidad de plástico, pero no voy a mear ahí. Tarde o temprano tendré que salir del cuarto. No puedo quedarme aquí encerrada semanas, esperando que la situación se tranquilice. Aparto el edredón y voy de puntillas hacia la puerta. Con una mano en el pomo, pongo la oreja para oír si alguien está despierto. Nada. Giro el pomo lentamente y abro la puerta. No hay nadie. Todos siguen durmiendo. Me dirijo al cuarto de baño, tropiezo con algo y caigo de bruces al suelo.

Una maleta.

Hay una maleta en el descansillo. ¿Qué pasa? Junto a la maleta, hay un pósit.

Quizá deberías irte durante una temporada.
M

Sentada en el suelo del descansillo, me froto las rodillas doloridas. ¿Irme? ¿Adónde? ¿Adónde voy a ir? ¿Con quién? No me he ido a ningún sitio sola desde que hice aquel intercambio con mi amiga por correspondencia de Suiza, y fue un absoluto desastre. Me pasé una semana sin comer y quedándome dormida llorando. No quiero irme sola, y menos aún al extranjero.

¿«Deberías irte»? Vaya. Se lo está tomando a la tremenda.

Desde mi ventajosa posición en el suelo, miro hacia los rodapiés arañados, la moqueta manchada y el polvo que baila en los rayos de luz. De repente, mi pequeño e imperfecto mundo no parece tan espantoso.

¿Debería irme?

Y entonces un rayo de sol incide en el crucifijo que he puesto encima de mi madre. Mi madre.

Siempre quiso ir a Nueva York. Todavía no he hecho lo que nos pidió. ¿Es ahora? ¿Es ahora el momento? Menuda tontería.

Bajo las escaleras y me siento con una taza de té en plena calma de domingo por la mañana. El reloj marca los segundos con furia y, no por primera vez, percibo la presión de la nada en esta casa silenciosa. ¿Me echarían de menos si me fuera? A ver, claro que sí, porque no habría nadie que encontrara las espinilleras de fútbol, nadie a quien gritar cuando no quedan mallas limpias, nadie a quien culpar cuando se acaban los cereales. Martin estaría un poco perdido durante el primer día, pero seguro que se adaptaría, ayudado sin duda por las atenciones de alguna tetona de internet. Podría hacerse una paja en el cuartito y meterse en la cama con una sonrisa en el rostro, para variar.

No es que sea la primera vez que pienso en cómo sería si yo no estuviera aquí. Siempre me ha sorprendido que en los funerales, rodeada de pena y de tristeza, la gente come bocadillos, ríe y habla de temas intrascendentes. Recuerdo haber fulminado con la mirada

a los vecinos de mi madre, los que ponían a prueba su rigidez al hacerle visitas casi diarias cuando no estaba en el hospital, y pensar: «¡Miraos! ¡Riendo y metiéndoos lonchas de beicon en la boca! ¡Seréis los siguientes! ¡Y todos seguiremos aquí, comiendo beicon, y estaréis muertos, y entonces no os parecerá tan divertido!».

La vida sigue. Avanzamos a trompicones protegiéndonos del inevitable destino. Fingimos que no todos recorremos el mismo camino. Nunca me he engañado ni he pensado que fuera indispensable. He dispuesto un buen sistema en casa. Que funciona, más o menos. Quizá podría pasar página. Mientras aún tenga tiempo. Los hombres lo hacen muy a menudo, ¿verdad? Huyen, abandonan a los hijos, a las esposas, la televisión de plasma y empiezan una nueva vida, casi siempre con una nueva mujer. Se compran coches, comienzan a ponerse chaquetas de cuero y se tiñen el pelo. Se arreglan los dientes, se van de vacaciones con la nueva mujer y la tratan un poco mejor que al vejestorio lloroso que han dejado recogiendo los pedazos y enjugando los ojos de los hijos. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo? ¿Quién dice que las mujeres debamos quedarnos atrás? Si al final a mis hijos les cae mejor Martin que yo. Siempre le he dicho: «Si la situación se vuelve complicada, te echo una carrera hacia la puerta de casa».

La situación es complicada. Así pues, ¿por qué no ahora?

¿Por qué no?

Antes siquiera de terminar de formularme la pregunta, me dirijo al ordenador. Mis manos, al parecer sin el permiso de mi cerebro, buscan vuelos. He sacado la tarjeta, he guardado el pasaporte y llenado la maleta con lo que he encontrado en el cesto de la ropa. Siempre he querido ir de compras por Nueva York… Ya compraré lo que necesite cuando esté allí. Dos semanas. No es un descanso maternal muy largo, pero es un comienzo. Dos semanas para aclararme la cabeza y regresar con un plan brillante para resurgir de las cenizas.

Envuelvo a mi madre con una toalla y la meto en el fondo de la maleta. Ya que paga ella, que por lo menos viaje cómoda. De una

caja que hay debajo del fregadero, cojo las mil libras en metálico que me dejó. No hay tiempo para permisos, para certificados especiales que permitan el transporte de cenizas; no hay tiempo para ceremonias. Ya me haré la visa de visitante en el aeropuerto. No he corrido tanto como el viento desde el día que casi me perdí el último servicio de correos de Navidad.

Dispongo de tres horas para llegar. Garabateo una respuesta en el pósit.

Vale. Un beso

Suena un poco seco, así que añado una posdata.

Lo siento. Beso

Y me marcho.
Me marcho.

PARTE DOS

21

—¿A qué terminal, corazón? —pregunta el conductor de Uber.

Terminal. Es justo lo que parece esta situación, sí.

—No lo sé. Voy a Nueva York. Con British Airways.

—Qué guay. ¿Vas tú sola? ¿Por trabajo?

Ojalá.

—Sí. Por trabajo.

Supongo que, en cierto modo, es así. ¿Qué suelen decir los norteamericanos? «Me tomo un tiempo para trabajar en mí», como si la psique humana fuera un coche que puedes levantar y remendar desde debajo. A lo mejor sí. A lo mejor regresaré de Nueva York con unos vaqueros estupendos y una nueva disposición, brillante y positiva. Si es que regreso.

Cuando giramos por la calle principal, el tráfico nos engulle. Es el mercado dominical, que se organiza una vez al mes, así que la zona está repleta de personas que disfrutan pagando veinte centavos por una rebanada de masa madre y una cuña de queso ceroso, a pesar de que en la plaza adoquinada no hay agricultores ni ganaderos, ovejas ni muchachas de blanquecinos pechos prominentes con jarras de leche. Lo único que por allí recuerda remotamente a una granja es la peste a mierda.

Me hundo en el asiento para que nadie me vea. Observo a las benditas mamás, que ignoran por completo que sus hijos en patinete acaban de estamparse contra la cola de jubilados que quieren comprar pan, maravillada por cómo la relación tóxica que mantienen con sus vástagos las ciega de toda maldad. El parque ya está atestado de un montón de familias encantadoras con ropa

bonita, pantalones de yoga y pelo revuelto de acabarse de levantar de la cama. ¿Por qué los niños de clase media siempre están despeinados? Mi madre siempre procuraba que lleváramos el pelo limpio y peinado. Se me pegó su manía; a mí me daría algo si mis hijos fueran por ahí con el pelo sucio. Pero los que estoy viendo ahora… Auténticos nidos de pájaros coronan sus cabecitas de clase media, los chicos con el pelo más largo que las chicas…, y todos parecen exclamar: «No hace falta que nos peinemos para aparentar ser listos… ¡Tenemos dinero!».

El desprecio me embarga. ¿Qué me ha pasado? Yo antes era una de esas mamás. Aunque siempre ODIÉ el puto parque con todas mis fuerzas, iba igualmente. Me pasaba horas aplaudiendo la osadía de escalar los castillos de barrotes, empujando hacia adelante y hacia atrás los cuerpecitos sobre los columpios, sin dejar de admirar la tenacidad de bajar por los toboganes. Odié cada segundo que pasaba allí, pero iba porque mis hijos querían ir al parque y yo los quería a ellos. ¿Estas mamás son iguales que yo por dentro? ¿También sienten que un vacío existencial tira de ellas cada vez que entran en el parque? ¿También reflexionan, gracias al movimiento continuo e imparable del tiovivo, en la inutilidad de la condición humana? Lo dudo. Todas parecen muy felices. Tiempo atrás, esta imagen de alborozo familiar, de diversión a pleno sol primaveral con la novedad de contar con papá durante el día, me habría generado calorcito en el corazón. Ahora me hace gruñir. Soy el orco de las madres.

—Vosotras esperad —digo mirando hacia los maniquís de Zara que empujan carritos de diseño—. Ahora os quieren, pero dentro de diez años os preguntaréis en qué coño os habéis equivocado.

El taxi avanza hasta dejar atrás el parque y volvemos a detenernos cerca de la tienda de alimentación Co-op. Un grupo de mujeres se arremolina alrededor de una persona. Todas contemplan algo que ocurre en el centro.

Mierda. Debbie. Es Debbie. Tiene el móvil en la mano y les está enseñando algo. Las mujeres chasquean la lengua y menean la

cabeza. Les está mostrando mi blog. Está alterada, pero curiosamente llena de energía. Creo que lleva esperando toda la vida a que ocurriera algo así de terrible. Ahora morirá feliz. Me hundo más en el asiento y me cubro la cabeza con la chaqueta.

Me largo de aquí.

22

La terminal cinco está abarrotada. Estoy nerviosa e inquieta. Siempre me pasa en los aeropuertos, pero hoy tengo una razón mejor que mi habitual y exagerado miedo a volar, en plan: «¿Estoy a punto de morir?». Hoy dejo atrás a mi familia, el centro de mi universo, mi *raison d'être* durante los últimos quince años. Y lo que es peor: cuando la mujer del mostrador de facturación me pregunte si tengo algo que declarar en la maleta, tendré que mirarla a los ojos y decirle que no, cuando lo que debería decir, de hecho, es: «A ver, no llevo pistolas, bombas ni drogas, pero sí las cenizas de mi madre en un tarro. ¿Hay algún inconveniente?».

Creo que, en realidad, es ilegal viajar con un muerto, aunque el muerto esté reducido a una bolsa de cenizas. No me he atrevido a buscarlo en internet, porque ¿qué voy a hacer ahora si resulta que es ilegal? ¿Tirar su cenizas a una papelera al lado del Subway? ¿Lanzarlas al váter? ¿Esparcirlas por las distintas plantas del aparcamiento? Me tocará aguantar el tipo. Podría meterla en la bolsa de mano, pero seguiría siendo lo mismo. Y me imagino lo rara que sería la conversación en el control de seguridad: «¿Lleva líquidos en el bolso?», «No, ahora mismo mi madre está bastante seca».

No hay cola en el mostrador de facturación. La mujer de la izquierda parece más tranquila que el hombre barbudo de la derecha. Me dirijo hacia ella.

—Buenos días, señora. ¿Adónde va?

—A Nueva York —digo con la voz atrapada en la garganta. Soy una pésima mentirosa y la mujer está a punto de ponerme a prueba.

Padezco un sentido de culpabilidad católico extremo y a menudo sueño que confieso algo que ni siquiera he cometido. Una noche soñé que había por ahí un asesino en serie y yo confesé —y era mentira— que había enterrado cientos de cuerpos junto al arcén de la autopista porque era incapaz de soportar el dolor del agente de policía que no conseguía resolver el caso.

—¿Viaja sola, señora? —Me sonríe la agradable mujer de mediana edad de British Airways.

—Sí. —Sonrío nerviosa.

—¿Ha hecho usted su maleta?

—Sí.

—¿Lleva algo afilado?

—No.

—Estupendo. Y ¿la maleta ha estado con usted todo el tiempo?

—Sí.

—Genial. Pues ya estaría, señora —dice mientras observa la pantalla con sumo interés.

Ay, Dios. ¿Por qué frunce el ceño? ¿Estoy en busca y captura? ¿Martin se ha enterado de adónde me dirijo y ha llamado antes de que llegara yo para decirles que estoy mal de la cabeza y que, por tanto, no deberían permitirme volar? ¿Acaso la mujer tiene rayos X y ve a mi madre dentro de mi maleta?

—Pues tengo una buena noticia para usted, señora. Puedo cambiarle su billete a uno superior. ¡Va a volar en clase *business*! ¡Disfrute del vuelo!

Me entran ganas de darle un beso. Rompo a llorar. A mí nunca me han subido de categoría. Nunca. En nada.

—¡Muchísimas gracias! —exclamo, avergonzada por mis lágrimas.

—¡De nada! —Me sonríe—. Creo que le irá bien descansar un poco.

No me digas.

23

—Buenos días, señora, y bienvenida a bordo. ¿Me permite el abrigo? ¿Le gustaría tomar una copa de champán o un zumo de naranja? —me pregunta la glamurosa azafata de mediana edad.

Nunca he girado a la izquierda al entrar en un avión, y es otro mundo. Allí no arrastras el equipaje de mano, no sudas por todas las capas que te has puesto para facturar lo mínimo mientras otros pasajeros asquerosos bloquean los pasillos doblando con cuidado los abrigos, con los que llenan los compartimentos superiores del avión. No inspeccionas a la desesperada los números de los asientos para asegurarte de que no te toca al lado de un obeso mórbido que no cabe en el suyo ni de un bebé lloroso. No hay guerras pasivo-agresivas a base de codazos.

—Champán, por favor —digo cuando se ocupa de mi abrigo y mi bolso, y entonces me conduce hacia un asiento enorme y solitario junto a la ventanilla. Y lo único con lo que debo lidiar es con una fría copa de burbujas.

No puedo parar de sonreír. Estas cosas no nos pasan a las personas como yo. O por lo menos no nos pasaban. ¿Tal vez me haya cambiado la suerte? Experimento un destello de culpa momentánea al pensar en que mi madre está en una maleta, envuelta en una toalla, en plena oscuridad, mientras yo me codeo con los pijos. A ella le habría encantado. Habría hablado con su mejor acento británico o fingido que volaba en *business* todos los días. En fin. Lo siento, mamá.

Doy un sorbo al champán y echo el asiento hacia atrás. Se inclina tanto que me vierto la copa por encima de la camiseta, en cuya tela

ahora veo que hay manchas de huevo. Veloz como un rayo, llega la azafata con otra copa de champán. Le da un golpecito al asiento y no puedo evitar romper a llorar de nuevo.

—No pasa nada, señora. Son cosas que pasan. No se ponga triste. Estamos aquí para cuidar de usted.

—Lo siento, es que estoy un poco sensible.

—¿La pérdida de un familiar? —pregunta con amabilidad.

—Sí —respondo—. Mi madre.

—Lo siento mucho, señora. Mi madre murió hace un par de meses, así que sé cómo se siente. —En ese momento, empieza a llorar y las dos nos echamos a reír—. Así no la ayudo, ¿verdad que no? —Ríe cuando le doy un pañuelo—. ¡La que debería cuidar de usted soy yo! No se preocupe, me encargaré de que tenga bebida en todo momento. Tan solo intente relajarse.

Quiero decirle que no es reciente, que mi madre murió hace un año y que, de hecho, está en la bodega del avión porque he tenido que huir de mi espantosa familia, que ahora tiene una buenísima razón para odiarme más allá de por mi mera existencia. Quiero decirle que fui a una consejera matrimonial, quiero hablarle de Debbie la Depre y de mi blog y de los años solitarios que me he pasado sin poder contarle a nadie todo esto. Quiero sentarme en un bar con ella e intercambiar historias de miedo sobre la menopausia, comparar los síntomas de las noches con sofocos y hablar de sequedad vaginal. Pero no puedo. La llaman para bregar con una advertencia de alergia a los cacahuetes. Me siento patéticamente agradecida por sus amables palabras, por que se haya dado cuenta, y resulta que ha pasado tantísimo tiempo desde la última vez que alguien se ocupó DE MÍ que he olvidado qué es recibir. Llega otra azafata con toallitas húmedas y casi comienzo a sollozar de nuevo.

Despegamos y observo las casitas diminutas, que desaparecen detrás de las nubes. Me imagino a Martin y a nuestros hijos sentados a la mesa de la cocina, cabreados, preguntándose dónde estoy. Martin les dirá que me he ido una temporada para reflexionar sobre mis acciones, como si se tratara de un castigo largo y caro.

Cuando aterrice, le mandaré un mensaje para decirle dónde estoy.

O quizá no.

Si no le escribo, me aseguraré de que no se entere de dónde estoy, porque lo necesito —para sentirme libre e ilocalizable por una vez —, y no porque quiera dejarme llevar por la vana esperanza de que así se adentrarán en un bucle de preocupación, miedo y culpabilidad. Sé que no sucederá. Si ser la madre de tres adolescentes me ha enseñado algo es que mi mundo interior, mis esperanzas y mis sueños y alegrías pasan a un segundo plano detrás de todo y de todos. No sirve de nada que me vaya para que sufran, puesto que no van a sufrir. Una vez intenté hacer una huelga en la cocina para enseñarles que es de mala educación fingir arcadas al comerse los platos que les preparaba, pero se limitaron a comer cereales y sopa durante una semana, y todas las verduras y la carne de la nevera se pudrieron.

Debo asegurarme de que lo que estoy haciendo es en mi propio beneficio, y no en el suyo. Son mis nuevas normas. Me voy a pasar dos semanas haciendo lo que quiera cuando quiera. Si me apetece dormir el día entero y comer comida china a medianoche, lo haré. Si me apetece hablar con los borrachos que aparezcan en un bar un martes por la tarde y que me expliquen las normas de la Liga de Fútbol Americano aunque no puedan importarme menos, lo haré. Si me apetece sentarme en Central Park con una camiseta sin mangas y comerme un *pretzel* salado, lo haré, joder. No son sueños tan extravagantes, ¿no? Hasta alguien como yo merece disfrutar de esas nimiedades. ¿Verdad?

24

Me despierto tras haber babeado la almohada de la clase *business*. Ya casi hemos llegado. De repente, tengo miedo. Sobresaltada, me doy cuenta de que surfeo una ola de adrenalina y de que me he dejado llevar a la orilla de mi propia temeridad. ¿Qué diablos estoy haciendo? No conozco a nadie en Nueva York. Soy una mujer rara y tímida. Digo chorradas al hacer el *check-out* de un hotel e intentar entablar una conversación, y termino diciendo cosas como: «¡Qué suerte que estáis aquí sentados, porque mañana va a llover!», y los recepcionistas me miran impertérritos como si fuera una loca solitaria. Quizá lo sea.

Ni siquiera sé dónde me voy a alojar. La amable azafata se me acerca con las tarjetas de desembarque. Me da una y me proporciona una toalla facial húmeda. ¿Habrá visto las babas? Empiezo a rellenar la tarjeta, pero no tengo ni idea de qué escribir en el apartado que te pregunta «dirección/hotel/destino de los EE. UU.»; supuse que al bajar del avión ya encontraría un hotel por allí. En un ataque de pánico, agarro la revista de British Airways y la hojeo, desesperada. Hay una sección con los diez mejores hoteles de lujo de Nueva York. Con los ojos cerrados, recorro la lista con el dedo. El Hotspot Hotel, en el East Village. La fotografía muestra un bar con unas paredes de madera de ensueño y la whiskería más tentadora que he visto nunca. Perfecto. No sé si habrá habitaciones libres, pero mi dirección será el n.º 242 de la Segunda Avenida (Nueva York, 10003, EE. UU.). En el East Village. ¿Tendrá ese barrio algo que ver con los Village People? Vale, no soy un joven estudiante y seguro que es más caro que el YMCA, pero me quedo

tranquila. Se supone que es carísimo, pero ahora mismo me da igual. Hace un año que no toco el dinero de la venta de la casa de mi madre, por no hablar de las mil libras que me dejó (no me durarán demasiado, pero bueno…). Con una parte de ese dinero nos íbamos a ir de vacaciones familiares. Nuestros hijos querían volver a Florida. Martin no. Yo quería ir a Italia. Los niños no —«Pasarnos el día caminando entre ruinas, ¡ME ABURRO!»—. Martin quería ir a Malta. ¡A Malta! Los niños y yo no queríamos —«¡Malta está llena de jubilados que votaron el *brexit*! «Ir a Malta sería igual de divertido que tener que cambiar la funda nórdica de todo el barrio», recuerdo haberle dicho—.

—Yo no quiero emoción —respondió Martin mirándome como si estuviera loca—. ¡¿Quién quiere emoción durante unas vacaciones?!

Estoy convencida de que me puedo permitir dormir unas cuantas noches, cuando menos, en un buen hotel. No quiero regresar de Nueva York con la maleta llena de chinches porque me alojé en un tugurio para ahorrar dinero y tener que gastar después miles de libras para fumigar la casa. Ahorro en balde. En realidad, les hago un favor si vuelvo a casa habiendo gastado a espuertas. Al final me darán las gracias y todo.

Pienso en lo furiosa que se pondrá Amelie cuando se entere de que estoy en Nueva York. Ella siempre ha querido venir. Mi madre le enseñó fotos del edificio Chrysler, del Empire State, de la tienda Tiffany's de la Quina Avenida. Mi hija se enamoró. Su sueño era ir de compras por Manhattan. Ha visto tantísimas películas y series ambientadas en Nueva York que su mapa de la ciudad está formado por los escenarios de *Gossip Girl* o *Friends*. Cree de verdad que existe una cafetería llamada Central Perk. Durante unos instantes, me siento culpable por no haber viajado con ella. Qué emocionada estaría ahora. Y entonces recuerdo que esos momentos siempre son mejores en tu imaginación. En la versión Disney se colgaría de mi brazo, apoyaría la cabeza en mi hombro y disfrutaría de antemano de cada minuto por la idea de ir de compras con mamá. En la realidad se quejaría por todo y refunfuñaría por el poco dinero que

le hubiera permitido gastarse y lo injusto que le parecería que no le hubiera dejado hacerse un *piercing*en la lengua para celebrar la ocasión. Me recuesto en el asiento y me permito alegrarme de haber ido sola.

Estoy sola. Llevo veinte años sin estar sola y, aun así, me he sentido sola. Acabo de darme cuenta. Al fin y al cabo, quizá este viaje no sea tan duro… Ya he hecho el trabajo preliminar. ¿Cómo estará mi madre en la bodega? ¿Tendrá frío? ¿Se sentirá sola? Seguro que se habrá puesto a hablar con las mascotas. Estoy chalada. Mi madre está reducida a cenizas. No siente ni habla. Estoy demasiado acostumbrada a imaginármela junto a mí, de algún modo en su viejo cuerpo. He hablado a diario con ella desde que me llegó la urna del crematorio, como si mi madre oyera, como si pudiera procesar lo que le digo. Claro que no puede. Es polvo. Me da un vuelco el estómago ante esa conclusión. Ya era consciente de ello —cómo no iba a serlo—, pero al mismo tiempo elegí no ser consciente. En cierta manera, he tenido que estar a trece mil pies de altura y atravesar las nubes para asimilar la inapelable verdad de que mi querida madre ya no está conmigo y que, de hecho, tiene la misma vida y siente las mismas cosas que las maletas Samsonite junto a las que se encuentra. Da que pensar. Justo a tiempo, la azafata angelical se me acerca con una copa de champán para el aterrizaje. Todavía tengo embotada la cabeza por las tres anteriores, pero la acepto y la levanto. «Por mamá», susurro.

25

Llegadas internacionales. Suena muy glamuroso. Esperaba que todo el mundo caminara flotando con vestidos estampados, sombreros exóticos y lujosas maletas a juego. Lo que veo, en cambio, son cientos y cientos de personas cansadas y enfadadas que se arrastran rumbo a los malhumorados agentes de aduanas. Todos intentamos entrar en Estados Unidos.

Avanzo con el equipaje de mano entre los pies e intento no escuchar los gritos de los niños, no oler los hedores del viaje que desprende casi cualquiera y deshacerme de la corrosiva sensación de pánico que crece en mi interior. Todos tienen un propósito: reuniones a las que asistir, familiares con quienes encontrarse, alguien que los espera al otro lado de las cintas transportadoras del equipaje con una pancarta de «Bienvenido a casa», o quizá tan solo un cartelito con su nombre y apellido de manos de un chófer. Hace unos cuantos años, me fui de viaje con mi madre y Martin nos recogió en el aeropuerto. Me moría de ganas de tener a alguien que nos saludara al salir de las puertas de Llegadas, pero mi marido no entró en el aeropuerto porque «aparcar era demasiado caro» y nos esperaba con el motor en marcha en la zona de carga y descarga. Mamá se pasó el trayecto de vuelta a casa rezongando por haber tenido que caminar una milla desde el aeropuerto con el equipaje para que él se ahorrara 3,50 libras.

Tardo noventa minutos en llegar al primer lugar de la cola. Un hombre fornido y cansado, con acento sacado de las películas de Hollywood, extiende la mano hacia mi pasaporte.

Hojea las páginas en silencio, comprueba mi visado y me mira con

indiferencia.

—¿Su primera vez en América, señora?

—¡Sí! —Le sonrío.

—Bienvenida a los Estados Unidos —dice mientras me devuelve el pasaporte.

Y es así de sencillo. He entrado en Estados Unidos.

Encuentro la cinta transportadora que me corresponde y me coloco detrás de los pirados que se apiñan contra el borde. ¿Qué creen que va a ocurrir si no agarran las maletas la primera vez que pasen? ¿Acaso sus maletas saltarán de la cinta y reptarán por el suelo reluciente en busca de una vida en libertad sin sufrir más crueldades ni castigos posvacacionales en los altillos del mundo? La pantalla anuncia por fin nuestro vuelo y los cuerpos junto a la cinta se inclinan hacia delante, impacientes. No tardaré demasiado en reunirme con mi madre. A ella nunca le gustó darse prisa. Saldrá por la rampa cuando sea su momento, pero sé que me sentiré mejor cuando esté de nuevo con ella. Pasa media hora. La gente coge las maletas y las apila en los carritos. La multitud va menguando. Empiezo a preocuparme. Las profundidades de la zona de equipaje al fin vomitan mi maleta. Me levanto para cogerla. Está abierta. O por lo menos parcialmente abierta. Mierda. Mamá. Mamá. ¿Estás ahí? Un par de bragas grises sobresalen del agujero donde antes había la cremallera. Ay, Jesús, María y José y todos los santos, como habría dicho mi madre; por favor, por favor, no dejéis que me pase esto. Saco la maleta de la cinta y meto el dedo por el agujero de la cremallera rota. Toco la toalla en la que la envolví. Está ahí. Está ahí. Rompo a llorar y me siento en el suelo para intentar meterlo todo dentro. ¿Qué coño estoy haciendo? He huido de una vida perfectamente decente en una casa bonita con un hombre agradable y tres hijos (irritantes, sí, pero por lo general normales) para sentarme a llorar en el vestíbulo de un aeropuerto, aferrada a las cenizas de mi madre muerta. ¿En qué coño estaba pensando?

Noto que alguien se detiene a mi lado. Levanto la vista y veo a una anciana negra muy alta que me mira con evidente lástima y un

tufillo a desdén.

—¡No es más que una maleta, cariño, no hay que ponerse así! ¡Que te lo paguen los del seguro y ya está! ¡Son solo objetos, podrás reemplazarlos!

Si ella supiera…

26

—Buenas tardes, señora, y bienvenida al Hotspot Hotel. ¿Me permite su nombre? —dice un joven con una barba muy larga y un moño. Sus vaqueros son tan ceñidos que veo lo que ha comido y le dejan los tobillos al descubierto. Qué lugar tan moderno: los sillones *vintage* y los sofás de cuero están dispuestos con gusto contra un telón de fondo formado por paredes con paneles de madera, hiedras y palmeras enormes. Un actor en paro con sombrero de copa y chaleco rojo me ha abierto la puerta de la calle. Es otro mundo. Mi primer día en Nueva York.

—Ciara Woods —respondo, y me pongo violeta. Siempre he detestado decir mi nombre en voz alta.

Barbalarga trastea con el ordenador y frunce el ceño.

—No encuentro su reserva, señora Woods…

—Ah, es que no tengo reserva. Lo siento. He visto el hotel en una revista y me ha parecido muy bonito.

Barbalarga me observa con tristeza.

—Estamos hasta arriba, pero déjeme ver si le encuentro algo…

Estoy segura de que el repaso crítico que me acaba de hacer con la mirada no es imaginación mía. ¿Ha visto las manchas de huevo? ¿Apesto a alcohol rancio y a arrepentimiento? Miro alrededor en busca de alguna señal que me tranquilice y me confirme que en este hotel no desentono demasiado. Una joven pareja gay mima a su perrillo, un animalucho gordo y olisqueador con un ridículo jersey canino en el que se lee «Princesa» a un lado. Una chimenea crepita en uno de los salones. Una rubia de piernas largas, glamurosa hasta decir basta, está sentada en un sillón gigante hojeando una revista

de moda. Las botellas del bar resplandecen, tentadoras, bajo la luz del sol primaveral. Es un lugar precioso, y está lleno de gente preciosa.

Definitivamente, aquí desentono mucho.

Barbalarga me mira de nuevo.

—Disponemos de habitaciones libres limitadas, señora, pero he logrado encontrarle algo. ¿Cuánto tiempo desea quedarse con nosotros?

—¿Dos semanas? —pregunto nerviosa, como si él lo supiera mejor que yo.

—Mmm… La única habitación disponible para ese período es una Rey Deluxe, señora.

Me contempla como si me retara a preguntarle el precio. Pijo gilipollas.

—Vale, me parece bien —digo. No quiero ni saber cuánto cuesta.

—¡Estupendo! —exclama Barbalarga mientras acepta mi tarjeta de crédito—. Guardaremos una fotocopia de su tarjeta hasta que deje la habitación. Y me alegra informarle de que, como es una clienta supervaliosa para nosotros, ¡puedo ofrecerle catorce noches por el precio de doce!

—¡Maravilloso! —respondo. De pronto soy supervaliosa.

—Así pues, le aplicaremos un descuento de mil doscientos dólares. —Sonríe.

La virgen santa. Intento no hacer la aritmética mental delante de él. Me mira esperando mi reacción, así que pongo mi mejor cara de póker y cojo de sus dedos fríos y finos la llave de latón, moderna y antigua al mismo tiempo, adornada con una gran borla roja.

—¡Disfrute de la estancia, señora! —Sonríe, y vuelve a concentrarse en su pantalla. Un joven, vestido con lo que supongo que es un irónico traje de botones, agarra mi maleta y me acompaña hasta el ascensor.

—¿Cómo va su día? —Me sonríe mientras presiona el botón de la planta quince. A los norteamericanos no les molesta lo más mínimo la falsa curiosidad.

—Muy bien, gracias, pero ahora estoy un tanto cansada —murmuro, consciente del fuerte acento inglés que me ha salido de pronto. Me he convertido en Hugh Grant.

—¡Estupendo! —exclama el botones mientras da golpecitos en el pasamanos plateado distraídamente.

Llegamos a mi planta y el chico camina delante de mí con mi madre en el interior de mi maleta. Sé que ella está disfrutando de cada minuto. Espero que los muertos no sepan sumar… Se pondría a gritar por el precio de la habitación.

—Ya hemos llegado —dice el botones abriendo la puerta que da entrada a un paraíso de lino blanco. La cama es gigante. Toda mi familia cabría en ella. Las suaves sábanas de algodón llevan una cenefa roja, muy elegante, y en el cuarto de baño, visible gracias a que la puerta de roble está abierta, centellean una bañera de mármol con patas doradas y las toallas más mullidas que he visto nunca. El tejido casi ronronea, y yo también. Me muero por meterme en la bañera y deleitarme con las burbujas antes de despatarrarme en esa cama en la que cabría toda mi familia, COMPLETAMENTE SOLA.

Con cierta timidez, le doy al botones un billete de cinco dólares, y se marcha. Paseo por la habitación como si no debiera estar aquí. Quizá porque no debería estar aquí. Abajo, en las calles, suenan los cláxones de los taxis, pero aquí arriba hay silencio y calma. Voy al baño y corro las cortinas blancas… ¡Menudas vistas! ¡Por las ventanas plomizas veo rascacielos! Abro el grifo de la bañera, saco a mi madre de la maleta y la dejo en la cornisa de la ventana.

—¡Mira eso, mamá! ¡La ciudad de Nueva York!

Me armo de valor para encender el móvil. Hay siete mensajes de WhatsApp en el grupo de la familia. Me da un vuelco el estómago. No quiero saber nada de ellos. Todavía no. Pero ahora que sé que hay mensajes… Me preparo un trago del *whisky* irlandés que compré en un arrebato en el *duty free* del aeropuerto. Mi madre nunca viajaba sin un litro de bebida destilada.

El primer mensaje es de Paddy.

¿Mamá? ¿Dónde estás?

El segundo, de Amelie.

Espero que estés contenta… ¡porque nosotros no lo estamos!

El tercero vuelve a ser de Paddy.

¡¡¡MAMÁ!!!

Y luego ha escrito Martin.

Al final te has ido. Supuse que lo harías. ¿Podrías al menos decirnos dónde estás? Gracias.

Madre de Dios. Ojalá no me hubieran escrito. Sé que nunca pensé que las consecuencias de mi partida serían colosales, pero si me hubiera detenido a reflexionar sobre ello, habría esperado recibir algo más trascendental que un «Al final te has ido». ¡Me lo propuso él, coño! Típico, ahora se hace el mártir, como si me hubiera marchado por capricho. Fue él quien me dirigió hasta aquí… o quien por lo menos me invitó casi a empujones. ¿Cómo es capaz de hacerse AHORA el ofendido? A buenas horas, mangas verdes. Doy otro sorbo al *whisky* y sigo leyendo el chat. Paddy de nuevo.

Mamá… Ya que te has ido y nos has abandonado, ¿puedo comprar unos cuantos paVos del *Fortnite* para la PS4?

Maldito cabroncete, mercenario de la culpa.
Lorcan no ha dicho nada.
Vuelve a escribir Martin.

A riesgo de que estalles otra vez, ¿me podrías decir dónde guardas las pastillas del lavavajillas, por favor?

Paddy otra vez.

¿MAAAAAAAMMMMÁ? ¿Puedo o no?

Pego otro sorbo y le doy a «Responder».

Querida familia:

Para contestar a vuestras recientes preguntas, aquí tenéis mis respuestas por orden.

1. Estoy en Nueva York.
2. Sí, me he marchado una temporada. En el punto 1 digo adónde.
3. Ni hablar. Voy a eliminar mi tarjeta de tu cuenta.
4. Debajo del fregadero, al lado de las bolsas de basura.
5. Que no.

Me he ido de viaje con la abuela. Volveré dentro de dos semanas.

Me detengo antes de darle a «Enviar». ¿Es necesario que me explique más? Estoy harta de explicarme. Procuro estar tranquila, pero lo único que oigo es una molesta vocecilla en mi cabeza. ¿Quizá mis hijos merecen algo más? Martin ya es lo bastante mayor y lo bastante desagradable para apañárselas solo. Y, si no lo es, pues que vaya a una sesión privada con Celeste, la psicóloga que asiente y ladea la cabeza, ¿no? Que queden y me pongan a parir durante cincuenta minutos, y que él después vuelva a casa y meta la ropa en la lavadora.

Decido hacerles una ofrenda de paz.

Que conste que os quiero mucho a todos, niños, pero me volvéis loca de remate y ya no podía más. Sé que para vosotros solo soy «mamá» y que debería ser capaz de encajar toda la porquería que me soltáis a diario, pero resulta que soy una persona, igual que

vosotros.

Doy otro sorbo. Estimulada por el *whisky*, me viene una oleada de inspiración. De repente, recuerdo que los gemelos están estudiando *El mercader de Venecia* en clase. Me encantaba el discurso de Shylock. Empiezo a escribir otra vez.

Soy una madre. ¿Una madre no tiene ojos? ¿No tiene una madre manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No se alimenta con la misma comida, no la hieren las mismas armas, no está expuesta a las mismas enfermedades, no se cura por los mismos medios, no se enfría y se calienta con el mismo invierno y el mismo verano que un adolescente? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Y SI NOS OFENDÉIS, ¿NO NOS VENGAMOS?

¿Me he pasado con las mayúsculas? ¿Es eso lo que estoy haciendo?, ¿vengarme? Me siento en la cama para intentar descifrar mi propio corazón. ¿Estoy estallando? No me lo parece. Es algo más fundamental, más vital que todo eso. Me da la sensación de que intento coger aire. Es un acto involuntario, como respirar. Necesito hacerlo. El resultado es casi inmaterial.

Miro hacia los rascacielos y pienso en aquellas pobres almas que, atrapadas por el fuego, el humo, y sin esperanza de ser rescatadas, saltaron hacia la muerte desde las Torres Gemelas. No tuvieron la posibilidad de pensar, de elegir, de valorar opciones. Me ruborizo ante la gran osadía de comparar el abandono de mi familia con el destino de las víctimas del 11 de septiembre. Soy afortunada. Estoy viva. Yo salté y aterricé en una cama mullida. Soy muy afortunada. Elimino la frase sobre la venganza y le doy a «Enviar».

Ojalá los mocosos hicieran los deberes… Seguramente no pillarán la parodia que les he mandado. Doy otro sorbo. Qué bueno está esto. Noto que mis hombros se relajan y se recolocan en su posición normal. Suelen estar demasiado cerca de mis orejas. Me tumbo y

cierro los ojos. La cama es muy cómoda y las sábanas, muy suaves y fresquitas.

Me despiertan unos fuertes golpes. Durante unos instantes, no tengo ni idea de dónde estoy.

—¿Señora? Señora, ¿está usted bien?

Barro la habitación con la mirada en búsqueda de pistas. Fuera es de noche y no he dejado ninguna luz encendida. Por la calle suena el estruendo de una sirena. Nueva York. Estoy en Nueva York.

—¡Un minuto! —digo mientras me incorporo para abrir la puerta. Chop. Mis pies golpean la húmeda alfombra. La tela está empapada.

Mierda. La bañera.

Corro hacia el cuarto de baño y cierro el moderno grifo. La toalla mullida que he dejado al pie de la bañera para cuando terminara ha bloqueado parcialmente el agua que rebasa, que ya se vierte más allá y llega hasta el suelo. Se ha formado un charco pequeño pero inquieto, que ya se ha desplazado hasta la alfombra del dormitorio.

De pronto, se abre la puerta de mi habitación y veo a Barbalarga en el umbral con las manos en jarras y la llave maestra colgando por la borla desde el bolsillo de sus apretados vaqueros.

—Señora, no debe llenar la bañera hasta los topes… A la bañera no le gusta. Ha provocado una gotera en la habitación de abajo —me acusa.

—Lo siento mucho… ¡Debo de haberme quedado frita!

Busco la botella de *whisky* e intento ocultarla debajo de una almohada. Demasiado tarde. Ya la ha visto. Aprieta los labios y escanea la habitación. Me palpitan las sienes. Agarro las toallas extras y empiezo a secar la alfombra. Barbalarga se arremanga la camisa y mete una mano en la bañera para quitar el tapón.

—El agua está fría. Una cabezada, supongo —dice mientras se seca el brazo con otra toalla.

—El *jet lag*. Estaba cansadísima. Lo siento mucho. Si debo reembolsarles por los daños que he causado, no duden en hacerme entrega de la factura correspondiente, por favor —parloteo. Hugh Grant ha vuelto.

—Creo que no hará falta, señora, gracias. Solo hay una mancha de humedad en el techo. Pero en el futuro preste atención cuando llene la bañera, por favor. ¿Le puedo ayudar en algo más? —me pregunta. Su tono es tan pasivo-agresivo que me hace sonreír.

—No, creo que me las apañaré. Intentaré no electrocutarme ni prenderle fuego al edificio, ¡ja, ja, ja!

Barbalarga esboza un amago de sonrisa. Anímate, hombre, que puede que no suceda.

—Bueno, si nos necesita, ya sabe dónde estamos —dice al marcharse, y cierra la puerta con tanto cuidado que casi resulta irónico.

Vuelvo a sentarme en la cama. Me encuentro mal. He bebido *whisky* con el estómago vacío. Hace siglos que no como nada. ¿Qué hora es? Las 22 h. Debo de haberme quedado dormida varias horas. Necesito comida, analgésicos y agua. Pero es tarde, y estoy en Nueva York, y si voy a buscar un restaurante o algo seguro que me apuñalan o me pegan un tiro en plena calle. Alargo el brazo y cojo el menú del servicio de habitaciones. Al parecer, puedo pedir «puré de aguacate de origen ético coronado con huevos ligeramente escalfados y felices sobre una cama de poderosas espinacas». ¿Qué es un aguacate de origen ético? ¿Y un huevo feliz? Va a ser que no. ¿Qué tal un «*risotto* de flores silvestres acompañado de una reducción de aire de sal marina»? Como diría Amelie: «¿Qué mierda es esta?».

Me suena el móvil. Paddy.

Pero una cosa, mamá… Entonces, ¿ahora eres judía?

Ay, Dios. No lo ha pillado. Me quedo sentada en el borde de la cama. Me rugen las tripas, me palpitan las sienes, tengo los pies mojados por el desastre en el baño y me pregunto qué cojones estoy haciendo aquí. No ha sido un acto valiente ni inteligente. La habitación, de pronto, se me antoja ridícula, pretenciosa y solitaria. Fuera, la ciudad sigue con sus cláxones y sus luces. No soy una

aventurera. No soy una mujer atrevida, sincera ni digna. No soy más que una mujer de mediana edad que está sola en una ciudad desconocida. Echo mano de los *biscotti* de kale que han dejado como obsequio de bienvenida en la *suite*. Ahora mataría por unas galletas de avena. Mastico tristemente los aperitivos de cartón y valoro mis opciones.

Podría irme a casa mañana por la mañana, creo. No les importará. A lo mejor una noche es suficiente.

27

No sé cuánto tiempo he dormido, pero cuando abro los ojos es de día. Me encuentro mejor. El dolor de cabeza ha desaparecido, pero mi estómago aúlla hambriento. No voy a arriesgarme con el menú del servicio de habitaciones, así que voy a tener que hacer acopio de valentía y adentrarme en las peligrosas calles del East Village antes de guardar todas mis cosas en mi destrozada maleta para volver a casa con el rabo entre las piernas.

Me pongo unos pantalones de chándal sucios, agarro la llave y el bolso, y me dirijo hacia el ascensor. Activo el acento americano. Ya me estoy adaptando. No.

El vestíbulo está atestado. Barbalarga se inclina, apurado, ante unos jóvenes cubiertos de tatuajes con chaquetas negras de cuero y curiosos peinados. Me ve caminar hacia la puerta y exclama:

—¡Que tenga un día fantástico!

Finjo no haberle oído. La acera está repleta de personas que van al trabajo. Son las 8 de la mañana de un lunes y estoy en Manhattan. En Inglaterra ya es pasado el mediodía. Me pregunto si Martin habrá sido capaz de despertar a nuestros hijos y si habrá logrado que vayan al instituto. ¿Sabrá cuánto dinero ingresarles en la cuenta para las comidas? Yo lo hago cada lunes porque, si les doy el dinero de todo el mes de una sola vez, al cabo de diez días se lo habrán gastado con cosas absolutamente esenciales como porciones de *pizza* en el recreo y batidos de chocolate con leche para el trayecto de vuelta a casa en autobús. Martin no sabrá cómo hacerlo porque siempre me he ocupado yo, y creo que nunca ha entrado en las cuentas escolares de nuestros hijos.

¿Debería hacerlo yo y ya está? Podría ingresarles ahora el dinero. O podría hacer lo que he venido a hacer: concentrarme en mí para variar y dejar que se apañen ellos solitos. No se van a morir de desnutrición; los gemelos se morderían los brazos mutuamente antes de pasar hambre y Amelie es una experta abusona con la comida, capaz de arrebatarle una samosa a cualquier asiática tímida de su clase. Que se arreglen ellos. No sé si Martin sabe dónde están las espinilleras de los gemelos —no los dejan jugar al fútbol si no las llevan—. ¿Sabe que Amelie tiene este miércoles un partido de *netball* y que hay que firmar la autorización? De lo contrario, no la dejarán regresar sola a casa cuando acabe el partido y tendrá que volver en minibús hasta el instituto, lo que dará pie a varios días de recriminaciones acerca de sus fracasos como padre y como ser humano. ¿Está al corriente de que dentro de una semana tienen hora en el dentista para la revisión semestral? ¿Se le ocurrirá echar un vistazo al calendario familiar? ¿Sabe dónde está, acaso? Tengo que esconderlo porque a los gemelos les encanta vacilarse con los días y escribir, por ejemplo, «Hoy le llega la regla a Paddy» o «¡Hoy es el cumple del novio de Lorcan!».

¿Se habrá dado cuenta Martin de que casi no quedan bolsitas de té, pasta, jabón de manos y el acondicionador especial que Amelie NECESITA? Si va al súper, ¿sabe dónde están las bolsas reutilizables y se acordará de cogerlas?

En fin, que va a ser una semanita interesante en casa. Ojalá pudiera espiarlos por un agujero para ver cómo se estrellan y echan chispas. Esta noche ya me estarán rogando que vuelva, aunque solo sea para que los provea de pan, leche y ropa interior limpia.

Respiro hondo y comienzo a caminar por la acera esquivando a personas pegadas a sus móviles. La ciudad es preciosa. En esta fría y nítida mañana de primavera, los rayos de sol inciden bajos sobre la calle. Me topo con todos los tópicos de Nueva York: el humo que sobresale de las alcantarillas del metro, los edificios que ascienden hacia los cielos y que te provocan tortícolis, los taxis amarillos, el tráfico congestionado, las tiendas de comida preparada en cada

esquina, la velocidad y la energía de la ciudad.

Me encanta.

Veo una típica cafetería americana al otro lado de los dos carriles de la calle, atestados de vehículos. ¡Qué monada! Es como la de la serie *Happy Days*, con Arthur Fonzarelli (mi primer amor platónico). Espero que una camarera aburrida recorra el local de un lado a otro con una jarra de cristal mientras sirve café templado y aguado. Me sueltan varios gritos cuando avanzo entre los icónicos autobuses escolares de color amarillo, los taxis y los coches apelotonados. Al llegar a la puerta del establecimiento, descubro emocionada que ¡la cafetería se llama Happy Days, toma ya! Ay, espera, que eso seguramente significa que es un lugar horrible, que hace referencia a la serie de televisión para timar a turistas como yo. Abro la puerta. Parece bastante auténtica. Hay varios hombres con traje, sentados a la barra comiendo huevos y leyendo el periódico. Un grupo de jóvenes vestidos con mono de trabajo están sentados en un reservado y engullen tortitas en silencio. Me siento en la barra. Sonriendo. Es que siempre he querido hacerlo, en serio. Un hombre gordo con un delantal grasiento me pregunta sin palabras qué voy a pedir.

—¿Podría traerme el menú, por favor? —pregunto con mi mejor acento británico. No le he impresionado y me entrega una hoja plastificada. Valoro las opciones. Hay tantas. Tortillas con unos cincuenta rellenos diferentes. Huevos servidos con beicon, empanadas (?), hamburguesas, lonchas de queso amarillo de plástico, polenta —¿qué coño es la polenta?—, muesli con frutas y yogur, montañas de tortitas de distinta altura, batidos, ensaladas y patatas fritas. Me da vueltas la cabeza. Al final señalo con el dedo el plato del hombre que está sentado a mi lado—. ¿Me pone lo mismo, por favor? —digo con una encantadora sonrisa dirigida al hombre grasiento.

—Vale. ¿Quiere café?

—¡Cómo no! —exclamo. No me sonríe. ¿Por qué soy tan patosa socialmente? ¿Por qué he tenido que impostar ahora un ridículo

acento americano?

—¡Una de tortitas con huevos revueltos y beicon aparte! —grita hacia la cocina.

Sirve café en una taza y la empuja sobre la barra.

—¿El beicon está crujiente? —pregunto. Odio el beicon blandurrio.

—¿Crujiente? —repite el hombre grasiento, claramente molesto. No me responde. Sigue a lo suyo. Pues nada. Me lo comeré tal como venga.

Añado un poco de leche a la taza y tomo mi primer sorbo de auténtico café de cafetería americana. Está asqueroso: acre, quemado, amargo. Sabe como si lo hubieran preparado la semana pasada y llevaran recalentándolo desde entonces. Es lo más probable. ¡Qué bajón! Siempre me imaginé que el café de una cafetería americana estaría bueno; en las pelis, a todo el mundo le rellenan la taza. No está bueno. Pero me da igual. Estoy en Nueva York. Al cabo de dos minutos, llega una montaña de tortitas.

—Las tortitas —dice el hombre grasiento mientras desliza por la barra una botella pegajosa de sirope de arce. Es una pila de tres tortitas con aspecto fofo del tamaño de platos de té, acompañadas de dos huevos fritos grasientos y un poco de beicon chamuscado. A un lado del plato se balancea una tarrina de mantequilla. Coloco la mantequilla encima de las tortitas y vierto sirope sobre el conjunto. Es una parada cardíaca en forma de plato y pinta superbién. Hacía que no comía algo parecido…, en fin, nunca. Siempre he cuidado mucho lo que como porque engordo por el simple hecho de caminar demasiado cerca de una pastelería; y antes de casarnos Martin dejó caer que le desagradaría que me pusiera gorda. En ese momento me burlé de él y supongo que lo regañé por machista, pero algo caló. Nunca me he permitido comer nada parecido a esto, así que hinco el diente con sumo placer. Está asqueroso y delicioso. Me lo zampo todo y lo trago con sorbos de la tibia y oscura agua de fregar. Cuando levanto la vista, el hombre grasiento me mira con admiración.

—¡Alguien tenía muchísima hambre! —dice sonriendo por fin.

—Pues sí. —Le sonrío. Tengo hambre. Hambre de todo. De repente, me siento enormemente feliz. Quiero echar a correr por la ciudad y devorarla entera. Quiero ir al Museo de Arte Moderno, quiero subirme a una calesa que cuesta cien dólares y te lleva por Central Park, quiero beber cócteles en lo alto del Rockefeller Center y quiero comprar hasta desmayarme. Me da igual lo tópico que suene, porque he estado muy aburrida y sola durante demasiado tiempo, anteponiendo a los demás sin siquiera darme cuenta, como una de las mujeres perfectas de la película de Nicole Kidman, pero triste y con el pelo fatal. ¿Cómo pudo pasar? Un buen día eres una joven brillante llena de sueños y esperanzas, dispuesta a vivir solo según tus propias normas pase lo que pase, convencida de que tener una familia no te va a definir ni a limitar; y, en menos de lo que canta un gallo, cancelas la única noche al año que ibas a salir porque uno de tus hijos necesita que lo ayudes a construir una maldita fortaleza con cajas de galletas.

—¿Ha venido sola? ¿De vacaciones? —pregunta el hombre grasiento.

—Sí —contesto, sin saber si miento o no. Son una especie de vacaciones. Una especie de peregrinación. Una especie de refugio.

—¿Cuánto tiempo? —se interesa.

—Bueno, no lo sé aún… Pensaba volver hoy, pero… —Ni siquiera era consciente de que consideraba cambiar de opinión.

—Puedo enseñarle la ciudad —dice mientras pasa por la barra una bayeta aún más grasienta que su delantal—. Me gustan las mujeres que saben comer. Las mujeres de Nueva York no comen.

Vaya. Hacía años que no me tiraban los tejos. ¿Quién se habría imaginado que solo hacía falta una montaña de tortitas?

—Anda, es muy amable por su parte, pero es que estoy en una especie de misión. No me voy a quedar mucho tiempo.

—¿A su marido no le importa que haya venido aquí sola? —me pregunta al observar mi alianza.

—¡Ni siquiera se va a dar cuenta! —Me río.

—Debe de estar loco. —El hombre grasiento sacude la cabeza—.

Mi mujer murió hace dos años. No hay un solo día que no la eche de menos.

—Vaya, pues tuvieron mucha suerte.

Saco un billete de veinte dólares del bolso y lo pongo encima de la cuenta manchada de grasa que ha aparecido delante de mí.

—Invita la casa. —El hombre grasiento la rompe en pedazos—. Disfrute de sus vacaciones, señora. —Y sonríe con tristeza.

Se me llenan los ojos de lágrimas al darle las gracias y salir de la cafetería entre tambaleos. Creía que la fama de los neoyorquinos de ser bordes e irascibles sería cierta. No llevo bien que la gente sea amable conmigo. Primero la encantadora azafata, ahora este hombre. Me siento mucho más cómoda cuando me tratan como si fuera una molestia, una vergüenza. Barbalarga es más o menos el límite de mi zona de confort en lo que a relacionarme con los demás se refiere.

Y ¿de verdad voy a regresar a casa tan pronto? ¿No hará que piensen que no iba en serio? ¿Que en realidad no soy infeliz? Estoy en la acera. En el semáforo para peatones, se encienden las palabras «Camine/No camine». ¿Qué hago?

De vuelta al hotel, voy directa hacia el ascensor antes de que Barbalarga intente decirme algo. En la *suite*, la cama está hecha y han dejado unos nuevos *biscotti* de kale junto a la obligatoria «agua mineral glacial». Hay calma, orden y belleza por todas partes. Han limpiado el baño, han quitado la alfombra empapada y la han sustituido por una nueva. Mi madre sigue en la cornisa de la ventana, disfrutando de las vistas.

Mi madre. No había pensado en ella. Se supone que ella es el motivo por el cual he venido. Al menos tendría que ir hoy al Empire State y verter sus cenizas desde la cima. Es lo que pedía, su último deseo. Si hasta se reunió con el gerente de la funeraria para asegurarse de que el hombre se enteraba bien de lo que quería. No se arriesgaría a que lo dedujéramos Aidan o yo.

—¿Qué te parece, mamá? —le pregunto—. ¿Te gusta este hotel? ¿De verdad quieres que te desparrame desde lo alto del Empire

State? —Ni siquiera sé si es legal. Cojo el móvil y busco horarios de vuelos en Google. Hay uno que sale a las 19:30 h. Llegaría a casa a tiempo de prepararles el desayuno de mañana. La mera idea me pone enferma, pero ¿qué voy a hacer dos semanas aquí cuando mi madre ya se haya ido?—. ¿Mamá? ¿Me quedo aquí o me voy a casa?

Mi madre hoy está en modo taciturno.

—¿Estás segura, mamá? Esta podría ser nuestra última conversación formal. Preferiría que fuera mejor que nuestra verdadera última conversación, sobre si te apetecía o no un poco de tarta de manzana. ¿Nada que decir al respecto? ¿Estás segura?

Estúpida e inexplicablemente, espero alguna señal de parte de mi madre. En vano.

—Pues nada. —Suspiro. Entro en la página web del Empire State y pago 80 dólares por una entrada exprés. Le mando un mensaje a Aidan, ya que estamos.

Estoy en Nueva York. Haré hoy lo de mamá. Quería que lo supieras. Beso.

Le va a traer sin cuidado. Sospecho que su ajetreo es una tapadera para la incomodidad que le despierta todo este asunto.

Me contesta.

Genial. Dale. Un abrazo.

Y ya está. Esa es su despedida. Es ahora o nunca.

—Vale, pues venga —digo mientras meto a mamá en el bolso. No tiene sentido que espere a Aidan. Seguro que estará haciendo kayak en un lago rodeado de manatíes o algo.

28

Es una subida interminable. Ya he tenido que abrirme paso a codazos entre las colas de la zona acordonada, por los pasillos desenfadados adornados con imágenes de Minnie Mouse admirando las vistas desde la cima y más allá de los trabajadores entrometidos con ridículos uniformes que guiaban a los turistas apiñados como si fueran corderos de camino al matadero. El ascensor avanza y tira de nosotros metro a metro hasta que llegamos a la planta número 86. Mientras subimos, nos han puesto un alegre vídeo en el techo del ascensor, en que cientos de carpinteros y albañiles animados recrean la construcción del edificio piso a piso. A medida que ascendemos, se reproduce encima de nuestras cabezas. Se supone que es para entretenernos, pero a mí me perturba. Me gustaría pensar, conforme subimos esta torre gigantesca y espeluznante, que lleva siglos aquí y que no la construyeron personas normales y corrientes, sino los mismísimos dioses. Que la construyeran personas normales y corrientes es demasiado angustiante.

Nos escupen al mirador. Las vistas son espectaculares. El trazado de Manhattan luce glorioso y valiente, Central Park es un oasis exuberante y rectangular entre los desorbitados rascacielos. Una valla para evitar que la gente salte y se suicide nos rodea por todos lados mientras hacemos fotos, selfis y vídeos de este panorama, que provoca vértigo. Estoy mareada. Estamos muy altos. A lo lejos, el nuevo World Trade Center se alza solitario como un monumento dedicado a todos los que murieron en las Torres Gemelas. Un guardia patrulla por el perímetro del mirador y nos advierte que no nos apoyemos demasiado, no vaya a ser que se nos caigan los

móviles. Parece bastante agradable, pero ¿cómo voy a esquivarlo para lanzar un par de libras de polvo por el borde del edificio? Aquí lo vigilan todo muchísimo. Es arriesgado.

Encuentro un agujerito en la valla y meto el brazo para comprobarlo. La urna es grande, pero la obertura encajará perfectamente entre los barrotes. Si la inclino bien, debería ser capaz de arrojar a mi madre en cuestión de segundos. Con un poco de suerte, el viento estará de mi lado y le dará alas para que vuele por encima de los tejados hacia el río Hudson. Voy a tener que buscar el momento adecuado. Espero hasta que el guardia me deja atrás en su ronda. Manipulo con torpeza las asas de mi bolso y saco el tarro de plástico. Echo un rápido vistazo a mi alrededor… Todavía es pronto y, milagrosamente, no hay nadie cerca. Abro la tapa con cuidado. Nunca me he atrevido a abrirla por miedo a que su espíritu se escapara o a que la *banshee* aullara su triste canción en toda mi cara. Levanto la tapa y vuelvo a mirar en torno a mí. No hay nadie. Respiro hondo y contemplo la urna; quiero ver a mi madre una última vez, aunque no sea más que un esqueleto pulverizado. Las cenizas grises y blancas son tan impersonales que cuesta creer que es lo único que queda de mi madre, de mi brillante, boba y exasperante madre. Pero aquí está.

—Adiós, mamá —digo con la voz atascada en la garganta. Inclino la urna para hacer una prueba. Una nubecilla de polvo (¿un dedo?, ¿una oreja?) sale volando. Y entonces algo me llama la atención. Un trocito de papel. Metido justo debajo de la capa superior de las cenizas. Con cuidado, me voy hacia un rincón del mirador. Sacudo el polvo y abro la hoja A5. ¿Qué es esto? ¿Un certificado de algún tipo? Como no hay nadie a mi alrededor, desdoblo la hoja con la mano que me queda libre. Se me para el corazón. La letra temblorosa e inconfundible de mi madre me habla desde la otra dimensión. Me ha dejado algo escrito.

Una sola palabra.

«¡Vive!».

Suelto un grito. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Era esta nota la razón de la

conversación secreta que mantuvo con el director de la funeraria? ¿Cómo pudo organizarlo? ¿Cómo pudo saber que esta orden que proviene del otro barrio era precisamente lo que necesito ahora mismo? Me llevo el papel a los labios, lo beso y lloro en silencio durante unos instantes.

—Disculpe, señora —exclama una voz áspera detrás de mí. Ay, Dios. Ahora no.

Cierro la tapa de la urna. El guardia espigado me observa desde las alturas, debajo de su gran sombrero.

—He visto algo que salía disparado desde aquí. ¿Qué ha arrojado de su bolso?

—A mi madre. Bueno, a una parte de ella. —Sonrío con timidez. Para qué mentir. Es preferible que diga la verdad y me arriesgue a que me pongan una multa que me arresten por sospechosa de terrorismo con ántrax. El guardia se me queda mirando unos segundos.

—¿En esa urna está su madre?

—Sí. Así es. —Me seco las lágrimas de la cara.

—¿Era su deseo que esparcieran sus cenizas desde aquí, señora?

—Sí, un deseo muy pero que muy específico.

—Entonces, yo no he visto nada —dice, y se queda a mi lado, como un silencioso centinela, mientras lanzo a mi madre hacia la resplandeciente silueta de Nueva York y su nota me arde en la palma de la mano.

29

«Vive». Es lo que me decía. «Vive». Me daban miedo las consecuencias de desprenderme de las cenizas de mi madre. Siempre ha estado ahí para mí, incluso después de muerta, y temía que, si la dejaba ir físicamente, la esencia de su presencia también se marcharía. Pero está aquí, justo en las entrañas de mi estómago, en el centro de mi corazón. La siento a mi alrededor. Casi puedo verla.

«¡Vive!». Aunque estábamos unidas, nunca percibí que viera cómo era yo en realidad. Quizá creí que era algo imposible. Que una madre conozca de verdad a su hija. O tal vez la cercanía que una mujer puede tener con su hija es en cierto modo cegadora. ¿Nos vemos borrosas porque estamos demasiado unidas y demasiado cerca para verla adecuadamente? Sé que mi madre me quería y que era lo único que yo creía poder esperar. Pero deseaba que me viera. Ella lo sabía. Sabía desde siempre que yo no estaba satisfecha con mi vida, que había dejado de creer en que podría haber otra cosa, algo más. Sabía que no era como ella, que sacrificarme en el altar de la maternidad nunca iba a ser suficiente para mí. Su nota me ha golpeado directamente en el corazón y, por primera vez en la vida, me siento visible del todo, como si alguien me hubiera colocado sin miramientos debajo del foco. Es un regalo del más allá. Sé que jamás me lo habría podido decir a la cara mientras vivía; en su opinión, habría sido admitir algo, aceptar que yo quería más de lo que ella había elegido, y por tanto cierto menosprecio. Significa muchísimo para mí que se diera cuenta, y me da igual lo alocado que parezca su método. Pero sí que me vio y fue lo bastante

generosa como para tener garantías de que me enteraba.

Bajo en el ascensor con la urna vacía bien apretada contra mi corazón lleno. Ya en la calle, levanto la vista al cielo y me pregunto dónde estará ahora. Se ha ido, pero nunca percibí tanto su presencia. Me meto en un taxi y regreso al hotel. La cabeza me da vueltas, pero no de forma atenazadora y nerviosa: vibro de energía. Al cruzar el vestíbulo, le dedico una sonrisa de oreja a oreja a Barbalarga, y él incluso me la devuelve. De vuelta a mi habitación, me siento en la cama y observo la maleta. «¡Vive!». ¿De verdad me voy a ir a casa? ¿Para qué? ¿Para sucumbir a la versión que tienen de mí, la que lo aguanta todo y cierra el pico, la mujer a la que le da igual limitarse a existir para facilitar las vidas de su marido y sus hijos, que son más importantes? ¿La esposa que pide poco y recibe aún menos? ¿No debería aprovechar estas dos semanas para hacer algo por mí? ¡Vivir! Es a lo que se refería mi madre. A pesar de que aseguraba que ser esposa y madre eran sus ambiciones vitales, no puedo evitar creer que mi madre también quiere que cumpla algunos de sus sueños, y que al dejarla ir estoy haciéndole una promesa para regalarle alegrías en el más allá de manera indirecta. En esa palabra, en «¡Vive!», hay un ligero regusto de arrepentimiento. Aunque ella nunca nos habría abandonado durante dos semanas, creo que nos debo a las dos quedarme en Nueva York.

Me suena el móvil, que me devuelve a la vida terrenal a través del wifi gratuito del hotel.

Un mensaje de Amelie. Un mensaje LARGO de Amelie.

Mamá… No me puedo creer que hicieras eso. Sé que a veces estás triste y que debes de estar harta de nosotros, pero las cosas que decías eran muy personales. Estoy muy avergonzada, joder. ¿Cómo pudiste publicar todo eso? Lo que te conté en privado está por todo internet. Hoy en el insti todo el mundo se reía. He tenido que esconderme en los lavabos con Tanika durante la hora de comer y se me ha corrido el rímel por la cara. Que sea tu hija no significa que me poseas, que puedas soltar mierda sobre mí por

internet. No soy de tu propiedad. Gracias a Dios que no entiendes cómo van las redes sociales, o seguro que habrías publicado fotos de mi primer tampón en Instagram. ¿Los secretos no existen? ¿Qué es lo siguiente que vas a hacer? ¿Publicar este mensaje en Twitter con emojis de risas?: «Mirad, la g***** de mi hija me ha echado la bronca». ¿Dónde termina esto? Puede que para ti sea una *drama queen*, la típica adolescente egoísta, pero ¿no crees que por lo menos merezco un poco de intimidad? Te quiero, mamá, coño, pero esta vez la has cagado bien.

Vaya. No puedo enfadarme por los tacos (creo que en ese sentido ya hemos cruzado el Rubicón). Sé que lleva razón. Mi madre no se lo pensaba dos veces para contarles mis secretos más vergonzosos a los vecinos, pero al menos lo hacía solo desde la valla del jardín. ¿Me he convertido en Gwyneth Paltrow y comparto demasiada información sobre las cagadas de mi propia familia para así complacer a mis adoradas seguidoras a costa de la dignidad de mi marido y mis hijos? ¿Nuestros hijos merecen de verdad tener intimidad? ¿O no son más que una panda de déspotas egocéntricos con una opinión desmesurada de la importancia que tienen en este viejo y hostil mundo? Y pese a mis contraargumentos, y debajo de su rabia habitual, detecto que Amelie está dolida. Sé que la he decepcionado. Conmigo por lo menos se sentía segura, igual que uno se siente seguro al ponerse una vieja chaqueta de punto, y me lo he cargado. Necesito una copa. Primero le mandaré un mensaje a Martin. Luego me beberé una copa.

¿Cómo va todo? ¿Los gemelos están bien? Dale un abrazo a Amelie de mi parte. Posdata: Hoy hay que sacar la basura. Posdata 2: Amelie tiene partido del campeonato de *netball* este miércoles. No olvides firmar la autorización. Beso.

Recibo su respuesta cuando me estoy poniendo la chaqueta.

Todo bien por aquí. Los gemelos están saciados y haciendo los deberes. Amelie está bien, solo sacaba pecho, no te preocupes. La basura está sacada y ya he firmado eso. Cuídate. Beso.

Hostia. Pues ¿no va y toma las riendas? Qué fuerte. La madre que lo parió. Lo hace a propósito: lo clava todo para mostrar que soy yo la dramática. Ya podría haber tenido la decencia de andar como pollo sin cabeza durante una semana. Pero no, claro. Bueno, pues si es tan fácil, ¿por qué no ha tomado las riendas antes? ¿Por qué ha sido necesario que me largara para que él se diera cuenta de lo inútil que ha sido? Un comportamiento muy pasivo-agresivo. El peor, de hecho. Le respondo.

¡Genial! Beso.

Y me voy a beber mi primer *manhattan* en Manhattan.

30

No soporto el bar del hotel. Aunque es precioso, hay demasiados proyectos de novelistas sentados con portátiles y moño en la cabeza. Todos tienen veinticinco años; y, además, eché un vistazo a la lista de cócteles y todo cuesta unas cincuenta libras. Pretendo beber unas cuantas copas, así que necesito encontrar un sitio que sea menos «ocasión especial» y mucho más «¡ve trayéndome hasta que me desplome!».

Salgo a la noche primaveral. A pesar de mi irritación con la frustrante estrategia de Martin de llevar las riendas, sin duda diseñada para que me sienta culpable, y a pesar también del atroz sentimiento de culpa por haber traicionado a Amelie, me resulta emocionante la idea de tomar varios cócteles en Manhattan. ¿Será como en *Sexo en Nueva York*? Ojalá me hubiera cambiado el jersey sucio y las zapatillas viejas; me parezco a Carrie Bradshaw como un huevo a una castaña. En fin. Pero, bueno, ¿quién me va a mirar a mí? Una turista de mediana edad más cegata que un topo, incapaz de ver los pelitos que le salen debajo de la barbilla hasta que la saludan. Grasientomán ha sido una excepción. Ser invisible está bien. Nadie me va a molestar ni se apropiará de mi noche con un triste coqueteo. A veces ser una yaya sin estilo es como tener un superpoder.

A unas cuantas manzanas del hotel hay un bar. Está más allá de la cafetería Happy Days, así que me subo el cuello del jersey al pasar por delante, no vaya a ser que a Grasientomán le dé por intentarlo de nuevo. Me agacho y me adentro en la multitud que avanza por la acera hacia el metro en su camino de vuelta a casa del trabajo.

Dentro del bar está oscuro. Es un lugar bonito: ni demasiado ostentoso ni el típico local con una mesa de billar y una tele con algún acontecimiento deportivo. Aquí deberían servir un decente *manhattan*. Me siento en un taburete de la barra y una joven con todo agujereado coloca una servilleta y un cuenco de patatas fritas delante de mí.

—¿Qué te apetece? —Me sonríe. El *piercing* que lleva en la lengua le golpea las paletas.

—¿Me pones un *manhattan*? —digo intentando mostrar una indiferencia que jamás he sido capaz de desprender.

—¿Dulce o perfecto?

Ahí va. No sabía que se podía elegir… Qué provinciana soy.

—Pues… ¿perfecto?

—Enseguida —dice, y se pone a ello mezclando vermú dulce y seco en una coctelera, además de *whisky* de centeno y hielo. Añade un chorrito de bíter de angostura y vierte el néctar bermellón en una copa en forma de uve antes de añadir una guinda al *maraschino* para darle el último toque.

Es casi una experiencia religiosa, el primer sorbo. Cierro los ojos, a la expectativa, y dejo que esa fría deliciosidad me baje por la garganta. Termino el cóctel de un solo trago y coloco la copa sobre la barra. Abro los ojos y la chica colador aprueba mi gesto con una sonrisa.

—¿Otro? —Se ríe—. Es la hora feliz, así que ¡dos por uno!

—¿Por qué no? —Le sonrío—. Una hora feliz me iría de perlas.

—¿Idéntico, pues? —me pregunta mientras coge la coctelera y empieza a preparar otro—. Bueno, a ver qué tal este.

Sentada, me bebo uno, dos, tres, cuatro cócteles. El bar se va llenando de neoyorquinos que terminan de trabajar y que vienen a beber una copa antes de ir a cenar. Al parecer, nadie tiene prisa por volver a casa. Yo seguro que no. Como de hecho no he comido nada, me alimento a base de puñados de patatas fritas con cada vez menos cuidado. Las migajas me caen sobre el regazo y las cojo distraída. Estoy borracha. Estoy sola en Nueva York. No sé qué

hacer. Creo que al final me quedaré las dos semanas. Mi familia lo lleva bien. Yo lo llevo bien. Sé dónde comer tortitas y dónde beber *manhattans*. He marcado mi territorio en el barrio. Sería estupendo para el blog. ¿O sería pasarme demasiado? Total, ya los he cabreado a todos, por qué no divertirme un poco con mi web. Será una manera de documentar mi viaje, así como de mantenerme en contacto con mis seguidoras. ¿«Seguidoras»? ¿Qué soy yo?, ¿una gurú cibernética que reparte consejos sobre la maternidad? Más bien una que te dice cómo NO ser madre de adolescentes, llevar una familia y complacer a tu marido. Ahora mismo me parece una buena idea. Le daré un tono ameno. Divertido. Será mi vía de escape. ¿Quién quiere leer sobre discusiones deprimentes y relaciones estancadas? ¿Qué tienen de divertido los adolescentes tóxicos y los matrimonios monosilábicos? Pero primero voy a buscar otro sitio donde beber. Un bar que sea ilícito, moderno y muy pero que muy neoyorquino. Un antro donde pueda hablar.

BLOG 17 – ¡Viva Nueva York!

¡Hola! ¡He huido! ¡Me han dejado salir de la cárcel durante dos semanas! He creído que era una buena ocasión para seguir con mi blog, ¡para que las que estáis atrapadas en la prisión que supone educar a adolescentes sepáis lo que os estáis perdiendo! No hay nada que no tenga mejor pinta después de unos cuantos *manhattans*. Odio el *whisky* y más aún el de centeno, y mis dientes no son aptos para el vermú rojo, pero juntos forman la pareja perfecta. Es la única pareja auténtica y perfecta que conozco; dejando a un lado a Carrie y a Mr. Big de *Sexo en Nueva York*, y a Michelle y a Barack Obama de la Casa Blanca, estas copas en forma de uve rellenas de *manhattan* revuelto y frío son lo mejor de lo mejor. Debo admitir que me he tomado varias. He empezado temprano, en un bar cerca del Hotspot Hotel, y ahora estoy en un antro de locos, al que se accede por la puerta de una tintorería. Debes descolgar el teléfono de una cabina muy retro y darles la contraseña. Yo no la sabía, pero la atenta chica de la línea telefónica me ha dejado entrar de todos modos gracias a mi acento

británico. ¡Sí! ¡Aquí sigue gustándoles mucho!

El bar está muy oscuro y estoy bebiendo un rarísimo mejunje de ginebra de frambuesa en una taza de té desportillada. Un tío bebe cerveza de una botella envuelta en una bolsa de papel. Es incompatible con su traje, que claramente es muy lujoso. Disfrutamos del ambiente de prohibición, una reminiscencia de los días de la Ley Seca, la Gran Depresión y Al Capone. Puede que sea una yaya vestida con un jersey sucio, pero ahora mismo estoy en mi mejor momento, como una joven de los años 20 del siglo pasado en un bar de *jazz* ruidoso, atiborrándose a alcohol ilegal.

Pido otra copa de ginebra y sigo escribiendo con el móvil.

Es lunes por la noche. En casa, los gemelos y el viejo habrán ido juntos al fútbol. Por el suelo del pasillo habrá camisetas sudorosas y botas desperdigadas. En otras circunstancias, sería yo la que lo recogería todo, lo limpiaría y guardaría antes de que los demás siguieran adelante con sus vidas. Sin embargo, estoy viajando al pasado, a una era en que a las mujeres acababan de permitirles beber en público; ironías de la vida, después de que se hubiera prohibido la venta de alcohol. En la mesa hay un panfleto que me informa de que a las mujeres les gustaba la cultura de los bares clandestinos porque había mesas a las que sentarse y no debías transgredir los modales femeninos exigidos al sentarte en la barra con los hombres. Me gusta esta cultura, me ayuda a olvidar; a olvidar que no soy una joven de los años 20, que debería estar en casa llevando a cabo mis deberes como madre, que no quiero estar en casa y que estoy destrozada.

Ay, por favor. ¿No habíamos dicho que el tono sería ameno? Creo que esta ginebra me está deprimiendo. Pago la cuenta a la camarera y salgo por la puerta de la tintorería. Ya son pasadas las 22 h, pero la ciudad que nunca duerme está bien despierta y yo llevo un pedo de categoría. Comida. Necesito comida. El aire fresco me golpea con fuerza y mi cabeza empieza a dar vueltas. He bebido MUCHO. Me tambaleo hacia una hamburguesería retro y me desplomo en una

mesa de formica. Me obligo a tragar una cara hamburguesa con pan de *brioche*. Las patatas fritas están cubiertas de un extraño queso de plástico anaranjado que por lo visto en Estados Unidos causa furor. No sabe a nada reconocible, pero está buenísimo. Mi cara está llena de kétchup y de pepinillos. Me importa un bledo. Está muy rico.

En cuanto salgo a la calle, no sé qué dirección tomar. Estoy confundida: ¿giro a la izquierda o la derecha? Estoy en la E12 Street, ¿el hotel queda para arriba o para abajo? Echo a caminar en una dirección y luego en la otra, convencida en ambas ocasiones de que es la correcta, hasta que me doy cuenta de que no reconozco nada. Me siento en los escalones de una tienda de comida *halal*. Una cajera se me queda mirando irritada. ¡Otra extranjera borracha que debería haber tenido más cuidado! Me quedaré un rato sentada hasta que deje de darme vueltas la cabeza, y entonces preguntaré a alguien. Ay, Dios, qué mal me encuentro. El alcohol potente y la comida grasienta se coagulan en mi estómago y conforman la ansiedad revuelta y silenciosa que sé que llevo años acarreando. Suelto un fuerte eructo. De verdad que me encuentro fatal. Me va a dar algo, pero mejor que no sea en la puerta de la tienda de la simpática cajera.

Me pongo en pie y trastabillo hasta la esquina. Me siento en una boca de incendios y vomito con profusión sobre mis zapatillas. Las náuseas se convierten en espasmos, y de inmediato estoy empapada de cálido sudor. Pasa enseguida y levanto la cabeza a ver si el mundo ha parado de girar. Contemplo mi reflejo en el escaparate de la tienda de enfrente. Tengo el pelo pegado en la cara, estoy pálida como una hoja de papel y cubierta de vómito. «¡Vive!», me había dicho. Si vivir es esto, todo para ti. Me paso los dedos pegajosos por el pelo y me inclino para limpiarme de las zapatillas los restos vomitados de hamburguesa.

—¿Estás bien? —me pregunta una voz femenina desde arriba.

Ay, Dios. Lo último que necesito ahora es a una buena samaritana. Seguro que piensa que soy una indigente o una alcohólica del barrio. Puede que lo sea. Lo cierto es que no dispongo de una

dirección fija.

Levanto la vista. Se cierne sobre mí una mujer alta con una impecable media melena oscura, blusa blanca almidonada y chaqueta de cuero. Va tan elegante y es tan amable que rompo a llorar.

—Lo siento —murmuro cuando me da un pañuelo—, es que he bebido demasiado.

—Eso pasa en las mejores familias —responde mientras busca a ver si lleva más pañuelos en los bolsillos—. ¿Estás sola? —me pregunta al reunir una montañita de clínex.

—Sí —digo—. Estoy sola.

—Déjame adivinar… ¿Estás de vacaciones? ¿Dónde te alojas?

—En el Hotspot Hotel… Al final de la calle.

—Ah, bueno, pues está a nada de aquí. Te acompaño.

—Gracias. Muchas gracias. —Me ayuda a levantarme, enlaza su brazo con el mío y caminamos las manzanas que nos separan del hotel. No estoy segura, pero diría que mi manga está manchada de vómito.

Y así es como conozco a Gina.

—¿Dónde has puesto la llave? —Apenas soy consciente de que Gina me rebusca en los bolsillos. La caminata de vuelta al hotel no ha servido para que me despejara. Me estampo contra la pared del pasillo, delante de mi habitación.

—No lo sé —mascullo. Intento recordar qué aspecto tiene la llave. ¿Es una de esas tarjetitas? A saber dónde andará.

—¡Ah! ¡Aquí está! —exclama Gina al sacar una bonita borla de mi bolsillo trasero.

Abre la puerta y me sienta en la cama mientras me sirve un vaso de carísima agua.

—Bébetelo —dice con firmeza, pero con amabilidad. Me cuida como una madre. Qué bonito.

Obedezco y me bebo el vaso de un solo trago. Estoy mareadísima, pero sé que necesito el agua. Me tumbo en la cama de espaldas y dejo que me quite las zapatillas, manchadas de vómito.

—¿Estás bien? —me pregunta Gina. Abro los ojos y levanto un poco la cabeza. Está junto a la puerta. Alta, morena, con aspecto saludable. Es por lo menos unos diez años más joven que yo. Me apuesto algo a que no tiene hijos—. ¿Necesitas algo más? —insiste.

—No, no, estoy bien… Muchas gracias. Eres muy muy amable. Mucho. Gracias.

La habitación comienza a dar vueltas de nuevo, así que cierro los ojos. Oigo que la puerta se cierra con suavidad y me adentro en un sueño intermitente. Sueño con partidos de *netball*, con botas mugrientas y cubos de basura hasta los topes que se vuelcan sobre la calle.

***

Cuando me despierto, es de día. Tengo la boca seca pero la cabeza, milagrosamente, no me palpita. Camino de puntillas hacia el baño y me maravillo ante el naranja oscuro de mi pis. Estoy deshidratada de verdad. El agua cara es nauseabunda, así que meto la cabeza en el lavabo y bebo directamente del grifo, como si fuera un gatito. Aún llevo la ropa sucia. Me la quito y entro en la ducha.

Bajo el vapor del agua caliente, los acontecimientos de anoche empiezan a arrastrarse, acusadores, hacia mi consciencia. Ay, Dios. Demasiados cócteles. Está volviéndose una mala costumbre. Y la hamburguesa. Y el vómito. Mi estómago da un vuelco al acordarse. Tengo grumos en el pelo. ¿Cómo volví a casa? ¡La mujer! Sí, había una mujer. Creo que me dijo que se llamaba Gina. ¿La conocí en un bar? Sé que me ayudó a volver al hotel. Creo que me dio agua. Ay, qué vergüenza. Dejo que el agua se lleve consigo la peste a alcohol, a comida frita y a vómito. Me lavo bien, me pongo ropa limpia e intento concentrarme en cómo salir de aquí. ¿En qué me he convertido? El martes es mi día de la plancha. Debería estar en casa intentando que la plancha número once de esta década no carbonice las cincuenta camisas de los uniformes de los niños. Mi rutina de planchar es muy estricta. Cómo la odio. Pero es una rutina. Ahora mismo me encantaría oler a lino caliente.

Me siento en la cama y me peino el pelo enmarañado. Necesito un poco de aire. Es evidente que no voy a poder resolver mis problemas aquí sin arriesgarme a sufrir una grave insuficiencia hepática. No debería estar aquí. Me iré a Central Park —debo visitarlo antes de volver a casa— y, luego, al aeropuerto.

Me suena el móvil. Un mensaje de Martin.

Me alegra saber que te lo estás pasando bien. Amelie dice que estás escribiendo en el blog. Conque *manhattans*, ¿eh? Yo prefiero un *gin-tonic* poco cargado. Nos hemos quedado sin hielo porque Paddy volvió a dejar la puerta del congelador abierta, pero no te preocupes. Tú sigue disfrutando. Siento mucho ser un recordatorio de tu triste vida en esta «cárcel», pero solo quería que supieras que estamos bien, dentro de lo que cabe, y esperamos que tú también. Nada más.

Sin rabia, sin exigirme que regrese. Cree que me lo estoy pasando pipa, cuando en realidad me da la impresión de que estoy viviendo el comienzo de una tardía y atormentada adolescencia. O de una crisis nerviosa. O puede que me esté hundiendo en el alcoholismo de la mediana edad.

El blog. He vuelto a publicar una entrada. No creí que fuera a hacerlo. Me conecto para ver qué escribí. No está mal, sin contar la última parte de no querer volver a mi triste vida. Ay, madre.

Echo un vistazo a los comentarios.

> Vaya, ¡lo has hecho! ¡Qué envidia te tengo! ¿Puedo ir a verte? Ja, ja, ja. Mi marido no sabría sobrevivir sin mí. Ni siquiera sabe hacer un huevo frito, ja, ja, ja. ¡Pásatelo bien, reina!

¿De verdad que no sabe hacer un huevo frito o es lo que se dice ella a sí misma para ser indispensable en su casa?

> Pronto echarán de menos lo que daban por sentado. ¡Me sorprende que seas capaz de abandonar a tus hijos sin preocuparte

por ellos!

Intenta que me sienta mal.

Tienes que comer la mejor hamburguesa, la que sirven en un local muy secreto, The Dead Rabbit, ¡y beber café en Central Park! No pierdas ni un solo minuto de este viaje tan especial. ¡A saber cuándo volverás a tener una oportunidad parecida! No será hasta que los muy cabrones se marchen de casa, cosa que, tal y como está el mercado inmobiliario hoy en día, quizá sea ¡NUNCA!

Suelto un gemido involuntario ante la idea de recoger la ropa interior de veinteañeros. Tiene razón. Es probable que no se independicen, ¿verdad? No van a preferir pagar un alquiler caro y sin criada que vivir en un hogar limpio y atendido, financiado por el Banco de Mamá y Papá, ¿a que no?

Me pongo la chaqueta e intento escabullirme por el vestíbulo sin que me vean. Barbalarga me ve y me hace un gesto para que me acerque.

—Señora, ¿qué le parece su estancia hasta el momento?

—Estupenda, sí, ¡estupenda!

—¿Hoy se encuentra mejor? —Me sonríe con complicidad.

—Sí, sí, estoy muy bien, ¡gracias!

Ay, Dios, ¿qué vio? ¿Me puse a cantar y a bailar por el bar con paneles de roble? ¿Le hice un calvo a un *influencer* con gafas de diseño?

—Me alegra oírlo, señora. ¡Que tenga un día fantástico!

Ya estamos otra vez: la presión de no limitarse a poner un pie delante del otro y sobrevivir cada puto día, sino de tener un día «fantástico». ¿Cómo consiguen salir por la puerta los norteamericanos deprimidos? Qué fracasados deben de sentirse cada vez que compran un café, un periódico, una copa y alguien les dice entre líneas que no están esforzándose lo suficiente si se limitan a aguantar el tipo sin más, ¿no?

31

Central Park es enorme. Ya llevo una hora caminando y no sé dónde estoy. Al parecer, todos los caminos sinuosos llevan a la misma carretera interior, que circunda el parque y proporciona la senda perfecta para los frikis de la gimnasia y de los patines. Ciclistas, corredores, *skaters* y niños con patinetes, todos ellos embargados por la inhabitual libertad de movimiento y de velocidad que el parque les permite, avanzan por la calzada gritándole a cualquiera que sea lo bastante imbécil como para cruzarse en su camino. Hay gente con perros, claro, pero también hay quien pasea a sus gatos, correa en mano. Es extraño, irritante y maravilloso al mismo tiempo. En el Reino Unido no he visto a nadie paseando a un gato, y esta imagen va directa a los archivos mentales de rarezas americanas, junto con los *cronuts* y los caimanes de las alcantarillas. ¿O eso era en Los Ángeles?

Ahora estoy en un claro frondoso en que se han reunido varios observadores de aves que dirigen las cámaras a unos arbustos que parecen vacíos. Un solitario pajarillo rojo salta de rama en rama, cerca del suelo. Tiene el tamaño de un gorrión grande y una fabulosa máscara negra alrededor de los ojos. Es impresionante. Me siento en un banco para observarlo y pienso dónde dirigiré mis pasos a continuación. Es increíble estar sentada en el centro de la ciudad y contemplar un pájaro que no había visto nunca.

—Disculpa… ¿Cómo se llama ese pájaro? —le pregunto a un observador de aspecto presumido.

—Pues es un cardenal —responde un tipo barbudo con un anorak enorme—. Por aquí hay unos cuantos.

¡Un cardenal! ¡Siempre he querido ver uno! Estaba justo delante de mí y no lo había reconocido. Es precioso.

—Y ¿ese de aquí más clarito, el de color beis?

—Es el mismo pájaro. La hembra.

Por supuesto. Todo el mundo sabe que las hembras siempre son más sosas. ¿Tendrá que ver con la necesidad de los machos de aparearse? ¿Los machos deben esforzarse más para tirarse a una hembra y procrear? Alguien debería decírselo a Martin. Si hubiera desechado sus viejas chaquetas de punto marrones, ahora quizá no estaría solo lanzando a la basura restos de cereales resecos.

—¡Hola de nuevo! —exclama una voz detrás de mí.

Giro la cabeza y levanto la vista. Una mujer alta con blusa gris, pantalones caqui y sombrero de paja me está sonriendo.

—Hola —digo. Reconozco su cara, pero el uniforme me despista por completo. ¿Es de Londres?

Gina. La mujer de anoche. Noto cómo la sangre me inunda las mejillas.

—¡El mundo es un pañuelo! —Sonríe.

—Sí, sí… Gina, ¿verdad?

—Correcto. Me sorprende que te acuerdes… Ciara —pronuncia mi nombre mientras me guiña un ojo. Me vuelvo a ruborizar—. Estabas pasando un mal momento.

—Vaya. De todas las zonas para observar pájaros, ¡tenías que venir a la mía, ja, ja, ja! —parloteo.

Se echa a reír.

—¿Ya te encuentras mejor, pues?

—Sí, sí… Creo que me comí algo…, ya sabes…, algo chungo.

Suelta otra carcajada. Tiene una dentadura preciosa y su piel está ligeramente morena.

—¡¿Chungo?! Eso es nuevo. A mí me dio la sensación de que habías bebido demasiado.

—Bueno, bebí un par de copas, pero…

—No, no, claro. Fue algo «chungo» que comiste, sí… —Me sonríe.

—Oye, ¿por qué estás vestida como una Girl Guide gigante? —le

pregunto, ansiosa por desviar la conversación de lo ocurrido anoche —. ¿Me has seguido o qué? Ja, ja, ja.

—¿Cómo dices? ¿Una Girl Guide?

—La ropa que llevas. Pareces una Girl Guide.

—¡Gracias! Creo. Es mi uniforme. Trabajo aquí.

—¿Aquí? ¿En Central Park?

—Sí. Soy vigilante del parque.

No tengo ni idea de por qué, pero me pongo colorada otra vez. Lleva unas pintas algo ridículas, pero también imponentes. Me pregunto si montará a caballo. Hay vigilantes que montan a caballo, ¿no?

—Anda, qué bonito —murmuro, impresionada de verdad.

—A veces lo es. En verano, sobre todo. En invierno, no tanto. Básicamente me dedico a evitar que la peña se abra la cabeza mientras va por ahí con trineos o a evitar que se ahoguen en lagos que están congelados a cachos, pero, bueno, nos las arreglamos.

—¿Montas a caballo?

Mi pregunta la hace reír.

—Ojalá. A veces me muevo con un carrito de golf, pero con caballos no.

Se sienta a mi lado y nos quedamos mirando los arbustos durante unos instantes. No sé qué decir ahora que ya hemos tratado los temas obvios de mi situación de anoche y de su presencia aquí. Por alguna razón, me apetece mucho contárselo todo. No he podido hablar con nadie desde que ayer arrojé a mi madre sobre los tejados de la ciudad. Nadie con quien desahogarme. Me paso día y noche rumiando los mismos pensamientos una y otra vez. A lo mejor me ayudaría contarle a esta casi desconocida la verdad de lo que me sucedió anoche, mi huida de la servidumbre doméstica, la pena, el miedo a que los años no solo me hayan envejecido, sino que me hayan vuelto transparente.

—En breve tengo la pausa del almuerzo. ¿Te apetece comer algo conmigo? —dice Gina.

Me deja de piedra. ¡¿Por qué iba a invitarme a comer?! Después del

pésimo espectáculo que di anoche. O sea, me ha visto en un estado peor que la mayoría de la gente que me conoce bien. ¿Eso nos convierte en amigas? Es que no cuadra. Me crio un matrimonio irlandés, pero soy lo que mi madre habría definido como «muy inglesa» en lo que interacciones sociales se refiere. Prefiero el anonimato, rechazo ir a comer o a beber, las conversaciones y las pequeñas intimidades…, los cimientos mismos de la cultura irlandesa. Es que en Londres no se estila en absoluto lo de hablar con desconocidos. De hecho, resulta muy pero que muy sospechoso. Y raro.

—Ay. Comer. Hoy todavía no he comido nada. Pero no hace falta, muchas gracias.

—¡No te he preguntado si hace falta! Vayamos a comer algo, te sentará bien. Al restaurante Tavern On the Green. Está muy bien. Podemos pillar un bocadillo en la barra, no es necesario que te sientes.

Ha interpretado mis suspicacias y me sonríe como si me dijera: «¡Te reto!». Me remuevo, inquieta. ¿Y si intenta captarme para alguna especie de secta? Aunque no tiene pinta (a pesar del uniforme de Girl Guide)… ¿Qué daño podría hacerme ir con ella?

—Vale. Estaba en mi lista de lugares que visitar de todos modos.

—¡¿En serio?! ¡¿Por qué?! La mayoría va a las cataratas de Niágara o a ver las Pirámides, pero… ¿a comer un bocadillo en Central Park?

—Soy una mujer sencilla.

—Lo dudo muchísimo. —Ríe, y agacho la cabeza para ocultar mis traicioneras mejillas, que de nuevo se han encendido. ¿Qué me pasa? Al lado de Gina, me siento estúpida. Desprende confianza, potencial y calma. No tiene pinta de visitar ciudades desconocidas y vomitar por las esquinas. Me apuesto algo a que nunca ha traicionado a su familia por accidente contando sus vergüenzas por internet. Me apuesto algo a que su marido es un tipo fantástico y amable, y que follan estupendamente mientras se besan y se miran a los ojos, y no se limitan a darse la vuelta en la oscuridad y tirarse

pedos.

—Si te apetece tacharlo de la lista, iré sobre las 13 h.

Y se marcha.

¿Acabo de hacer una amiga? No hago amigas desde…, ni me acuerdo. Perdí el contacto con todas mis amigas de la universidad al poco de que nacieran mis hijos. Criar a tres bebés era complicadísimo. La única vez que salí de la ciudad para visitarlas, me llevé a los pequeños conmigo, y fue tan espantoso para todas que hicimos un pacto no verbal para no repetirlo jamás. El norovirus se cargó el fin de semana en el campo con tres amigas sin hijas. Me pasé toda la noche limpiando vómitos: primero los de Paddy y luego los de Lorcan, que compartían la cama y al final se habían contagiado la enfermedad. Entrábamos y salíamos de la ducha, yo procuré quitar las manchas de palitos de merluza de la ropa de cama y de los colchones. Por la mañana, adormilada y también con náuseas, detecté tan solo hostilidad por la nochecita que les había hecho pasar en aquella pequeña cabaña. Nadie dijo nada, pero era evidente que yo y mi familia enferma y ruidosa habíamos echado a perder el idilio rural.

Nuestra amistad se enfrió muchísimo después de aquello. En cuanto vieron que era incapaz de reunir la energía para salir a tomar algo con ellas, dejaron de llamarme. A las 18 h, normalmente estaba demasiado agotada y cubierta de caca como para hacer acopio de fuerzas para ducharme, arreglarme e irme por ahí. Tampoco es que tuviera nada que contarles; mientras ellas hablaban de sus últimos ascensos/vestidos/visitas a galerías de arte, yo me quedaba callada intentando convertir una pataleta en una anécdota divertida para adultas sin hijos. Siempre que abría la boca, percibía que todas se ponían mentalmente en pausa hasta que me callaba y podían seguir con una conversación mucho más interesante. Al final, en un acuerdo tanto mutuo como tácito, nos distanciamos. A veces me aparecen por Facebook, y algunas incluso han llegado a tener hijos. ¡Ahora saben lo que es bueno! Pero es demasiado tarde para volver a conectar. Fluidos amnióticos no mueven molinos.

Pero está Jude, claro. Le mando un mensaje. Ella sabrá qué hacer. Hago una foto al lago con los rascacielos detrás y se la envío.

¿Adivinas dónde estoy?

Seguro que ahora mismo está cuidando de sus orquídeas, paseando con un carísimo caftán. Me responde enseguida.

¿En IKEA comprando un cuadro de rascacielos?

Ja, ja. No. Estoy aquí. Estoy aquí de verdad. ¡En Nueva York!

¿¿¿Quéééé???

Le explico que he huido. Le cuento lo del blog. Se queda patitiesa.

Cariño… ¡Sabía que lo llevabas dentro! Como cuando hacíamos campana en Ciencias. La diferencia es que ahora ¡haces campana en la vida! Ojalá estuviera allí. Ve a comer con ella, bicho raro. No te va a MATAR. Al menos, no es probable. Besos.

Cómo lo he echado de menos. Jude te dice las cosas tal cual son. Tengo a Debbie la Depre, cómo no. Y a un puñado de otras mamás con las que he entablado amistad a lo largo de los años, pero más por necesidad que por decisión propia. Son muy agradables, pero nuestra relación es más de compañeras de celda que de colegas de verdad, y lo único que tenemos en común son nuestros encantadores hijos. Cuando los únicos adultos que ves durante el día son los espectros con bolsas en los ojos y sonrisas vacías que empujan carritos como si fueran zombis en pleno apocalipsis maternal, acabas aferrándote a ellos. Te lo pasas bien con un grupo de madres colegas, ninguna de las cuales te conoce lo más mínimo y ni siquiera comparte tu perspectiva del mundo, pero estáis conectadas gracias a las dificultades maternales por llegar a la escuela y regresar todos los días sin que os dé un patatús por la

frustración o el agotamiento, o sin matar a alguien por accidente. La maternidad hace de pegamento, aunque el único vínculo que os una sea la amistad, a menudo precaria, de vuestros hijos. ¿Y Gina? ¿Dónde encaja ella?

Ya no hago amigas, no sabría cómo. Tengo la norma de negarme a entablar amistad con nadie durante las vacaciones. Una vez fuimos a Tenerife y me puse a hablar con una alemana en la piscina, a la que —tonta de mí— invité a casa si algún día visitaba el Reino Unido. La mayoría de los ingleses lo habrían interpretado como lo que era, una falsa invitación diseñada para maquillar la intimidad de un adiós para siempre, pero Mattea no. Qué va. Tres meses después, se presentó para pasar un largo fin de semana con nosotros, y descubrí que, si no estábamos sin ropa y en una piscina, no teníamos gran cosa que decirnos. Me salió urticaria y todo.

¿Debería ir a comer con Gina? Un cardenal de un rojo muy intenso salta de un arbusto al camino que tengo delante y me observa impasible.

—Venga —parece decirme—. Vive un poco.

32

La veo en cuanto cruzo la puerta. El restaurante está ubicado junto a un lago y lleno de turistas a los que les da igual pagar un pastizal por una ensalada para poder decir que comieron en Central Park. Gina está al principio de la cola del café para llevar. Una manada de turistas pobres y de norteamericanos espabilados la empujan en un tumulto desordenado.

—¡Ey! —exclama, como si de verdad se alegrara de verme. Como si fuéramos amigas.

—¡Hola! —digo.

—¿Qué te pido?

—Ah, nada. Pide tú y yo me pongo a la cola.

—Ah, vale. Mientras esperas, ¿te importaría fregar el suelo y limpiar las mesas? —Se ríe.

—¿Cómo dices?

—¿Qué quieres? Da igual, ya te lo pido yo.

Espero junto a la puerta y me maravillo ante la calma con que pide las cosas. En Estados Unidos, no dicen: «Póngame, por favor, un…» o «¿Le importaría servirme un…?»; más bien: «Dame un bocadillo de atún con mayonesa, sin lechuga» y «Quiero una hamburguesa con queso y patatas fritas, y muchos pepinillos». Paga dejando un billete de veinte dólares en la barra y salimos. Las mesas están repletas de gente que disfruta del sol primaveral, así que nos sentamos en la hierba, frente al lago. Gina me entrega algo envuelto en papel.

—Toma. ¡Que aproveche! —me dice.

—¿Qué es? —pregunto mientras retiro una de las esquinas del

papel con suspicacia.

—Pastrami con pan de centeno. Es una especialidad de aquí. Te va a encantar.

—Vale. Gracias.

Intento no mirar la carne flácida y rosada que sobresale por ambos lados del pan duro y oscuro, y me meto el monstruoso bocadillo en la boca. Para mi sorpresa, está buenísimo, y mi estómago se despierta con apetito. Le pego otro mordisco gigantesco.

—¿Cuál es tu historia? —pregunta Gina cuando clavo las mandíbulas en un pedazo de corteza crujiente. Intento hablar, pero soy incapaz de abrir la boca, y empiezo a toser por el esfuerzo. Gina se ríe y me da una palmada en la espalda. Me pasa una Coca-Cola y espera a que deje de toser.

—Perdona —jadeo—, he mordido más de lo que podía masticar.

—Un mal momento —dice, amable.

Mi historia. ¿Quiere que le cuente mi historia? ¿En serio?

—No hay mucho que contar, he venido en un paréntesis. Para dedicarme algo de tiempo a mí —digo, y al pronunciar «mí» hago comillas en el aire, como si el concepto que tengo de mí misma fuera irónico.

—Ah, ya —dice Gina, como una detective que acabara de escuchar la peor cortada de la historia y esperara a revelar que ya está al corriente de mi crisis nerviosa.

Nos comemos los bocadillos en silencio. No sé qué estoy haciendo aquí.

Me ha vuelto: la necesidad de irme de la lengua, como diría Amelie, y contárselo todo. Es lo que sucedería si esto fuera una comedia romántica. Pero la vida no es una comedia romántica, como he descubierto a base de palos. Decido evitar mi propio misterio y le pregunto sobre su vida.

—¿Cuánto tiempo hace que eres vigilante de Central Park?

Gina sonríe de nuevo. Me parece un tanto desconcertante que todo lo que le digo le haga gracia.

—Unos dos años.

—¿Siempre quisiste trabajar… en el exterior?

Gina se echa a reír otra vez.

—¿Qué es tan divertido? —digo. Estoy avergonzada, pero me uno a sus carcajadas.

—Nada, lo siento. Es que… ¡Mira que llegas a ser rara!

Apenas nos conocemos y ya se siente lo bastante cómoda para mencionar mi extrema ineptitud social. En parte, me gusta. Es como si hubiera vuelto al instituto, como cuando te tienes que cambiar una tirita pero está pegada a la costra de sangre seca y pus, así que tu amiga espera a que no mires y te la arranca por ti; es doloroso, pero te dejas de hostias. Nada de ir con pies de plomo. Jude haría igual.

—Sí. Sí. Soy rara. —Río, y qué bien sienta que me vean, que Gina parezca querer superar las barreras. Es como si hubiera llegado a mi coraza de hielo y le hubiera vertido un cubo de agua caliente.

—No quería trabajar de vigilante desde que era una niña, no —responde a mi pregunta—. Supongo que me llegó por casualidad.

—¿Cómo te llega un trabajo como ese por casualidad?

—Es una historia muy larga.

—Puedes hacerme un resumen.

—Estuve en un centro de acogida, me escapé a los quince años, casi morí por coma etílico cuando vivía en la calle, me recuperé, conocí a alguien especial, nos mudamos y conseguí un trabajo en una tienda, y la cosa fue muy bien durante un tiempo, pero entonces, hace dos años, ella me echó de casa.

No sé qué decir, así que mascullo un «Ajá» y bajo la vista hacia mi bocadillo, a medio comer. Yo me lamento de mí misma porque mi marido y mis hijos, en mi casa limpia y cálida, «no me entienden», ¿y resulta que una mujer con una infancia terrible, que tuvo que lidiar con una seria adicción y con su orientación sexual, es la que recoge mis pedazos del suelo y no al revés?

—No pasa nada, no tienes por qué compadecerte de mí. Todo bien. Ahora trabajo aquí y me encanta. Me paso los días al aire libre y tengo una cama calentita a la que regresar por la noche. Seguro que

lo que estás pasando también es duro a su manera.

La miro a los ojos y veo que me sonríe abiertamente. ¿Qué quiere? ¿Qué ve en mí que le haga querer hablar conmigo, comer conmigo? ¿Intenta conocerme? Siento una oleada de ansiedad. Siempre que alguien intenta conocerme, me siento así. Aterrorizada. Me da pena que pierdan el tiempo pensando que soy algo que no soy. Perciben mis reticencias como una muestra de intelecto o de profundidad, cuando en realidad no es más que la timidez, que oculta una asombrosa sensación de vacío. Normalmente puedo escabullirme murmurando que debo ir a recoger a mis hijos o preparar la cena, pero aquí no tengo adónde escapar. Miro los patos que nadan por el lago. No sé qué decir. Por lo visto, Gina detecta mi intensa incomodidad.

—¿Cuáles son tus planes para estas vacaciones? Ya has tachado una cosa de la lista. ¿Qué más?

—Ah, pues… unas amigas me recomendaron varias cosas. Un local de hamburguesas secreto, por ejemplo.

Qué absurdo suena ahora. Qué adolescente.

—Ya, sí, sé cuál es. No es tan secreto. Aparece en todas las guías y te clavan veinte pavos por una hamburguesa y unas patatas fritas, pero sí, supongo que es divertido.

—Ir de compras, ya sabes, lo típico. A lo mejor beber una copa en lo alto de Rockefeller…

Soy un estereotipo con patas. Seguro que Gina sabe de sitios chulos a los que ir. No los que suelen citarse en las guías turísticas.

—Dicen que hay unas vistas espectaculares del parque… si consigues llegar hasta arriba.

—Sí, eso he oído. ¿No has estado nunca?

—No, nunca. Cuando vives aquí, es diferente, porque te acostumbras a su presencia. O ¿tú has ido a visitar el palacio de Buckingham?

—No. —Me río—. La verdad es que no. Tienes razón.

Gina se me queda mirando un buen rato. Como si analizara algo. ¿Es una fanática religiosa? ¿Va a intentar captarme? En los Estados

Unidos hay mucha cienciología, ¿no? ¿Intentará que haga un test de personalidad? Le va a costar encontrármela.

—¿Por qué no salimos esta noche? —propone al fin.

—¿Salir? ¿Adónde?

—Al Rockefeller. Tú quieres ir, yo no he ido nunca… ¡Es la combinación perfecta!

¿Esta noche? ¿De qué vamos a hablar? Por mi culpa, este almuerzo espontáneo se ha convertido en un infierno silencioso…, nada de una combinación perfecta.

—Vale —digo antes de tener tiempo a negarme—. ¿Por qué no?

Quedamos en encontrarnos en el Rockefeller Center a las 18 h. Gina comenta que ella comprará las entradas, y con eso me dice adiós y se mete entre los árboles balanceando el sombrero entre el pulgar y el índice.

¿A qué acabo de acceder? Que ella sepa, soy una solitaria mujer de mediana edad con una lista realmente muy cutre de cosas que ver y que hacer en mis vacaciones en Nueva York. ¿Qué diablos ve en mí? No tenemos nada en común. Debe de ser por lo menos quince años más joven que yo, no ha comentado que tenga hijos y es lesbiana.

Me cruza por la mente la certeza de que la mayoría de las mujeres de mi generación describiría como sexual el interés que muestra por mí. Odio esa conclusión. En la universidad tuve muchísimas amigas lesbianas y recuerdo cuánto se enfadaban con las heterosexuales que pensaban que, por el mero hecho de ser mujeres, TODAS las lesbianas las deseaban. Recuerdo airadas conversaciones entre Jodi, la artista poetisa, y Shula, su exuberante amiga hetero.

—Madre de Dios, ¿por qué siempre que bebes un par de copas intentas besuquearme? ¡Que NO ME INTERESAS! ¡Que sea lesbiana no significa que quiera acostarme con todas las mujeres que conozco! ¡No me gusta cualquiera!

—¡Muy bonito! —exclamaba Shula.

—No quiero ser borde, pero ¡no eres mi tipo!

—¡¿A qué te refieres con eso?! ¿Me estás cosificando? —decía con un mohín.

—No te estoy cosificando… ¡Es que no quiero acostarme contigo! —insistía Jodi, exasperada.

—¡¿POR QUÉ NO?!

—¡PORQUE NO SOY TU CONEJILLO DE INDIAS SEXUAL Y EXPERIMENTAL! ¡NO SOY TU MANERA DE TACHAR ESO DE LA LISTA Y COLGARTE LA MEDALLA! PERO, ANTE TODO, ¡NO QUIERO ACOSTARME CONTIGO PORQUE TE COMPORTAS COMO UNA GILIPOLLAS!

Recelo de esa arrogancia heterosexual. Sé que no es nada sexual. ¿Cómo iba a serlo? Creo que mis feromonas son las opuestas a las suyas: yo desprendo químicos que dicen «déjame en paz» y que ahuyentarían hasta a las personas más decididas que pudieran interesarse lascivamente en una vieja con carnes colganderas como yo. Jamás se me ocurre pensar que haya alguien que esté interesado en mí, sea del género que sea. Martin siempre bromeaba diciendo que conseguir una cita conmigo fue como intentar que un gato se diera un baño con sales incluidas. Ahora me resulta absurdo pensar que fui tan recatada, pero en aquella época no soportaba el dolor lacerante de sentirme expuesta al conocer a alguien, al dejar que alguien me conociera a mí. Habría preferido un matrimonio de conveniencia, o un proceso de selección de currículums a través del cual todas las partes interesadas tuvieran acceso a mi historia, pudieran leerla y decidir si yo era una aspirante o no. Nunca se me ocurrió que a lo mejor podía escoger a alguien. Pocas veces me pedían salir. Y siempre terminaba en desastre. Y aquí me tienes ahora, aceptando a regañadientes una invitación que sin lugar a dudas me generará ansiedad. Y aun así… En Gina hay algo que me reconforta. ¿Y si solo quiere ser amable? ¿Y si es mentira que todos los neoyorquinos son bordes y ariscos? Iré. No pasará nada. Me tomaré una copa, admiraré las vistas y volveré a casa. Aquí paz y después gloria.

***

No tengo nada que ponerme. Seguro que en sitios como el

Rockefeller Center no ven con buenos ojos mis zapatillas y mi ropa informal. En la última década o así, no me he preocupado demasiado por mi vestimenta. Las raíces del pelo me grisean y solo tengo un lápiz de labios (beis) de mi propiedad, que me hace parecer una mujer que acaba de tener un paro cardíaco (como comentó alegremente Paddy la primera vez que me lo puse). Salgo de Central Park y me dirijo a la lujosa tienda Saks Fifth Avenue.

Las típicas arpías altaneras con demasiado maquillaje me miran de arriba abajo cuando entro por la puerta y deciden enseguida que para qué perder el tiempo conmigo. Subo las escaleras mecánicas y me dirijo a la sección de moda femenina como pidiendo perdón. Todo parece carísimo y no sé qué comprar. Odio ir a comprar ropa. Me siento como Mr. Benn, el personaje de los libros de David McKee, que va cambiando de atuendo. ¿Soy una amante del lino a la que le favorecen los colores pastel y que lleva un ramo de narcisos? ¿Soy una mujer con una carrera importante que va a la modista y prefiere una paleta de colores neutros? ¿Soy una jipi que viste sedas vaporosas con estampados de flores? No soy ninguna de esas cosas. Y por eso, supongo, prefiero los pantalones de chándal negros, en plan «no me mires», y las camisetas anodinas.

Si Amelie estuviera aquí, se volvería loca, yendo de allá para acá por los expositores y afirmando que «necesita» esto o aquello. Su pasión por la ropa la dejaría sin aliento y, por una vez, no se miraría el ombligo. Ella sabría qué elegir para mí. Siempre me exhorta a que me arregle más y a que no vuelva a vestirme como una «vieja pelleja».

Podría llamarla. Ahora estará en casa, seguramente con los deberes por hacer, debido a la cantidad de horas que invierte en arreglarse las cejas.

Procuro no darle demasiadas vueltas. Puede que, si la llamo e intento normalizar las cosas, se olvide de que he huido y tan solo se emocionará por que me encuentre en unos grandes almacenes de Nueva York.

Me siento en un sofacito junto a un maniquí que viste a la moda

con unas espantosas prendas que parecen bolsas de basura.

Pulso el nombre de Amelie en la aplicación de FaceTime y me muerdo el labio mientras espero.

Y entonces me responde.

—Hola, madre —dice en su habitual tono depresivo, que pretende llamar la atención al máximo. Sonrío. Me alegro de ver su expresión triste. Es familiar.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Cuánto me alegro. ¿Cómo va todo por ahí?

—Va. ¿Cuándo vas a volver a casa?

Es una avance. Quiere que vuelva.

—No sabía si queríais que volviera —digo en busca del perdón.

—No he dicho que quiera. Es obvio que sigo cabreada contigo.

Hace pucheros delante de la cámara. Ninguno de mis hijos me mira a los ojos cuando hago una videollamada con ellos. Amelie posa, juguetea con el pelo. Los gemelos ponen muecas ridículas y apoyan la nariz en la pantalla.

—Lo sé, y lo entiendo. Pero tienes que saber que gran parte de lo que escribí eran exageraciones muy tontas.

—Entonces, ¿no crees que sea una guarra? —pregunta como si tal cosa mientras se pasa la melena por encima de un hombro.

Una mujer bien vestida pasa delante de mí.

—¡Chis! —la chisto—. Estoy en público y en Estados Unidos los tacos no gustan.

—Pues bien que votaron a un imbécil como presidente.

No era su intención bromear, pero me río. Se alegra de haberme hecho gracia y su rostro se relaja.

—¿Qué tal es estar en Nueva York? Ya que es evidente que yo NUNCA voy a ir.

—Claro que sí. Todos juntos. Está… bien. Es un poco solitario. Estoy pensando en volver dentro de un día o dos.

—Vale. Bueno, que sepas que a lo mejor deberías quedarte un poco más. Por aquí estamos bien. Resulta que papá es bastante buen

cocinero y ya me ha planchado todas las camisas de la semana. Se le da muy bien planchar, ¿eh? Y está siendo muy majo. Anoche nos dio veinte libras a todos. Creo que se siente mal.

—No ha hecho nada mal, Amelie, en absoluto.

—Uh, no quiero que me hables de tu relación con papá, mamá. Qué grima. Ah, y he roto con Rodney.

—¿Y eso? ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Nos hemos dado cuenta de que no nos alegrábamos de estar juntos y somos demasiado jóvenes para suplir ahora mismo las necesidades de una relación sentimental.

Ahí va. Está madurando.

—Bueno, me parece una decisión muy madura y saludable —le digo.

—Sí. Ya tendré tiempo para salir con tíos. No quiero atarme. No como papá y tú. ¿Qué se siente al saber que vais a estar juntos para siempre?

Parpadeo. ¿Por qué me pregunta sobre nosotros? ¿Está poniéndome a prueba? ¿Cree que me he marchado para no volver?

—Bueno, no creo que nadie piense así. Una se limita a esforzarse y a esperar que suceda lo mejor. Es un poco desalentador pensar eso.

—Pero saber que ahí fuera no hay nadie más para ti y que has encontrado al amor de tu vida… Buf.

—Yo no creo en el amor de tu vida, Amelie. Yo creo que las relaciones son como los autobuses nocturnos: esperas y esperas a que llegue el bueno hasta que te cansas de esperar y te subes al que te deja más cerca de casa.

—¡Qué poco romántica! ¡Mamá! Papá no es un autobús.

—Es una metáfora, Amelie. Tan solo una metáfora.

—Mamá, ¿te importa esperar un seg…?

Detiene nuestra conversación y la pantalla muestra su silueta borrosa mientras responde a un mensaje de Snapchat que le acaba de entrar. Sea lo que sea lo que intentamos arreglar ahora —nuestro cisma madre/hija—, deberá esperar a que lea un mensaje absurdo de alguien a quien ha visto hace media hora. Sigue tan ocupada

como siempre.

Ya ha vuelto.

—Hola, madre. Oye, ¿querías algo?

—Bueno, ya veo que estás ocupada. Te dejo.

¿Por qué pensé que iba a cambiar nada? Sigo siendo lo menos importante de su mundo, incluso tras haberme marchado. ¿Qué tendría que hacer para que me prestara más atención? ¿Quemarme a lo bonzo enfrente de un Topshop?

—No seas así, mamá… Tengo un par de minutos.

—No es importante. Se me ha ocurrido aprovechar que estoy aquí para comprarme algo bonito. Estoy en Saks.

—¡¿Estás en Saks?!

Ahora sí que me hace caso.

—¿Por qué estás en Saks? ¿Por qué quieres comprar algo bonito? Qué mal suena, mamá.

—¿Mal? ¿Por qué suena mal? Tengo dinero y quería comprarme algo. Esta noche iré al bar del Rockefeller Center.

—¡¿Por qué?!

—¡Porque alguien me lo ha propuesto!

—¿Quién te lo ha propuesto? Mamá, ¡¿tienes un rollo?!

Su cara está muy cerca de la cámara y las ventanas de su nariz aletean indignadas.

Suspiro.

—No, no tengo ningún rollo. Mira, me he hecho amiga de una mujer llamada Gina y me ha sugerido que vayamos.

—Ah, una mujer. Vale. Es un poco raro. Tú no haces amigos. Pero, bueno, vale. Pues tienes que ir a la moda. Pero un poco pija. Pero no en plan mediana edad. Te diría un vestido *bodycon* negro de tirantes finos. Como estás delgada, puedes enseñar los tobillos. Póntelo con pendientes de aro dorados y quizá unas zapatillas de Gucci.

—Vale, y ¿en cristiano, por favor? ¿Qué es un vestido *bodycon*? Y ¡¿por qué iba a ponerme zapatillas con un vestido?!

—Confía en mí, mamá, que yo de esto controlo. Ve a pedirle ayuda

a alguien. Un vestido con zapatillas mola mucho: el vestido da el toque elegante, pero las zapatillas añaden que no te estás esmerando demasiado, porque eso sería la MUERTE.

—Nadie me acusaría de esmerarme demasiado con la ropa, Amelie. Vale. Gracias.

En este momento, me sonríe. Después de todo, le gusta ser útil.

—Oye, mamá.

—Dime, cariño.

—¿Me compras algo, porfa?

—Vale. ¿Qué quieres?

—Un lápiz para cejas marca Anastasia Beverly Hills en marrón topo. Y una riñonera Nike. Y unas Airforce 1S Nike. Y una base de maquillaje Huda Beauty con filtro. Y una paleta de sombras de ojos Modern Renaissance de Anastasia Beverly Hills…

—Perdona, se corta, no te oigo bien —miento. Me pasaría el día entero aquí. Como mi hija se adueñe de la visita a esta tienda, estoy jodida.

—¿Mamá? ¡MAMÁ!

Le doy al botón de colgar y voy en busca de una dependienta. Una joven muy guapa deambula cerca de un expositor de lo que parecen monos de fontanero.

—Hola —digo con una sonrisa nerviosa—, ¿me podrías echar una mano?

—¡Claro! —me sonríe.

—Necesito un conjunto, ¿se llama así? Necesito algo bonito que ponerme esta noche.

—Vale —dice, y me mira de abajo arriba en un santiamén—. ¿Qué tipo de prendas tiene en mente? ¿De qué celebración se trata?

—Bueno, no es una celebración como tal: voy a ir a tomar algo al Rockefeller Center y mi hija dice que no me esmere demasiado, y que me ponga quizá un bodialgo negro con los tobillos al aire y unas zapatillas doradas.

¿Lo he dicho bien? Creo que no me acuerdo del todo.

La dependienta procura reprimir una sonrisa.

—¿Un vestido *bodycon*? Claro.

Me conduce por un laberinto de pasillos y llegamos a una sección con ropa de noche preciosamente iluminada.

—Esto lo veo un poco… Mmm… No sé si estas prendas van conmigo —gimo cuando extrae un vestido negro de tubo de tela elástica de un colgador y me guía hacia los probadores.

—Pruébese este también, si cree que el negro resultaría demasiado formal —dice, y me da un vestido de tubo idéntico, pero de color melocotón.

Me mete en el cubículo y corre la cortina. Me quedo mirando mi propio reflejo en el espejo, que llega al suelo. Estoy sudada, sucia y agotada, el estado mental perfecto para probar un drástico cambio de *look*. Me quito el jersey y las mallas, y me quedo cara a cara con mi pobre y viejo cuerpo. La luz mortecina no ayuda a alegrar las vistas. Mis bragas son grises y están dadas de sí; no recuerdo cuándo las compré. Puede que hace diez años, en un súper. El sujetador se me clava en el pecho y me deja una marca rojiza sobre el torso. Mi estómago está fofo y repleto de marcas blanquecinas, como un arroyo lleno de pececillos, y la cicatriz de la cesárea luce un color rosado pálido. La piel de mi barriga está arrugada, parece un balón pinchado. Mis piernas se asemejan a un par de muslos rellenos de gachas. Le doy la espalda al espejo en un acto de desafío y negación. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Saco el vestido melocotón de la percha y meto mi cuerpo en la tela diminuta y elástica. Qué ceñido. Tiro del dobladillo, que se ha quedado atascado alrededor de mi cintura. Tiro y tiro, y al final cede. Bajo la tela por mis caderas y me cubro con decisión mis reacios muslos. Me atrevo a levantar la vista. Jesús. Los vestidos *bodycon* son crueles. La que me mira es una gigantesca morcilla de color carne. Giro sobre mí misma, fascinada por el espanto que se alza ante mí. Se me han arrugado las bragas en el culo y la grasa de mi espalda sobresale por encima de la banda elástica que me rodea las tetas. No creo que acompañe el vestido con unas zapatillas: mejor con una bolsa de basura. Aparto los tirantes, desesperada por

liberar mi cuerpo de esta cárcel elástica. Tiro histérica, pero el vestido se ha quedado pegado a mi cuerpo. Empiezo a sudar y a entrar en pánico. ¿Y si muero aquí?

—¿Qué tal le queda? —pregunta la simpática dependienta desde el otro lado de la cortina.

—Pues… no creo… De hecho, ejem, no me lo puedo quitar.

Corre la cortina.

—Ah. Vaya. Deje que la ayude.

Tira del dobladillo con maestría y me lo quita por encima de la cabeza. Llevo las bragas a media asta y se me ha salido una teta de la cansada tela de mi sujetador.

—A ver si encuentro algo más… usted —dice con amabilidad mientras evita, con piedad, mirar la desgracia que tiene delante.

La chica desaparece y me desplomo en el suelo del probador. Me suena el móvil y lo saco del bolsillo. Un mensaje de Martin. Tan oportuno como siempre.

Dices que te sientes invisible. Pues no es verdad, que lo sepas. O, por lo menos, no es exacto. Te tengo que confesar que tus palabras me escocieron, pero hoy me he sentado en el porche antes de ir a trabajar, mientras tomaba una taza de té, y he pensado en lo que has escrito. Dejando a un lado la humillación pública, ya veo de dónde extraes la conclusión de que no nos importas a ninguno de nosotros. Pero es una conclusión falsa. Pues claro que nos importas. Es que así es la vida: todos estamos ocupados, y has educado tan bien a nuestros hijos que no necesitan estar pegados a tus faldas todo el tiempo. ¿Y yo? Bueno, ya me conoces. Voy sin rumbo mientras intento que no se nos caiga el techo encima y que no nos arruinemos. Siento mucho los tópicos, yo no escribo como tú, pero los tópicos están ahí por algo. Mantener una familia a flote supone básicamente un porrón de trabajo. No dan medallas, joder. Nadie te da una palmada en la espalda y te dice: «Bravo por contratar un seguro para el hogar, gracias por preparar un delicioso pastel de carne y enhorabuena por animarlos a hacer los deberes».

Te limitas a sobrevivir. Pero solo podremos sobrevivir si hay alguien en el centro que nos mantiene unidos. Por tanto, en lugar de verte como un satélite periférico, piensa que eres el sol alrededor del cual orbitamos todos.

Martin.

Así que es capaz de formar oraciones y todo. Apoyo la cabeza en la pared y pienso en la de veces que he estado sentada en una cocina vacía mientras el resto de la familia seguía adelante con sus vidas. Sin ni siquiera darme cuenta, he puesto mi vida en pausa para estar totalmente disponible para ellos. Nunca reservo nada para mí. No organizo viajes en solitario porque creo que debería estar por casa, en caso de que me necesiten. Además, ¿adónde iría? ¿Con quién? Terminadas las labores y preparada la cena, solo me quedan unas tres horas antes de que regresen a casa, y nunca me ha gustado la idea de que regresen a una casa vacía. Yo nunca me enfrenté a eso. Mi madre siempre me recibía con un bollo de chocolate y un abrazo. Siempre he pensado: ¿de qué sirve formar una familia si nunca estás ahí? Para eso, más vale que no tengas hijos, y así disfrutarás más de la vida sin ellos. Sin embargo, cada vez me ha parecido más ridículo sentirme así. Como si fuera una mujer triste que se emperifolla para lo que no ha sido más que un amago de cita y termina sentada en la barra, viendo cómo el mundo vuela por la ventana. ¿«El sol alrededor del cual orbitamos todos»? No domino el sistema solar, pero he ayudado las suficientes veces a mis hijos con los deberes de ciencias naturales para saber que es la gravedad del Sol lo que hace que los planetas que lo rodean sigan en movimiento. Permanecen en esas órbitas solamente porque no hay otra fuerza en el sistema solar que los detenga.

Ni siquiera es elección suya.

No sé si me apetece ser la fuerza que evita que den vueltas por la atmósfera. A lo mejor a mí también me apetece salir volando hacia las nubes.

Quizá fue lo que en realidad deseaba mi madre. Si no, ¿a qué venía eso de que arrojaran sus cenizas desde lo alto del Empire State? Siempre me pareció un poco exagerado para una mujer que creía que viajar al extranjero era presumir de lo lindo.

Vuelve la dependienta y me pasa un puñado de vestidos floridos por entre la cortina.

—Pruébese estos —dice.

Son muy monos. Un tanto *vintage*. El problema es que yo también lo soy. La ropa *vintage* se la tienen que poner los jóvenes. Los viejos parecemos sacados de un documental de la guerra.

El Sol. Recuerdo que Lorcan me contó que el Sol, a pesar de tener cuatro mil quinientos millones de años, solo ha llegado a la mediana edad, y le queda la misma cantidad de años de vida de los que lleva vividos. Su núcleo va apagándose muy lentamente. Cuando me lo dijo, me entristeció un poco, como si yo fuera el Sol. No sé si lo que hizo que se me cayera el alma a los pies fue la idea de haber llegado a la mitad de mi vida o que me acercaba al decepcionante e inevitable final de mi existencia.

Me pruebo los vestidos sin entusiasmo. Me veo anticuada. Al poco, formo una montaña con ellos y salgo del probador. Como no quiero ver la decepción en la cara de la joven simpática tras haber rechazado todas sus opciones, echo a correr. Por el camino agarro una camiseta blanca, unos chinos azul marino y unos zapatos sin cordones. Doscientos dólares. Puede que me parezca a una de las mujeres que salen en los anuncios de telesillas de la contra de los suplementos del periódico dominical, pero por lo menos no me sentiré ridícula. Ni pareceré una morcilla.

33

Son las 18 h. Ya llevo veinte minutos aquí, escondiéndome en el vestíbulo. No quiero parecer una ansiosa. Hay un montón de gente vagando por la Rockefeller Plaza, la mayoría turistas como yo. Ahora entiendo por qué Gina ha evitado este sitio: es agobiante hasta decir basta. Me siento cerca de los ascensores a observar la cola para subir al Bar 65, el local de copas sin lugar a dudas demasiado caro de la planta 65. Experimento una punzada de empatía hacia las mujeres toscas y los hombres recién duchados que se han puesto camisas y zapatitos por el privilegio de pagar cien dólares para llegar a lo alto de un edificio. En ese precio ni siquiera entra una bebida, eso es un extra. Busco en Google la historia del Rockefeller Center. Qué irónico que designaran a los arquitectos el día antes de la caída de la bolsa de 1929. Un gesto capitalista y filántropo que desafiaba a la gran depresión, al desempleo de las masas y a las larguísimas colas para el pan. Leo que los trabajadores, agradecidos por los empleos y con un renovado entusiasmo, mostraron su gratitud construyendo un arbolito de Navidad a finales de 1931 y lo decoraron con lazos de papel, guirnaldas de arándanos y latas. Suelto un sollozo involuntario. La Navidad siempre me pone muy ñoña.

—¡Ey!

Gina me sonríe. Me froto los ojos con el dorso de las manos y me levanto para saludarla.

—¡Hola! —digo, aliviada por que haya venido. No me había dado cuenta hasta ahora de que creía que no se presentaría.

—¿Vamos? —pregunta mientras señala la cola.

Nos colocamos detrás de una pareja de japoneses.

—¿Qué tal te ha ido el día? ¿Has hecho las maletas para volver a casa?

—No. Me he ido de compras.

—¡Anda! No creía que fueras de las que se van de compras. ¿Adónde has ido?

—A Saks. —Le sonrío, pidiendo perdón de antemano por ser tan predecible.

—¿Estaba en tu lista de cosas pendientes?

—Más o menos.

Gina me sonríe con complicidad. No sé por qué, pero tengo la ligera sensación de que sabe cosas de mí que no le he contado. Es emocionante y alarmante al mismo tiempo.

La cola avanza deprisa y el ascensor enseguida nos lleva hacia las alturas. En la cima, nos recibe un elegante salón. Las copas resplandecen, un pianista toca piezas anodinas de *jazz* y numerosas mesitas de turistas ignoran los cócteles que les han servido para beber de las vistas. Es impresionante. El plano cuadriculado de la ciudad se revela desde aquí arriba. Corro hacia los ventanales de cristal del exterior y vuelvo a soltar un jadeo al ver el oasis largo y rectangular de Central Park, que se extiende como una alfombra de terciopelo sobre un suelo de piedra.

—Ah, ¡mi despacho! —exclama Gina detrás de mí.

—¿Verdad que es increíble? Creo que es lo más bonito que he visto nunca. —Las titilantes luces de la ciudad al atardecer, el vasto cielo rosado, la sensación de perspectiva y de asombro a un tiempo.

—¡Es muy chulo, la verdad! —dice Gina riéndose un poco de su propia emoción.

Nos quedamos unos minutos ahí, absorbiendo los detalles en silencio.

—¿Vamos a por una copa?

—Sí, vamos —digo, reacia a alejarme de las vistas.

Nos sentamos y pedimos. Yo quiero un *manhattan* porque…, bueno, porque sería ofensivo no pedir uno aquí. Gina pide un agua con gas.

Ahora me siento extraña. Expuesta.

Bebemos y Gina habla sobre su trabajo, su pisito de renta controlada en Brooklyn, su loro llamado Colette, cuánto le gustan los recitales de poesía y cómo las reuniones de Alcohólicos Anónimos ocupan un lugar importante en su vida. Tímidamente, le doy un sorbo al *manhattan*.

—¿No pasa nada? Que esté bebiendo, digo —le pregunto. ¿Estoy siendo una insensible? Nunca he conocido a ningún alcohólico…, por lo menos no a uno que haya admitido serlo.

—Tranquila. En serio, si tuviera un problema con ver a gente bebiendo a mi alrededor, nunca saldría de casa. Tú a lo tuyo. ¿O quizá te preguntas a ti misma si pasa algo? —Me sonríe.

Supongo que sí…, pero pido otro. Mi estómago da un ligero vuelco ante el recuerdo sensorial: la última vez que lo probé, me subía por la garganta, en lugar de bajar. Envalentonada por el alcohol e intoxicada por las vistas, me quedo mirando fijamente a Gina. ¿Por qué está aquí conmigo? ¿Qué es lo que quiere?

Al presentir mis preguntas, sonríe.

—Venga —dice—, adelante.

Parpadeo.

—¿Adelante con qué?

Se echa a reír.

—Tienes cara de querer hacer una pregunta.

Me ruborizo. ¿Cómo preguntarle por qué muestra tanto interés en mí? Nadie muestra tanto interés en mí. ¿Por qué iba a querer pasar tiempo con una vieja ama de casa de una urbanización de Londres pasada de moda una vigilante de Central Park neoyorquina, joven, atractiva y lesbiana? ¿Qué saca ella de todo esto? A no ser que pertenezca a una comunidad lésbica muy pequeña cuyos fetiches sean los pantalones de chándal cómodos y una absoluta falta de libido. No sé cómo formularle estas preguntas sin parecer una impertinente e imbécil integral. Ya lo viví con Jodi y con Shula. ¿Ahora voy a ser yo la gilipollas heterosexual?

—Bueno… Supongo que, si te soy sincera, no sé muy bien por qué

estás aquí. O sea, creo que tengo que decirte que estoy casada. Con un hombre. Que se llama Martin.

O eso parece, al menos.

Gina sonríe.

—Gracias por la información.

—Dios, que no es que tú…, ya sabes… No digo que intentes…, pero por si has pensado que estoy buscando… o que intento, ya sabes, llevarte… Dios, qué mema soy, lo siento.

—¿Mema? —se ríe—. ¿Es lo que creo que es?

—Ha sido una chorrada. Perdona. No estoy acostumbrada a que la gente…

—¿… Sea amable contigo?

—Sí.

—Pues qué pena. A ver, ¿qué quieres que te diga? ¿Quieres saber por qué te invité a comer? ¿No entiendes por qué una desconocida te iba a acompañar de copas? ¿No tienes ni idea de por qué nadie querría invertir su tiempo contigo?

Asiento. Tengo un nudo en la garganta. Es duro oír lo baja que es mi autoestima. Gina me dedica una cálida sonrisa.

—¿Eres de la cienciología? —bromeo, incapaz de soportar la repentina intimidad.

—No. Para nada.

—Entonces…, ¿por qué?

—Pues porque sí. Porque vi que estabas sufriendo. Porque te vi de bajón. Porque te ríes mucho, pero tienes los ojos tristes. Porque sé cómo es sentirse invisible. Que la gente pase de largo por la calle. Porque prometí ayudar a cualquier mujer que viera con problemas. Porque la vida es corta y está llena de sufrimiento, y si puedes ayudar a alguien cuando lo necesita, entonces no has perdido el tiempo vivido en este planeta. Porque todas sufrimos, y la sororidad va de ayudarnos y apoyarnos mutuamente. Porque soy mejor cuando te ayudo. Porque no sé por qué, pero sé que te lo mereces.

—Entonces —trago saliva—, ¿no me estás tirando la caña?

Gina se ríe, y me uno a su carcajada, aunque tengo los ojos llenos

de lágrimas. Hablamos durante por lo menos una hora. Me cuenta cómo era lo de dormir a la intemperie, me cuenta que su padre le pegaba y que su madre no aceptó su orientación sexual, que ir de sofá en sofá en casa de varios amigos era mejor que dormir en la suya y que Audrey, su exnovia, se largó con Carolina, su psicóloga. Me dice lo mucho que le gusta estar en el parque, que la naturaleza y las estaciones y la gente loca a la que conoce le plantan los pies en el suelo. Me dice que está harta de la monogamia, pero no del sexo. Me pongo colorada. Mucho. Me habla de Alcohólicos Anónimos, de lo duro que es saber que la sobriedad es una batalla constante. Cuando se lo pido, me recita la oración de serenidad, y acabo con lágrimas en los ojos de nuevo.

—Dios, dame la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, la valentía para cambiar las que puedo cambiar y la sabiduría para detectar la diferencia entre unas y otras.

Me pregunta sobre mis hijos, sobre Martin y mi vida en Inglaterra. Al principio, me ciño a mi guion de siempre y le cuento historias graciosas de todos: las monadas que decían de bebés; la vez que seleccionaron a Paddy y a Lorcan para hacer de carámbanos en el belén de la escuela y lo contentos que se pusieron, aunque el pesebre se ambientaba en Israel y su presencia era, cuando menos, incorrecta desde el punto de vista climático; que de pequeña a Amelie la fascinaba tanto *El mago de Oz* que aún hoy se sabe los diálogos de memoria. En cuanto menciono a Martin, me cuesta desenterrar los recuerdos felices. Con un sobresalto, me doy cuenta de que no tengo muchos recuerdos felices recientes. Es una nebulosa de deberes domésticos en que nos adaptamos el uno al otro para asegurarnos de que en casa todo va bien y hay comida en la nevera. Sacamos la basura a tiempo. Pagamos las facturas. Planchamos las camisas.

¿Dónde está la alegría?

—Parece un buen hombre —opina Gina, generosa. Sé que lee la reticencia en mi mirada.

—Sí, lo es. Y aun así…

Ya me he bebido dos *manhattans* y estoy más suelta.

—¿Y aun así? —se interesa Gina.

—No sé. —Suspiro—. Es que… a lo mejor debería esforzarme más. Él sí parece ser muy feliz. A ver, seguro que le gustaría follar más, perdona que sea brusca, y creo que a veces parece cansado, pero por lo general está contento, y no puedo evitar pensar que el problema debo de ser yo. Algo falla en mí, ¿no? O sea, lo quiero y tal, signifique lo que signifique, y quiero a mis hijos, pero no puedo evitar tener la impresión de que estoy releyendo el mismo libro una y otra vez, y de tanto en tanto me pondría a chillar del aburrimiento.

»No sé por qué me ha venido esto a la mente ahora, pero cuando era pequeña le rogué a mi madre que tuviéramos una tortuga, y al final cedió y me regaló una. Quise mucho a esa tortuga. ¡Le puse Speedy González! Es un personaje de dibujos animados de antes de que nacieras, olvídalo. Al cabo de poco, me empecé a aburrir y le pregunté a mi madre cuánto vivían las tortugas, y me dijo: «Cien años». Me quedé de piedra. ¡Cien años! ¿Cómo vas a querer algo o a alguien durante cien años? ¡Yo moriría antes que ella! Y no habría podido tener una mascota diferente.

Gina vuelve a esbozar su sonrisa divertida.

—¿Qué le pasó a Speedy?

—Se dio a la fuga. Creo que detectó mi indiferencia.

—Pero los maridos no son tortugas, ¿no?

—Por lo visto, no.

—¿Así que te has dado a la fuga tú? —Gina está resuelta a descubrir qué me ha traído hasta Nueva York.

—Supongo que podrías decirlo así.

—¿Cómo lo dirías tú?

Le hablo de mi blog, de mi madre y las cenizas, y la nota, y la publicación accidental de las entradas, y luego de la emoción de tener seguidoras. Le hablo de la espantosa escena en la cocina, de mi huida, del Hotspot Hotel, de Barbalarga y del hecho de que desde que estoy aquí he sentido la necesidad de «vivir un poco»,

pero al mismo tiempo la obligación de regresar a casa.

Gina asiente prudentemente a todo lo que le cuento, pero no dice ni mu.

—Y aquí me tienes —termino—. Pensaba volver hoy. Hace tres días que tengo la intención de volver.

—Y ¿por qué no has vuelto?

—Porque no paro de pensar en las cosas que quiero hacer antes de volver a casa.

—Haces que parezca que volver a casa sea la muerte, y que solo puedes vivir aquí.

Me quedo pensando. ¿Cómo es posible que pueda hablarle tan abiertamente, cuando son cosas que ni siquiera he llegado a admitir para mis adentros? Casi me sorprende lo que sale por mi boca. Mi existencia parece una muerte en vida. A veces sí que me siento así; como si el resto de mi familia viviera su vida y yo no fuera más que un salvapantallas, un fondo inanimado. ¿Por eso es tan fácil que me convenzan para no regresar? ¿De verdad el quid de la cuestión era esparcir las cenizas de mi madre, ver Central Park y subir al Rockefeller?

—Quizá sea un poco así. Aunque es una estupidez, ¿no? ¿Verdad que soy una desagradecida? ¿Estoy deprimida? Yo qué sé.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Gina me coge la mano y me contempla con seriedad—. Creo que ya va siendo hora de que te diviertas un poco.

Me la quedo mirando. Entre las suyas, mi mano está húmeda y pegajosa.

—¿Que me divierta? ¿A qué te refieres?

—Pues a hacer lo que te haga sentir bien. Perseguir tus sueños. Planear cosas que disfrutas. Hacer tonterías. Reír. Probar algo nuevo. Alimentarte con arte, literatura, perritos calientes, ¡lo que sea!

Reflexiono sobre lo ridículo que me parece. Divertirse no es algo que asocie conmigo así como así. Creo que antes me divertía, pero no recuerdo cómo. Ahora es como si me pidieran que hiciera algo

complicadísimo e inalcanzable, como un sudoku o ganchillo.

—Hagamos una lista. Me encantan las listas —exclama Gina mientras saca el móvil—. Vale, a ver: te despiertas por la mañana con el día libre por delante, sin obligaciones, sin tareas…

—¡Ya me estoy divirtiendo!

—No, venga. Seguro que se nos ocurre algo mejor. Subamos el listón.

—Mmm… Vale…

Me estrujo el cerebro para dar con algo que me resulte divertido hacer.

—Me gustaba explotar papel de burbujas…

—¡¡VENGA YA!!

Mi mente está inquietante y tristemente en blanco. Divertirme. Lo único que se me ocurre son cosas que a mis hijos les encantaban y que a mí me deprimirían una barbaridad. Los parques acuáticos. El minigolf. El *paintball*. Intentos caros y organizados de divertirse a base de actividades fútiles.

Dicen que, si te aburres, debes buscarte una nueva afición. Hacer yoga. O punto de cruz. O aprender a tocar un instrumento. No se me ocurre nada peor.

Gina me observa con la boca abierta, incrédula. Su dentadura es perfecta y blanca. Le doy otro sorbo a mi bebida y finjo pensar con ahínco.

—Vale, vale, qué tristeza más grande. ¿Qué te gustaba hacer cuando eras joven?

Arqueo una ceja.

—Perdón, cuando eras más joven.

—Es que no tenía aficiones. Tenía buenas amigas. Reíamos mucho. Cantábamos. Íbamos en patinete. Bebíamos en el parque. Nos retábamos a hacer locuras en el súper…

Verbalizándolo, no parece una juventud demasiado divertida. Qué incordio. Odio que la gente me obligue a pasármelo bien. Me pone de mala hostia.

—¿Por qué es tan importante divertirse? Y ¿por qué lo es cuando

eres mayor? Yo creía que ser adulto era la parte seria. Madurar. Y, de todos modos, odio la idea de volver a mi juventud. Qué triste. ¿No es lo que hacen los hombres? Se compran coches rápidos y chaquetas de cuero bastante desafortunadas, como si fueran extras de *Grease* con arrugas. A mí no me gustaría ser Sandra Dee. No quiero volver a tener dieciséis años. Es la época de la incertidumbre y de los desengaños amorosos. Y solo piensas en ti todo el tiempo. Odio la idea de que me encamino hacia el último tercio de mi vida y no hago más que pensar en cómo fue el primero. El de en medio debería haber significado algo, ¿no?

Gina me mira durante un buen rato.

—Vale, vayamos a eso. Antes de conocer a Martin, antes de tener hijos. ¿Qué hacías en un fin de semana normal y corriente? Después de trabajar. Porque ¿trabajabas?

—Sí. En una editorial. Durante doce años. Era editora.

—¡Cómo mola!

—No demasiado. Era una editorial pequeña. Básicamente, papeleo.

—Eso puede molar. ¿Cuál fue el libro que te gustó más editar?

Hace tanto tiempo que me cuesta recordar los detalles. Solo me acuerdo del trayecto en metro, las comidas, las copas en el bar de después. El trabajo en sí no estaba mal, pero no llegó a conectar del todo conmigo. Reflexiono durante un minuto. Recuerdo un libro en el que trabajé. Era sobre todo de fotografías. De motos. Tenía que editar el texto y no sabía lo que hacía, porque el lenguaje era bastante especializado. Había la imagen de una mujer, bastante vieja, con la melena gris al viento, sin casco, acelerando en una monstruosidad de moto. Recuerdo pensar que parecía muy feliz. Y ligeramente ridícula. Pero feliz. Recuerdo pensar que yo jamás sería tan impasible a las opiniones ajenas. En ese momento me pareció viejísima, aunque debía de tener unos setenta años, y era tan tonta como para ir en moto sin casco. Un accidente y se acabó. ¡Y llevaba pantalones cortos! Sí, unos vaqueros. Sus piernas eran delgadas y firmes. Sin más ropa encima. Si se caía de la moto, se quedaría sin piel en toda la pierna.

Afuera ya ha oscurecido y los turistas empiezan a marcharse.

Le hablo a Gina sobre la fotografía.

Sus ojos brillan bajo la luz de las velas.

—Vale —dice mientras coge nuestras chaquetas—, mañana por la mañana te paso a buscar. Prepárate para pasártelo bien. Ponte la ropa que quieras. Coge dinero. Coge el pasaporte. Coge una muda.

—¿Y eso? —Trago saliva—. ¿Adónde vamos? ¿Por qué necesito el pasaporte?

—Porque nadie sabe adónde nos llevará el día de mañana. —Se ríe —. Hay que prepararse para lo que pueda suceder. Prepárate para vivir una aventura. Acepta lo que venga. A ver adónde nos lleva el viento.

Suena espantoso.

—Pero ¿y mi vuelo? ¿Y lo de volver a casa?

—Tu vuelo de regreso es dentro de nueve días, ¿no?

—Sí, en principio sí, pero…

—Pues ya está. Volverás a casa entonces.

Nos dirigimos al ascensor y nos despedimos en la calle. Ahora que el sol se ha puesto, hace frío, y los transeúntes avanzan más deprisa por la acera. Todo el mundo va a alguna parte.

—Bueno, pues quedamos delante de tu hotel a las diez —dice Gina mientras me da un breve abrazo.

—Me da la impresión de que acabamos de planear un atraco — comento.

Gina se separa de mí y me coloca las manos sobre los hombros.

—A lo mejor sí. —Se ríe.

Me subo a un taxi para regresar al hotel. La cabeza me da vueltas. ¿Es por los *manhattans*? ¿El *jet lag* empieza a hacer mella en mí? ¿O es más bien… la emoción? Estoy un poco mareada, un poco asustada, pero cuando apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos, sonrío. Me abandono a un sueño profundo y sueño con papel de burbujas, minigolf y un gigantesco pájaro rojo.

34

Me despierto temprano y enciendo el móvil. Tengo cinco mensajes de casa.

Por fin me ha escrito Lorcan.

Mamá, me compras caramelos Reese's Pieces, Jolly Ranchers y 1 poco d crema Fluff, porfaaaa??

Veo que ya ha superado la humillación. El segundo mensaje me lo envió cinco segundos más tarde.

Mamá?? Me lo debes eh!! Aunque ahora soy 1 poco famoso XD

Martin me ha vuelto a escribir.

Tranquilidad en el frente oriental. Muy muy tranquilo. Todo bien. Debbie nos trajo lasaña anoche. Fue un poco raro. No la lasaña, que estaba riquísima, sino que creo que nos compadece. Cuídate, cariño.

Conque lasaña, ¿eh? Intentará tirarle los trastos a Martin. Siempre le ha gustado. Y él no puede con ella.

Amelie:

Hemos ganado el partido de *netball* y Rodney quiere que volvamos, pero le he dicho que no. No es el autobús adecuado. Te quiero. Bsss.

Sonrío. Al final, me ha hecho caso. Paddy:

Mamá, me has hecho enfadar mucho. ¿Dónde están mis calcetines de fútbol? Hoy he tenido que ponerme los viejos y no he podido quitármelos después del entreno y sigo con ellos puestos y papá me está incordiando mucho y no quiere ayudarme a quitármelos.

Lejos de que las paredes se derrumben a su alrededor, la tierra se abra bajo sus pies y el cielo caiga sobre sus cabezas, mi huida ha significado que… todo sigue más o menos igual. Hasta detecto un poco de… ¿cariño? Es posible que estén empezando a echarme un poco de menos. Por lo visto, Martin lo lleva bien. Así que voy a divertirme. En teoría.

BLOG 18: Momentos divertidos

Día cinco de mi gran escapada. Hoy pretendo divertirme. El único problema es que no recuerdo cómo se divierte una.

No se me ocurre qué más escribir. Pero, bueno, ¿para quién escribo el blog? Seguiré adelante con la esperanza de que me llegue la inspiración. ¿Qué harían mis seguidoras? Tal vez esa sea la manera de seguir.

¿Me puede ayudar alguien? Si a vosotras os dijeran que dentro de una hora os recogen para pasar el día fuera, sin acarrear ninguna responsabilidad doméstica a la espalda, ¿qué haríais? ¿Adónde iríais? ¿Cómo sabríais cuándo os divertís?

Sé que esto hace que parezca una inepta, pero siento curiosidad de verdad. ¿Cómo os alejáis de vuestro estancamiento doméstico? Porque ¿sabéis qué? Aunque me haya exiliado temporalmente de mi familia, resulta que ese estancamiento ha venido conmigo. Resulta que quizá sea ese el problema. No sé cómo relajarme y disfrutar. Incluso escribir «disfrutar» me provoca escalofríos. La última vez que me divertí fue en 2004. Antes de que nacieran mis hijos. No estoy del todo segura, pero creo que tuvo que ver con beber ingentes cantidades de tequila y pasear con las tetas al aire

por una azotea de Edimburgo.

Estoy en Nueva York, una de las ciudades más emocionantes del mundo. Voy a pasar varios días aquí y no sé qué hacer. O, mejor dicho, no sé cómo disfrutar de estos días. Me he olvidado. ¿Me echáis una mano?

Me doy una ducha y me pongo los nuevos pantalones chinos y una blusa vieja bastante limpia. No es un conjunto espectacular y comienzo a preocuparme por mi pelo, por mi maquillaje. Tengo el lápiz de labios soso y, en el fondo del bolso, encuentro un rímel medio muerto. Escupo sobre el cepillito y acaricio suavemente mis inexistentes pestañas. He quedado con Gina dentro de media hora. Una condena paralizante se cierne sobre mí. Gina cree que está rescatando a una inglesa excéntrica e interesante para pasar el día por ahí, cuando en realidad va a malgastar un día de su vida con una persona que es tan divertida como una colonoscopia.

Echo un vistazo por si alguien ha respondido a mi última entrada del blog.

Ya hay cuatro mensajes.

No tengo ni idea. No, la vida es una mierda y nunca me divierto. Me gustaría ir a dar un paseo, o quizá al teatro o al cine. No pido el sol, la luna ni las estrellas. Solo un poquito de vida.

La madre que me parió. Esta está peor que yo.

Yo me divierto tumbándome en el sofá con una mantita, mi gato y mi Kindle. A veces también participan una copa de vino, queso, galletas y una cabezada.

Jesús. Soñad a lo grande, gente. Esperaba experimentar algo más divertido que eso.

No se trata de dónde estás, sino ¡de cómo vives! Yo me pongo vídeos de gatitos divertidos que me hacen reír. Creo que tienes que recordar que las cosas más insignificantes son igual de divertidas que las aventuras más espectaculares. Vete a dar un paseo e

intenta encontrar la diversión en cada paso. ¡Salta si quieres saltar! ¡A nadie le importa!

¿Vídeos de gatos? ¡¿Lo dice en serio?! Entiendo lo que quiere decir, pero no pienso saltar por nada ni por nadie. Si cuando estornudo tengo que cruzar las piernas por si me meo encima.

El último comentario da más en el blanco.

Abre tu corazón. Tómate en serio. Sé amable contigo misma. Imagínate que le has preparado un día especial a una amiga a la que quieres mucho, a una persona que últimamente lo ha pasado muy mal. ¿Qué harías para que se divirtiera? Pensarías en ella. Hablarías con ella. Le preguntarías qué le gusta comer, cuál es su estado de ánimo, si le gustaría estar con gente o en plena naturaleza. Querrías hacerla feliz. Pues ahora hazlo contigo. ¡Y ríe! Con cualquier cosa. Con cualquiera.

Es la hora. Me dirijo al vestíbulo del hotel y paso delante de Barbalarga, que está en la recepción.

—Buenos días, señora Woods —me saluda. Es evidente que le despierto interés. Cada vez que paso por delante de la recepción, deja lo que esté haciendo y noto cómo me mira. Dios sabe por qué. Quizá cree que soy una putilla barata.

—¡Buenos días! —le respondo. Afuera, el rugido de un motor nos sobresalta a los dos.

—¡Ay, la toxicidad masculina! —chasquea Barbalarga mientras me sigue hacia la calle, dispuesto a amonestar al ofensivo motorista. Miro a derecha y a izquierda, ansiosa por ver a Gina antes de que ella me vea a mí. Un motorista, sentado a horcajadas sobre una Harley espléndida y brillante, acelera para revolucionar el motor—. ¿Es necesario que lo hagas justo delante del hotel? ¡Las emisiones de carbono son asquerosas! —se queja Barbalarga con las manos sobre las caderas.

El motorista se quita el casco. Menea la corta melena oscura.

El motorista es una motorista. Gina. Es Gina.

—¿Preparada para divertirte un poco? —dice mientras sujeta un

casco para mí.

—Eh… A ver… Dios, cuando te hablé de la vieja de la moto no me refería a que me gustaría, literalmente, ir en moto. ¡Soy un poco mayor para esto! —balbuceo.

Es una Harley Davidson, una bestia parda gigante y preciosa, cuyos pistones cromados, cuero negro y manillar bajo brillan una barbaridad. Barbalarga la mira boquiabierto. Mis ojos vuelan de él a ella y de ella a él, y antes de pensármelo ocupo el asiento trasero y rodeo con los brazos a la mujer vestida de cuero que tengo delante.

—¡Adiós! —me despido cuando arrancamos por la Segunda Avenida. Barbalarga levanta el brazo en un saludo lento y desconcertado, y yo me río.

Me río.

35

Es demasiado emocionante como para tener miedo. El viento se me mete en la boca cuando intento hablar, así que me aferro a Gina mientras ella va de un lado a otro, con maestría, entre el tráfico de media mañana. En cada semáforo, los neoyorquinos, normalmente personas frías, nos sonríen. Giramos en una intersección y esperamos a que se ponga verde. Alzo la visera del casco y le grito al oído a Gina:

—¡No me digas que esta moto es tuya!

—¡No! —me responde a gritos—. Es de Sally.

—¡Ah, de Sally! —Me río, sin entender nada—. Eso lo explica todo. ¿Cómo es que conduces tan bien?

—Soy lesbiana. Forma parte de nuestro ADN.

—¿Hoy no trabajas?

—Les he dicho que me encontraba mal.

—¡Qué mala!

—¿A que sí? Pero, por nuestra salud mental, todos merecemos un día libre de vez en cuando.

Reflexiono sobre lo que ha dicho mientras corremos por la avenida. ¿Por qué tengo la impresión de que no se preocupa por su salud mental, sino por la mía?

En realidad, me da igual. Es estupendo estar en el asiento trasero de esta moto. Mi vieja Vespa me encantaba. Cincuenta centímetros cúbicos de palpitante potencia; tan ágil colina arriba como un secador de pelo e igual de ruidosa. Siempre me he resistido a hacer las cosas que hacía de adolescente, se me antoja un acto desesperado. Muy de mediana edad. Pero ahora no lo puedo negar:

estoy verdaderamente emocionada.

—¿Adónde vamos? —grito al cabo de veinte minutos de escalofriantes zigzagueos entre los taxis estacionados y los coches.

—¡A divertirnos MUCHO! —chilla Gina.

Nos dirigimos hacia el puente de Brooklyn. Veo las torres gigantescas, que alcanzan una altura impresionante, y los cables que se extienden recortados contra el brillante cielo azul. Siento cierta ligereza, presiento posibilidades. Hoy voy a dejar que pase lo que tenga que pasar. Voy a fluir.

Recorremos el puente y me asombro ante su estructura. Qué bonito es, coño. Hay mucho tráfico y vamos a paso de tortuga, así que aprovecho para levantar la cabeza encasquetada y admirarlo.

—¡Es increíble! ¿Cuántos años tiene? —grito.

—No lo sé. Unos ciento veinte, creo… ¡Lo construyó una mujer!

—¡¿En serio?!

—Más o menos. —Gina se ríe—. Aunque en las guías turísticas no pone eso. Fue Emily Warren Roebling. Washington, su marido, era el ingeniero jefe, pero cayó enfermo y no podía salir de la cama, así que su mujer Emily se encargó de dirigir las obras mientras él lo observaba todo por un telescopio.

—¡Ahí va!

—Sí, una pasada.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: ¡detrás de cada gran hombre hay una gran mujer!

—Yo eso no lo sé —dice Gina—. Nunca me he puesto detrás de ningún hombre.

Sonrío. *Touché*.

Cruzamos hacia Brooklyn y avanzamos por las calles. Las vistas desde el paseo Brooklyn Heights Promenade son imponentes: los edificios se alzan como la Ciudad Esmeralda desde el río Este. En Cobble Hill, Gina vira a la izquierda y deja atrás el agua.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

No he comido nada desde ayer y son casi las once. Ni siquiera había pensado en ello.

—¡Supongo que sí!

—Vale.

Tres minutos más tarde, nos detenemos delante de lo que parece una antigua farmacia. En el cristal se lee: «Brooklyn Farmacy & Soda Fountain», y mientras Gina aparca la moto yo aprovecho para echar un vistazo por el escaparate. Es un local congelado en el tiempo, con decoración *vintage* de los años veinte del siglo pasado y unos cuantos trabajadores jóvenes con camisetas estampadas con la palabra «Jerk». Es el tipo de local del que yo normalmente huiría como alma que lleva el diablo. El tipo de local que a mis hijos les encantaría. Se me cae el alma a los pies. ¿Por qué me ha traído a un sitio como este? Esperaba que me llevara a una cafetería ignota, una joya desconocida por los turistas donde sirven un café fantástico, tortillas sofisticadas y verduras frescas.

El menú del escaparate parece excesivamente orgulloso de los infartos cardíacos en forma líquida que preparan en la tienda: refresco de helado, batidos de leche y *sundaes* con caramelo. Tomar algo aquí es «divertido» de una forma muy predecible y guiada por la fama del establecimiento.

—Mola, ¿eh? —dice Gina con el casco apoyado en la cadera, cubierta de cuero negro.

—Sí. Sí. Es muy bonito —contesto mientras la sigo al interior. Nos sentamos en una barra *vintage* sobre taburetes *vintage* y estudiamos el menú *vintage*. El primer producto del menú se llama «*sundae* de sueños rotos»—. Yo me pido eso —digo sin emoción alguna. Al parecer, es «una combinación dulce y salada de helado de vainilla, caramelo caliente, trocitos de *pretzels* y nata fresca». También está «¡tan rico que te hará llorar y todo!». Me va como anillo al dedo.

—Conque sueños rotos, ¿eh? —Gina me sonríe—. ¿Nos pones un *sundae* de sueños rotos para mi amiga la dramática y un desayuno en la cama para mí? —le pide, con un guiño, a una camarera joven, que se pone roja y garabatea con un lápiz muy retro.

—¿Me atrevo a preguntar qué es un «desayuno en la cama»? —digo intentando imbuirme del espíritu del local.

—«Un helado de galleta y café con leche caliente con unas gotas de sirope de arce puro y acompañado de nata montada y pedacitos de beicon caramelizado casero» —cita Gina.

—Suena asqueroso —opino.

—Eh, ¡no lo rechaces sin haberlo probado! —exclama Gina.

¿Está coqueteando conmigo? Yo también me ruborizo.

Miro a mi alrededor, a las distintas familias y turistas que ya se zampan estos platos empalagosos antes de la hora de comer. Todo el mundo sonríe. Los ojos de los niños resplandecen de la emoción. Incluso a los trabajadores se los ve felices.

—¿No te apasionan los batidos y refrescos con helado? —me pregunta Gina. Está algo alicaída y creo que me estoy cargando el momento. Intenta ser amable y no paro de quejarme.

—Eh… No, no sé. O sea, a mis hijos les daría algo aquí, y Martin es muy goloso…

—Pero ¿y tú? ¿A ti qué te gusta?

—¡Este sitio está bien, de verdad! ¡Gracias! Es muy bonito.

—He pensado que te gustaría porque tiene más años que Matusalén.

—¡Muchas gracias! —Finjo estar ofendida.

—¡No lo decía por eso! Es que es una historia muy bonita. A comienzos de este siglo, era una farmacia, pero estaba a punto de declararse en ruina. Una ejecutiva de un canal de televisión vino a preguntar cómo llegar a un sitio y se enamoró del local. ¡Hizo un programa sobre la remodelación de edificios antiguos y aquí lo tienes!

Con una nueva mirada, observo el precioso suelo de baldosas y la brillante barra cromada.

—¿Es una metáfora? —pregunto girándome hacia Gina de nuevo.

—¿Perdona? —dice, confundida.

—¿Yo soy el edificio en ruinas y tú, la ejecutiva de televisión?

La expresión de Gina es de espanto. Sonrío. Gina se echa a reír.

—De verdad que es solo por el helado —dice.

—Mmm…

Llega nuestro pedido. Un vaso alto y ancho lleno de unas quinientas calorías, y acompañado de una cuchara muy larga. Lo pruebo. Está que te mueres de rico; los trocitos salados de *pretzels* rebajan la dulzura del caramelo caliente. Perfección absoluta.

—¿Qué tal tus sueños rotos? —Me sonríe Gina mientras mastica un trocito de beicon crujiente con sirope de arpe.

—Son de otro mundo —digo—, pero no voy a poder con todo. ¡Ayúdame!

—Deja lo que no quieras.

—¿¿Cómo?? ¡Se nota que a ti no te crio una madre irlandesa!

—A mí no me crio ninguna madre.

—Ay, sí. Perdona.

—No pasa nada.

—Mi madre me mataría si no me terminara el plato.

—¿Y no tienes un importante trastorno de la alimentación?

—No, un importante trastorno de la culpabilidad. Si dejábamos aunque fuera medio palito de merluza, nos enseñaba una foto de niños famélicos.

—¿Tienes hermanos?

—Uno. Aidan. De hecho, vive aquí. Bueno, en Honolulú. Es agente inmobiliario.

—¿Irás a verlo?

Pongo los ojos en blanco.

—No, siempre está «superocupado».

—Vaya mierda. ¿Qué les pasa a tus familiares, que te dejan que vayas por ahí en moto con una bollera? ¿No se dan cuenta de los líos en los que podrías meterte?

Me pongo roja otra vez.

—¿En qué líos podría meterme? —le pregunto removiendo el helado con coquetería. ¡Dios santo! ¿Qué me está pasando? Es obvio que no estoy acostumbrada a que me hagan caso, ni hombres ni mujeres, y que me he convertido en una principiante remilgada.

Gina suelta una carcajada.

—Venga, vamos a un sitio que sea más tú —dice. Deja cuarenta

dólares sobre la barra y las dos cogemos los cascos con un suave movimiento. Su pelo se balancea de lado a lado al salir por la puerta. ¿Es imaginación mía o la gente se ha parado a observarnos?

Puede que sea cosa mía.

Fuera, el sol está alto en el cielo y el asiento de la moto, calentito. Arrancamos y ponemos rumbo al sur, siguiendo el río Este. Dejamos atrás el parque de Greenwood y el campo de golf Dyker Beach.

—¡Aquí es donde vienen todas las lesbianas a jugar al golf! —me grita Gina.

—¿En serio? —le pregunto.

Y se ríe.

Veo un cartel que anuncia Coney Island. Siempre he querido ir allí. No sé por qué. Quizá tenga que ver con la gloria pasada de ese sitio de costa durante los años cincuenta. Me han dicho que es precioso. Veo el océano, huelo la sal. Me encanta el mar. Pasamos por debajo de un cartel gigantesco: «Bienvenidos a Coney Island, ¡donde la diversión no termina nunca!».

Gina aparca cerca de la orilla, donde las tarimas de tablones de madera se adentran en la arena de esta preciosa playa y donde se instalan los chiringuitos en plena temporada veraniega. Bajamos de la moto y nos estiramos. El sol me calienta la piel y noto cómo se me relaja el cuerpo. Sí. Esto es lo que me encanta. Estar cerca del agua.

—¿Mejor? —Sonríe Gina.

—Mejor. Me encanta el agua. Estar cerca del mar. Para ser alguien que vive en una isla pequeña, casi nunca lo hago.

Gina se quita la chaqueta de cuero y se la coloca sobre el hombro.

—¿Te apetece nadar? —me propone.

—¿Nadar? Pero… ¡no he traído un traje de baño!

—¿Un «traje de baño»? ¡No necesitas traje de baño para nadar! ¡Venga! —Para mi absoluto terror, Gina se sienta en la arena y empieza a quitarse las botas, los pantalones de cuero y los calcetines. Está en forma y morena, y lleva una camiseta sin mangas y bragas blancas.

—¡Ni hablar! —Me río intentando ocultar mi vergüenza. ¿Cómo voy a enseñar mis carnes blanquecinas rebosantes de grasa, la piel seca y colgandera de mi barriga, el sujetador gris y las bragas holgadas que no dejo ver a nadie? Hace semanas que no me depilo. Es probable que haya matorrales en sitios donde no debería haber matorrales.

—¡Vamos! —Se ríe Gina mientras me empuja hacia delante—. ¡Has dicho que te encanta el agua!

—¡Ni lo sueñes! —exclamo, ahora ya un tanto inquieta.

—¡Sí lo sueño! —Ríe tirando del dobladillo de mis pantalones—. Venga, sabes que te apetece. Además, si quieres pasártelo bien, ¡tienes que dejar de ser tan gallina, joder!

No le falta razón.

—¿Gallina? ¿A quién estás llamando gallina? —digo, y me quito la blusa por encima de la cabeza. Antes de pensar en lo que estoy haciendo, en las pintas horrorosas que llevo, en lo ridícula que me voy a sentir y en cómo diablos voy a secar las bragas antes de volver a subirme en la moto, me desnudo y echo a correr hacia el océano. Oigo que Gina grita detrás de mí —«¡ASÍ, Ciara! Hostia puta, ¡ASÍÍÍ!»— y me quedo sin aliento cuando la primera ola helada me golpea los muslos. Suelto un chillido. Coño, qué fría está. Las olas se retiran y me quedo quieta, sacudiendo los brazos mientras los escalofríos me recorren el cuerpo de los pies a la cabeza. Gina me salpica por detrás; me ha seguido y mete las manos en el agua con desenfreno.

—¡Joder! ¡Está helada! —gime. Con la camiseta sin mangas y esas bragas, parece una niña pequeña. Su cabellera es ya una maraña de mechones húmedos.

—¡No me salpiques! ¡No me salpiques! —le grito.

—¿Cómo te vas a acostumbrar si no te mojas?

—¡Deja que me aclimate primero! ¡Está mu-mu-muy fría!

De hecho, me castañetean los dientes y todo.

—No esperes a dejar de tener frío…, ¡porque no va a ser así! ¡Zambúllete y ya está!

Gina sumerge la cabeza con la siguiente ola mientras yo me quedo temblando y dudando. A la mierda. Me zambullo también. A pesar del golpetazo que me da el frío que me rodea, mis brazos y piernas empiezan a agitarse en el agua, perfectamente sincronizados tras años de natación durante mi adolescencia. Hace siglos que no nado en el mar. Siempre me emparanoio demasiado con irme a nadar cuando estoy en la playa con los niños. Un día dejé a Martin a cargo, fui a nadar un poco y, al volver, mi marido había perdido a uno de los gemelos y el otro se había quemado por el sol. La anciana francesa que encontró a Lorcan nos abroncó a grito pelado y, acto seguido, nos pasamos la tarde buscando crema protectora.

Nado y nado, ladeando la cabeza con maestría cada dos brazadas. Me canso un poco, pero sigo porque la sensación de movimiento, de cubrir una distancia, es muy liberadora. Por fin me detengo y me mantengo a flote un rato. Miro hacia la playa. Gina se ha rendido y ha regresado. Está en la orilla y me saluda al mirar hacia mí. Me hace gestos con los brazos, mostrándome un apoyo exagerado. Ahora no tengo nada de frío. Estoy totalmente eufórica. Hago la muerta y miro hacia el sol en el cielo, el mismo sol que ilumina mi tranquila calle londinense flanqueada de árboles, el mismo sol que calienta los narcisos de mis macetas infestadas de maleza y que deja paralizado al gato en el tejado. ¿Cómo puede ser este sol el mismo? ¿Cómo es posible que este momento encaje tan poco con mi vida? ¿Cómo es que he venido a mantenerme literalmente a flote al otro lado del Atlántico después de pasarme años manteniéndome a flote en la cocina? ¿Cómo diablos he dado este salto?

Recuerdo haber leído una columna de la sección de consejos de un periódico en que una mujer se quejaba de su relación, pero decía que era incapaz de dejarla. La respuesta fue esta: «Bueno, si te ves incapaz, ¡es obvio que no está tan tan mal!». ¿Hay un punto de inflexión? ¿Debes aguantar hasta que ya no puedes más? Pienso en Martin. La verdad es que lo nuestro no está tan mal. Pero, sinceramente, no sé decirte lo bueno de nuestra relación. De nosotros. Me estremezco, recupero las fuerzas y regreso a la orilla.

—¡Vaya! ¡Si parecías una sirena! —exclama Gina mientras me pasa una toalla.

—¿Has traído toallas? —digo. Agradecida, la cojo y me cubro la barriga flácida con un gesto muy ensayado.

—Pues claro. Hay que estar preparada para pasarlo bien. Siempre.

Nos secamos y hasta consigo quitarme la ropa interior debajo de la toalla sin mostrarle mis partes al mundo. ¡Por fin he empezado a vivir! A duras penas me reconozco hoy, nadando en ropa interior y caminando a paso firme sobre la pasarela de tablones de madera.

El sol pega bastante fuerte ahora, y nos sentamos en Brighton Beach. Bebemos café caliente en vasos de cartón y observamos a los hombres rusos que fuman sentados a mesas al borde del camino. Me da la impresión de que estoy de vacaciones, pero sin el estrés provocado por la migraña al tener que evitar que dos gemelos adolescentes se maten el uno al otro y que una adolescente se mate a sí misma.

Gina guarda silencio. Percibo que sabe que me estoy relajando y que no quiere perturbar mi paz. ¿Cómo me ha encontrado esta mujer tan amable, divertida y encantadora? Ya tengo la sensación de que somos amigas, y la conozco desde hace solo dos días. En este momento, me doy cuenta de lo terriblemente sola que he estado, de que es sorprendente y al mismo tiempo posible vivir en una casa ruidosa y caótica, llena de gente, y dormir al lado de otro ser humano cada noche durante años y sentirse, aun así, completamente sola. Me quedo mirando el mar y en el horizonte veo dos buques que se acercan desde direcciones opuestas. Desde donde estamos, parece que vayan a colisionar, pero es cuestión de perspectiva, claro, así que se cruzan tan tranquilos, seguramente a millas de distancia.

—¿Así mejor? —pregunta Gina mientras se tumba en la arena.

—Sí. Mucho mejor.

Debemos de habernos quedado dormidas, porque cuando abro los ojos el sol se ha movido y corre una brisa fresca.

Gina se incorpora y se frota los ojos.

—¿Preparada para irte, Bella Durmiente?

—Madre mía. Creo que lo necesitaba.

—¡Con lo que has nadado! ¿Tienes hambre?

—No lo sé. Hoy no sé nada.

Gina me sonríe.

—Suena bien. Vamos —dice. Recoge las toallas y guardamos nuestras húmedas pertenencias en la moto antes de que me conduzca a pie hacia unas calles laterales. Una de cada dos tiendas es rusa, y la mayoría de las mujeres que esperan de pie para servir comida nos observan esperanzadas al pasar por delante de ellas. Gina se mete en un local llamado Skovorodka y tira de mí hacia el interior. Pide *khachapuri*, *tanaka* y *pelmeni* —pan relleno de queso, pollo frito y bolitas rellenas de carne—, además de varios platos de alimentos encurtidos que no he visto en mi vida. ¿Sandía encurtida? Le doy un tímido mordisquito; tiene un sabor extraño, pero no resulta del todo desagradable. Mis sentidos están saturados. No puedo evitar deleitarme con el hecho de que no debo complacer a nadie en este extraordinario día repleto de sabores, olores, sensaciones y paisajes raros y maravillosos. No debo venderle la moto a un grupo de minitrols de TripAdvisor (o sea, a mis hijos), que cuando vamos a algún lado consideran aburrido todo lo que no incluya sus móviles y asquerosa cualquier comida que no sea *pizza*. Me río a carcajadas por la vertiginosa libertad.

—¿Estás bien? —me pregunta Gina.

—Sí. Estoy bien. Me estoy divirtiendo, creo, si divertirse significa que no quiero estrangular a nadie y no tengo que hacer nada por nadie.

—Tu listón está bastante bajo, pero, bueno, ¡vamos mejorando!

Nos subimos de nuevo a la moto y pregunto adónde vamos a continuación. Ya cae la tarde, es más o menos cuando mis hijos estarán cenando. Durante unos instantes, me pregunto cómo estarán, pero luego los expulso de mi mente. Quiero disfrutar del día de hoy y no pienso permitir que ni la culpa ni la irritación se crucen en mi camino. Ellos no pensarían en mí si estuvieran aquí,

así que ¿por qué debería hacer yo lo contrario? Quizá sea hora de rechazar la parte de la descripción del trabajo como madre que habla de altruismo.

Gina no responde, sino que se limita a arrancar bruscamente, y le agarro la cintura mientras avanzamos por la carretera. Al cabo de unos minutos, hemos vuelto a Coney Island y nos detenemos delante de un establecimiento llamado Freak Bar. La fachada se asemeja a la carpa de un viejo circo y anuncia «atracciones junto al mar». Gina paga cinco dólares para entrar y me pide una cerveza Mermaid. En el interior hay unos cuantos consumidores bebiendo cócteles, pero ahora mismo hay más frikis que van de mesa en mesa. En cuanto nos sentamos, se nos acerca una bailarina de danza del vientre que agita las caderas frente a nosotras con la esperanza de que le demos un par de billetes. Gina accede sin miramientos de ningún tipo a meterle un billete de cinco dólares en el cinturón de cascabeles. ¿Cómo lo hace? Si yo estuviera aquí sola, estaría muy inquieta y diría algo tan poco espontáneo como: «No, ¡muchas gracias!». Un hombre con una larga serpiente de mirada aburrida alrededor del cuello pasa por nuestro lado sin molestarnos; ha visto que ya le hemos dado dinero a la bailarina. Hay un cartel pegado en la barra que anuncia que habrá un espectáculo de tragafuegos hoy y un cabaret durante el finde. Me quedo pensando en lo diferentes que pueden llegar a ser nuestras vidas paralelas: mientras el viernes por la noche yo estoy vaciando el lavavajillas y pasando la mopa por el suelo antes de acostarme en un barrio londinense, aquí habrá mujeres preparándose para meterse en corsés y retorcerse sobre sillas tambaleantes.

Gina se disculpa y se dirige a los lavabos —o a los «servicios», como los llaman por aquí—. Saco el móvil del bolsillo. Es la primera vez que lo miro desde que hemos salido del hotel esta mañana, y una pequeña cantidad de arena cae al suelo. Tengo un mensaje de Amelie. Seguramente querrá saber si le he comprado el arsenal de maquillaje que me pidió, si ya he ido a una Apple Store y si la ropa que he comprado son prendas que ella no se pondría ni muerta. Le

doy un sorbo a la cerveza y me preparo para leer su texto. Es largo. Debe de haberlo escrito antes de ir al instituto.

Mamá.

Esta mañana me he quedado sentada en la cama, llorando. No porque esté triste. Estoy muy enfadada. La semana pasada, cuando nos enteramos de lo de tu blog, me quedé de piedra y molesta, y luego te fuiste a unas «vacaciones» sin nosotros, pero ahora que he tenido tiempo de pensar, estoy supermegaenfadada. ¿Cómo te atreves? ¿CÓMO te atreves, en serio? Nos has utilizado, has utilizado nuestras vidas y nuestros errores y nuestros problemas para conseguir unos cuantos seguidores. Solo somos unos niños, mamá, y a veces seremos tontos y cometeremos errores, pero deberíamos poder hacer todo eso sin que el mundo entero se ría de nosotros. Ahora en el instituto todo el mundo sabe lo que pasa en nuestra familia. La gente me pregunta si estoy bien y ¡ayer mi antigua profesora me dijo que estaba disponible en cualquier momento si yo «necesitaba hablar»! ¿Sabes lo que has hecho? Me ha dado por pensar que nos odias y que no te importa cómo nos sintamos. Y ¿qué pasa con papá? Sé que a veces es un pesado, pero lo está dando todo ahora mismo. Anoche nos llevó a una pizzería y se bebió tres cervezas y estuvo muy triste. ¿Qué le estás haciendo a esta familia? Si eres tan infeliz, deberías hacer algo al respecto, no pagarlo con nosotros. Y ¿cuándo vas a volver a casa? Sabes que dentro de un par de semanas son los exámenes finales. ¿Piensas estar aquí para entonces o debería decirles a mis profes que necesito más tiempo para hacerlos por culpa de mis problemas familiares? ¿En ESE tipo de chica me has convertido?

A.

Me falta el aire. Lleva razón. ¿Cómo me atrevo? Hace unos minutos, estaba sentada en este bar, hechizada por unos números

deslucidos y una cerveza temática. Ahora me siento ridícula. Y cruel. E intolerante con lo que, en resumidas cuentas, es un comportamiento adolescente normal y el tedio diario de un matrimonio. Claro que están enfadados. Claro que es por mí. Es mi culpa.

Conmocionada y odiándome a mí misma, rompo a llorar. ¿Qué clase de mujer soy? Estoy en el Freak Bar y resulta que aquí la más estrambótica soy yo.

Gina regresa sin tener ni idea del tsunami que acaba de llegar a la costa.

—¿Ciara? ¿Estás bien? —me pregunta, su rostro transformado en una máscara de preocupación. Acerca su silla a la mía y me pone una mano en la espalda. Sigo sollozando. Unos sollozos potentes y devastadores. Gina no dice nada. Me acaricia la espalda y espera a que amaine la tormenta. Al cabo de unos minutos, estoy vacía. Mi cuerpo se estremece involuntariamente y suelto un profundo suspiro.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —me pregunta—. ¿Te ha molestado el tío de la serpiente?

Suelto una breve y triste risotada. ¿Se lo digo a Gina? ¿Cómo iba a llegar a comprender una lesbiana soltera y sin hijos el doloroso y complicado toma y daca de una relación entre madre e hija?

—He recibido un mensaje de mi hija.

—Ajá —murmura Gina mientras me acaricia la espalda. Me siento rara y me da vergüenza, pero es agradable notar una mano que me consuela.

—Me odia. Y no la culpo. Dice que, si soy infeliz, es culpa mía y no debería lanzarles la mierda a ellos. Dice que los he humillado y que no se lo merecen porque son solo unos niños y Martin está dando lo mejor de sí.

Gina se queda unos segundos analizándolo como si fuera una abogada que escucha a la fiscalía.

—Vale. Para ser adolescente, parece bastante madura. Pero vamos a ver una cosa.

Levanto la vista hacia Gina. Me muero de ganas de oír esa cosa.

—Tú también eres solo una persona. Y das lo mejor de ti. Eras Ciara antes de tener hijos y serás Ciara mucho después de que hayan volado del nido. No te olvides de ti misma.

—Sí, sí —digo, impaciente—, pero todo eso de «cuídate, mira primero por ti» es un poco superfluo cuando tienes hijos. No puedes dar a luz y luego decir: «No es mi problema». Es parte del trato que haces: son TU problema. Para siempre.

—Bueno, en mi caso no, tuve que cuidar de mí y ¡mírame! Tampoco es que me haya convertido en una lesbiana alcohólica sin hogar. Uy, espera un momento…

Le sonrío.

—En serio, Ciara. —Con su acento neoyorquino, mi nombre suena tiernamente irlandés—. Vale, has hecho algo que los ha cabreado. Les has puesto un espejo delante y el reflejo no les ha gustado. ¿Y? Ya lo superarán. Seguramente tú también le decías cosas feas a tu madre, ¿verdad? Y la adorabas.

Enseguida recuerdo la vez que dejé de hablarle a mi madre porque no me dejaba salir un sábado por la noche. Solo quería ir al parque con unas amigas, pero me dijo que no era algo decente que hacer a los trece años. La llamé «guarra asquerosa» y me mandó a la cama a las 20 h. Al día siguiente, mis amigas no me esperaron fuera de casa. Siempre íbamos al instituto en grupo y me ponía nerviosa caminar sola por según qué callejones. Volví a casa y llamé a la puerta con cuidado. Mi madre la abrió, con las manos mojadas por haber estado fregando los platos. Evidentemente, pensaba que había vuelto para disculparme. Arqueó una ceja, a la espera.

—Mamá, te odio, pero ¿me acompañas al instituto?

Su cara se quedó unos segundos paralizada antes de echarse a reír. No me respondió. Se puso el abrigo y caminamos en silencio los diez minutos que se tardaba en llegar a mi instituto. Y ella nunca lo sacó a colación.

—Sí que le dije cosas muy feas. Pero ella no se lo contaba a nadie. Dejaba que se me pasara. Ahora no hay un solo día en que no me

arrepienta de cómo me comporté.

—Y con tus hijos será igual. Deja que se les pase.

—A lo mejor es demasiado tarde.

—Bobadas. Te darán la bienvenida con los brazos abiertos.

—Para mí, digo. A lo mejor es demasiado tarde para mí.

Gina se me queda mirando. Echo un vistazo a la gente que ríe y baila a nuestro alrededor, veo a la bailarina con su barato velo de nailon y los cercos que han dejado nuestros vasos en la mesita, y de pronto todo me parece muy cutre.

—Venga. Larguémonos de aquí —dice Gina mientras coge los cascos.

De vuelta a la moto, guardamos silencio. Es de noche, y cruzar el puente desde Brooklyn hasta Manhattan habría sido una experiencia mágica de haber estado con otro ánimo; las luces van de torre en torre a través de los cables y la silueta de Manhattan zumba con electricidad y vida. Gina aparca fuera del hotel y se lo queda observando.

—¿Cuánto cuesta este sitio?

—No lo pregunté. Mi madre me dejó mil libras. Que justo ahora se me han acabado. Pero no pasa nada.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —No me había detenido a pensarlo—. No. No mucho. Es bastante prosopopéyico.

—¿Cómo dices? —me pregunta Gina con una risotada.

—Que es pretencioso. Carísimo. Demasiado moderno.

—Entonces, ¿por qué coño duermes aquí?

—Entré en pánico. Creí que sería un sitio bonito. Que si cambiaba me metería en líos.

—La historia de tu vida, ¿eh? —A pesar del bajón que tengo, sonrío. Es la historia de mi vida, sin duda—. Mira, mañana me toca volver al trabajo, pero ¿por qué no te quedas en mi casa? Es un piso limpio, bonito, podrás relajarte y ser tú misma. Este hotel no es para ti. Lo último que necesitas es sentirte fuera de lugar. Vamos: paga la cuenta, recoge tus cosas y nos marchamos. Tengo que devolver la

moto a las diez.

Me quedo pensando en su espectacular oferta.

—Debería irme a casa. Ya he cometido suficientes errores.

—Chorradas. No has cometido suficientes errores. Tu familia estará bien. Que Amelie se enfade. Que los gemelos aprendan a usar la lavadora. Que Martin se dé cuenta de que no estás ahí. Dales una semana y luego regresa.

Me mira muy seria con una pizca de necesidad. Tiene razón, por supuesto. ¿De qué me serviría volver ahora? No puedo decirles nada que los reconforte: «No os preocupéis, he vuelto al redil y ¡todo será exactamente igual que antes! ¡Niños! ¡Pasadme por encima! Martin, ¡ignórame durante semanas y luego espera que follemos como conejos! Seguid adelante con vuestra vida como antes de que me fuera. Dejad por ahí lo que no necesitéis y ya me encargo yo de recogerlo, porque ¡no tengo nada mejor que hacer! Literalmente».

—Vale —me oigo decir—. Dame cinco minutos.

36

Meto las cosas en la maleta y admiro por última vez las vistas desde la ventana del cuarto de baño.

—Nos deja pronto, señora Woods… ¿A qué se debe?

—A una emergencia familiar —balbuceo. Sus ojos vuelan hasta la calle. Gina está justo enfrente, hablando por el móvil.

—Ah, vaya. En ese caso, serán mil doscientos cuarenta y nueve dólares, por favor.

Trago saliva. Jesús. Busco en el bolso el fajo de billetes que cambié en el aeropuerto. He tenido que tirar un poco de ahí para comprar cosas y dar propinas sin parar, así que no me llega.

—¿Puedo pagar doscientos con la tarjeta y el resto en metálico?

—Sin problema —dice Barbalarga tras suspirar. Me entrega la factura con una sonrisa—. No le he cobrado esta noche… porque es una emergencia familiar —añade. Juraría que me ha guiñado un ojo en dirección a la puerta.

—Gracias. Muy amable por su parte —consigo decir antes de agarrar el bolso y la maleta, y salir pitando por la puerta.

Gina coloca mi maleta en el asiento, entre nosotras.

—Sube —dice—. ¡Lesbianas AL RESCATE!

El piso de Gina se encuentra al otro lado del puente. Cruzándolo de nuevo, me siento más liviana. Es obvio que Brooklyn es mi parte favorita de Nueva York: atrás quedan las avenidas lujosas y los hoteles pijos de Manhattan. No tengo ni idea de por qué me voy con Gina, pero estoy harta de darles tantas vueltas a las cosas. Además, seguro que la única manera de huir de una vida familiar monótona que te entierra en vida es que te rescate una lesbiana en moto,

¿verdad?

—¡Entra, entra! —me urge Gina arrojando el bolso por un pasillo atestado. El piso es diminuto. Se encuentra en la cuarta planta de un edificio en cuyos bajos hay un restaurante de pollo frito. Un sofá enorme domina el comedor y, en un rincón, veo una cocina enana con dos fogones minúsculos y una nevera gigantesca. Hay plantas y libros por todas partes, pero el piso está limpio y ordenado. En el rincón más alejado del comedor se alza una jaula muy elaborada—. ¡Te presento a Colette! —me dice mientras abre la jaula—. Es un loro gris africano, ¡menudo bicho!

Un precioso loro grisáceo con cola roja me observa desde la percha.

—¡Colette quiere un cacahuete! —exclama el loro con un tono de voz que imita a la perfección el de Gina. Ella se echa a reír y le mete un cacahuete en el pico.

—Recela un poco de las mujeres… Siempre que traigo a una a casa, se pone celosa. Pero dentro de un par de días se habrá acostumbrado a ti.

¿A cuántas mujeres trae aquí?, pienso, extrañada al ver muescas en la pata de la cama de Gina.

Hay un pequeño dormitorio y un cuarto de baño aún más pequeño que da al comedor.

—Quédate en mi cama. Yo dormiré en el sofá —propone Gina al ver que me fijo en la única habitación del piso.

—No, no digas tonterías. En el sofá dormiré yo.

Gina me ignora y coloca el hervidor en uno de los fogones. Le da unos golpecitos hasta que se enciende el fuego. En su gesto hay tanta belleza doméstica que empiezo a llorar de nuevo.

—Oye, ¿qué pasa? —me pregunta.

—Ay, Dios. No me hagas caso. Lo siento mucho. Es que echo de menos mi casa, pero ya no sé dónde está mi casa.

—Tiene sentido —dice—. Pero ahora mismo esta es tu casa, así que intenta relajarte. Te preparo un baño.

Me lanza una caja de pañuelos y se dirige al cuarto de baño. Oigo

cómo chirría el grifo cuando lo abre y enseguida sale vapor por la puerta, acompañado del dulce aroma a lavanda. El hervidor burbujea y Gina nos prepara té de hierbas: camomila y limón, o algo igual de asqueroso. Aun así, agarro la taza enorme con ambas manos y le pego un sorbo.

—Su baño está listo, *madame* —me informa al reaparecer con una toalla gigantesca y mullida sobre un brazo—. Date un baño mientras yo le devuelvo la moto a Sally. Tardaré media hora. Te he dejado una camiseta y un pantalón limpios.

Ha puesto velas. La bañera es baja, apenas se alza un par de pies sobre el suelo, pero cuando entras parece muy profunda. Me meto en el agua, que arde lo justo y necesario, y me paso veinte minutos maravillosos pensando en nada más que en la alegría de estar en silencio. Aquí me siento de inmediato como en casa. Las velas titilan junto al extremo de la bañera y el vapor crea una niebla reconfortante. ¿Podría vivir aquí? ¿En otro universo en que Martin, Paddy, Lorcan y Amelie no hubieran existido nunca? ¿Podría ser feliz aquí? Quizá me habría ido mejor si hubiera sido lesbiana. Nunca he conocido a una sola pareja de lesbianas aburridas e infelices. No se oye hablar de matrimonios homosexuales desastrosos. Puede que los haya, ahora que el matrimonio homosexual es legal. Tomo nota mental para preguntárselo a Gina. Podría haber sido lesbiana, o por lo menos haberlo intentado. Tuve ocasión, en teoría. En mi universidad había tantos clubes de homosexuales que no serlo resultaba casi ofensivo. No tuve ninguna experiencia: no me besé con ninguna chica, a no ser que contemos a Sarah Goggins, cuando con siete años nos dimos un beso porque nadie nos perseguía en el pilla pilla besucón. Salgo de la bañera y me visto con los cómodos pantalones de correr grises y la sudadera de Gina.

Colette grazna y bate las alas.

—¿Qué debería hacer, Colette? —le pregunto. El loro pestañea, salta de izquierda a derecha y no dice nada—. Muchas gracias, me has resultado terriblemente útil —digo con mi mejor imitación de

Mary Poppins. Oigo que Gina mete la llave en la cerradura y me coloco en el sofá, en lo que espero que sea una pose relajada. Quiero que sepa que le agradezco el gesto, pero ahora que ha vuelto estoy cohibida. ¿Me atrae Gina? A ver, cualquier persona se sentiría atraída por ella: es una mujer espectacular, desde todos los puntos de vista. Es evidente. Hasta para mí, que no quiero que me toque, bese ni penetre nadie ni nada nunca más, muchas gracias.

—Ey. ¿Estás mejor? —me pregunta mientras se desploma en el sofá, a mi lado. Me llevo las rodillas hasta el pecho.

—Mucho. Gracias. No sé qué más decirte. Has sido muy amable conmigo. Más de lo que lo ha sido nadie en los últimos tiempos. No sé cómo devolvértelo.

—Ya me lo estás devolviendo. Al estar aquí. Me gusta tu compañía. A mí también me ayudas, ¿sabes?

—¿En serio? ¿La compañía de una hetero de mediana edad, depresiva y menopáusica te ayuda? Jesús, pues sí que estás mal.

—Sí, ¡me recuerdas lo lejos que he llegado! —exclama, pero sus ojos me sonríen. ¿Tal vez sea eso? ¿Tal vez en realidad es una adicta codependiente que necesita ayudar a los demás para sentirse mejor consigo misma?—. ¿Estás más tranquila con lo de volver a casa? —se interesa.

Suelto un suspiro muy poco agradable.

—No lo sé. La cabeza me dice que debería volver, pero la idea me pone muy mal cuerpo. No es buena señal, ¿no?

—Mientras estaba fuera, he estado pensando… Mira, no te iría nada mal quedarte aquí una temporada más larga. Sería divertido. Yo estaré trabajando casi todos los días, así que haz lo que quieras. Dispondrás de tiempo para pensar.

Es justo lo último que necesito. Pensar es lo que me ha metido en este embrollo. Pensar y bloguear y atreverme a tener una vida más allá de la cocina. Atreverme a comentar que la manera en que me hablan mis hijos es inadecuada. Pero por más que sienta una culpa gigantesca sobre mi cansado corazón, no puedo evitar compadecerme de ellos, abandonados en casa. A la única a la que

echo de menos de verdad es a la perra, y hasta ella pasa de mí si no le doy beicon. Me suena el móvil. Un mensaje de Martin.

Solo quería decirte que por aquí todo bien. He hablado con Amelie. Está bien. Se recuperará, ya sabes cómo es. Los gemelos han ganado puntos al colaborar con la cena: han vuelto a casa con bocadillos deliciosos (cómo no, se han peleado para ver el de quién era el mejor), pero estamos todos bien. Tómate un respiro. Sabemos que te lo mereces.

Su amabilidad hace que me sienta peor. Odio que de repente juegue la carta del nuevo hombre en que se ha convertido, con esa cara de «te entiendo». Es probable que piense que sufro una crisis nerviosa. Puede que así sea. Si su mensaje es una tarjetita de «sal libre de la cárcel», la aceptaré.

—Qué coño —digo—. Me quedo.

Gina sonríe y saca un saco de dormir de debajo del sofá.

—¿Una fiesta de pijamas?

¿Con cincuenta años? ¿En serio?

—Muchas gracias, me has resultado terriblemente útil —gorjea Colette con perfecto acento inglés.

37

Y eso es lo que hago. Me paso una semana en el piso de Gina. Colette imita casi todo lo que digo. Me odia. Lo que más le gusta es suspirar muy fuerte, una mala costumbre que he desarrollado y en la que el animal ha reparado. Gina se ríe con benevolencia.

—Los loros tienen la misma capacidad intelectual que los bebés humanos de tres años. ¿Lo sabías? —dice Gina.

—Sí, seguro que sí, pero ¡he huido de todo eso! ¡No necesito que un bebé con plumas me humille!

Dejando a Colette a un lado, estamos inmersas en una rutina sencilla y relajante. Gina se levanta, hace café, insulta a los fogones unas cuantas veces. Prepara gachas de avena o yo salgo a por unos *bagels*, ella hace su yoga matutino y se va a trabajar, y yo deambulo por Nueva York viendo oscuras películas en lengua extranjera, visitando galerías y bebiendo cerveza.

La mejor peli que he visto es alemana. Trata de una mujer que se va un fin de semana a una cabaña de madera en la montaña, pero cuando se despierta ve que está completamente sola. Al explorar la zona para intentar encontrar a gente, se choca con un muro invisible, del que no puede salir. Se pasa dos años viviendo a solas a un lado del muro, aprende a cazar para comer y escribe un diario en cualquier papel que halla. Al final se queda sin alimento y muere. No es precisamente una comedia romántica. Me encanta. En cuanto salgo del cine de mala muerte y me adentro en la luz del día, me doy cuenta de que me he sentido muy identificada. Yo hace tiempo que me golpeé con mi muro, pero me da la impresión de que lo he roto y cruzado.

Esta noche, Gina me lleva a un recital de poesía. Está repleto de mujeres con interesantes peinados que interactúan con suma facilidad. No es algo que a mí me vaya demasiado; ni suelo interactuar con los demás ni mucho menos con facilidad. Sin embargo, me encanta la energía del local, las mujeres que aplauden o chasquean los dedos en señal de apoyo. No tiene nada que ver con el grupo de mujeres de «sonríe y aguanta» con el que suelo interactuar yo. Una mujer nos cuenta que acaba de separarse de su marido y se pasa veinte minutos hablando de los calzoncillos de él.

> Los calzoncillos desparramados ha dejado.
> Pues esto se ha acabado, ¡se ha acabado!

El público la vitorea. Me pregunto si alguna de estas mujeres tiene hijos. ¿Cómo sobrellevan el terror de la maternidad? Parecen demasiado despreocupadas para tener hijos. Y, además, es una noche entre semana. No deben de ser madres, o de lo contrario no saldrían entre semana.

Durante el recital, ocurre algo que lo cambia todo. Estoy sentada bebiendo una cerveza tan tranquila. Gina ha ido al lavabo. La maestra de ceremonias, una joven negra con el pelo rapado y una sonrisa de oreja a oreja, pregunta si hay mamás entre el público. Indecisa, levanto la mano. No soy la única. ¡Somos unas veinte! Ninguna de ellas parece una madre —aunque no sé qué significa eso —, solamente yo, y es a mí a quien se dirige la maestra de ceremonias.

—¿Cómo están tus hijos, mamá? —pregunta con tono grave, muy cerca del micro.

—Pues… Eh… Están..., pues… —balbuceo.

—¡No se acuerda! —suelta una mujer muy molesta, y el público se echa a reír. Me obsequian con una ronda de aplausos.

—¿De dónde eres? —me pregunta la joven negra, que enseguida ha detectado mi acento extranjero.

—De Londres —respondo, roja como un tomate.

—¡Toma ya! ¿Qué estás haciendo en Brooklyn? ¿Tus hijos siguen

en Londres?

—Sí —digo, y la multitud me vitorea de nuevo.

—¡Me gusta tu actitud! —responde la joven—. ¿Cómo te las has ingeniado?

—En realidad, fue bastante sencillo. ¡Hice la maleta y me marché! —Río, y la muchedumbre ríe conmigo.

—¿Hay algo que nos quieras decir, mamá londinense? —dice mientras me ofrece el micrófono—. Porque hoy el micro está abierto para todas y nos encantaría que nos contaras algo, ¡sobre todo cómo huiste de esos niños tan molestos!

—No, es que… A ver, que yo no soy poetisa, no escribo poesía, ¡lo siento! —digo.

—¡Claro que sí! Todas somos poetas, ¿verdad? —le pregunta a la multitud.

—¡Pues claro! —grita una mujer más o menos de mi edad.

—Mira, todas las semanas hay una sesión de micro abierto, es una especie de recital de poesía improvisada, y siempre hay un tema, y el de esta semana es: «Te quiero, pero…». ¡Estoy convencida de que tienes algo que decir sobre eso!

El público me vitorea y me anima, apremiándome a que me levante. Veo que Gina vuelve del lavabo y hay algo en mí que hace clic. Noto el cambio de viento. El cambio de tornas. Me levanto y me abro camino entre la muchedumbre hacia el pequeño escenario. La maestra de ceremonias me entrega el micro y la multitud guarda silencio. La joven me susurra al oído: «Te quiero, pero…».

Observo la oscuridad de la estancia y siento que todos los ojos están clavados en mí. Mierda. Tengo que decir algo, pero ¿qué? ¿Cómo improvisas cuando hace tantísimo que estás bloqueada?

—Te quiero, pero… no me caes demasiado bien —empiezo a decir. Unas cuantas mujeres gritan: «¡Eso!».

> Te quiero, pero deja de poner los platos en el fregadero.
> Tienes el lavavajillas justo al lado, y quizá crees que me muero por llenarlo cuando hayas terminado.
> ¡Debería estar pasándomelo bien, como siempre he soñado!

Me aclaman con gritos. Empieza a gustarme. No será innovador, pero lo he compuesto yo.

> Te quiero, pero no pienso tumbarme en el suelo
> y dejar que me trates como si fuera un pañuelo.
> No me digas que soy tonta ni que he engordado,
> ni que lo que cocino no es lo que has esperado.
> Te quiero, pero odio que te rías de lo que llevo puesto,
> que cuando te hago carantoñas me rechaces con un gesto,
> que te olvides de que por ti dejé mi vida entera
> y que ni siquiera bajes la tapa ni tires de la cadena.
> Te quiero, pero lo que estoy viviendo no se llama vida.
> Os gusta que os sirva y no hacéis nada de lo que os pida.
> Os quiero, pero ya no puedo seguir así.
> No soy una madre, ¡una esclava me volví!

No oigo nada de lo que sucede a continuación porque la sala avanza en una especie de cámara lenta. Sé que el público se pone de pie y aplaude porque Gina me lo cuenta luego. Dice que la maestra de ceremonias coge el micro y también me aclama, y que la gente quiere saber cuáles son mis perfiles en las redes sociales para seguirme. No tengo ni idea de cómo he logrado recitar todo eso. Nunca lo había dicho en voz alta, ¡y he conseguido que rimara más o menos! Una parte ha sido divertida. Una parte ha sido triste. Lo he disfrutado. Quiero hacer más. Si soy capaz de declamar improvisando, ¿qué podría hacer con un poco de preparación?

—Conque no eras una poetisa, ¿eh? —dice Gina cuando regresamos al piso y nos cepillamos los dientes antes de ir a la cama —. Ya, ¡y yo no soy una vigilante de Central Park lesbiana!

***

A medida que pasan los días, Gina y yo encontramos un ritmo fácil. Si cuando termina de trabajar yo estoy en casa, voy a buscar algo de cena; no cocino, por supuesto, porque hay un montón de sitios maravillosos donde pedir comida para llevar. Si no estoy en casa, le

mando un mensaje y viene a encontrarse conmigo. Nos reímos muchísimo. Le encanta «pincharme»: sobre todo por mi acento, por mi miedo a las cucarachas (están por todas partes) y por mi capacidad para preocuparme por tonterías. Pero sus burlas son cariñosas. Creo que le gusto de verdad. Y yo he empezado a sentir… no amor exactamente, sino un profundo aprecio hacia esta Santa Teresa lesbiana, vigilante y amante del aire libre. Me da la sensación de que me ha salvado, mayormente de mí misma. Hacía años que no me sentía tan feliz, tan visible. Décadas. Me mareo y todo.

Me mofo del ropero de Gina, compuesto básicamente por monos funcionales comprados en tiendas de segunda mano que, cómo no, le quedan como un guante. No duermo demasiado; todas las noches nos quedamos hablando hasta las tantas y Gina se levanta a las siete, pero no estoy cansada. Me despierto con mariposas de emoción por el simple hecho de estar cerca de ella. Mis hijos y Martin me mandan mensajes de los suyos, pero ahora con menor frecuencia. Al parecer, se las apañan muy bien sin mí, y Martin incluso se esfuerza en informarme de que los niños ya están más tranquilos. Ahora trabaja mucho desde casa, y ha redescubierto su amor por la cocina. Me cuenta que los niños le han pedido que me quede un par de semanas más por aquí. Es estupendo saber que te echan de menos.

Los días vuelan. Hablamos. Mucho. La conversación más profunda tiene lugar dos días antes de que regrese a Inglaterra. Gina ha estado bastante callada mientras paseábamos por Chelsea y observábamos los grafitis y los pisos carísimos cuyas ventanas te retan a que husmees un poco.

—¿Qué le dirás a Martin cuando vuelvas?

Me pongo rígida al oír el nombre de mi marido.

—¿A qué te refieres? —digo intentando disfrazar el pánico que siento.

—¿Sabe de mi existencia?

—Ja, ja, ¡ni que estuviéramos liadas! —Me pongo colorada ante

esa idea.

—¡¿Cómo que no?! —Pone mueca de falsa ofensa—. Quiero decir si sabe que estás en mi casa.

No se lo he contado. Para él sigo dinamitando mi herencia en el Hotspot Hotel. Si te soy sincera, es tan agarrado con el dinero que seguramente preferiría que tuviera una tórrida aventura con una lesbiana a que gastara siete mil libras en una habitación de hotel.

—No, no lo sabe, y creo que seguirá sin saberlo. No hace falta que le cuente todos los detalles.

Gina se me queda mirando durante un buen rato.

—¿Te da vergüenza?

—¿Vergüenza? ¿Por qué iba a darme vergüenza?

—¿Te da vergüenza haberte instalado en casa de una lesbiana desconocida? ¿No te preocupa que se ponga celoso?

Una carcajada seca y vacía escapa por entre mis labios.

—¿Celoso? ¿Martin? La única vez que lo vi celoso fue cuando gané la rifa del club de golf.

Ignoro su mirada de desconcierto.

—¡Me siento un poco insultada! —exclama Gina—. Los tíos como él deberían despertar. Si me dieran un dólar por cada ama de casa solitaria que ha acabado liándose con una amiga lesbiana, no trabajaría en el parque, mira lo que te digo.

Su comentario me deja un tanto sorprendida. Aunque no se corta con los guiños y las sonrisillas, Gina nunca ha hecho ninguna referencia a nuestra «relación», sea la que sea.

—No, mujer. Lo único que te puedo decir es que, si buscara una manera de huir hacia la isla de Lesbos, tú serías el primer bote en el que me subiría.

Gina no puede evitar echarse a reír.

—Ahora en serio, ¿qué vas a hacer?

—¡No lo sé! —le espeto. No quiero seguir hablando de esto.

Caminamos en silencio durante un rato, hasta que a lo lejos veo a un hombre con los brazos extendidos hacia delante. Está desnudo, a excepción de los calzoncillos blancos que lleva.

—¡Jesús! —exclamo.

—Tranquila. Es una estatua. El Sonámbulo.

En cuanto nos acercamos, veo que este hombre, que parece muy pero que muy real, no lo es. Tiene los ojos cerrados, los brazos tendidos hacia delante, la piel pálida, la cabeza rapada y un poquito de barriga. Varios turistas hacen turnos para posar a su lado y hacerse una foto. Algunos lo abrazan, otros sonríen de pie junto a él y una mujer lo rodea con los brazos, burlona. Es un tanto inquietante. Sus brazos extendidos parecen dirigirse hacia algo o hacia alguien. Quiero correr para huir de su pobre desnudez.

Me giro y concentro mi atención en dos mujeres, una pareja que se nos acerca cogidas del brazo. Una de ellas sonríe. La otra no. La sonriente tiene rizos rubios y lleva práctica ropa de marca. Le brillan los ojos y en su boca resplandece una hilera de dientes blancos y perfectos. Es joven y está llena de vida.

—¡Hola! —le dice a alguien que está justo detrás de mí.

Gina da media vuelta y su expresión queda paralizada.

—¡Audrey! —dice. Está afectada. Audrey. Su exnovia. La mujer junto a Audrey le coloca una posesiva mano sobre el hombro. Es un poco mayor; quizá tenga mi edad, pero viste vaqueros y una camiseta de manga corta, lleva el pelo muy corto y enormes pendientes plateados en las orejas. Es Carolina. Su expsicóloga.

—¿Cómo estás, Gina? —le pregunta Carolina.

—Bien. Gracias.

Las dos se giran y me miran, expectantes. Los ojos de Audrey vuelan varias veces de Gina a mí, y arquea las cejas con la esperanza de que nos presente.

De la nada, Gina me coge de la mano. Respondo agarrándosela con fuerza.

—Ay, os presento a Ciara —dice Gina fingiendo una tranquilidad que sé que no siente. Sus mejillas se han teñido de color y su mano está sudada.

—¡Ciara! ¡Hola! —me saluda Audrey mientras intenta darme un rarísimo abrazo. Yo no le suelto la mano a Gina.

Hablan brevemente sobre el paseo, el clima, algunas amigas en común, pero no me entero demasiado porque estoy observando a Gina y dándole ánimos. Sé que es la primera vez que ve a Audrey desde su desastrosa ruptura de hace dos años, y que para ella es importante. Y hay otro seísmo en las inmediaciones. Estamos cogidas de la mano. Y me parece agradable agarrar su mano fuerte y cariñosa. Como si me cubriera las espaldas y yo se las cubriera a ella. Es estupendo. Por fin termina el temido primer encuentro, y por alguna señal no verbal las cuatro sabemos que ha llegado el momento de despedirse.

—Cuida de Gina —me dice Audrey directamente.

—Ah, no te preocupes —respondo—. Es un amor.

No suelto la mano de Gina al comenzar a caminar.

—Gracias —me susurra, pero veo que está llorando.

Andamos en silencio de nuevo. De repente, Gina rompe a reír.

—¡¿De qué te ríes?! —farfullo, aliviada por que se haya esfumado la tensión.

—¡¿«Es un amor»?! —Gina tiene lágrimas en los ojos, pero ahora no son de dolor.

—He intentado por todos los medios que pensaran que soy tu novia y ¡¿así me lo pagas?! —Pero yo también sonrío. Gina baja la mirada hacia nuestras manos, que siguen unidas, y sonríe. Se la suelto. El momento se ha roto, el encuentro ha quedado atrás y de pronto me siento ridícula. Tengo cincuenta años y le acabo de coger la mano a una mujer a la que acabo de conocer. No puedo negar que he sentido… algo.

Abandonamos la avenida y entramos en una cafetería. Pedimos café. Y es ahora cuando tenemos «la» conversación.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? Lo de ser lesbiana durante cinco minutos, digo.

—Ha estado bien. —Me ruborizo.

—Para, para. ¡No exageres, que me lo creeré!

—¿Qué quieres que diga?

—Quiero que digas que ha sido un momento que te ha cambiado la

vida porque por fin te han abierto la puerta del armario de par en par y has salido con una sonrisa bajo el foco lésbico.

—¿En serio? —pregunto, incapaz de levantar la vista de la taza de café. Sé que mis mejillas, mi cuello y todo mi torso arden de vergüenza.

Mi futuro pasa ante mí. Vivo aquí, en Nueva York. Me he divorciado y me he vuelto a casar. Con Gina. Vivimos en su pisito de Brooklyn y trabajo… trabajo en un restaurante… No, escribo un blog acerca de mi vida como una extranjera exheterosexual… Se llama algo así como *Mismo sexo en Nueva York* y es muy popular. Tenemos un amplio círculo de amigos interesantes y salimos a diario. Nos queremos en un nivel espiritual, pero también tenemos una química increíble y una saludable vida sexual.

Debo parar ahora, a mitad de la fantasía, porque nunca lo he hecho con una mujer y no me imagino queriendo hacerlo. No es por homofobia, es que estoy totalmente apagada. Mi libido es tan baja que sería necesario un hidrófono para detectarla. Como bien apuntó Martin un día como si tal cosa, me han «amputado del cuello hacia abajo».

—Oye —dice Gina. Levanto la vista y veo que me está sonriendo—. Es broma. No pasa nada.

—No creo que quiera estar con nadie nunca más —digo—. Ni hombre ni mujer ni cabra. Si a Martin y a mí nos pasa algo, voy a vivir sola para siempre.

—¿Cómo es que le metes tanta presión a tu matrimonio? —Gina me mira de reojo.

—¿A qué te refieres? —Ya me noto a la defensiva.

—A ver, quizá no seas tú la que tiene un problema. Quizá sea el sistema. ¿Quién dice que debes encontrar al amor de tu vida y amar a esa persona para siempre, en la alegría y en la tristeza? A mí me parece un trato de mierda.

—Ya lo sé, pero hay recompensas… —digo, intentando recordar cuáles son.

—¿Como qué? ¿La compañía? A mí no me parece que disfrutes

demasiado de eso.

—Bueno…, no, vale, pero… En fin, que envejeces con alguien…. que te conoce, que te ha conocido mucho, aunque con los años os hayáis separado un poco… Alguien que te cuida si te pones enferma…

—¿Alguien que te cambie los pañales cuando tienes incontinencia? Parece que describas a una cuidadora, no a una pareja. Yo creía que a Audrey y a mí nos pasaría eso. Creía que estaríamos juntas para siempre. Me quedé destrozada cuando se fue con Carolina. Hecha polvo. Pensaba que nunca lo superaría. Pero verla ahora ha hecho que me dé cuenta de muchas cosas. Era un poco aburrida. Al principio la cosa fue bien, pero enseguida nos quedamos sin amor.

—¿Os quedasteis sin amor? Querrás decir que os desenamorasteis, ¿no?

—No. No hubo una fase de desenamoramiento. Llegamos al final del camino y ya. Deberíamos haber roto dos años antes de que Carolina entrara en escena. Fuimos a verla para que nos ayudara. Bueno, supongo que sí que nos ayudó. Ahora estoy mejor sola. Mi vida es más plena. Y voy a asegurarme de que sigo así. No pienso estar nunca más con alguien que empequeñezca mi vida. Quizá hay cosas que terminan y ya está. Y quizá no pasa nada.

Me da miedo lo que está diciendo Gina.

—Es fácil decirlo cuando solo sois dos. Es más difícil cuando hay hijos de por medio.

—¿Por qué? Que seáis padres no significa que dejéis de ser personas, ya sabes, con corazón y alma.

—Ya, pero están esas personitas que habéis creado y no puedes evitar pensar que separaros sería…, en fin, de mal gusto.

Gina se descojona ante mi comentario.

—¡Mira que llegas a ser inglesa! ¡¿Es de mal gusto separarse del padre de tus hijos?!

—Es como estar en un balancín: los dos subís al mismo tiempo, pero si uno decide saltar el otro termina estrellándose en el suelo. No parece demasiado justo.

—Es que no es justo. Nada es perfecto. Nada es para siempre. Todos vamos a morir. Supéralo.

—Jesús, ¿pretendes alegrarme o animarme a que me suicide?

—Ninguna de las dos. Da igual. Todo bien.

La miro fijamente. El encuentro con Audrey la ha liberado.

—¿Por qué te has puesto tan metafísica y existencial conmigo? ¡Me estás asustando!

—¡Es la verdad, Ciara! ¿Crees que el mundo entero está interesado en tu vida? ¿Crees que tienes un punto de vista único y especial? ¡Quieren leer tu blog para sentirse mejor con sus vidas de mierda! Así que ¡deja de quejarte y haz algo diferente con el tiempo que te queda! ¿Acaso la vida no es una serie de capítulos? Puede que el capítulo de tu vida haya terminado, ¡y puede que no pase nada!

—Sí, bueno, es que te niegas a acepar que hay un pequeñísimo detalle, una nimiedad: ¡¡¡mis hijos!!! —Para mi horror, estoy cabreada—. Qué fácil que es para ti, una lesbiana soltera y sin hijos que vive en una gran metrópolis, echar pestes del sistema. Tú no has pasado por el aro. Me alegro por ti. Pero yo sí. Y he construido mi vida alrededor de mis hijos. Y ahora siento como si fuera un pájaro ajeno en mi propio nido y ¿me dices que me limite a pasar página, como si nunca hubieran nacido? Joder. Tirarse los trastos a la cabeza con mi marido es una cosa, Gina, pero las vidas de tres personas dependen de nosotros. ¡¿Qué clase de madre abandona a sus hijos, por el amor de Dios?!

—Una mujer muy infeliz. —Gina se me acerca con su silla—. Una mujer muy frustrada. Una mujer agotada y decepcionada.

¿Cómo es posible que una persona a la que apenas conoces no solo sea capaz de ver claro, sino que además no tenga reparos en decírtelo a las bravas? Me la quedo mirando, confundida y enfadada y, en cierta manera, tranquila al mismo tiempo. Es como arrancarse un granito: doloroso pero necesario.

—¿Es nuestra primera pelea? Vaya, qué deprisa va esto… Lo siguiente será que pongas tus plantas en mi casa —dice Gina para intentar relajar el ambiente—. Venga, vámonos. Necesitas una copa.

—Y nos dirigimos al bar más cercano.

38

Y acabo como una cuba. Otra vez. Estoy tan maravillosamente borracha que Gina debe tirar de mí para entrar en el taxi y le pide disculpas al conductor mientras yo canto canciones de The Carpenters a voz en grito.

—Oye, ¿es cosa mía o tienes un problema con el alcohol? —me pregunta—. A lo mejor deberías hacértelo mirar.

Llevo tal pedo que cuando llegamos a su piso me quedo sentada en el escalón de la puerta a pedirles cigarrillos a los transeúntes. Gina me arrastra adentro al fin y me obliga a tragar unas galletas; es lo único que tiene en la despensa y necesito comer algo. Nos sentamos en el sofá mientras ella me mete las galletas secas en la boca.

—Mi vuelo de regreso sale el domingo. No me lo puedo creer. Vuelvo a Inglaterra. Dentro de menos de dos días. He estado dos semanas aquí. He estado en este piso casi todo el tiempo. Quiero este piso. ¡Te quiero a ti! —digo tumbándome en el sofá y pasando los brazos alrededor de la cintura de Gina.

—¡Te quiero! —grazna Colette desde su percha. Suena ridícula, así que soy yo la que suena ridícula.

—Ay, ¡vete a la mierda, Colette! —digo.

Gina guarda silencio. Cierro los ojos y siento cierta calma. Podría pasarme cien años durmiendo así. Me desvelo cuando la oigo hablar de repente.

—No tienes por qué irte —murmura.

Me incorporo. Está mirándome fijamente a los ojos y veo algo en su mirada… ¿Necesidad? ¿Soledad? ¿Amor?

—¿Qué debería hacer, Gina? Tú eres lista; ¿qué debería hacer?

—Podrías quedarte un poco más. A tu visado le quedan noventa días.

—¿Noventa días? O sea, ¡tres meses! Qué vacaciones más largas. No puedo. Ni hablar. La familia. Me matarían. Aunque ya me han matado. No, no puedo quedarme.

Gina se pone triste. Observo sus labios y me pregunto cómo sería besarlos. Son suaves y carnosos.

—Supongo que tienes razón —accede mirándome. Nos contemplamos durante un buen rato. Su rostro se desenfoca y se enfoca a rachas. Me inclino hacia delante y ladeo la cabeza. ¿Ella también se inclina? Nuestras cabezas están a pocos dedos. Gina se detiene y yo sigo inclinándome. Nuestros labios se rozan. Un roce suave y delicado de labios contra labios. En ese momento, levanta las manos y me coge la cara. Nuestros labios se abren y las lenguas se adentran en la boca de la otra. Mis manos están en su pelo y tiran de ella hacia mí. Estoy tan borracha que empiezo a marearme, pero me encanta esta sensación. Estoy mareada. Siento un estremecimiento en las ingles, un olvidado deseo ha prendido en mí. ¿Va a suceder? ¿Así, ahora? No puedo pensar. No quiero pensar. Quiero sentir esto. Desenfreno. Se acabó el darme a los demás. Esto es solo para mí.

De pronto, Gina se aparta y se levanta.

—¿Qué pasa? —digo.

—No puedo. No podemos. No está bien.

—¡A mí me parece que sí! —exclamo en busca de su mano. No la encuentro y caigo hacia delante.

—Estás borracha —comenta con dureza.

—Es verdad. Pero me siento bien. Ven aquí —le ruego.

Gina no añade nada. Me coge la mano, me levanta y me guía hacia el dormitorio. Va a suceder de verdad. Intento recordar si llevo unas bragas decentes. Seguramente no. Bueno, qué más da. Me las quitaré rápido y ya está.

Gina me despoja de la camiseta y la lanza al suelo. Me echo a reír. Hace que me siente en la cama y tira de mis pantalones hasta que

también me los quita. Intento recordar cómo poner cara de «ven a la cama», pero parece que me haya dado un ictus y, cuando me veo en el espejo de la habitación, veo a una vieja con mirada lasciva y bragas grises.

—Duérmete, anda —dice Gina con amabilidad mientras me tapa con la sábana.

Intento protestar, pero se marcha y, al cabo de unos instantes, el mundo se vuelve negro.

Me despierta el aroma a café recién hecho. La radio está encendida. Mi inconsciente me ha mantenido entretenida toda la noche con sueños de caballos: sus bocas suaves, sus ojos tristes, la forma en que te acarician el cuello con la nariz. Los acontecimientos de ayer empiezan a filtrarse como una espeluznante niebla. Ay, Dios. Bebí muchísimo. Los cigarrillos. Las canciones. Ay, Dios… Nos besamos. Gina me besó. Me da un vuelco el estómago. ¿Me voy a poner mala? ¿Es resaca? ¿Es la noche de después de la noche de antes? Estoy nerviosa. ¿Qué significa todo eso? ¿Por qué lo hice? No he tocado a nadie de manera íntima desde que conocí a Martin, y resulta que estaba metiendo la lengua en la boca de otra mujer sin apenas pedirle permiso. Debe de habérseme ido la cabeza. ¿Qué diablos le voy a decir? ¿Qué espera ahora de mí? No recuerdo lo que pasó después de que nos besáramos. Me miro el cuerpo en busca de señales de acción, pero sigo en ropa interior y estoy segura de que he dormido sola. Gina se ha pasado toda la semana en el sofá y se ha negado a que cambiara el sitio con ella. Experimento una horrible punzada de culpa. No es que le haya mandado las señales equivocadas; es que he ondeado delante de ella una bandera verde gigantesca y le he dicho: «¡Súbete!». Menudo lío. Gina ya tenía el corazón roto y ahora ha encontrado a otra, pero esa otra soy yo, una mujer estirada, hecha polvo, ¡CASADA Y HETEROSEXUAL!

Me tapo la cabeza con la sábana y me escondo. Hoy es sábado, irá a trabajar. Si me quedo aquí una hora, se habrá marchado. ¿Y si me voy mientras está trabajando? ¿Sería muy cobarde? La oigo cantar

alguna canción que suena en la radio. The Carpenters, «Top of the World». Lo que me faltaba. Ay, Dios. Suena muy contenta. Me ha recogido una mujer amable y cariñosa que está arreglando su propio corazón roto y ahora voy y se lo pisoteo con mi confianza recién descubierta; y me aprovecho de su amabilidad para experimentar con mi egolatría de la crisis de la mediana edad. Gruño en voz alta.

—¡Buenos días! —exclama Gina mientras deja en el suelo, junto a la puerta, una bandeja con café, zumo y cruasanes—. Espero que no te encuentres demasiado mal. Ahora salgo para el trabajo, pero ¿qué te parece si al volver a casa paro en el restaurante coreano que te gusta y traigo la cena?

Asomo la cabeza por entre la sábana fingiendo que me acabo de despertar, que todo está en su sitio y que entre nosotras anoche no pasó nada que pudiera destrozarnos la vida a las dos.

—Me parece bien —digo mientras me froto los ojos en un gesto que aparenta indiferencia.

—Estupendo. Nos vemos luego —se despide.

Oigo que cierra la puerta del piso de golpe y me siento a intentar descifrar mi siguiente movimiento. Podría irme y ya. Le dejaría una nota, claro. Empiezo a redactarla en mi cabeza.

«Querida Gina: ¡Siento haberme ido sin decirte adiós! Uno de mis hijos se ha puesto malo y he tenido que volver deprisa. ¡Muchas gracias por todo! ¡Seguimos en contacto!».

No, demasiado pasota.

«Gina… Siento mucho lo de anoche. Estaba borracha y me dejé llevar y quise sentir algo, pero fue injusto por mi parte y no tendría que haberlo hecho. Espero de corazón que encuentres pronto a alguien que te quiera, pero esa no voy a ser yo. Te prometo que, si buscara conocer a alguien, sería imposible que fuera una persona más maja que tú».

Demasiado despectivo. Ay, Dios. ¿Qué voy a hacer?

Me levanto, me doy una ducha y empiezo a hacer la maleta. No puedo irme sin más. Estos últimos diez días nos lo hemos pasado de maravilla. Cuando menos quiero mostrarle mi agradecimiento por

eso. Decido escribirle. Quizá podamos comer y así se lo explico todo antes de irme. Le envío un mensaje.

¿Quedamos en la cafetería de Central Park a las 13? ¡Los asquerosos bocadillos de pastrami corren de mi cuenta!

Me contesta enseguida con el emoticono de una mano con el pulgar hacia arriba y una cara sonriente. Qué mona es. Me visto con cuidado; me pongo prendas que ella no haya elogiado, prescindo del perfume. No quiero que parezca que intento estar guapa. No sé en quién me he convertido en estas dos últimas semanas. Antes yo era una mujer decente que no se dedicaba a atraer a lesbianas solitarias hacia mi propia soledad. Me quedo unos instantes sentada mirando al cielo.

***

Llego yo primero y compro la comida para las dos. Gina llega tarde. Miro el móvil. Nada. Arranco un pedazo de pan y echo miguitas a los pájaros. Un cardenal salta al suelo. Hace calor y el parque está lleno de gente sonriente. Recorro el perímetro del lago con la mirada, pero no la veo. Una familia pasa delante de mí, una pareja con un cochecito de bebé y un niño pequeño sobre un patinete. Parecen felices. De pronto, una mano se posa en mi hombro.

—¡Bu! —dice Gina mientras se desploma a mi lado.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo dando un bote. Estoy como un flan.

—Lo siento. ¿Has ido a por la comida? ¡Estoy superhambrienta!

Le paso su bocadillo y le pega un mordisco.

—¿No comes? —me pregunta al ver que desmenuzo el bocadillo.

—No tengo hambre.

—¿Una resaca de caballo? Anoche te emborrachaste bastante. Eso no lo echo de menos.

—Sí, ya sé que me emborraché bastante. Lo siento.

—No pasa nada. Tranqui.

Y sigue comiendo. Parece tranquila, confiada, contenta. Voy a tener que ser yo la que rompa el hielo.

—Oye, lo de anoche… —empiezo a decir. Gina se detiene con la boca llena y se gira hacia mí. Me sonríe. Veo la carne que sobresale entre sus labios—. Estaba como una cuba, ya lo sabes, y… Bueno, pues que… —No sé qué quiero decir. Estoy asustada y sorprendida a un tiempo. Nunca le he dado calabazas a nadie. Nunca he conectado tanto con alguien como para luego tener que darle calabazas.

—Ciara —dice Gina mientras deja el bocadillo y me coge las dos manos—, no pasa nada. Estabas borracha. Yo me sentía sola. Nos besamos. No es para tanto. Sé que no te atraigo de esa manera y no quiero que sea así. A ver, no me malinterpretes: eres muy mona, pero las mujeres heteros no me van, y no me apetece ser la salvadora lésbica de nadie. No soy un salvavidas lésbico.

Me deja de piedra. No le da importancia. No pasa nada. De verdad. Suelto un gran suspiro de alivio y se echa a reír. Y yo también. En ese momento, me doy cuenta de que hay algo retorciéndose en mi subconsciente. Estoy… dolida.

—¡Me alegra saber que soy tan olvidable! —digo, bromeando solo a medias.

—Oye, ya sabes lo que dicen, ¿no? «No eres tú, soy yo». No tengo intención de volver a meterme en una relación de ese estilo. No me interesa. Quiero ser un alma libre, no quiero convertirme en el típico estereotipo lésbico.

—¿A qué estereotipo lésbico te refieres? —le pregunto. Intento comprender lo que me dice.

—Ya sabes: «¿Qué lleva una lesbiana en la segunda cita? Los muebles». Juntarse porque sí, para disponer de cierta seguridad, como si otra persona pudiera protegerte. Conozco a demasiada gente así. Demasiadas parejas de lesbianas con jerséis a juego, engordando y sentadas acompañadas de sus gatos. No, gracias. Eso no es para mí. ¡No luché para salir del armario, para que me

echaran de casa y vivir en la calle para terminar muerta de aburrimiento como vosotros, los heteros!

—Gracias.

—No te ofendas… Mira, eres adorable. Y no quiero decir que si te me ofrecieras en bandeja de plata te rechazaría, porque creo que sabes que no lo haría. Pero a ti no te ayudaría. En realidad, no. No puedes saltar de un barco a otro. Debes permanecer una temporadita en el agua.

Nos quedamos sentadas en silencio. Gina me coge la mano. Iba a marcharme, así que ¿por qué tengo la sensación de que me ha dejado? Incluso la tranquila Gina, que vive según sus propias normas, que no depende de nada ni de nadie; incluso ella necesita sentirse segura, ¿verdad? ¿Qué problema hay con querer protección, un culo gordo y un gato?

—Pensaba irme a casa hoy. Pensaba cambiar el vuelo. Dejarte una nota.

—Vaya. Pero… qué tonta.

—Lo sé. Lo siento.

—Salgo a las seis. Vamos a cenar por ahí. Es tu última noche.

—Vale. Quedamos en ese local tan secreto para comer una hamburguesa.

—¿En serio? ¡¿En tu última noche?!

—Si desaprovecho la oportunidad de ir, mis hijos me matarán. Amelie ha leído mucho sobre ese sitio.

Gina regresa al trabajo y yo me paso la tarde de compras. Adquiero demasiado maquillaje en unas tiendas estruendosas hasta decir basta y gasto una fortuna en dulces que deterioran los dientes. No le he comprado nada a Martin. No se me ocurre nada que le haga ilusión. Quizá mañana compre una botella de *whisky* en el aeropuerto.

A las seis me dirijo al hotel Le Parker Meridien. Se trata de un brillante monumento al mármol y al pijerío, pero oculto detrás de un gran telón rojo hay una hamburguesería de mala muerte, llena

de grafitis. Lleva unos tres años en la lista de pendientes de Amelie. Ocupo una de las mesas y saco el móvil. Ya que hay wifi gratis, decido llamarla por FaceTime. O bien se emociona tanto al ver el local que olvida que me odia o bien se pondrá aún más furiosa porque estoy aquí sin ella. Sea como sea, quiero verle la carita y recordarme por qué necesito volver a casa. Me responde enseguida.

—Hola, mamá —me saluda a la ligera mientras se mira en la pantalla.

—¡Hola! —exclamo agitando la mano como si mi hija estuviera sorda o en la otra orilla de un río—. ¡Adivina dónde estoy!

—En Nueva York —responde, reticente a seguirme el juego.

—Sí, en Nueva York, pero ¿dónde de Nueva York?

—No lo sé, mamá, dímelo tú y ya está. —Vale, no está de humor. Te prometo que, si mi hija ahora tuviera delante una cesta de gatitos, los ahogaría.

—¡En la hamburguesería secreta! ¡La de Le Meridien! ¡Este sitio es muy chulo! ¡Mira! —Le enseño el local para que vea la cola de clientes que esperan para pedir algo de los carteles escritos con tiza, y las paredes cubiertas con los nombres garabateados de personas que han pasado por allí.

—Qué bien. ¿A qué hora vuelves mañana? ¿Me has comprado el maquillaje? Lorcan dice que quiere chocolate blanco Reese's Pieces y Paddy quiere caramelos Tootsie Rolls.

Ya estamos. De golpe y porrazo me ha devuelto al papel de criada involuntaria, proveedora de caramelos y madre dispuesta a satisfacer las necesidades de tres adolescentes.

—Llegaré a casa por la noche. Y sí, he comprado todo eso.

Amelie sigue inspeccionándose en la cámara y la conexión se congela cuando prueba varias muecas.

—¿Hola? ¿Hola? —digo—. Te has congelado. ¿Sigues ahí? ¿Hola?

La llamada termina. Mi buen humor también. Me ha sentado muy bien no verme estas dos semanas como la esclava de nadie; y, aunque tengo ganas de verlos a todos, desgraciadamente me da la impresión de que no habrá cambiado nada. Mi gran gesto de

alejarme de ellos se ha percibido como solamente eso: un gesto, una pataleta, un problema pasajero. El servicio se restablecerá en breve. El ejército de zombis adolescentes interesados sigue avanzando y pisotea a cualquiera que caiga a su paso. Necesito una cerveza. Me suena el móvil. Es un mensaje de Martin.

¿A qué hora llega el vuelo y te recojo?

No quiero que me recoja. Le respondo.

No, iré en metro o en Uber, tranquilo. Llegaré a casa sobre las 20 h.

OK. Beso.

Llega Gina y se sienta a la mesa delante de mí. El local está hasta los topes ya. No parece tan secreto como decían. Pido una hamburguesa completa para Gina y una cerveza para mí. Se me ha quitado el apetito.

—¿No comes? —me pregunta.

—No. Me encuentro mal. Vuelvo a casa. Mañana. Vuelvo a casa.

—Te irá bien. Ya verás. Y si no…, pues le pones remedio.

Y para ella es así de fácil.

Quizá lo sea.

39

El taxi circula por la A406 londinense. Está lloviendo; no es el chirimiri tranquilo de finales de primavera que calma y riega las plantas secas de las macetas, sino el aguacero que los cielos de Londres disfrutan tanto arrojando, en plan: «Que te jodan, la culpa es tuya por no llevar abrigo». Es una lluvia implacable y los parabrisas se esfuerzan como locos para darnos visibilidad en el coche. Aunque no hay demasiado que ver. Las casas son pequeñas y grises. El cielo está demasiado bajo. Hay alguna especie de competición deportiva al oeste de Londres y la capital hace lo imposible por darme la bienvenida con su peor aspecto.

Me cuesta mucho creer que esta mañana estuviera en Nueva York. Ya es bastante tarde aquí. En Brooklyn, Gina estará pensando en la comida. Qué bien me ha tratado. Me pregunto si en algún momento se dará cuenta del impacto que ha tenido en mi vida. ¿Cómo va a saberlo? No soy la primera mujer que se refugia una temporada en su casa. Se lo dije la última noche y se enfadó. «¡Que no me aferre a ellas como si fueran el último salvavidas del Titanic no significa que no las quiera, coño!». Me reí cuando me soltó eso. Es grosero y maravilloso oír que una mujer habla así.

Y ahora estoy de camino a casa. Me da la sensación de que he estado siglos fuera. Dos semanas en el calendario, pero dos décadas en mi cabeza; he viajado a la época en que no tenía hijos, en que no estaba casada con Martin, en que no había desaparecido. Gina me dijo que debía hacerle caso a mi corazón. Ojalá supiera adónde quiere ir él.

Ahora mismo vamos muy deprisa hacia ninguna parte. En lugar de

desear con ganas llegar a casa, quiero que el tráfico nos ralentice. No tengo ni idea de lo que sucederá cuando haya vuelto. Si entro por la puerta y me piden que les dé los regalos y luego se van a sus respectivos dormitorios y nos dejan a Martin y a mí mirándonos a los ojos con nerviosismo, creo que me pondré a chillar. He estado fuera y me noto distinta. No quiero sentir lo mismo, no quiero sentirme como antes. No quiero que el yugo de la rutina doméstica caiga sobre mi cabeza, una mano que tira de mí hacia abajo como si fueran las arenas movedizas de una peli de miedo. Ya ha habido demasiada normalidad en mi vida. ¿Podemos darle un vuelco a la situación? ¿Merece la pena? Estoy cansada. Trabajo. Es todo trabajo y nada de diversión. ¿Necesitamos salir por las noches? ¿Cenar el curri dos por uno del restaurante Wetherspoons sin tener nada que decirnos? Cierro los ojos e intento visualizar los bares, Central Park, las cenizas de mi madre volando por el cielo, pero mi mente no para de interrumpirse con destellos del Sonámbulo, con los brazos extendidos para atraparme. Me quedo dormida y solo me despierto cuando el taxi gira de repente. Levanto la vista. Mi calle. Nuestra calle. Ya hemos llegado. Aparcamos en doble fila y el taxista se dirige al maletero a por mi equipaje. En los treinta segundos que tarda en regresar, aparece una hilera de coches que empiezan a tocar el claxon con impaciencia para que nos apartemos. Bienvenida a casa. Pago la carrera y le pido disculpas con un gesto al primer conductor de la fila. Es una conductora, que baja la ventanilla.

Es Debbie la Depre. Cómo no.

—Anda, hola, Debbie. No he visto quién era, ¡ja, ja, ja!

Debbie me sonríe tímidamente.

—Bienvenida a casa. Debo decirte que todos nos las hemos apañado muy bien. Martin ha sido un sol. Los niños también están genial, de hecho. Amelie sonríe y Meredith dice que los gemelos han madurado un poco.

Que le den a Debbie la Depre. Que le den a Meredith.

—Oye, Debbie, siento mucho si te ofendí. Lo del blog era solo para divertirme un poco...

Los coches detrás de Debbie pitan, irritados.

—Ahora no puedo parar. ¿Tomamos un café mañana después de llevar a nuestros hijos al instituto? —Me sonríe disfrutando claramente de mirarme desde su superioridad moral.

—¡Estupendo! —respondo con una sonrisa forzada.

—Y me lo cuentas todo sobre tus... vacaciones.

De inmediato me cruza la mente una imagen de mis manos en el pelo de Gina mientras nos besuqueábamos apasionadamente. La expulso de mi cabeza.

Debbie arranca y los coches desaparecen por la calle. Me giro y contemplo la puerta de mi casa. En el interior, mi familia estará dando vueltas mirando el reloj de manera distraída mientras anticipan mi regreso. ¿Estará nervioso Martin? Ahora mismo yo podría vomitar. El patio delantero está impecable: Martin ha pasado la cortacésped por primera vez este año, y hasta los arbustos están segados. Debe de haber usado la podadora. A Martin le encanta la podadora. Avanzo con sigilo por el camino de entrada arrastrando la maleta y busco las llaves. Justo cuando llego ante la puerta, me quedo paralizada. Oigo gritos dentro. Amelie y los gemelos. Al parecer, alguien ha utilizado la crema hidratante de ella y el gemelo culpable está acusando al otro de ser el ladrón, que a su vez ataca sembrando dudas sobre la orientación sexual de su hermano, de las cuales se justificaría su interés en los productos de belleza. Ahora empieza Martin a gritar también.

—¡Por el amor de Dios! ¿Creéis que vuestra madre quiere volver a estas tonterías?

Siguen discutiendo. Varios pares de pies corren escaleras arriba, ajenos a la sombra que proyecta mi silueta paralizada en el cristal de la puerta. Un bofetón.

—¡Aaaay! ¡SUÉLTAME!

Cierro los ojos. Respiro hondo. Esta es mi casa.

PARTE TRES

40

El agua está caliente para la época del año en la que estamos, pero aun así tirito un poco mientras me seco y me pongo la ropa. Tengo media hora para volver al piso, ducharme y prepararme. Este fin de semana será frenético. Es la primera reunión que organizo. Estoy nerviosa y nadar no me ha calmado ni me ha dado perspectiva, como de costumbre. Los niños llegan esta noche. He comprado sus cereales preferidos y hay *pizzas* en el congelador. Les encanta venir. Vivir cerca del mar siempre fue uno de mis sueños y estoy solo a una hora de Londres. Martin me ayudó a encontrar este piso.

Martin. Se ha comportado de maravilla. Está superfeliz, es un hombre distinto. Al principio fue difícil: los niños se quedaron a cuadros, Martin estaba desolado, yo anestesiada. No podía seguir así. No me quedaba energía. De hecho, no me parecía una decisión, sino algo que debía suceder. No podía aguantar más. Hubo lágrimas, peleas, incredulidad, recriminaciones y una tristeza profunda. Fue como morir. La pena recorría la casa como si de un viento frío se tratara. Me sentía impotente, aunque había sido yo la que al final había dado el paso. Quería irme. Debía irme. Cuando contábamos que era yo la que dejaba a mi marido y a mis hijos en el hogar familiar y se mudaba, la gente arqueaba una ceja. Son los padres los que se marchan, ¿no? Los padres son los malos.

Bueno, pues en mi familia no. Tenía muchísimo más sentido que se quedara Martin. Él quería quedarse. Al fin y al cabo, a él se le da mejor que a mí todo lo práctico, y los niños viven sus vidas. No quisieron mudarse y no los culpo. Me paso por casa cada pocos findes y, cuando no voy, vienen ellos aquí en tren. Han dejado de

pelearse tanto. Creo que, ahora que saben que no pueden dar nada por sentado, se han unido más.

No digo que haya sido positivo para ellos —sé que me prenderían fuego si se lo sugiriera—, pero fue inevitable y, dentro del caos, ha habido inesperados beneficios. Amelie es más amable. Ahora habla conmigo. Me escucha. Me pregunta cómo estoy, y a veces hasta me escribe para decirme que me quiere. Está madurando. Puede que hubiera madurado de todos modos. Las hijas tienen la manía de madurar. A pesar de las turbulencias y del seísmo emocional, sacó muy buenas notas en los exámenes finales, mejores de lo esperado. Creo que, si yo hubiera estado encima de ella todo el rato, agobiándola con aprobar, habría suspendido solo para tocarme las narices. No somos tan imprescindibles como pensamos en los éxitos de nuestros hijos.

Los gemelos siguen igual —creo que se pelearán hasta el día en que se mueran—, pero son más considerados. Más amables. No entre ellos, por supuesto, sino en general. Para ellos también ha sido un cambio inesperadamente positivo. Me asombran y me maravillan las diferencias que percibo en ellos. Intento no pensar que sin mí desde un principio habrían sido mejores. Sé que no es verdad, pero una parte de mí cree que no hay que estar tan pendiente de ellos. ¿Cómo va a crecer y madurar alguien si todo el tiempo lo sobrevuelan dos helicópteros? ¿Por qué nos obcecamos tanto con nuestros hijos? Recuerdo que, cuando yo era pequeña y nuestra perra Bennett tuvo cachorros, mi madre los vendió todos. Le rogamos quedarnos con uno, pero se negó. Cuando llegó el día que venían a llevárselos, me puse triste porque creía que Bennett también lo estaría. La perra ni se inmutó. Parecía encantada de la vida de ser capaz de recuperar la normalidad de ladrar a las sombras y dormir. Todos deberíamos ser más como los perros.

Ese fue el título de mi primer éxito en Instagram. Mi cuenta ha crecido desde entonces, algo que no habría sucedido si me hubiera quedado en casa. Tenía que marcharme. Con la herencia de mi madre, compré este piso junto al mar. A ella le habría encantado,

aunque estoy convencida de que se habría llevado las manos a la cabeza por lo que hemos hecho, pero una parte es culpa suya. «¡Vive!», me dijo. Eso haré. Eso hago. A diario. A veces cuesta, pero estoy viva. Me siento viva. Es lo que deseaba para mí, es lo que veía en mí, pero no me lo pudo decir mientras vivía. No podía traicionar a la brigada maternal.

Y, de todos modos, es imposible que Martin estuviera más contento. Resulta que ya no es el bufón de los calzoncillos holgados que va por la vida de puntillas: mi marcha ha sido la patada en el culo que necesitaba. Seis meses después de que me fuera, empezó a salir los fines de semana que no le tocaban los niños con Penny, una joven viuda del trabajo. Viste bonitos vaqueros, se plancha las camisas y no recuerdo la última vez que le vi largos los pelos de la nariz. Me pilló un poco desprevenida; creía que estaba agotado y que se pasaría la vida en el establo, cuando resulta que tan solo esperaba el pistoletazo de salida para echar a galopar. Penny es majísima, la semana pasada quedamos para comer. Fue raro, pero me alegro por ellos. ¿Por qué no montar otra vez en el tiovivo mientras aún dispongamos de tiempo? Intenté compincharme con Penny para que se burlara conmigo de la meticulosidad, la tacañería y los diferentes hábitos irritantes de Martin, pero decidió muy amablemente no entrar al trapo. De hecho, fue bastante protectora. Lo ve desde una nueva perspectiva. Esas chorradas tardan un par de décadas en ponerte enferma, supongo.

En realidad, es práctico lo de pasar página y evitar la fase en que todo te molesta; ¿por qué esperar dos décadas hasta aborrecer al otro con todas tus fuerzas cuando puedes ponerle fin, resetear y empezar de cero con otra persona a la que no le hayas tenido que aguantar un sinfín de cosas? Tiene sentido. Si no, es como pintar por encima de un viejo empapelado o borrar la respuesta incorrecta en un examen. Ojalá fuera tan sencillo para mí, pero Gina lleva razón: mi respuesta es diferente. Yo no quiero empezar nada con nadie. No estoy interesada.

De momento.

Gina también vendrá esta noche. Será su segunda visita. Vino justo después de Navidad con una mujer a la que llevaba un tiempo viendo, una pintora monosilábica con el pelo verde y *piercings* en el cuello. No duró demasiado, pero así es Gina: «No todas las historias son una saga; hay historias cortas, historias largas, pero todas terminan tarde o temprano». Me encanta tenerla como amiga. He hecho otras amigas también. Está Saffron, que tiene veinticinco años y es muy amable; Georgia, una mujer de mi edad a la que conocí en el teatro local; y Belle, la propietaria de la tetería de la calle frente al mar. También está divorciada, es un poco mayor que yo y sus hijos van a la universidad. Asistimos a conciertos juntas, y a veces bebemos vino de noche en la playa. Es divertida. Inteligente. Me presta libros. Estoy en un club de lectura. Ya lo sé, sacas a una mujer de las afueras y…, pero es que el club de lectura es estupendo. Solamente leemos libros escritos por mujeres. En el grupo hay jóvenes que nos enseñan a las yayas cosas como la interseccionalidad, el despertar al racismo, el género no binario y el feminismo prosexo. Es interesante y liberador, así como muy diferente de cómo pensamos y sentimos las mujeres de mi edad. Nosotras les hablamos de nuestras vidas como mamás y esposas, y ellas menean la cabeza como si fuéramos esclavas modernas, y nos escuchan como si les contáramos una historia muy exótica de una vida en otro continente. Quizá sea así.

En cierto modo sigo siendo la misma. No he sucumbido a los peores tópicos de la liberación de la mediana edad: no me he hecho ningún tatuaje, no me he echado ningún amante jovencito y no practico yoga; pero me siento muy diferente. Como si fuera yo misma, no solo un reflejo de lo que los demás necesitan que sea. Por eso mi perfil de Instagram tiene el éxito que tiene.

Fue Saffron la que me lo propuso. Una noche le conté en el grupo de lectura lo de mi blog, y se lo leyó. La semana siguiente, me abrazó, me dijo que era brillante, pero que estaba desaprovechada en ese formato. Me aseguró que los blogs están «desfasados», que «nadie los lee» ya, y que si quería crear un público para mi

«contenido» debía convertirme en una «influencer». Por lo visto, lo único que necesitas es hacerte amiga de las etiquetas. La etiqueta #Vive ha sido un éxito. Ella me ayudó, y ahora mi «marca» cuenta con setenta mil seguidores. Se asegura de que LaMamáQueSeMarchó es fiel a la «estética» de mi marca, y para ello controla mis filtros y me mantiene «abierta a otras plataformas». Sigo sin saber del todo de qué va eso, pero no tiene nada que ver con zapatos muy altos. Saffron es un encanto.

Yo escribo el contenido y ella selecciona las imágenes. Me he apuntado a un curso nocturno de fotografía porque dice que tengo ojo y que debería aprovecharlo para mi trabajo. Gano dinero con los anuncios y me costeo una vida modesta gracias a mis textos. Mi contenido habla básicamente de ser una madre divorciada que vive lejos de sus hijos, algo que cualquiera pensaría que tenía un nicho muy reducido, el equivalente cibernético de un rinconcito tranquilo de un bar donde unas pocas mujeres lloran en silencio mientras beben *gin-tonics*, pero enseguida se ha llenado de gente y de ruido. Resulta que hay miles como nosotras, y más miles que se nos quieren unir, o que al menos disfrutan con las alegrías y los disparates de las demás. Hay un grupo escindido que se llaman a sí mismas El Aquelarre porque las acusaron de ser «brujas»; al parecer, solo unas mujeres malvadas y crueles dejarían a sus hijos en su casa con su ex mientras van en busca de una nueva vida para ellas.

Hoy es la primera vez que me salgo de las redes: he quedado con unas cuantas seguidoras mías. Según Saffron, el acontecimiento recibió una respuesta espectacular, pero solo sabremos hasta qué punto cuando hayamos llegado. Se trata de una reunión informal en un bar, un local moderno y abierto frente al mar. A la reunión le pusimos de nombre «¡Vive!», por supuesto. Gracias, mamá.

—¡Tienes que enseñarles que vives la mejor vida posible! —exclama Saffron—. ¡Muéstrales lo que se están perdiendo!

—¡No pretendo que todas se marchen de sus casas, Saff! —digo—. No quiero ser la imagen pública del divorcio y el abandono de los hijos. ¡Eso no es para todas!

—Ya lo sé, pero vendes una idea, una idea radical: ¡que la maternidad no es el fin de la vida! Necesitamos recalcarlo. Quiero que haya vino, buena música, conversaciones trascendentales, contactos, risas, seriedad, cosas bonitas por todas partes…

Y eso es lo que vamos a hacer. Solo que ahora falta menos de una hora para que dé comienzo y me cago de miedo por si no aparece nadie y solo somos Belle, Saffron, Gina y yo, y mis hijos me fulminarán con la mirada por haber echado a perder su precioso fin de semana.

Vuelvo a casa con mi bicicleta *vintage*. En la entrada de mi edificio hay un gigantesco ramo de rosas despampanantes. Seguro que no son para mí, ¿verdad? Echo un vistazo a la tarjeta, que sobresale.

Ciara

En el dorso, se lee:

¡A por ellas, hermanita! Aidan y Kelly. Te queremos, besos.

Qué mono. Puede que mi hermano sea un egoísta y rico tópico del hombre blanco de mediana edad, pero tiene un gusto exquisito con las flores. Dejo la bici en el portal y subo las escaleras con mi ramo de rosas. Entro en mi piso y no es la primera vez que me permito observar con una sonrisilla mi hogar limpio y luminoso, en el que todo está donde lo dejé y no hay calzoncillos tirados por el suelo. Sadie viene corriendo a saludarme moviendo la colita frenéticamente. Hasta ella es más buena conmigo ahora que estamos aquí. Tuve que traérmela porque Martin dijo que no iba a poder con el gato y con la perra; y yo elegí a la perra, porque los gatos son…, en fin, son gatos. O sea, unos cabrones arrogantes, y estoy harta de que me ignoren. Me ducho y me visto, un mono rosa pastel y zapatillas Converse blancas, un conjunto que ME ENCANTA. Me estoy maquillando cuando suena el interfono. Son mis hijos. Y Gina. Han llegado al mismo tiempo. Qué curioso. Les abro y espero junto a la puerta a que suban las escaleras, hablando a voz en grito. Oigo que Gina lleva la batuta ya:

—Sí, ¡acabo de llegar! Tú eres Amelie, ¿verdad? Me encanta tu chaqueta. ¡Qué chula!

Los primeros en subir son los gemelos, tan altos, tan desgarbados. Me sonríen tímidamente, encantados de verme. Amelie es la siguiente, balanceando ante sí la gigantesca mochila de los findes, y luego Gina.

—¡Veo que ya os habéis conocido! —digo mientras los hago pasar.

—Mamá… ¡¿Qué es esta ropa?! —exclama Amelie. Ya empezamos.

Gina se ríe. Yo pongo los ojos en blanco.

—No, no, que ¡ES GENIAL! ¿Es de la tienda Urban Outfitters? ¡Lo quiero! ¿Me lo dejas? —dice.

—No —respondo—. No te lo dejo. ¡Es MÍO!

Pero sonreímos porque las dos sabemos que cuando termine el finde lo llevará puesto.

Estoy demasiado nerviosa para comer algo, pero los niños se zampan la *pizza* y llamo a un taxi.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos! —digo mientras miro el móvil por enésima vez hoy.

—¿Estás bien? —me pregunta Gina, que sale de la cocina.

—Sí. No. En realidad, estoy cagada. ¿Y si no viene nadie? ¿Y si viene alguien? ¿Y si me odian? ¿Qué les voy a decir?

—Sé tú misma —dice Gina—. De eso se trata.

Nos metemos en un taxi, con el que pasamos por delante de la playa. Hay coches por todas partes. Estoy sudando. Tengo calor. Me duele la barriga por los nervios. Estoy a punto de ser humillada delante de mis hijos, los hijos a los que abandoné por esta nueva vida de «influencer», los hijos que sin quererlo han sido los protagonistas de mis meditaciones cibernéticas, los hijos que se han portado tan bien desde entonces y que incluso me han dicho que están un poquito orgullosos de mí. ¿Cómo se van a sentir cuando no aparezca nadie, su madre sea una fracasada y todo esto no haya sido más que dolor absurdo e innecesario?

Y entonces las veo. Hordas. Decenas. Cientos. Mujeres. Mujeres de dos en dos y de tres en tres, mujeres que vienen solas, mujeres con

bebés, mujeres en sillas de ruedas, mujeres con el pelo gris o rosa o azul, mujeres sonriendo y riendo, hablando entre sí. Esperando. Esperándome. Esperando a que abran el bar. Hay un buen alboroto. El periódico local está representado con un fotógrafo.

—¡Mamá! —exclama Lorcan—. ¡Es como en el *Fortnite*! ¡Tienes un clan!

Amelie está haciéndose selfis con la muchedumbre de fondo. No posa. Sonríe.

—¡Mira! —dice Paddy mientras señala a una mujer en anorak, la primera de la fila. Se parece un poco a Debbie la Depre, pero lleva un vestido amarillo intenso y el pelo de un rojo vibrante. Se gira. Sí que es Debbie la Depre. Y me alegro mucho de verla.

—¡Debbie! —grito, y se vuelve, feliz de destacar entre tanta gente. Corro hacia ella y le doy un abrazo—. ¡Te has teñido el pelo! —digo, sin saber muy bien cómo elogiar las pintas de Ronald McDonald que me lleva.

—¡Me inspiraste tú! —farfulla. Le brilla la mirada. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver que hasta Debbie la Angustias ha despertado gracias a mi influencia. Alguien me pide un selfi y enseguida se corre la voz de que he llegado. Una oleada sacude a la multitud. Pierdo de vista a Debbie cuando el guardia de seguridad nos empuja a Gina, a mis hijos y a mí hacia la puerta y la cierra detrás de nosotros.

Nos giramos y observamos los rostros ansiosos por entrar en el local.

—¡Mira lo que has hecho! —salta Saffron dejando atrás la mesa que ha dispuesto.

—¡Y mira quién ha venido! —exclama Belle mientras me saluda con un abrazo. Me giro y veo a Jude, mi mejor y más antigua amiga, salir de detrás de una cortina.

—¡Tachán! —grita, y me rodea con los brazos. Rompo a llorar. Están todas aquí: todas las personas que me importan.

—¡Un selfi! ¡Tenemos que hacernos un selfi ahora, mamá! —dice Amelie. Nos juntamos y posamos delante de las puertas de cristal, al

otro lado de las cuales la muchedumbre grita y nos saluda.

Nos apiñamos, nos estrechamos los unos a los otros, riendo aliviados, y la pantalla captura justo ese momento: Amelie riendo, Paddy y Lorcan sonriendo al lado de Gina, que les ha pasado un brazo por la cintura a cada uno, Belle y Saffron con el puño en alto. Jude sonríe tanto que en cualquier momento le va a estallar la cara.

Y en el medio estoy yo.

Yo.